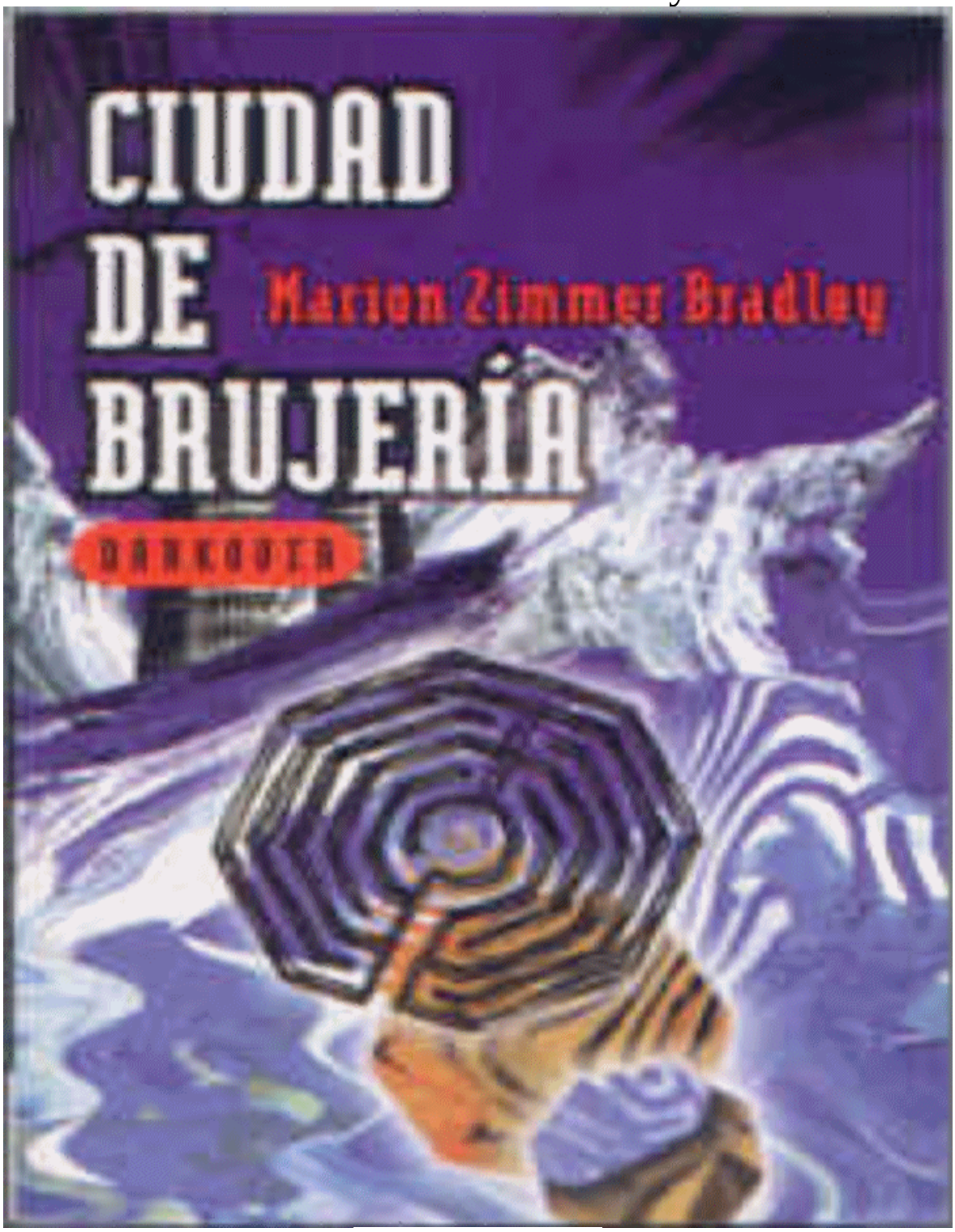
Ciudad de brujería
Marion Zimmer Bradley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Dónala A. Wollheim, éste como todos mis libros

AGRADECIMIENTOS

Aunque todos los personajes y acontecimientos de esta novela son de mi propia invención, el tema y la estructura del relato fueron sugeridos por una novela del fallecido Talbot Mundy, *The devil's guard,* editada en 1926 por Ridgeway Company. La leí alrededor de 1945 y, durante muchos años, sentí que esta clase de Búsqueda o Viaje Ideal en forma de novela debía volver a contarse dentro de un contexto darkovano.

Le agradezco también a mi hijo mayor, David Bradley, haber preparado el manuscrito final. David excedió y superó cualquier exigencia del deber, al teclear de nuevo, con sólo una hora de aviso y a partir de una escritura impresa imperfecta, los primeros quince capítulos en un nuevo procesador de textos, después de que el que yo usaba falló, perdiéndose todos los primeros disquetes y copias de seguridad. Es por esto por lo que se dice que los darkovanos aborrecen la tecnología. Y le doy las gracias a mi secretaria, Elisabeth Waters, quien cedió durante tres semanas su procesador de textos para que pudiéramos terminar el libro a tiempo.

M.Z.B.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela, al igual que todas las novelas sobre Darkover, es completa en sí misma. Sin embargo, para aquellos que hayan seguido la cronología de Darkover, la acción descrita en CIUDAD DE BRUJERÍA transcurre en una época en la cual las relaciones entre terranos y darkovanos estaban en su punto más amistoso, aproximadamente siete años después de LA CASA DE THENDARA. Este período se prolongó hasta que Dorilys Aillard, conocida como Cleindori, alcanzó el cargo de Celadora en la Torre de Arilinn. Su martirologio, su asesinato y el ulterior cambio a un conservadurismo extremo bajo la Regencia de Danvan Hastur, pusieron fin a las buenas relaciones entre las dos sociedades. En los años de EL SOL SANGRIENTO, pocos terranos y darkovanos recordaban siquiera que hubiera habido un tiempo de tan amistosa coexistencia.

Años más tarde, una de las pocas que recordaba tal época era Magdalen Lorne, del servicio de inteligencia terrano, conocida también como la Amazona Libre Margali n'ha Ysabet; *Combi'letzüs;* ligada por el juramento de la Orden de las Renunciantes.

EL JURAMENTO DE LAS AMAZONAS LIBRES

De hoy en adelante, renuncio al derecho de casarme, salvo como compañera libre. Ningún hombre establecerá conmigo un vínculo *di caleñas* ni viviré en ninguna casa de hombre como *barragana"".*

Juro estar preparada para defenderme por la fuerza si soy atacada por la fuerza, sin recurrir a la protección de ningún hombre.

Juro que de hoy en adelante no seré conocida por el nombre de ningún hombre, sea padre, guardián, amante o esposo, sino simple y solamente como hija de mi madre.

Juro no entregarme de hoy en adelante a ningún hombre, salvo en el momento y ocasión que yo misma decida, por mi propia voluntad y deseo; nunca ganaré mi pan como objeto del deseo de hombre alguno.

Juro que de hoy en adelante no daré hijos a ningún hombre, salvo por mi propio placer, elección y momento; no daré hijos a ningún hombre para la herencia, la casa, el clan, el orgullo o la posteridad; juro que yo sola determinaré la crianza de cualquier hijo que tenga sin considerar la posición, el lugar o el orgullo de ningún hombre.

De hoy en adelante, renuncio a ser leal a cualquier familia, clan, guardián o señor, y

juro ser leal solamente a las leyes de la Tierra como ciudadana libre, al reino, la corona y los dioses.

No recurriré a ningún hombre en busca de protección, apoyo o socorro y únicamente deberé lealtad a mi madrina de juramento, a mis hermanas del Gremio y a mi patrón durante la época de mi empleo.

Y juro, además, que las integrantes del Gremio de las Amazonas Libres, todas y cada una de ellas, serán para mí como mi madre, mi hermana o mi hija, de mi misma sangre, y que ninguna mujer unida por juramento al Gremio recurrirá a mí en vano.

Desde este momento, juro obedecer todas las leyes del Gremio de las Amazonas Libres y cualquier orden de mi madrina de juramento, los miembros del Gremio o la líder que elija durante mi temporada de empleo. Y si traiciono algún secreto del Gremio, o no cumplo mi juramento, me someteré a las madres del Gremio para las sanciones disciplinarias que ellas elijan; y si no cumpliera, que la mano de cada mujer caiga sobre mí, que me maten como a un animal, entreguen mi cuerpo insepulto a la corrupción y dejen mi alma a merced de la Diosa.

El mensajero era una mujer y, aunque iba vestida con ropa darkovana, ni era de Darkover ni estaba acostumbrada a andar de noche por las calles de la Ciudad Vieja de Thendara. Caminaba muy alerta, recordándose constantemente que las mujeres respetables rara vez eran molestadas en las calles si se ocupaban de sus propios asuntos y actuaban como si estuvieran yendo a algún lado, si no se entretenían y se mantenían en movimiento.

Había aprendido tan bien esta lección que caminaba rápidamente incluso mientras cruzaba el mercado, sin mirar a los lados, manteniendo los ojos fijos hacia delante.

El sol rojo de Cottman Cuatro, informalmente conocido como el Sol Sangriento por los trabajadores del espaciopuerto del Imperio Terrano, se demoraba sobre el borde del horizonte, produciendo una agradable penumbra de sombras rojizas. Una única luna, como una pálida sombra violeta, pendía en el cielo, alta y leve. En el mercado, los vendedores cerraban las persianas de sus puestos. Una vendedora de pescado frito raspaba las últimas migajas tostadas de la freidora, observada por algunos gatos vagabundos; esparció los restos, provocando a sus pies un revuelo de gatos que contempló divertida por un momento antes de levantar la freidora para quitarle la grasa con unos trapos. Muy cerca, un talabartero cerró de un golpe las persianas del frente de su puesto y les puso un candado.

Próspero, pensó la mujer terrana vestida con ropas darkovanas. *Puede permitirse comprar un cerrojo metálico terrano.* Darkover, Cottman Cuatro para los terranos, era un planeta pobre en metales. Otros vendedores aseguraban con cuerdas *y* sogas las persianas de sus puestos y confiaban en que el vigilante nocturno advirtiera a cualquier persona no autorizada que anduviera manipulando las sogas. Una panadera liquidaba los últimos bollos viejos que le quedaban de ese día; levantó la vista cuando la mensajera terrana pasó rápidamente por su lado.

—¡Eh, Vanessa n'ha Yllana! ¿Dónde vas con tanta prisa?

Vanessa caminaba tan rápido que ya había pasado el puesto cuando escuchó las palabras. Se detuvo y regresó, sonriendo con vacilación a la mujer regordeta que le devolvía el cambio a un niñito con un bollo en la mano.

—Sherna —dijo con tono de reconocimiento—. No te había visto.

—No me extraña. —La panadera sonrió—. ¡Caminabas tan rápido como si fueras a exterminar por lo menos toda una colonia de *Banshees,* querida! ¿Quieres un bollo?

Como Vanessa vacilara, la urgió:

— ¡Vamos, toma uno, no tiene sentido cargar todo esto hasta la Casa del Gremio, si ni siquiera queda un bollo para cada una a la hora de la cena!

Ante esto, Vanessa tomó uno y le dio un bocado. Era nutritivo, con harina de nuez para complementar el cereal v endulzado con fruta seca. Se quedó allí masticando, haciéndose automáticamente a un lado cuando la mujer, a poca distancia, empezó a blandir una escoba para barrer el frente de su negocio.

— ¿Ibas a la Casa del Gremio, o a hacer algún otro recado? —preguntó Sherna.

—A la Casa del Gremio. Se me tendría que haber ocurrido venir a buscarte, para que fuéramos juntas hasta allí.

En secreto, estaba irritada consigo misma. ¿En qué habría tenido la cabeza?

—Bien. Puedes ayudarme a llevar los canastos. Pero esta noche no hay reunión del Puente, ¿verdad?

—Oh, no que yo sepa. —Vanessa cargó uno de los canastos del pan—. Tengo un mensaje para Margali n'ha Ysabet. No sé por qué las Madres del Gremio se niegan a instalar un comunicador en la Casa; eso ahorraría tener que enviar mensajeras por las calles; especialmente, después del anochecer.

Sherna sonrió con indulgencia.

—Estos terranos... Así el ruido que hace esa cosa perturbaría nuestra tranquilidad... ¿y todo para ahorrarle a una mensajera la molestia de unos pocos minutos de caminata con buen tiempo? ¡Ah, tus pobres pies maltratados, mi corazón sangra por esos pies perezosos!

—El tiempo no es siempre tan bueno —protestó Vanessa; pero la discusión era ya muy vieja, muy habitual entre las mujeres, y las protestas no tenían mala intención.

Ambas mujeres eran miembros de la Sociedad del Puente, *Penta Cori'yo,* constituida pocos años atrás, cuando algunas integrantes de las Amazonas Libres —*Comhi'letziis,* el Gremio de las Renunciantes— habían sido las primeras darkovanas que se habían ofrecido a trabajar en el Cuartel General Terrano; como técnicas médicas, como guías de montaña y asesoras de
Viajes, como traductoras y maestras de idioma. La Sociedad del Puente ofrecía un hogar, un lugar donde vivir, amigas entre las mujeres darkovanas. Para las terranas que accedieran a vivir respetando las leyes de las Renunciantes, pero que no querían comprometerse plenamente con la Casa del Gremio, existía también una forma especialmente modificada del Juramento. El Puente mantenía habitaciones hogareñas para las mujeres darkovanas, casi todas Renunciantes, cuyo trabajo exigía que vivieran en el Cuartel General Terrano.

La Sociedad del Puente estaba abierta para cualquier mujer darkovana que hubiera trabajado tres de los ciclos lunares de cuarenta días en el Cuartel General Terrano y para cualquier mujer terrana que hubiera pasado el mismo tiempo en una Casa del Gremio. Sherna n'ha Marya, Renunciante de la Casa del Gremio de Thendara había trabajado medio año como traductora, ayudando a compilar obras estándar en *casta, y* en *cahuenga,* los dos idiomas de Darkover; Vanessa ryn Erin, graduada de la Academia de Inteligencia Terrana de Alfa, había estado ya cuatro años en Darkover y había vivido en la Casa del Gremio casi todo el año anterior, preparándose para hacer trabajo de campo fuera del Cuartel General.

Sherna entregó los últimos bollos dulces a una mujer que llevaba en brazos a un niño pequeño, mientras otro mayor se aferraba a su falda.

—Llévalos para los pequeños. No, no —protestó cuando la mujer empezó a escarbar en busca de unas monedas—, esos bollos solamente irían al comedero de las gallinas. Vanessa, nos arreglaremos bien con sólo dos hogazas para llevar; las mujeres de la cocina pueden hacernos budín de pan con ellas.

— ¿Ya podemos volver a la Casa del Gremio, entonces?

—No hay apuro —dijo Sherna, y Vanessa ya había
estado en Darkover el tiempo suficiente como para no protestar, a pesar de la urgencia de su mensaje.

Ayudó a Sherna a atar las persianas del puesto de panadería con toda tranquilidad, y reunieron luego los canastos dispersos.

Hubo un súbito revuelo de actividad en uno de los portales visibles desde la plaza del mercado y una caravana de animales de carga entró, haciendo repicar sus cascos sobre las piedras. Un puñado de niños que jugaban al rey-de-la-montaña encima de un puesto abandonado salieron corriendo. Una mujer alta y delgada, vestida con ropas de Renunciante, una túnica suelta y pantalones metidos dentro de botas bajas, y que llevaba un cuchillo de amazona, largo como una espada corta, se acercó a ellas a grandes pasos.

—Rafi —la saludó Sherna—. No sabía que regresabas esta noche.

—Tampoco yo —dijo Rafaella n'ha Doria—. Esta gente ha estado haraganeando en el paso durante tres días. Creo que los animales de carga olieron su establo, pues, si no, todos ellos estarían todavía vagando allá arriba, mirando crecer la verde hierba y buscando hongos en los manzanos. Dejadme ir a buscar mi paga. Los dejé a todos en las puertas de la ciudad, pero estoy segura de que se han perdido en el trayecto hasta sus establos, a juzgar por la manera en que se han comportado todo el tiempo. ¡Y que Zandru me azote con sus escorpiones si vuelvo a aceptar alguna vez una comisión antes de que deje perfectamente en claro quién manda en el camino! Creedme, podría contaros algunas

historias...

Con apresuramiento, se interrumpió para ir a hablar brevemente con el jefe de la caravana. Un poco de dinero cambió de manos. Vanessa vio que Rafaella lo contaba cuidadosamente; hasta una terrana sabía que eso era un insulto, allí en medio de la plaza del mercado. Después, Rafi regresó con ellas, saludó a Vanessa con una casual inclinación de cabeza, cargó sobre los hombros el último canasto de mimbre y las tres mujeres emprendieron juntas su camino a través de las calles empedradas.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Vanessa? ¿Noticias del Cuartel General?

—No muchas —contestó Vanessa, evasivamente—. Uno de nuestros aviones de Cartografía y Exploración ha caído allá en los Hellers.

—Tal vez haya trabajo para nosotras —apuntó Rafaella—. El año pasado, cuando nos enviaron contratadas para rescatar un avión caído, todo el mundo tuvo mucho que hacer.

Rafaella era organizadora de viajes y estaba muy requerida por los terranos que debían aventurarse en las poco conocidas montañas de los Dominios del norte, donde ni siquiera había caminos.

—No sé si es eso lo que quieren. Creo que el avión no está en un lugar del que pueda ser rescatado —observó Vanessa.

Las mujeres caminaron en silencio por una de las más tranquilas calles de la ciudad y se detuvieron ante un gran edificio de piedra, que presentaba a la calle una fachada sin ventanas. Sobre la puerta principal, un pequeño cartel decía:

CASA DEL GREMIO DE THENDARA HERMANDAD DE RENUNCIANTES

Sherna y Vanessa estaban cargadas de canastos; sólo Rafaella tenía una mano libre para hacer sonar la campanilla. En el vestíbulo una mujer con el embarazo muy adelantado las dejó entrar, cerrando y trabando la puerta detrás de ellas.

—Oh, Vanessa... ¿es noche de reunión de la Sociedad del Puente? Me había olvidado.

—Pero no le dio a Vanessa oportunidad de responder—. ¡Rafi, tu hija está aquí!

—Creía que Doria estaba trabajando todavía con los terranos —comentó Rafaella, con poca gracia—. ¿Qué está haciendo aquí, Laurinda?

—Está dando una conferencia, con la caja que hace cuadros iluminados sobre la pared, a siete mujeres que serán entrenadas como asistentes médicas y que empiezan los próximos diez días —le contó Laurinda—. *Nurses,* las llaman los terranos... ¿No es gracioso? Parece como si fueran a dar de mamar a los bebés terranos y no es para eso que las entrenan en realidad. Sólo para cuidar a los enfermos y curar heridas y cosas así. Ya casi deben de haber terminado podrías entrar y hablarle.

Vanessa preguntó.

— ¿Está en la casa Margali n'ha Ysabet? He venido a traerle un mensaje.

—Tienes suerte —respondió la mujer—, parte mañana por la mañana para Armida, junto con Jaelle n'ha Melora. Tendrían que haberse marchado hoy antes de mediodía, pero uno de sus caballos perdió una herradura y, para cuando el herrero acabó su trabajo, amenazaba lluvia, así que postergaron la partida hasta mañana.

—Si Jaelle todavía está en la casa —intervino Rafaella—, me gustaría hablar con ella.

—Está ayudando a Doria con su conferencia; todas sabemos que Jaelle ha trabajado entre los terranos —explicó Laurinda—. ¿Por qué no miras ahí dentro? Están en el salón de música.

—Yo iré a dejar mis canastos primero —dijo Sherna, pero Vanessa siguió a Rafaella hacia el salón de música, que se hallaba en la parte trasera del edificio, y ambas abrieron la puerta, deslizándose silenciosamente al interior.

Una mujer joven, con el pelo muy corto, al estilo Renunciante, acababa de finalizar una conferencia con diapositivas; oprimió varios botones, pasando una diapositiva coloreada cuando las otras mujeres entraron a la habitación.

—Se espera que escribáis perfectamente; que leáis bien y que recordéis lo que habéis leído y podáis escribirlo con precisión. Se os darán clases preparatorias de anatomía, de higiene personal, de observación científica, y se os enseñará a registrar lo que observéis, antes de permitiros siquiera que llevéis a un paciente una bandeja de comida o un orinal. Trabajaréis como asistentes y ayudantes de las enfermeras calificadas, encargadas de

cuidar a los pacientes, desde el primer día de clases; y, en cuanto aprendáis los procedimientos de enfermería, se os permitirá llevarlos a la práctica inmediatamente. Sólo en el segundo año del entrenamiento se os permitirá asistir a los cirujanos o estudiar obstetricia. Es trabajo duro y sucio, pero a mí me resultó muy satisfactorio y creo que lo mismo os ocurrirá a todas. ¿Alguna pregunta?

Una de las mujeres que, sentada en el suelo, estaba escuchando alzó la mano.

— ¿Mirella n'ha Anjali?

— ¿Por qué debemos recibir clases de higiene personal? ¿Acaso estos terranos piensan que los darkovanos somos sucios o descuidados y que ellos deben enseñarnos eso?

—No debes tomarlo como algo personal —explicó Doria—. Hasta sus propias mujeres deben aprender nuevos métodos de higiene cuando estudian enfermería: la limpieza de uso cotidiano, y la limpieza quirúrgica cuando deben trabajar alrededor de personas muy enfermas o cuyas heridas no se han curado o que están expuestas a gérmenes y a contagios; y no todo eso es lo mismo, como ya aprenderás.

Otra mujer preguntó:

—He oído decir que los *uniformes...* —le dio trabajo la palabra poco familiar— que usan los trabajadores terranos son tan inmodestos como la ropa de las prostitutas. ¿Debemos usarlos y violar nuestro Juramento?

Doria señaló la túnica y los pantalones blancos que llevaba puestos.

—Las costumbres difieren —dijo—. Sus parámetros de modestia son diferentes de los nuestros. Pero la Sociedad del Puente ha logrado encontrar un punto intermedio. Las mujeres darkovanas empleadas en la División Médica usan un uniforme especial diseñado para no ofender nuestras costumbres; y es tan cómodo y abrigado que muchas enfermeras terranas lo han adoptado. Antes de que lo preguntéis, el símbolo que aparece en el pecho del uniforme —señaló el emblema rojo, una vara donde se entrelazaban serpientes— es un símbolo terrano muy antiguo, que caracteriza al servicio médico. Se esperará que reconozcáis más o menos una docena de símbolos semejantes, para que podáis transitar sin perderos por el Cuartel General.

— ¿Qué significa? —preguntó una muchacha joven, de no más de quince años.

—Se lo pregunté a mi propia entrenadora. Se supone que es el símbolo de un Dios de la Salud terrano, muy antiguo. Ya nadie lo venera, pero el símbolo ha persistido. ¿Alguna otra pregunta?

—He oído —dijo una mujer— que los terranos son licenciosos, que consideran que las mujeres darkovanas son como... las de los bares del espaciopuerto. ¿Es cierto? ¿Debemos llevar cuchillos para protegernos allí?

Doria soltó una risita.

—Jaelle n'ha Melora vivió entre ellos durante un tiempo. Le pediré que responda.

Una mujer pequeña, de llameante pelo rojo, se puso de pie al fondo de la habitación.

—No puedo hablar por todos los hombres terranos; incluso entre los dioses, Zandru y Aldones no tienen los mismos atributos, y un monje *cristoforo* se comporta de manera diferente que un granjero de las llanuras de Valeron. Entre los terranos hay tantos hombres groseros y atrevidos como en las calles de Thendara. Pero te aseguro que, entre los terranos del Departamento Médico, nadie te tratará descortésmente ni te molestará; por juramento, los médicos se comprometen a tratar a todos, pacientes o asociados profesionales, con adecuada cortesía. En realidad, tal vez te perturbe el hecho de que parezcan no advertir si eres un hombre, una mujer o un pedazo de maquinaria, pero te tratarán como si fueras una Celadora novicia. En cuanto a llevar cuchillo, ésa no es la costumbre entre los terranos y no permitirán que lleves ningún arma defensiva en el Departamento Médico. Pero tampoco los terranos llevan armas, sus regulaciones lo prohíben. Los únicos cuchillos que verás en Médica serán los escalpelos de los cirujanos. ¿Alguna otra pregunta?

Vanessa advirtió que las preguntas podrían seguir hasta que sonara la campana que anunciaba la cena. Desde donde estaba, junto a la puerta, dijo:

—Yo tengo una pregunta. ¿Está en esta habitación Margali n'ha Ysabet?

—No la he visto desde el mediodía —contestó Doria y, entonces, vio a Rafaella al lado de Vanessa, junto a la puerta.

—Madre. —Echó a correr hacia ella y le dio un fuerte abrazo.

Jaelle, sonriendo, se acercó a su vieja amiga y, por un momento, las tres mujeres se abrazaron.

—Es maravilloso verte, Jaelle. Maldición, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez? Durante los últimos tres años nos hemos cruzado: siempre que estoy en Thendara, tú estás en Armida y, siempre que vienes a la ciudad... ¡yo suelo estar en algún sitio al norte de Caer Donn!

—Esta vez es simplemente suerte; se suponía que Margali y yo partíamos al mediodía—dijo Jaelle—. He estado lejos de mi hija durante veinte días.

—Ya debe de ser una niña grande Dorilys n'ha Jaelle —comentó Rafaella, riendo—. Tiene cinco años, ¿verdad? ¿O ya cumplió seis? Suficientemente crecida para que venga a educarse en la Casa.

—Hay tiempo para eso —opinó Jaelle, y desvió la mirada, saludando a Vanessa con una inclinación de cabeza—. Sé que te conocí hace unos días, en la reunión de la Sociedad del Puente, pero no recuerdo tu nombre.

—Vanessa —le recordó Doria.

—Lamento interrumpir la conferencia —habló Vanessa, mirando a la mujer joven que acomodaba los almohadones por la habitación, pero Doria se encogió de hombros.

—Está bien. Ya habíamos contestado todas las preguntas serias. Pero están nerviosas por el nuevo trabajo... ¡y hubieran seguido haciendo preguntas tontas hasta que sonara la campana de la cena!

Se dirigió hacia el centro de la habitación y empezó a recoger las diapositivas y el proyector.

—Es una suerte que hayas venido —le dijo a Vanessa—. Podrás devolver todo esto a Médica en mi nombre y me ahorrarás una caminata nocturna por las calles de la ciudad. Me las prestó el jefe de Educación de Enfermería. Las llevarás cuando te vayas, ¿verdad? ¿O te quedarás a pasar la noche aquí?

—No, he venido con un mensaje para Margali...

Doria volvió a encogerse de hombros.

—Estoy segura de que está en algún lugar de la Casa. Ya casi es hora de que suene la campana de la cena. ¡Allí la verás, seguro!

Vanessa había estado suficiente tiempo en Darkover y había vivido lo suficiente en Casas del Gremio como para estar acostumbrada a esta actitud despreocupada con respecto al tiempo. Todavía era lo bastante terrana para pensar que, en realidad, deberían haber enviado a alguien que buscara a Margali o que podrían haberle dicho al menos dónde buscarla, pero se encontraba ahora en la parte darkovana de la ciudad; resignándose, le dijo a Doria que le complacería devolver el equipo a Médica en su nombre; aunque la verdad es que sentía una imposición bastante pesada y estaba un poco irritada con Doria porque se lo había pedido. Pero Doria era una hermana del Gremio y no había manera de negarse con cortesía a un pedido de esa clase.

— ¿Hay alguna noticia acerca del avión que cayó en los Hellers? —preguntó Doria.

Vanessa se salvó de responder gracias a la despectiva exclamación de Rafaella:

—Tontos terranos. ¿Qué se creen? Hasta nosotras, pobres almas ignorantes que carecen de los beneficios de la ciencia terrana —hizo que las palabras sonaran como una obscenidad de la calle—, sabemos que es una locura viajar más allá de los Hellers... ¡y hasta un terrano debería saber que no hay nada al norte de Nevarsin hasta el Muro Alrededor del Mundo, salvo páramos helados! Yo digo: ¡buen viaje a toda esa mala basura! Si envían sus estúpidos aviones hasta allí... ¡tienen que saber que pueden perderlos!

—Creo que eres demasiado dura con ellos, Rafi —opinó Doria—. ¿El piloto es alguien que yo conozca, Vanessa?

—No es miembro de la Sociedad del Puente. Se llama Anders.

— ¿Alexis Anders? La conozco —afirmó Jaelle—. ¿No han recuperado el avión? ¡Qué terrible!

Rafaella rodeó con un brazo la cintura de Jaelle.

—No perdamos tiempo pensando en los terranos, *Shaya,* cariño, tenemos poco tiempo para estar juntas en esta época... Tu hija es ya una niña grande, ¿cuándo la traerás a educar a la Casa del Gremio? Tal vez entonces también tú regreses.

El rostro de Jaelle se ensombreció.

—Ni siquiera sé si podré traerla aquí, Rafi. Hay... dificultades.

El explosivo temperamento de Rafaella se hizo sentir.

—Así que es cierto. No lo creía de ti, Jaelle. ¡No creí que volverías dócilmente a tus encumbrados parientes Comyn, después de que te rechazaran! ¡Pero tal vez también sea cierto que los Comyn no te dejarían ir, no después de que le hubieras dado una hija a uno de ellos! ¡Me asombra que nadie haya cuestionado todavía tu Juramento!

Ahora también el rostro de Jaelle se tino con los intensos colores de la furia. Vanessa pensó que tenía el temperamento que los terranos asociaban tradicional-mente con el pelo rojo, llameante.

— ¿Cómo te atreves a decirme eso, Rafaella?

— ¿Niegas que el padre de tu hija es el señor del Comyn, Damon Ridenow?

—No niego nada —contestó Jaelle, con furia—, pero y con eso ¿qué? ¡Justamente tú me reprochas eso! ¿Acaso no tienes tres hijos?

Rafaella citó el Juramento de las Renunciantes:

—*Menda prein zhiuro,* de hoy en adelante, juro que no tendré hijos de ningún hombre por casa o legado, lugar ni posteridad; juro que sólo yo decidiré la crianza y educación de cualquier hijo que tenga, sin considerar el lugar, la posición o el orgullo de ningún hombre.

— ¿Cómo te atreves a citarme el Juramento en ese tono, insinuando que lo he transgredido? Cleindori es mi hija. Su padre es un Comyn; si lo conocieras, sabrías lo poco que eso significa para él. Mi hija es una Aillard: la casa de Aillard es la única de los Siete Dominios que, desde los tiempos de Hastur y Cassilda, ha decidido el linaje por línea materna. ¡Tuve a mi hija para mi propia casa, no para la de ningún hombre! Qué Amazona no ha hecho lo mismo, a menos que sea una amante de mujeres tan persistente que no deje que un hombre la toque ni siquiera con ese propósito... —Pero la ira de Jaelle se disipó y volvió a rodear a Rafaella con un brazo—. Oh, no peleemos, Rafi, eres prácticamente mi amiga más antigua; no creerás que he olvidado todos los años que hemos sido compañeras. Pero no eres el guardián de mi conciencia.

Rafaella aún se mantenía desdeñosamente distante.

—No, ese cargo le corresponde ahora al carcelero de la Torre Prohibida: Damon Ridenow. ¿No es ése su nombre? ¿Cómo podría competir con él?

Jaelle sacudió negativamente la cabeza.

—Pienses lo que pienses, Rafi, respeto mi Juramento.

Rafaella siguió pareciendo escéptica; pero, en ese momento, sonó en el vestíbulo una campana melodiosa, anunciando que en pocos minutos se serviría la cena.

— ¡La cena, y yo todavía estoy sucia del viaje, de los animales de carga y del mercado! ¡Debo ir a lavarme, aunque no sea una de las enfermeras de Doria! Ven conmigo, Shaya. No peleemos; después de todo, te veo tan poco ahora que no tenemos tiempo para perderlo discutiendo cosas que no podemos cambiar. Vanessa, ¿vienes con nosotras?

—Creo que no, debo ir a buscar a Margali n'ha Ysabet.

Vanessa observó a Jaelle y a su amiga que subían las escaleras corriendo, y se dirigió a la puerta del comedor. Había un rico aroma a comida, algo caliente y sabroso, el apetitoso olor del pan fresco recién sacado del horno, y un retintín de los platos cuando las mujeres que ayudaban en la cocina ponían cuencos y tazas en las mesas.

Si es que Magdalen Lorne, conocida en la Casa del Gremio como Margali, estaba en la Casa del Gremio, debía pasar por allí para ir a cenar. Vanessa se preguntó si la reconocería al verla. Sólo la había visto tres o cuatro veces; la última de ellas, diez días antes, en una reunión de la Sociedad del Puente en esta misma Casa.

En ese momento levantó la vista y vio que Magdalen Lorne venía hacia ella, cruzando el vestíbulo que comunicaba con el invernadero que se hallaba en la parte trasera de la Casa del Gremio. Tenía los brazos cargados de melones tempranos. A su lado, también cargando melones, venía una mujer alta, llena de cicatrices; una *emmasca,* una mujer que había pasado por la peligrosa, ilegal y frecuentemente fatal operación de neutralización. Vanessa conocía el nombre de la mujer, Camilla n'ha Kyria; sabía que había sido antes soldado mercenario, que ahora enseñaba esgrima en la Casa del Gremio y que se decía que era la amante de Magdalen Lorne. Eso aún ponía a Vanessa un poco incómoda, aunque no tanto como antes de vivir durante meses en la Casa del Gremio y de saber que se trataba de un hecho común y poco notable. Ya no le parecía algo misterioso y perverso, pero era terrana y la ponía incómoda.

Incluso antes de venir a Darkover, desde que había empezado el entrenamiento para trabajar en Inteligencia, Vanessa ryn Erin había oído hablar de la legendaria Magdalen

Lorne. Conocía toda su historia: que había nacido en Darkover, en las montañas próximas a Caer Donn, antes de que se construyera el espacio-puerto de Thendara, así que Magda había sido criada
con niños darkovanos y había aprendido el idioma como una nativa; que Magda se había entrenado, al igual que ella, en la Academia de Inteligencia de Alfa, bajo las órdenes de la misma jefa de Vanessa, Cholayna Ares, quien en esa época era directora de Entrenamiento de Inteligencia, y que, sólo después, había venido a Darkover; que, por un tiempo, Magda había estado casada con el actual Legado Terrano, Peter Haldane, y que había sido la primera mujer en hacer trabajo de campo de Inteligencia en Darkover, una de las poquísimas mujeres que lo habían hecho; que Magda había sido la primera que se había infiltrado en el Gremio de Renunciantes, había logrado prestar el Juramento y había insistido quijotescamente en cumplirlo, acatando incluso el tiempo de reclusión en la Casa, una reclusión que, antes de la creación de la Sociedad del Puente, era exigida en su versión más completa a todas, también a las terranas; que, pocos años atrás, Magda había dejado la Casa del Gremio y cumplía ahora alguna misteriosa tarea especial en Armida. De la leyenda sabía todo esto. Pero había conocido a esa mujer unos pocos días antes y todavía no se había acostumbrado a ella. De alguna manera, había esperado que fuera más grande que la vida.

En la Casa del Gremio, la cortesía exigía que utilizara únicamente el nombre darkovano de Lorne.

— ¿Margali n'ha Ysabet? ¿Puedo hablarte un minuto?

— ¡Vanessa! Me alegro de verte.

Magda Lorne, Margali, parecía alta, aunque no tenía mucho más que la altura promedio; estaba en la treintena; tenía espeso pelo oscuro cortado muy corto, al estilo Renunciante, con algunos rizos que le caían sobre la frente; y sus ojos eran profundos y grises, muy agudos, e inspeccionaron ahora a Vanessa con curiosidad.

—Vamos, toma algunos, ¿quieres? —Le entregó
algunos melones, olfateó e hizo una mueca—. Huele a estofado de tripas. Puedes quedarte con mi parte. Nunca olvidaré cómo lo aborrecí durante los primeros meses que pasé aquí. Pero tal vez a ti te guste, a algunas personas les gusta. No importa, habrá mucho pan, mucho queso y melones para postre. Camilla, dale algunos de los tuyos; si se caen aquí en el vestíbulo, tendremos que perseguirlos por todas partes y, si alguno estalla, ¡qué lío para limpiar! ¡Y yo, sin duda, no tengo nada de ganas de fregar suelos esta semana!

Camilla, que era aún más alta que Magda, le cargó a Vanessa algunos de los melones que llevaba. Tenían un aroma dulce y fragante, el olor a tierra del invernadero, pero Vanessa se resintió por la demora de su misión. Camilla vio que fruncía el ceño.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Vanessa? Si es noche de reunión de la Sociedad del Puente, no lo recordaba.

Vanessa pensó que si una sola persona más volvía a mencionarle eso la insultaría en voz alta.

—No, pero tengo un mensaje para ti, Margali, de parte de Cholayna n'ha Chandria.

Vanessa utilizó el nombre usual en la Casa del Gremio y Magda sacudió la cabeza, perpleja.

—Maldita mujer, ¿qué puede querer? Hablé con ella hace tres días y le dije que me marchaba. Jaelle y yo tendríamos que habernos ido esta tarde. Por si lo ha olvidado, tenemos niños en Armida.

—Es una misión. Ella dijo que era importante; posiblemente, una cuestión de vida o muerte —dijo Vanessa.

—Cholayna no exagera —intervino Camilla—. Si dijo de vida o muerte, debe de ser así.

—Estoy segura —convino Magda, frunciendo el ceño—. ¿Pero tienes alguna idea acerca de qué se trata, Vanessa? No quiero demorarme aquí. Como he dicho, me necesitan en Armida. La hija de Jaelle ya tiene edad
para que la dejen, pero Shaya no tiene todavía dos años *y...* si me quedo mucho tiempo más en la ciudad, ¡se olvidará de mi cara!

—No sé qué decir —se evadió Vanessa, sin manifestar directamente que no lo sabía.

Le habían dicho por qué Magda había salido de la Casa del Gremio, le habían pasado algo de los archivos más secretos y clasificados acerca del trabajo que Magda hacía en

Armida, pero no le había bastado para comprenderlo del todo.

No podía concebir ninguna razón lógica para que una agente de Inteligencia de la jerarquía de Magda pudiera desear cargarse con una niña semidarkovana y, al igual que todas las mujeres que habían elegido no tener hijos, juzgaba a Magda con dureza. Aunque admiraba la leyenda, todavía no se había habituado a la mujer real. Caminando junto a Magda, se sintió confundida al advertir que, en realidad, la otra era unos centímetros más baja que ella misma.

—No es muy tarde. ¿Tenemos tiempo para cenar aquí? No, supongo que, si Cholayna dijo que era algo de vida o muerte, debe de ser exactamente así. Deja que vaya a decirle a Jaelle n'ha Melora que tal vez no podamos partir al amanecer, después de todo.

Pero su rostro estaba sombrío cuando se dirigió hacia la escalera.

—Déjame decirte, Vanessa —agregó Magda—, que, si esto es alguna clase de tontería, Cholayna deseará no haber conocido nunca el camino hasta la Casa del Gremio. ¡Me marcho mañana, y eso es todo!

Súbitamente sonrió mientras empezaba a subir la escalera y, por primera vez, Vanessa percibió, detrás de esa mujer tan práctica, la poderosa personalidad que se había convertido en una leyenda.

—Oh, bien, si tenía que ocurrir, no hay mejor momento. Al menos, me ahorraré el estofado de tripas.

Estaba absolutamente oscuro ahora y llovía; caían, mezclados con la lluvia, rocío y agujas de cierzo. Las calles estaban absolutamente vacías cuando Magda y Vanessa cruzaron finalmente la plaza que se hallaba a la entrada del Cuartel General Terrano y dieron la contraseña al hombre de la Fuerza Espacial, enfundado en su uniforme de cuero negro. Tenía el cuello envuelto en una gruesa bufanda de lana negra, que no formaba parte del uniforme, y llevaba también una pesada chaqueta que tampoco era reglamentaria, pero que debería haberlo sido en este planeta en particular, al menos de noche. Magda sabía que lo pasaban por alto, pero eso no era suficiente; deberían cambiar las reglas para autorizarla.

¡Y *dicen que los darkovanos son remisos a cambiar sus costumbres primitivas!*

Ahora, Magda no conocía a casi nadie de la Fuerza Espacial. Hasta un año atrás, se hubiera presentado; ahora, parecía no tener sentido. Regresaría a Armida por la mañana, ahí estaba su vida ahora. Había seguido en contacto con Cholayna para ayudarla a fundar y a poner en marcha la Sociedad del Puente, que ahora funcionaba bien por su cuenta. Y ahora tenía una hija

que la ligaba más aún a Armida y a la Torre Prohibida. Cholayna Ares, directora de Inteligencia en Cottman Cuatro, simplemente tendría que arreglarse sin ella.

Si se cree que puede enviarme a una miñón sin avisarme con tiempo, será mejor que vuelva a pensarlo.

Magda había vivido tanto tiempo bajo el sol darkovano que la hirieron las brillantes luces amarillas normales para los terranos, en cuanto entraron al edificio principal del Cuartel General. Pero se dirigió sin vacilar al ascensor. Se había vuelto un poco impaciente con respecto a estas comodidades terranas, pero no pensaba subir a pie cuarenta y dos pisos tan sólo para manifestarlo.

A esta hora, el sector destinado a Inteligencia Terrana estaba oscuro y desierto; sólo se veía un resplandor luminoso en la oficina de Cholayna Ares y Magda advirtió que, si Cholayna la esperaba en su oficina, en vez de hacerlo en las cómodas habitaciones donde vivía, el asunto en cuestión debía de ser muy importante.

— ¿Cholayna? Vine tan pronto como pude. Pero ¿qué cosa en el mundo, en éste o en cualquier otro, es tan importante que no puede esperar hasta mañana?

—Temía que por la mañana te hubieras marchado —respondió Cholayna—. No me agradaba la idea de tener que enviarte un mensaje a Armida; aunque lo habría hecho de haber sido necesario.

Cholayna Ares, de Inteligencia Terrana, era una mujer muy alta, con una mata de pelo blanco-plateado que hacía un contraste asombroso con la oscuridad de su piel negra. Se puso de pie para recibir a Magda y con un gesto le indicó que tomara asiento. Magda se quedó de pie.

—Es bueno que hayas venido, Magda.

—No es nada bueno, no me diste opción —replicó Magda con irritación—. Dijiste que era de vida o muerte y no creí que pudieras decirlo con ligereza. ¿Me equivoqué?

—Magda... ¿recuerdas a una agente llamada Anders? Alexis. Vino de Magaera hace dos años. Entrenamiento básico en Inteligencia; aquí se cambió a Cartografía y Exploración.

— ¿Lexie Anders? No la conocí bien —dijo Magda—; y ella dejó bien en claro que no deseaba conocerme mejor. Más tarde, cuando le sugerí que, si deseaba saber cómo relacionarse con las mujeres de aquí, podía unirse a la Sociedad del Puente, se me rió en la cara. Debo admitir que nunca me agradó especialmente. ¿Por qué?

—Creo que fuiste demasiado dura con ella —le reprochó Cholayna—. Llegó aquí e, inmediatamente, se topó con la Leyenda Lorne. —Magda hizo un gesto de impaciencia, pero Cholayna prosiguió, imperturbable—. No, no, querida, lo digo perfectamente en serio. Habías hecho más, en un mundo en el que, en general, a cualquier mujer le resultaba imposible hacer nada en cuanto a tareas de inteligencia, que lo que Anders había logrado hacer en sus tres primeras asignaciones. En todo lo que hacía, se encontraba compitiendo contigo y, en consecuencia, sabía que estaba descalificada antes de empezar. No me sorprendió para nada que pidiera el traslado a C-y-Ex.

—No entiendo por qué creyó que tenía que competir... —empezó a decir Magda con irritación, pero Cholayna descartó el comentario con un gesto.

—Sea como fuere, su avión cayó en los Hellers hace tres días. Recibimos un mensaje diciendo que estaba perdida, que no podía navegar; algo descompuesto en la brújula informatizada. Después nada. Silencio mortal, ni siquiera un rayo de rastreo para el satélite. Ni siquiera una señal de la caja negra.

—Eso parece bastante improbable.

La «caja negra», o instrumento de grabación automático que llevaban los aviones de cartografía, debía supuestamente seguir enviando señales para el rescate, en el caso de los modelos más nuevos, por lo menos durante tres años después de la caída del avión. Magda conocía lo suficiente a Alexis Anders para saber que no hubiera permitido que se la enviara a una misión sin llevar el más moderno equipo.

—Improbable o no, eso es lo que ocurrió, Magda. El avión no enviaba ninguna señal, la caja negra y el aparato de rastreo quedaron en silencio, el satélite no podía rastrear nada.

— ¿Se estrelló, entonces?

Magda se sintió mezquina; Alexis no le había agradado particularmente, pero ahora deseaba no haber hablado tan duramente de esa mujer... presumiblemente muerta.

Por supuesto, había terranos que habían sobrevivido al estrellarse un avión de Cartografía y que habían hallado refugio y, al menos en un caso que Magda conocía, una nueva vida y un nuevo hogar. Pero no en los Hellers, las montañas más salvajes, menos conocidas, sin caminos y deshabitadas de Darkover; tal vez el peor lugar de cualquier planeta colonizado o habitable. Era casi imposible sobrevivir en los Hellers, al menos en invierno, durante más de una o dos horas, sin un equipo de supervivencia especial. Y, más allá de los Hellers, por lo que cualquiera sabía (y ahora el Imperio conocía Cottman Cuatro considerablemente mejor que los mismos darkovanos), no había nada; sólo la impenetrable cordillera de montañas conocida como el Muro Alrededor del Mundo. Más allá del Muro, nada salvo desolados páramos helados que se extendían de polo a polo.

—Entonces, ¿se la supone muerta? ¡Qué pena!

Cualquier otra cosa sería hipocresía. A Lexie le había disgustado Magda casi tanto como a Magda Lexie.

—No —dijo Cholayna—, está abajo, en Médica.

— ¿Recuperasteis el avión? Pero...

—No, no recuperamos el avión. ¿Crees que te hubiera hecho venir corriendo desde la otra punta de la ciudad para un rescate de rutina o para un informe?

—No dejas de decirme qué es lo que no ocurre, pero aún no me has dado ninguna idea de qué ocurre...

Aun así, Cholayna vaciló. Finalmente habló con toda formalidad.

—Magda, te recuerdo que todavía eres una agente de Inteligencia juramentada y que estás regida por las Provisiones Oficiales Secretas del Servicio Civil...

—Cholayna, no entiendo de qué hablas —empezó a decir Magda, y ahora estaba seriamente fastidiada. ¿Qué era todo este galimatías? Ella nunca había cuestionado su Juramento de Inteligencia, salvo durante la penosa crisis de identidad que había sufrido en el primer medio año que pasó entre las Renunciantes. Entonces no había ninguna Sociedad

del Puente que la ayudara a pasar esa clase de transición. Ella había sido la primera.

—Ya sabes que luché para mantenerte en situación de inactividad en vez de aceptar tu renuncia —dijo con deliberación Cholayna—. Una de las premisas fundamentales del trabajo de Inteligencia, y esto se aplica además a todos los planetas del Imperio, no sólo en el caso de Darkover, es ésta: cuando uno de los nuestros salta el muro, es decir, se hace nativo, toma un cónyuge nativo y tiene hijos, la regla empírica es que eso lo convierte en un agente mejor. Aunque siempre hay una cuestión en el registro, con respecto a cualquier decisión que pueda tomar, que pudiera crearle un conflicto en lo referente a su interés personal. Estoy segura de que lo sabes.

—Podría citarte páginas enteras de reglas al respecto —repuso Magda, secamente—. Estaba preparada para esto. Supongo que se aplica a mí porque tengo una
hija, aunque, por lo que sabes, no estoy casada, ¿verdad? Bien, estás equivocada.

— ¿Estás casada, entonces?

—No de una manera reconocible según la ley terrana; pero he prestado el Juramento de Compañeras Libres con Jaelle n'ha Melora: según la ley darkovana, eso crea una analogía del matrimonio. Concretamente, significa que, si una de nosotras muriera, la otra tendría tanto el derecho legal como la *obligación legal* de criar y de actuar como tutora de los hijos de la otra, exactamente igual que lo haría un marido o una esposa. Específicamente, este juramento supera, por ley, cualquier reclamación de los padres de los niños; de modo que, para cualquier propósito práctico, la situación es idéntica a la de un matrimonio. ¿Está claro?

Cholayna dijo con voz dura:

—Estoy segura de que a Xenoantropología le resultará fascinante. Me aseguraré de que lo consignen en los registros. Pero no estaba preguntando los detalles de tu vida privada.

—Yo no te los estaba dando —la voz de Magda fue igualmente inflexible; aunque, en realidad, Cholayna era una de las pocas personas vivas a las que le hubiera dado esos detalles si se los hubiera preguntado—, te estaba poniendo al corriente de la situación legal. Supongo, entonces, que esos presupuestos comunes con respecto a los hombres del Imperio, que tienen una esposa nativa e hijos, se aplican también a mí y que se espera que me comporte en consecuencia.

—Tu suposición es equivocada, Magda. Sí, en los libros es cierto; pero, en la realidad, y te estoy dando información secreta, en las ocasiones que, a propósito, son muy raras, en que una mujer salta el muro, la práctica secreta es desactivar su prontuario de inteligencia de manera inmediata. Las razones que se dan para ello son numerosas, pero todas ellas caen en lo mismo. La
política oficial de Inteligencia supone que un hombre puede mantener una distancia objetiva de su esposa y de sus hijos con más facilidad que tú o que yo, a causa de... Magda, no olvides que estoy citando, que no se trata de una convicción personal... a causa, pues, de la más profunda involucración de las mujeres. Presumiblemente, un esposo puede distanciarse con más facilidad de su esposa, y no viceversa, y también se supone que los hijos están más próximos a la mujer que les dio a luz que al hombre que los engendró.

Magda soltó un insulto.

—Debí haber esperado algo así. ¿Tengo que decirte lo que pienso de toda esa *reish?* — La palabra darkovana era una vulgaridad infantil, que significaba literalmente mierda de caballo; pero el rostro de Magda se contorsionó con verdadera furia al pronunciarla.

—Por supuesto que no. Lo que tú piensas y lo que pienso yo es muy parecido, pero lo que piense cualquiera de nosotras no tiene mucha importancia. Estoy hablando de la política oficial. Se suponía que yo debía aceptar tu renuncia la primera vez que me la entregaste.

—Supongo que en esos archivos privados, extremadamente confidenciales y secretos, también figurará que tengo fama de ser amante de mujeres... —comentó Magda, con un gesto de picardía—. Conozco la política secreta con respecto a los amantes de hombres, entre los terranos: legalmente, están protegidos por las políticas oficiales de no discriminación; en la práctica, las dos sabemos que se los molesta con cualquier pretexto que se le ocurra a cualquiera.

—Estás equivocada; o, al menos, eso no es cierto en todos los casos. Hay una trampa legal: un hombre que viva con su esposa y con sus hijos, sin importar cuáles sean sus preferencias privadas, no puede ser clasificado oficialmente como homosexual; en la

práctica, está protegido y puede resistirse a cualquier acción. Tú te cubriste de cualquier acción semejante con el nacimiento de tu hija, Magda. En realidad, a nadie le importa si te casaste o no con el padre. Pero, para inmunizarte contra esa clase de persecución, caíste en otra: ahora se supone que no eres adecuada para hacer trabajos de Inteligencia porque tu lealtad sería hacia tus hijos y hacia el hombre que los engendró. Según el Código, yo tendría que haber aceptado tu renuncia la primera vez que me la entregaste.

—Yo hubiera estado absolutamente de acuerdo.

—Lo sé. Dios sabe que me has dado suficientes oportunidades —reconoció Cholayna—. ¡Presentaste tu renuncia con tanta regularidad cada estación que me pregunté si no sería tu manera de celebrar el solsticio de invierno y el de verano. Pero, de todos modos, creo que veo un poco más allá que tú. No podemos permitirnos perder de esta manera mujeres cualificadas.

— ¿Por qué me dices todo esto?

—Como una manera de explicarte que esta petición no es oficial y de decirte por qué, de todas formas, debes escucharme y ayudarme. Magda, tú tienes el arma última en mi contra, puedes decirme dónde ir y qué hacer cuando llegue allí y, según las reglas, yo no tengo ningún recurso. La situación legal es que tú has saltado el muro y yo no tengo ningún derecho de hacerte volver. Pero estoy transgrediendo las reglas porque tú eres la única persona que puede extraer algún sentido de lo que está ocurriendo.

—Y, así, llegamos finalmente al asunto, al motivo por el que me has hecho venir en una noche lluviosa...

—Aquí todas las noches son lluviosas, pero tampoco eso viene al caso.

— ¿Lexie Anders?

—Unos diez minutos antes de que el avión cayera, ella transmitió un mensaje vía satélite; se aproximaba al Muro Alrededor del Mundo y se preparaba para volver. Su mensaje final decía que había localizado algo, como una ciudad, que no había encontrado en el mapa del radar. Descendía a cinco mil metros para investigar. Después, la perdimos. A ella y al avión. Nada más. Ni siquiera la caja negra, como dije. Por lo que se sabe en el Cuartel General, o por los satélites, el avión se esfumó, con caja negra y todo, de la atmósfera del planeta. Pero Lexie Anders apareció esta mañana en las puertas del Cuartel General, sin uniforme, sin sus tarjetas de identidad. Y le habían borrado la memoria. Del todo. Amnesia completa. Magda, ¡apenas puede hablar el idioma terrano normal! Habla el lenguaje nativo de su planeta natal, el de Vainwal, pero en el nivel más infantil. Así que, obviamente, no podemos preguntarle qué ocurrió.

—Pero... ¡todo esto es imposible, Cholayna! No comprendo...

—Tampoco nosotros. Y eso es poco decir. Tampoco tiene sentido interrogar a Anders, en el estado en que se encuentra.

—Entonces, ¿para qué ordenaste buscarme? —preguntó Magda. Pero temía saberlo y eso la irritaba. Aunque, por lo que Magda sabía, Cholayna no tenía *laran,* la mujer pareció percibir su enojo y vaciló; entonces, tal como Magda sabía que lo haría, se lo dijo de todas maneras.

—Tú eres técnico psi, Magda. El más cercano que tenemos, el único adecuadamente entrenado desde la colonia Alfa para acá. Tú puedes averiguar qué ocurrió realmente.

Magda quedó en silencio por un momento, mirando con furia a Cholayna. Tendría que haber esperado esto. Era, pensó, su propia culpa, por no haber cortado una atadura que había dejado de tener significado. Tal como Cholayna se lo había recordado, había tratado de renunciar a la Inteligencia Terrana y Cholayna la había disuadido: Magda, decía Cholayna, era la más cualificada para construir relaciones y comunicaciones más estrechas, un puente entre el mundo de nacimiento y el mundo darkovano que había elegido como propio. Magda también lo había deseado así: la Sociedad del Puente era la viva prueba de su deseo de fortalecer esos vínculos. Sin embargo, cuando Magda abandonó la Casa del Gremio, para convertirse en parte del único círculo de *laran* de psíquicos entrenados que trabajaban fuera de los salvaguardados y cuidadosamente aislados precintos de una torre, tendría que haber sabido que este problema se agudizaría.

No era que el Imperio no dominara las técnicas psi; no eran tan comunes ni estaban tan bien desarrolladas como en Darkover. Pocos planetas del universo conocido habían desarrollado esa capacidad, el familiar potencial de los telépatas y de otros talentos psi-

sensibles que los darkovanos llamaban *laran.* Por lo que se sabía, Darkover era un planeta único en ese aspecto.

Pero ahora se sabía que esos talentos eran parte inerradicable de la mente humana. Aunque había todavía algunos escépticos decididos —y, por alguna razón, el escepticismo decidido era una profecía que se autocumplía, de modo que los escépticos rara vez desarrollaban alguna clase de capacidad psi—, donde había humanos, había capacidades psi que eran parte de la mente humana. Y, de ese modo, también había telépatas entrenados, aunque no muchos e, incluso, se habían creado algunos instrumentos psi mecánicos que podían hacer en parte el mismo trabajo.

—Sólo que no hay ninguno en Darkover, no hay ninguno más cerca que la Academia de Inteligencia de Alfa —dijo Cholayna—; y tenemos que saber qué le ocurrió. ¿No comprendes, Magda? ¡Tenemos que saberlo!

Como Magda no respondiera, la otra mujer exhaló un profundo suspiro, audible en toda la habitación.

— ¡Escucha, Magda, tú sabes tan bien como yo lo que esto significa! ¡Sabes que no hay nada allí, más allá de los Hellers, nada! Entonces, ella comunica que ha localizado algo y, después, su avión cae. Nada en la foto del satélite, nada de caja negra, nada de grabador del avión... nada. Pero, aunque no haya nada allá, de todos modos su avión cayó. Hemos perdido antes aviones de Car y Ex. También hemos perdido pilotos. Pero ella no cayó, algo allí la atrapó... ¡y después la devolvió! ¡En estas condiciones!

Magda se quedó pensando un momento. Por fin, dijo:

—Significa que tiene que haber algo allí, algo más allá del Muro Alrededor del Mundo. Pero eso es imposible.

Había visto las fotos de Cottman Cuatro tomadas por el satélite meteorológico. Un planeta frío, un planeta cuyo eje estaba muy inclinado por la presencia de la enorme cordillera de los Hellers, el Muro Alrededor del Mundo, que equivalía a un «tercer polo». Un planeta habitable solamente en una parte relativamente pequeña de uno de los continentes, en el que el resto era un páramo congelado sin señales de vida.

—Empiezas a comprender lo que yo quiero decir —observó Cholayna, sombríamente—. Y tienes entrenamiento en lo que los darkovanos llaman *laran.*

— ¡Fui una tonta al hacértelo saber!

Magda sabía que había cometido un error al mantener incluso este frágil vínculo. Al dejar atrás las ataduras de la Casa del Gremio, debía haber hecho lo que Andrew Carr hizo antes que ella y dejar que los terranos, e incluso tal vez también las Renunciantes, la creyeran muerta.

En la Torre Prohibida había encontrado un hogar,
un mundo de otros como ella, que no pertenecían a ninguna parte en mundos que les exigían que se definieran dentro de categorías estrechas. Calista, la Celadora exiliada de su torre por no poder abandonar ni su amor humano ni el ejercicio de su poderoso *laran* por el que casi había dado su vida; Andrew Carr, terrano, que había descubierto sus poderes y había hallado un nuevo mundo y una vida nueva; Damon, exiliado de una torre, el único hombre que había tenido el valor de demandar lo que a ningún otro se le había permitido durante siglos, que se había convertido en Celador de la torre a la que llamaban Prohibida y había luchado por el derecho a establecer su torre abiertamente; y, ahora, entre ellos, ella misma y Jaelle.

Y había sido tan tonta como para permitir que Cholayna se enterara de algo; cualquier cosa, acerca de esto...

— ¿Quieres que le haga una exploración psi, Cholayna? ¿Por qué no puedes hacer venir a un técnico de Alfa? Podrías enviar un mensaje y tendrías uno aquí dentro de diez días.

—No, Magda. Si ella sigue así, podría caer en una catatonia y no lo sabríamos nunca. Además, si hay algo allí fuera, tenemos que saberlo. Ahora. No podemos mandar un avión hasta no saber qué le ocurrió al otro.

—No hay nada allí fuera. —Magda habló con más dureza de la pretendida—. Las fotografías del satélite no mienten.

—Eso es lo que siempre he dicho. —Cholayna miró fijamente los paneles iluminados de la tapa de su escritorio; como Magda no dijo nada, se incorporó y dio la vuelta al escritorio, para agarrar a la otra por los hombros—. ¡Maldición, algo le ocurrió! Puedo

entender que el avión haya caído. Yo misma nunca he intentado volar por encima de los Hellers, pero he hablado con algunos que lo han hecho. Lo que me asusta es pensar en cómo regresó ella aquí y las condiciones en que está. Si pudo pasarle a Lexie, podría pasarle a cualquiera. No hay una sola persona de Cartografía y Exploración, ni en ninguna parte fuera de la Ciudad Comercial, que esté a salvo hasta que sepamos qué fue lo que la atrapó... y a su avión... y cómo y por qué... ellos la mandaron de vuelta. Tienes que ayudarnos, Magda.

Magda se alejó de Cholayna y miró por la ventana las luces del espaciopuerto extendido a sus pies. Desde allí arriba, podía ver todo el Cuartel General y toda la ciudad hasta la Ciudad Vieja. El contraste era muy marcado: las luces centelleantes de la Ciudad Comercial Terrana, las dispersas luces tenues de la Ciudad Vieja, casi a oscuras a esta hora. En algún sitio de esa oscuridad, estaba la Casa del Gremio y sus amigas; mientras, más allá del paso que era una negrura más profunda contra el cielo nocturno, se erguía la propiedad de Armida, a un día de cabalgada hacia el norte, y allí estaba su nuevo mundo. Si tan sólo pudiera consultar con uno de ellos, con su Celador Damon, con Andrew, quien como ella misma había librado el combate entre su yo terrano y su mundo darkovano. Pero ellos estaban allí y ella estaba aquí; y la situación era únicamente suya, como era exclusivamente suyo este problema sin respuesta.

—Creo que soy la última persona a la que Lexie dejaría que le escarbara la mente, créeme.

Cholayna repuso, y no había ninguna respuesta posible:

—Tampoco le gustaría quedarse en este estado para siempre. Está abajo, en Médica, en la zona de Aislamiento. No quisimos que nadie más supiera lo ocurrido.

Algún día, pensó Magda, al personal del Cuartel General terrano se le ocurriría que había algunas cosas que ni siquiera ellos podían controlar. A ella le importaba un comino si los terranos seguían manteniendo sus pretensiones de omnipotencia; pero había ahora otro ser humano, una mujer, atrapada en sus engranajes. Dijo, con más rudeza de lo que deseaba:

—Vamos, entonces. Pero no soy una técnica-psi entrenada, así que no me culpes si sólo empeoro las cosas. Haré todo lo que esté en mis manos. Eso es todo lo que puedo decirte.

Magda detestaba tener que llamar a la puerta de la Casa del Gremio por la noche; significaba que alguien tenía que despertarse, bajar las escaleras y correr el cerrojo de la puerta. Sin embargo, prefirió hacerlo, por inconveniente que le resultara, y no aceptar el ofrecimiento que le había hecho Cholayna de buscarle algún sitio para quedarse en las habitaciones del Personal Soltero o, incluso, en el Hospedaje de la Sociedad del Puente, donde se alojaban algunas de las enfermeras novicias.

Permaneció tiritando en los peldaños de la entrada, pues, incluso en pleno verano, hacía frío a esa hora, y escuchó el sonido de la campana en el interior de la casa. Después, oyó el crujido del pesado cerrojo y, por fin, la puerta se abrió quejosamente. La voz de una mujer joven preguntó:

— ¿Quién es? ¿Buscas a la partera?

—No, Cressa. Soy yo, Margali n'ha Ysabet —dijo Magda, y entró—. Verdaderamente lamento molestarte, tan sólo me iré silenciosamente a la cama.

—No te preocupes, no estaba dormida. Alguien vino a buscar a Keitha hace un rato. Pobre muchacha, estuvo fuera todo el día y acababa de acostarse cuando un hombre vino a buscarla. Su esposa esperaba el primer niño, así que Keitha estará fuera toda la noche también. En la Reunión General, hace pocas lunas, alguien sugirió que las parteras atendieran los avisos nocturnos, ya que casi todos son para ellas.

—Pero, en realidad, no sería justo —objetó Magda—, se merecen dormir cuando pueden, aunque sólo sea porque siempre duermen mal. Te pido disculpas por haberte despertado. ¿Quieres que te ayude con el cerrojo?

—Gracias, verdaderamente es muy pesado para mí.

Magda se acercó y la ayudó a correr el pesado cerrojo. Cressa se marchó al cuarto de la portera nocturna y Magda subió silenciosamente la escalera hasta el cuarto que le habían dado para compartir con Jaelle durante su estancia en la Casa. Se detuvo ante la puerta se dio la vuelta y fue hasta una puerta cercana, a la que llamó suavemente. Al cabo de un momento, escuchó una respuesta ahogada, hizo girar el picaporte y entró.

—Camilla—susurró—, ¿estás dormida?

—Por supuesto que lo estoy. ¿Acaso podría hablar contigo si estuviera despierta? —Camilla se incorporó en la cama—. ¿Margali? ¿Qué ocurre?

Sin responder, Magda se acercó y se sentó en el borde de la cama, donde se desmoronó, cubriéndose el rostro con las manos.

— ¿Qué ocurre, *bredhiya* —preguntó suavemente Camilla—. ¿Qué te pidieron esta vez?

—No quiero hablar de eso.

Su sensibilidad era tan intensa —había estado utilizando el *laran* a tal nivel— que casi podía escuchar los pensamientos de Camilla, como si la otra estuviera pronunciando las palabras en voz alta:

¡Oh, sí, por supuesto, es porque no quieres hablar por lo que has venido a despertarme en vez de irte a dormir tranquilamente a tu habitación!

Pero, en voz alta, Camilla dijo solamente:

—Te perdiste la cena aquí, ¿al menos te dieron algo de comer en la Zona Terrana?

—Es culpa mía. Después de todos estos años de utilizar el *laran* debí darme cuenta de pedir algo para comer —razonó Magda— pero yo quería marcharme, no podía esperar más. Cholayna me ofreció...

Camilla arqueó las cejas en la oscuridad.

—¿Estuviste usando *laran* en el Cuartel General terrano? Y no quieres hablar de eso. Eso no suena como nada que yo pudiera esperar de Cholayna n'ha Chandria.

Se bajó de la cama y se puso un grueso chal de lana sobre el camisón, calzó sus pies delgados en pantuflas de piel.

—Bien, vamos a la cocina a prepararte algo caliente —dijo.

—No tengo hambre —respondió Magda, con cansancio.

—De todos modos, si has estado usando *laran...* sabes que debes comer y recuperar tus fuerzas...

— ¿Qué sabes tú de eso, por todos los infiernos de Zandru? —le espetó Magda.

Camilla se encogió de hombros.

—Sé lo mismo que sabe todo el mundo. Sé lo que saben los niños de la plaza del mercado. Te conozco a ti. Bajemos, puedes tomar al menos un poco de leche caliente después de esa larga caminata con frío. Quítate las botas, sin embargo, y ponte las pantuflas.

—Maldición, Camilla, no armes un revuelo.

Otra vez el indiferente encogimiento de hombros.

—Si quieres quedarte con la ropa húmeda toda la noche, hazlo. Supongo que alguna de las jóvenes novicias enfermeras se sentirá encantada de tener la oportunidad de cuidarte durante tu pulmonía. Pero no es correcto andar caminando con botas pesadas por los pasillos después de medianoche, despertando a todo el mundo que duerme en el corredor simplemente porque eres perezosa para quitártelas. Si es sólo que estás demasiado cansada, yo te ayudaré.

Fatigosamente, Magda se incorporó para quitarse las botas y la chaqueta empapada.

—Me pondré uno de tus camisones, no quiero despertar a Jaelle.

De alguna manera, se quitó la ropa húmeda y se puso un abrigado camisón de franela gruesa.

—Será mejor que llevemos esta ropa abajo y la sequemos; habrá un fuego en la cocina —propuso Camilla.

Magda estaba demasiado cansada para discutir; cargó las ropas húmedas en un brazo y siguió a Camilla.

Todavía tiritaba mientras atravesaban el corredor y bajaban la escalera, pero en la cocina de la Casa del Gremio ardía el fuego y, cerca de la chimenea, se estaba bien. Una tetera con agua silbaba suavemente sobre las llamas; Camilla buscó jarros en un estante mientras Magda atizaba el fuego y extendía ante él sus ropas húmedas. Camilla le sirvió un poco de té de corteza, después fue a la despensa y cortó un poco de carne fría y pan, que puso sobre la mesa, junto a los cuencos de cereal y de frutas secas, en remojo para el potaje del desayuno.

Magda sorbió con desgana el té caliente y amargo, demasiado cansada para buscar miel en los estantes. No tocó la comida y se quedó sentada, inmóvil, en el banco ante la

mesa. Camilla se preparó un poco de té, pero, en vez de beberlo, se acercó a Magda. Sus fuertes manos masajearon los tensos músculos de los hombros y la nuca de la mujer más joven; al cabo de un largo rato, Magda extendió una mano y tomó una rebanada de pan con mantequilla.

—En realidad no tengo hambre, pero supongo que debo comer algo —con cansancio, se llevó el pan a la boca.

Después de uno o dos bocados, tal como Camilla había esperado, apareció el terrible apetito de cualquiera que hubiera estado trabajando con *laran y* Magda bebió y comió casi mecánicamente. Terminó el pan y la carne y se levantó a saquear la despensa en busca de algunas tortas con especias y azúcar que hubieran quedado del día.

Cuando su hambre estuvo saciada, se reclinó, haciendo girar el banco para poder poner los pies en el guardafuego. Camilla se acercó y se sentó a su lado, poniendo sus propios pies —largos, delgados y, de algún modo, aristocráticos— sobre el guardafuego, junto a los de Magda. Se quedaron juntas, sentadas, sin hablar, mirando el lecho de ascuas. Al cabo de un rato, Magda se incorporó con inquietud y puso más leña en el fuego, haciendo que brotaran las llamas y que las móviles sombras se reflejaran en las paredes de la cavernosa cocina.

Por fin habló.

—En realidad no soy técnica-psi, no al menos de la manera en que lo piensan en la Zona Terrana. No soy terapeuta. El trabajo que hago en Armida es... diferente. Lo que tuve que hacer esta noche fue entrar en la mente de alguien, alguien que es normalmente ciega mental, y tratar de... —Se humedeció los labios con la lengua y dijo—: No es fácil de explicar. No hay palabras.

Miró a Camilla con expresión vacilante. Hacía años que conocía a la mujer que estaba a su lado y hacía mucho que sabía que Camilla tenía o había tenido alguna vez *laran,* aunque la misma Camilla lo negaba. Magda era una de las pocas personas vivientes que conocía toda la historia de Camilla: de sangre Comyn —de la que no se veían rastros ahora, excepto el desteñido pelo de color arena que alguna vez había flameado con el mismo rojo Comyn del de Jaelle—, Camilla había sido raptada cuando era apenas adolescente y la habían violado de manera tan salvaje y abusiva que su mente se había derrumbado. Magda no conocía todos los detalles; sólo sabía que, durante muchos años, Camilla había vivido como soldado mercenario y que ni siquiera los más próximos a ella habían advertido que no era el hombre rudo y decidido que aparentaba ser. Después de varios años de esa vida, Camilla, herida y próxima a morir, se había revelado a una Renunciante: a Kindra, la madre adoptiva de la propia Jaelle. En el Gremio de las Amazonas Libres, Camilla había podido, penosamente y con grandes dudas, volver a asumir la femineidad que durante tanto tiempo había deseado ocultar y a la que había querido renunciar.

Una o dos veces, cuando ambas tenían sus barreras bajas, Magda había percibido que Camilla había conservado algo de la herencia de *laran* de su familia, sea cual fuere esa familia. Estaba segura de que Camilla tenía sangre de uno de los Siete Dominios, las grandes familias de Darkover, a pesar de que ocultaba su *laran.*

Era posible que Camilla supiera, sin que nadie se lo dijera, qué difícil era aquello que los terranos le habían pedido que hiciera.

— ¿Recuerdas haber conocido a Lexie Anders en la reunión de orientación especial que hicieron para las nuevas mujeres que iban a trabajar a la Zona Terrana?

—La recuerdo. Se mostró muy desdeñosa con respecto a la posibilidad de que el *Penta Corí'yo* tuviera algo que ofrecer a las mujeres terranas; a pesar de que las otras mujeres de la Sociedad del Puente señalaron que, después de todo, las mujeres terranas no podían ir a los bares del espaciopuerto como recreo y que la Sociedad les proporcionaría amigas y asociadas y un lugar donde ir cuando ya no pudieran tolerar estar aisladas en el Cuartel General...

—Y yo sé, aunque Lexie no lo sepa, que ésa es una de las razones por las que las empleadas no han sido muy afortunadas en Darkover, hasta que se las trajo aquí y empezaron a sentirse cómodas con el idioma y aprendieron la manera en que se espera que se comporten las mujeres —completó Magda—. Recuerdo que Lexie fue muy ruda y descortés durante la recepción. Hizo que todas nos sintiéramos como... vaya, como nativas, rústicos aborígenes, como si usáramos taparrabos y huesos en el pelo.

— ¿Y tuviste que entrar en su mente? Pobre Margali —se lamentó Camilla—, no creo que su mente sea un lugar agradable para estar; ni siquiera, supongo, para ella. En cuanto a ti...

—No fue sólo eso.

Y, brevemente, le repitió a Camilla lo que Cholayna le había contado acerca del avión perdido y de la misteriosa reaparición de Lexie.

—Así que le dije que yo no era una técnica-psi entrenada y que no me culpase si empeoraba las cosas —continuó—. Y, entonces, bajamos a Aislamiento, en Médica, donde tenían a Lexie.

Magda no recordaba que Lexie Anders fuera una mujer tan pequeña. Tenía una voz fuerte y definida, y modales y posturas tan enérgicas que le causó impresión verla allí tendida, pálida y desmejorada como una niña enferma. Tenía pelo claro, corto y rizado; su rostro parecía casi magullado y las venas azules se transparentaban bajo la piel. Pero lo más penoso era la vacuidad de su cara; Magda sintió que incluso la agresiva rudeza de Lexie era preferible a esta docilidad pasiva e infantil.

Magda había aprendido un poco el dialecto de Vainwal durante sus años de entrenamiento en el planeta Alfa, en la Academia de Inteligencia.

— ¿Cómo te sientes, teniente Anders?

—Me llamo Lexie. No sé por qué me tienen aquí,
no estoy enferma —habló Lexie, con tono infantil y quejoso—. ¿Vas a volver a pincharme con agujas?

—No, te prometo que no te pincharé con agujas.

Magda arqueó inquisitivamente las cejas en dirección a Cholayna, quien dijo en voz baja:

—Los médicos probaron con pentotal; pensaron que, si se trataba de un simple shock emocional, eso podría ayudarla a revivirlo y a hablar acerca de lo ocurrido. No dio resultado.

Magda pensó durante un momento. Si Lexie Anders había estado, en un momento, en un avión a punto de estrellarse en los páramos helados que rodeaban el Muro Alrededor del Mundo y, al momento siguiente, a las puertas del espaciopuerto del Cuartel General de Thendara, el shock emocional pudo haberla reducido a este estado.

— ¿Sabes dónde estás, Lexie?

—Hospital. Ellos me lo dijeron. —Apoyó con cansancio su cabeza rizada en la almohada—. No me siento enferma en absoluto. ¿Por qué estoy en un hospital? ¿Eres médica? No lo pareces, no con esas ropas.

—Entonces... ¿no recuerdas nada de lo ocurrido?

En una oportunidad, Magda había observado a Lady Calista mientras trataba un caso de shock: un hombre que había visto a cuatro miembros de su familia morir ahogados durante una terrible inundación.

— ¿Puedes decirme lo último que recuerdas?

—Recuerdo... un gatito —dijo Lexie, con una mueca pueril—. Se escapó.

— ¿No recuerdas el avión?

— ¿Avión? Mi papá vuela en avión. Yo quiero pilotar uno cuando sea mayor. Mi primo dice que las chicas no conducen aviones, pero papá dice que sí, que algunas chicas lo hacen, e incluso naves espaciales.

—Por supuesto que sí.

Magda recordó por un momento una ambición
propia (más o menos en el momento en que descubrió la diferencia entre sus padres y los padres de los niños darkovanos que la rodeaban, con los que había crecido), la ambición de ser piloto de naves espaciales. Supuso que todas las muchachas aventureras e inquietas tenían ambiciones similares y eso creó un momentáneo vínculo de simpatía.

—Lexie, supongamos que te digo que has olvidado muchas cosas, que eres completamente adulta y que volabas en un avión, que estás aquí porque tu avión se estrelló. ¿Quieres pensarlo, por favor? ¿Qué dirías a eso?

Lexie ni siquiera se detuvo a pensar. Su pequeño rostro ya estaba convulsionado en una risa burlona.

—Diría que estás loca. Loca mujer, ¿qué estás haciendo en un hospital, tratando de actuar como doctora? ¿Es éste un hospital de locos?

El breve momento de simpatía que Magda había experimentado hacia Lexie se evaporó. Una niña desagradable, pensó, que creció para convertirse en una mujer aún más desagradable. Sin embargo, recordó aquello que Calista, cuando la entrenaba en las artes del trabajo con matriz, le había dicho acerca de esta clase de cosas:

Se burlan de nosotros porque nos temen. Si alguien es rudo y desagradable mientras tratas de ayudarlo, es por temor, porque todos temen lo que les harás ver o comprender. Por más profundamente que oculten su razón, algo en ellos sabe y comprende; y temen abandonar la protección que les da el shock.

(En la Casa del Gremio, ante el fuego, horas más tarde, Magda volvió a recordar y a repetir estas palabras, tan profundamente absorta en sus propios recuerdos que no vio que los músculos de Camilla se tensaban ni la tensa inclinación de cabeza con la que asintió a sus palabras.

Había muchas cosas que Camilla no podía o no quería recordar de su propio suplicio.)

Magda ignoró la *rudeza,* de Lexie. Tomó la piedra matriz que pendía de su cuello, y desenvolvió con cuidado todas las capas protectoras. Hizo rodar en la palma de su mano la piedra azul, en cuya profundidad centelleaban ocultos fuegos azules. Los ojos de Lexie siguieron los móviles colores de la gema.

—Bonito —dijo con su voz infantil—. ¿Puedo... verla?

—En un minuto, tal vez. Pero no debes tocarla, porque te hará daño.

Para una persona desfasada, particularmente para un no-telépata, tocar una matriz sintonizada podía provocarle un shock serio y doloroso; peor aún, podía producir un shock, tal vez fatal, al operador de la matriz, sintonizado con la piedra. Mantuvo el cristal psi-sensible lejos de los pueriles dedos de Lexie, deseosos de tomarla.

—Mira dentro de la piedra, Lexie.

Lexie dio vuelta la cara.

—Me hace doler la cabeza.

Eso era normal. Pocas personas desentrenadas podían soportar mirar dentro de una matriz sintonizada y, evidentemente, el potencial psi de Lexie era muy escaso. Magda se dio cuenta de que, al menos, debería haber pedido que la dejaran echar un vistazo en el fichero de la teniente Alexis Anders, en Registro de Personal, para saber cuál era su nivel determinado de capacidad psi. Ahora probaban a los terranos en ese campo. Le hubiera resultado útil saberlo.

Pero no lo había hecho y ya no había manera. Sostuvo la matriz ante los ojos de Lexie.

—Quiero que mires en el interior de la piedra, para que podamos saber qué es lo que te ocurre y por qué estás en este hospital.

Magda habló con lentitud y deliberación, con voz amistosa pero firme. Lexie renegó como una niña y, ante la voz y la actitud dominante de Magda, finalmente fijó los ojos en los cambiantes colores de la piedra.

Magda la observó hasta que su rostro se distendió. No estaba segura de cómo manejaría esto un técnico-psi cualquiera pero, durante casi siete años, había sido entrenada intensivamente en los usos de una matriz. Las palabras del Juramento del Monitor, que se exigía a cualquier telépata poco después de que le fuera confiada una matriz, resonaron brevemente en su cabeza: *No entrar en mente alguna salvo para ayudar o curar, y nunca por lograr poder sobre cualquier otro ser.*

Entonces, hizo un breve contacto con la mente de Lexie Anders. En la superficie era un barullo, una criatura confundida que no sabía lo que había ocurrido. En un nivel más profundo, algo se estremecía y temblaba, algo que no deseaba saber. Suavemente, Magda tocó la mente infantil (una mano que se entregaba a la suya, confiadamente, tal como una niñita toma la mano de una hermana mayor; dejó que esa calidez persistiera un momento, ya que quería que Lexie confiara en ella).

¿Quién eres tú? Da miedo, no puedo recordar.

Soy tu amiga, Lexie. No permitiré que nadie te haga daño. Eres una chica mayor ahora. Querías pilotar un avión, ¿recuerdas? Vamos, encontremos ese avión. La primera vez que tus manos tocaron los controles. Mira el avión. Los controles están en tus manos. ¿Dónde estás, Lexie?

Las manos de la mujer joven se curvaron, recordando, como si estuvieran posadas en

los controles que había manejado...

De repente, la quejosa voz infantil que balbuceaba en el dialecto de Vainwal cambió; se hizo seca, precisa,
en el idioma terrano habitual, hablado con la precisión de aquéllos para quienes era un segundo idioma adquirido.

—Anders, Alexis, Cadete Recluta, informando como se ordenó, señora.

No tenía sentido conducirla por medio de órdenes verbales. La simple sugestión hipnótica hubiera traído al presente a un sujeto menos traumatizado; pero Magda ya había visto de qué modo el intelecto consciente de Lexie, e incluso su mente inconsciente, se negaban a entregarse al nivel de la mera sugestión. Una vez más volvió a deslizarse dentro de la mente de la joven, buscando a la niña que había caminado confiadamente de su mano.

Teniente Anders, ¿cuándo fue promovida?

Diez días después de mi traslado a Cottman Cuatro. Decidí transferirme a, Cartografía y Exploración.

Magda estaba dispuesta a preguntar, directamente dentro de la mente de Lexie, por qué la joven había hecho la solicitud de transferencia. Sin duda, Cholayna había sido monstruosamente injusta con ella, Magda, al hablar de la leyenda Lorne y de la incapacidad de Lexie para competir con la mujer mayor y más famosa. Pero se contuvo. ¿Acaso era eso relevante para el problema de Lexie, o es que ella, Magda, simplemente caía en el deseo de explicarse y justificarse? Suavemente, restableció el contacto telepático, pero la aceptación infantil había desaparecido. Magda lo lamentó, lamentó la desaparición de la imagen de una hermanita caminando de la mano junto a ella.

Cuénteme acerca de su trabajo en Cartografía y Exploración, teniente. ¿Le agrada?

Sí. Lo adoro. Puedo trabajar sola y nadie me molesta. En Inteligencia no me gustaba. Había demasiadas mujeres. No me gustan las mujeres. No confío en ellas. Siempre dispuestas a apuñalarte por la espalda. Una
puede confiar en un avión. Hace lo que una le dice y, si algo anda mal, es siempre culpa de una.

Su rostro estaba casi animado.

Lenta, cuidadosamente, Magda se insinuó en la memoria de Lexie. No se trataba de una amnesia ordinaria, en la que la mente elige selectivamente rechazar una carga intolerable; era un rechazo total. La mente de Magda se entrelazó con la de Lexie: nunca había manejado los controles de un avión, ni grande ni pequeño, pero ahora sus manos cubrieron las de Lexie y compartió con ella la visión circular completa de todos los puntos de la brújula, las heladas montañas extendidas allá abajo, la definida precisión de cada movimiento y cada idea. Se desplazaba más hacia el norte, estaba a punto de establecer un récord, si es que el condenado avión cooperaba. Su habilidad era tal que esas enloquecedoras corrientes de vientos cruzados y de ráfagas surgentes apenas si la mecían un poco, aunque cualquier otro piloto hubiera sufrido terribles sacudidas. Entonces...

Lexie Anders gritó y se sentó rígidamente en la cama. Magda, sufriendo la súbita interrupción del contacto, se quedó mirando fijamente, los ojos muy abiertos.

—Me estrellé —habló Lexie, en su más expresivo terrano estándar—. Lo último que recuerdo es la caída. Y, después, estaba aquí, a las puertas del Cuartel General. Demonios, Lorne, ¿también estás metida en Médica? ¿Hay algún pastel en todo este planeta en el que no metas los dedos?

—Entonces, ¿qué les dijiste? —preguntó finalmente Camilla.

—No pude darles ninguna explicación razonable —contestó Magda—. Eché mano de las excusas habituales. Le dije a Cholayna que era posible que, cuando
el avión se estrelló, Anders desarrollara una súbita corriente de potencial psi, antes insospechado, y que se teletransportara hasta aquí. No es algo insólito ni desconocido que, bajo una amenaza de vida o muerte como ésa, alguien haga algo que no creía tener siquiera una remota posibilidad de hacer. Una vez yo misma hice algo semejante; no física, sino mentalmente.

Ella y Jaelle, en una cueva de una ladera, con Jaelle desesperadamente enferma, después de abortar el hijo de Peter Haldane. Huir parecía imposible. De alguna manera,

nunca supo cómo, había buscado con la mente establecer contacto, había pedido ayuda y, de algún modo, le habían respondido.

—Esa clase de cosas nunca aparece en las pruebas de laboratorio, porque no se puede engañar a la mente subconsciente: la hipnosis, o lo que sea, hace que la mente consciente crea que está en peligro; pero, en lo profundo, todos saben muy bien que la amenaza no es verdadera.

Suspiró, pensando cómo, durante unos minutos, le había gustado verdaderamente la niña que Lexie había sido.

—Pero tú no crees en esa explicación —la reprochó Camilla.

—Camilla, sabía que era mentira cuando lo dije.

—Pero ¿por qué tenías que mentir? ¿Qué le ocurrió verdaderamente a Lexie Anders?

Antes de responder, Magda tomó la mano de Camilla.

—La cuarta noche que pasé en esta casa, mi primera Sesión de Entrenamiento como Renunciante... ¿Recuerdas? Esa misma noche había una reunión de una sociedad llamada la Hermandad. ¿Recuerdas que yo perdí el hilo de lo que me preguntabas y que me regañaste y me amedrentaste por no prestar atención a lo que estaba ocurriendo?

—No particularmente. ¿Por qué? ¿Y qué tiene que ver la Hermandad con Lexie Anders? —se incorporó en su banco y tomó su taza de té frío; sorbió.

—Deja que te prepare una taza nueva —dijo Magda, tomó las dos y sirvió el té. Luego, fue a llenar la tetera.

Finalmente, sabiendo que demoraba la conversación, contó:

—Durante esa reunión, vi... algo. Entonces no sabía cómo llamarlo, creí que era una... forma mental de la diosa Avarra. Por supuesto, en ese momento pensé que era una alucinación, que en realidad eso no estaba allí.

Camilla confesó:

—Yo también la he visto, durante las reuniones de la Hermandad. Sabes que las Renunciantes se formaron a partir de dos sociedades: la Hermandad de la Espada, que era una casta militar, y las sacerdotisas de Avarra, quienes eran curadoras. Creo que la Hermandad invoca a Avarra en todas sus reuniones. Pregunto una vez más: ¿qué tienen que ver sus prácticas religiosas con Lexie Anders?

Magda permaneció apoyada sobre la mesa, sosteniéndose la cara con los puños. Su rostro era severo y distante, recordaba. Habló, y su voz fue tan sólo un susurro horrorizado.

—Otras dos veces, vi... algo. No a la diosa Avarra. Figuras veladas. Un murmullo de... un sonido como de cuervos graznando. Una vez pregunté: ¿Quiénes son?

Camilla preguntó, y su voz se hizo más tenue, como respondiendo al helado terror que percibía en la de Magda:

— ¿Y ellas...? ¿Hubo alguna respuesta?

—Ninguna que tuviera sentido para mí. Me pareció escuchar... en realidad, escuchar no, más bien sentir las palabras *La Hermandad Oscura.* Algo... —Magda arrugó la cara, tensa; era tenue, casi como tratar de recordar
un sueño en pleno día—. Sólo que eran alguna clase de guardianes, pero no podían interferir. Y justo cuando estaba por llegar al punto en que Lexie revivía y recordaba la caída, vi eso. Otra vez.

Se le cerró la garganta, su voz se convirtió en un hilo susurrante:

—Muros. Una ciudad. Figuras veladas. El graznido de los cuervos. Y nada. Después... nada.

Camilla se alejó y atizó el fuego. Con cuidado, palpó los pantalones de Magda para ver si se habían secado.

—Déjalos unos minutos más.

— ¡Camilla! Tú sabes algo de la Hermandad, ¿qué son?

Camilla seguía ocupada con la ropa a medio secar.

—Si lo supiera —dijo—, me pasaría como a Marisela: habría jurado guardar el secreto. ¿Por qué crees que esa gente no convierte eso, lo que fuere que sepan, en parte de las sesiones regulares de entrenamiento? ¡Secretos, bah! Una vez, Marisela me insistió para que me uniera a ellas. Cuando me negué, se irritó mucho conmigo. ¿No te enojaste cuando Lexie se negó a formar parte del *Penta Cori'yol*

Eso era, diferente, pensó Magda, aunque no podía definir cómo. No estaba

acostumbrada a defenderse de Camilla, ya no.

— ¿No te gusta Marisela?

—Desde luego que me gusta. Pero me negué a convertirla en guardián de mi conciencia y, por supuesto, nunca me lo ha perdonado. Pero la primera vez que me dijo que me uniera a la Hermandad, me dijo algo de sus propósitos originales. Casi todo tiene que ver con el Juramento, ese asunto de siempre, las mujeres como hermanas, *Menda pre' zbiuro,* hermana y madre e hija de todas las mujeres... Pero hay más, y es enseñar el *laran* a los que no han nacido Comyn y, por tanto, no pueden recibir entrenamiento en las torres comunes. Hasta trató de asustarme; me amenazó con que sufriría todo tipo de horribles consecuencias si no estaba dispuesta a tragar su clase de medicina para curar todos mis males.

—Eso no es propio de Marisela —observó Magda.

—Oh, créeme, no lo dijo con esas palabras. No me intimidó ni me dijo haz lo que te digo si no quieres sufrir cosas terribles; no, se trataba más bien de que parecía temer por mí. Era algo así como... «Déjame ayudarte, pobrecita, pues no te imaginas lo espantoso que será.» Tú entiendes lo que te quiero decir.

Magda escuchó la parte no dicha: «y sabes cuánto odio esa clase de cosas», con tanta claridad como había escuchado lo que Camilla había dicho en voz alta. Sabía que Camilla confiaba en ella lo suficiente para saber que Magda no se aprovecharía, pues, si no, jamás le hubiera permitido captar la idea.

—Entre otras cosas, Marisela trató de decirme que una telépata no entrenada es un peligro para sí misma y para todas las que la rodean. —La mirada desdeñosa de Camilla reveló a las claras lo que pensaba al respecto.

Pero es perfectamente cierto, pensó Magda, recordando su propio entrenamiento. Y el intento de bloquear su *laran* casi había matado a Jaelle.

Si Camilla había logrado hacerlo sin dañarse, debía de tener un control de acero, una autodisciplina tan perfecta...

Claro que Camilla tenía que tener ese control de acero y esa autodisciplina perfecta; tenía que tenerlos o, si no, nunca hubiera sobrevivido a lo que le había ocurrido. Y, si tenía la fuerza necesaria para sobrevivir
a todo ello, eso es que tenía también el control y la disciplina necesarios. Sólo que a Magda no le sorprendió que Marisela no lo creyera así.

—En ese momento, después de que fui... cambiada y me recuperé —prosiguió Camilla, con voz casi inaudible—, Leonie me ofreció lo mismo. Dijo algo parecido: que yo había nacido en una casta con *laran* y que, por tanto, no podría sobrevivir sin el entrenamiento. Respeto a Leonie... fue buena conmigo cuando yo necesitaba mucho esa bondad. Salvó algo más que mi vida, salvó mi razón. Por lo demás, yo hubiera estado más cómoda con los bandidos que me maltrataron; al menos, cuando me violaron, no fingieron que lo hacían por mi propio bien.

Magda no dijo una palabra. Sólo dos veces, en todos los años de relación entre ellas, Camilla se había referido al trauma de su adolescencia, que la había transformado en lo que era; Magda tenía idea de lo que le había costado a Camilla hablar de eso, incluso con ella. Bruscamente, Camilla alzó la túnica y la chaqueta que se secaban ante el fuego y empezó a doblar vigorosamente ambas prendas.

—Como a Jaelle, me pidieron que me uniera a la Hermandad. Y, como Jaelle, me negué. No me gustan las sociedades secretas ni las hermandades y me reservo el derecho de decir cuando quiera y a quien quiera, lo que sé. Creo que saben que lo que creen es puro sinsentido y superstición. —Plegó la boca en un gesto sombrío.

—Entonces, ¿cómo explicas lo que me ocurrió a mí, Camilla? En las Kilghard Hills, en esa caverna. Sé lo que ocurrió, porque me ocurrió a mí. Estábamos aisladas. Jaelle agonizaba. Las dos hubiéramos muerto en esa caverna de las montañas; grité pidiendo ayuda. Y... me respondieron. ¡Me respondieron, te digo!

—Tú tienes *laran* y supongo que el terrano de la
Torre Prohibida... ¿Cómo se llama, Andrew Carr? Supongo que el tal Andrew Carr te escuchó y te respondió.

—Ann'dra. —Magda utilizó deliberadamente el nombre darkovano de Carr—. Sí, tiene *laran.* ¿Pero qué lo instó a buscarme en primer lugar? Por lo que él sabía, yo estaba en Thendara, encerrada en la Casa del Gremio como un insecto en una alforja. En cambio

mandó un equipo a buscarnos y nos encontró a tiempo para salvar la vida de Jaelle.

—Ferrika —apuntó Camilla—. Ella es miembro de la Hermandad. Y también Marisela. Marisela sabía que te habías marchado y sabía en qué estado estaba Jaelle. Y Ferrika es partera en Armida...

—Es más que eso —corrigió Magda—. Es miembro pleno del Círculo de la Torre.

Camilla adoptó una expresión escéptica y Magda insistió:

—Lo es, tanto como yo.

Camilla se encogió de hombros y dijo:

—Entonces, ahí tienes tu respuesta.

— ¿Y la visión que tuve? Mujeres veladas... cuervos graznando...

—Tú misma lo dijiste: estabas desesperada, creías que Jaelle se moría. Las personas desesperadas ven visiones. No creo que en tu respuesta haya habido en absoluto algo sobrenatural.

— ¿No crees que... una petición de ayuda de esa clase pueda ser respondida?

—No, no lo creo.

— ¿Porqué no?

Los labios de Camilla se apretaron hasta formar una línea.

— ¿No te imaginas que yo... recé? Pedí ayuda con toda mi fuerza. No sólo ayuda humana, se la pedí a todos los dioses y a cualquier fuerza sobrenatural que pudiera haber a mi alrededor. Si te escucharon a ti, ¿por qué no me escucharon a mí? Y, si me escucharon y no respondieron... ¿qué clases de dioses o de ayuda eran?

Magda retrocedió ante la incontestable amargura del planteamiento de la otra mujer.

Camilla prosiguió, sin interrumpirse:

—Tuviste una visión, *bredhiya.*

Usó esa palabra que significaba originalmente «hermana», con la inflexión íntima que podía significar «querida» o «amada» y que sólo se utilizaba en la mayor intimidad o con una amante juramentada.

—Tuviste una visión, un sueño, fue tu Ann'dra quien te escuchó. O, tal vez, Marisela, quien avisó a Ferrika de que una hermana estaba en peligro.

Como eso era sin duda posible y, en cualquier caso, era más racional que sus propias convicciones, Magda no intentó contradecirla. El rostro de Camilla se distendió un poco y prosiguió:

—He oído decir que la Hermandad fue creada para hacer por las mujeres lo mismo que los hermanos *cristoforos* de Nevarsin hacen por los hombres. Pero, a diferencia de los hermanos de Nevarsin o del Comyn, la Hermandad, eso me han dicho, no exige piedad ni conformidad a cambio de su instrucción. Hay un viejo cuento, una fábula si te parece, pero algunos del Comyn la creen, que dice que el *laran* de los Siete Dominios existe porque ellos son descendientes de los dioses. —Las cejas de Camilla, desdeñosamente arqueadas, revelaron a Magda lo que la *emmasca* pensaba de todo eso—. No les convenía que la gente común tuviera este don o creyera que lo tenía o que fuera entrenada para usarlo, como a veces sucede y, por eso, les hacen creer que han nacido fuera de la casta sagrada. No sé qué pasará con el Comyn cuando todos comprendan por fin que el *laran* aparece incluso en terranos como tu Andrew Carr. Pero, para hacerles justicia, debo decir que si algunos Comyn advierten que un plebeyo posee *laran,* a veces lo hacen entrenar por lo general, en una de las torres menores, como Neskaya. No dudo en absoluto que tu Andrew podría...

—No dejas de llamarlo mi Andrew. No lo es, Camilla.

Camilla se encogió de hombros.

— ¿Quieres más té? —ofreció—. Éste está frío. —Y, en efecto a pesar del fuego de la chimenea, una delgada capa de hielo había empezado a formarse en la superficie del té de Magda—. ¿O preferirías subir a dormir?

—No tengo sueño.

Magda se estremeció; todavía estaba vivo en ella el recuerdo de lo que había visto en la mente de Lexie y se preguntaba cómo se las arreglaría para poder dormir. Se incorporó y vertió agua hirviendo en el jarro; luego, le ofreció a Camilla. La mujer mayor sacudió negativamente la cabeza.

—Si tomo más, ¡jamás me dormiré! Tampoco tú.

— ¿Por qué tendría que dormir? Esperaba partir al amanecer y ahora no puedo.

Cholayna me ha pedido que me quede hasta que todo esto se resuelva.

—Y, por supuesto, tú tienes que hacer lo que te ordena Cholayna, ¿no?

—Es mi amiga. Me quedaría si tú me lo pidieras, ¿por qué no si me lo pide ella? Pero me gustaría volver con mi hija.

—Unos pocos días más no debilitarán el vínculo, *bredbiya.* —El rostro de Camilla se distendió en una sonrisa—. Me gustaría verla... a tu hija.

—El viaje hasta Armida no es tan largo y, a pesar de todo lo que dices sobre que estás vieja, Camilla, ¡sé perfectamente bien que mañana mismo partirías rumbo a las Ciudades Secas o a Dalereuth o hasta el mismo Muro Alrededor del Mundo si tuvieras alguna buena razón! ¿Por qué no viajas conmigo, cuando yo vuelva, y ves a mi pequeña Shaya?

Camilla sonrió.

— ¿Yo? ¿Entre todos esos *leronis*—Son mis amigos y mi familia, Camilla. Te recibirían solamente por ser mi amiga.

—Algún día, tal vez. Pero no esta vez, creo Shaya... así llamábamos a Jaelle de niña. ¿De modo que la llamaste así por ella? ¿Cómo es? ¿Es parecida a ti, tu hija?

—Tiene el pelo rizado como yo, pero no tan oscuro; sus ojos son como los míos, pero Ferrika cree que se le oscurecerán con la edad. Para mí, se parece a mi padre; sé que tiene sus manos. Es raro, ¿verdad? Renunciamos a nuestros padres al pronunciar el Juramento y, sin embargo, no podemos renunciar del todo a ellos, reaparecen en los rostros de nuestros hijos.

—Tal vez esté bien que yo no tenga ninguna hija. ¡No me hubiera gustado ver en ella el rostro del hombre que renunció a mí antes de que yo pudiera renunciar a él! Tu padre, sin embargo, parece haber sido un hombre notable y me atrevo a decir que no tienes motivos para resentirte porque tu hija se le parezca. Pero ¿y qué hay del padre de ella? Supuse, desde luego, que era el mismo lord Damon Ridenow que engendró la niña de Jaelle; los señores del Comyn son instados a tener hijos e hijas en todas partes, tal como hizo mi propio padre. Es raro que, aunque mi madre quedó embarazada de un hombre cuyo linaje era muy superior al de ella, por lo que la casaron con otro muy por debajo de ella, ambos fueron demasiado orgullosos para aceptar que yo pudiera estar embarazada de uno de los canallas que... Bien, basta de eso. Pero, como decía me parecía razonable que lord Damon fuera el padre de tu hija así como de la de Jaelle.

Magda se rió.

—Oh, Damon no es así. Créeme, no lo es. Jaelle lo eligió como padre de su niña, pero fue su elección. Quiero mucho a Damon, pero no es mí amante.

— ¿El terrano, entonces? Tu Andrew Carr... ¿Lord Ann'dra? Es de los tuyos. Podría comprender yo eso... bueno, en la medida en que puedo entender el deseo por un hombre.

—Al menos tú no lo condenas, como muchas mujeres del Gremio, que consideran que es traicionar el Juramento.

Camilla soltó una risita.

—No, viví muchos años entre hombres, como uno más de ellos, y sé que son muy semejantes a las mujeres; aunque tal vez no sean tan libres de ser lo que son. Es una lástima que no haya Casa del Gremio para ellos. Jaelle me ha hablado un poco de Damon. ¿Pero se trata de Andrew, entonces?

—Amo a Andrew —aclaró Magda—, casi tanto como a Lady Calista. Cuando decidí que quería tener un hijo, los tres lo hablamos.

Sabía que nunca podría explicarle a Camilla cómo era la relación dentro de la Torre. No era parecida a nada que hubiera conocido antes. En muchos aspectos, se sentía más cerca de Camilla que de cualquier otro ser humano, deseaba poder compartir también esto con ella; pero ¿cómo podía lograr que lo comprendiera? Camilla, quien había elegido bloquear su *laran y* vivir toda su vida como una ciega mental. Le hacía daño sentir que la mente de Camilla estaba cerrada para ella.

El vínculo de la Torre Prohibida se había ampliado para acogerla; se había convertido en parte, mente y cuerpo y corazón, del círculo de la Torre. Hasta que nació la niña de Jaelle, ella no había sabido verdaderamente hasta qué punto deseaba un hijo propio. Todos ellos estaban tan próximos que, por un tiempo, había parecido natural que también ella tuviera un niño de

Damon, para que su hija y la de Jaelle fueran verdaderamente hermanas. Sin embargo, más que con Damon, su vínculo más estrecho era con Andrew Carr; al igual que ella, Andrew

había descubierto que en el mundo de los terranos no había un lugar para él.

—Finalmente, sin embargo —concretó Magda—, Andrew y yo decidimos que no. En realidad, fue elección de Andrew, no mía. Sentía que no deseaba engendrar una criatura a la que no pudiera criar como propia y yo no quería concederle ese privilegio. Elegí al padre de mi hija porque, aunque nos gustábamos mutuamente, era alguien de quien yo sabía que podría apartarme sin demasiado dolor.

Quedó en silencio, con la mirada perdida, y Camilla se preguntó qué estaría pensando.

—Te diré su nombre si lo quieres saber, *hredbiya.* Tiene su propia casa, hijos propios; pero me prometió, si yo tenía un hijo y no podía ocuparme de él, que lo criaría y le daría el mejor comienzo en la vida. Si yo tenía una hija, juró que no haría ninguna reclamación sobre ella. Su esposa estuvo de acuerdo; yo no hubiera hecho nada sin el consentimiento de su esposa.

—Siento curiosidad por ese dechado de perfección, pero tienes derecho a tus secretos, querida mía. —Volvió a incorporarse y a tocar el pantalón de Magda—. Cubre el fuego. Hace rato que deberíamos estar en la cama. Aunque tú no salgas al amanecer, yo tengo cosas que hacer mañana.

Rodeó a Magda con un brazo mientras ambas subían silenciosamente la escalera; y, sólo cuando estaba a punto de dormirse, Magda advirtió que, después de todo, Camilla, en realidad, no había dicho nada acerca de la Hermandad.

Uno o dos días más tarde, encontró a Marisela, la partera mayor de la Casa del Gremio, disfrutando de un raro momento de soledad en la sala de música, tañendo perezosamente un *rryl.* Pero, cuando Magda se disculpó por su intrusión y ya se disponía a marcharse, Marisela dejó a un lado la pequeña arpa y le dijo:

—Por favor, no te marches. En realidad, no tengo nada que hacer y sólo estaba matando el tiempo, fingiendo que sé tocar. Siéntate y conversa conmigo. Últimamente no nos vemos nunca.

Magda se sentó y observó a Marisela mientras ponía el instrumento en su estuche.

—Recuérdame que debo decirle a Rafaella que se ha roto una cuerda; la quité, pero no puedo reemplazarla. Bien, Margali, ¿quieres conversar, o quieres preguntarme algo?

Magda le preguntó:

— ¿Recuerdas cuando yo acababa de ingresar en la casa para mi tiempo de reclusión? En mi primera Sesión de Entrenamiento, tuve una visión de la diosa Avarra. Sé que procedía de la Hermandad. Y ahora otra vez me he encontrado... Marisela, ¿me dirás algo sobre la Hermandad?

Marisela jugueteó con los cierres del estuche del instrumento.

—Hubo una época —dijo al fin— en que pensé que estabas preparada para la Hermandad y, con gusto, te hubiera tenido entre nosotras. Pero, cuando abandonaste la Casa del Gremio, te fuiste a otra parte para recibir entrenamiento de tu *laran* y, por esa razón, no me siento en libertad de discutir contigo los secretos de la Hermandad. No puedo decirte nada, querida. Estoy segura de que estás tan bien en la Torre Prohibida como lo estarías entre nosotras y, si alguna vez me dolió tu elección, fue hace ya mucho tiempo. Pero, lo siento. No debo hablar de estas cosas con una extraña.

Magda experimentó un sentimiento de total frustración.

—Si esa gente que se llama a sí misma la Hermandad Oscura ha establecido contacto conmigo, ¿cómo puedes decir que soy una extraña? Si me hablaron...

—Si es que lo hicieron —la interrumpió Marisela—. Oh, no, querida, estoy segura de que no estás mintiendo; pero, cuando eso ocurrió, tú sufrías una gran tensión. Puedo decirte sólo esto: la Hermandad son aquellas que sirven a Avarra; nosotras, en el plano de lo que llamamos vida física y ellas, las Oscuras, en el plano de existencia conocido como supramundo. Supongo que, en casos tan extremos, si tienes el talento suficiente para llegar al supramundo pueden escucharte allí y enviar un mensaje. Tú estás intensamente dotada de *laran,* tal vez estableciste contacto con Las Que Escuchan y ellas te respondieron desde su morada.

Hizo una pequeña pausa y, deliberadamente, cambió de tema.

—Pero, ahora, cuéntame lo que has hecho durante estos últimos años. En verdad, no he tenido oportunidad de conversar contigo desde que nació tu hija. ¿La niña está bien y crece? ¿Fue un bebé grande y fuerte? Le dijiste a Doria que había sido destetada; ¿cuánto tiempo la amamantaste?

—Un poco menos de un año —respondió Magda, sin lamentar verdaderamente que hubieran abandonado el frustrante tema y perfectamente dispuesta a satisfacer el interés profesional de la partera—. Cuando le empezaron a salir los dientes, estuve perfectamente dispuesta y contenta de decirle: ¡si eres suficientemente grande para morder, ya eres suficientemente grande para comer pan!

Con una inesperada oleada de nostalgia del hogar, sintió que extrañaba a su hija, ese pequeño cuerpo movedizo entre sus brazos o cómodamente dormido en su regazo, esa niña que se escapaba cuando iba a peinarla o a vestirla y que huía desnuda del baño...

—Es muy fuerte y a mí me parece muy inteligente y rápida, muy independiente para tener dos años. De hecho, trata de vestirse sola. Por supuesto que todavía no puede; ¡se queda trabada con la túnica en la cabeza y grita para que venga su niñera a liberarla! ¡Pero lo intenta! Dice mamá, pero no siempre refiriéndose a mí; se lo dice a Jaelle, a Ellemir...

—Nunca he conocido a Lady Ellemir, pero Ferrika y Jaelle han hablado de ella. Siempre pensé que tú no tendrías problemas para tener hijos. ¿Pasaste un mal momento?

—No tenía nada con qué compararlo. Me resultó duro, pero no tan duro como lo fue para Jaelle.

—No he tenido la oportunidad de hablar de eso con Jaelle. ¿Fue difícil para ella? Supuse que si había tenido una criatura, querría otra.

—La quería, pero Ferrika no lo aconsejó. Cleindori está hermosa, cumplió cinco años el último Festival de Primavera.

— ¡Qué peculiar, llamar a una niña así, por la flor de kireseth!

—Se llama Dorilys, es un nombre de familia entre los Ardáis, creo, y Lady Rohana fue la madre adoptiva de Jaelle. Pero la niña es rubia y su niñera la viste siempre de azul, así que un día Ferrika dijo: parece la campánula de la flor, toda cubierta de polen dorado. Es tan bonita que no existe nadie que pueda negarle nada, así que, por supuesto, está terriblemente malcriada; pero tiene un carácter tan dulce que tanta atención no parece haberle hecho daño. También es muy rápida e inteligente, las otras niñas la miman y la malcrían y los muchachos la tratan como a una pequeña reina.

—Y me atrevería a decir que también tú le rindes homenaje —completó Marisela, riéndose, y Magda lo admitió.

—Oh, siempre la he querido especialmente. Cuando nació Shaya, esperé que Cleindori se pusiera celosa, pero no fue así. Insiste en que es su hermanita y quiere compartir todo con ella. Cuando Shaya tenía solamente dos meses encontramos a Cleindori tratando de ponerle al bebé su propia túnica de fiesta; ¡y no sé cuántas veces hemos tenido que recordarle que, aunque es bueno ser generosa, Shaya no podía comer pan con especias o torta de nueces mientras no tuviera dientes!

—Es mejor que la rivalidad natural adquiera esa forma y no los celos —comentó Marisela—. La pequeña ha decidido competir contigo como madre, en vez de competir con Shaya como bebé.

No era la primera vez que Magda quedaba sorprendida por la penetración psicológica de Marisela. Había sido una saludable lección para Magda, quien durante mucho tiempo había pensado que una cultura no tecnológica carecería de conocimientos psicológicos avanzados. Pero, por supuesto, si Marisela pertenecía a la Hermandad, cuya especialidad era entrenar en *Ilaran* y las capacidades psíquicas de los que estaban fuera del sistema normal de las torres, no resultaba sorprendente. La conciencia que Magda tenía de sus propios procesos mentales se había incrementado mil veces cuando empezó a explorar su *Ilaran.*

—Y el padre —preguntó Marisela— ¿siguió la costumbre y permaneció contigo durante el parto?

—Lo hubiera hecho si yo se lo hubiera pedido; pero, como accedió a no hacer ninguna reclamación, fue a Jaelle a quien le pedí que estuviera conmigo, a Jaelle y a Lady Calista.

Nunca le había dicho a nadie —aunque Marisela sin duda lo habría comprendido— que, en la profunda sensación de impotencia y de poder del parto, a quien en realidad habría querido con ella era a Camilla. Nunca se lo diría a nadie; ni siquiera a Camilla. En lugar de decirlo, cambió de tema.

—Pero cuéntame cómo le va a nuestra hermana Keitha. Entiendo que estudió obstetricia en Arilinn y entre los terranos...

—Y el mes próximo irá a Neskaya, para enseñarle a las parteras las nuevas técnicas que aprendió de los terranos; y, después, a Nevarsin, para establecer en esa ciudad una Casa del Gremio de parteras. A los hermanos *cristo/oros* no les gusta, pero no pueden hacer nada al respecto. No pueden decir que prefieren que las mujeres mueran en el parto cuando podrían ser salvadas, ¿verdad?

Magda aceptó que no podían, aunque tal vez lo prefirieran; pero la elección del tema fue desafortunada, ya que le recordó lo que Camilla le había dicho de la Hermandad: que se había formado para hacer por las mujeres, en los años más negros de las Épocas de Caos, lo mismo que los hermanos *cristoforos* habían hecho por los hombres: conservar vivos algunos conocimientos a pesar del Caos y de la ignorancia. Y le recordó también que Marisela se había negado a decirle lo que sabía.

—No hay motivos para que tengas que quedarte aquí —dijo Magda—. Es mi problema y a ti Cholayna no te necesita. Podrías regresar a Armida, a las niñas.

Jaelle sacudió negativamente la cabeza.

—No, *breda.* Mientras tú tengas que quedarte, ¿crees que te dejaría sola aquí?

—No es como si estuviera lo que se dice sola —le señaló Magda—. Tengo a Cholayna y a toda la gente del Puente si lo necesito, por no hablar de toda una Casa del Gremio llena de hermanas. En realidad, me sentiría mejor si supiera que tú estás con las niñas, Shaya.

Jaelle n'ha Melora se rió.

—Margali, de todos los argumentos que podrías haberme dado, ¡éste es el que menos impresión podría causarme! ¿Cuánto tiempo paso yo con cualquiera de las niñas? ¿Debería estar allí para darle un abrazo a la hora de dormir? Mientras Ellemir esté allí, y su niñera, y Ferrika... con una casa llena de niñeras y de cuidadoras, con Ellemir supervisándolas y Andrew malcriándolas, dudo de que se den cuenta de que nos hemos ido.

Esto era más o menos cierto y Magda lo sabía. En cualquier caso, Jaelle era menos casera y tenía menos interés por los niños pequeños que la misma Magda.

Jaelle amaba a Cleindori — ¿quién no?—; pero, desde que la había destetado, pasaba muy poco tiempo en compañía de su hijita.

Volvió a pensar, como muchas veces antes, que Jaelle había cambiado en realidad muy poco desde que la conoció: una mujer pequeña y delgada, de pelo apenas desteñido con respecto al tono anterior, de cobre recién fundido; tenía el aspecto de fragilidad de muchos Comyn —Damon también lo tenía, y Calista—, pero Magda sabía que era engañoso, ya que ocultaba la fuerza delicada del acero antiguo.

En muchos aspectos, Jaelle es la más fuerte de nosotros. Dicen que las mujeres Aillard han sido siempre las mejores Celadoras; tal vez el puesto de Celadora, fue creado para esta clase de fuerza.

Pero el punto fuerte de Jaelle no era el *laran.* Quizá no supieran todavía cuál era su verdadera fuerza.

Las dos tenemos la edad, pensó Magda, *en la que una mujer debería haber decidido qué quiere hacer de su vida. Ya he pasado el primer amor, el primer matrimonio, los primeros ideales. Tengo una hija y he recuperado la fuerza y la salud. Tengo un trabajo que amo. He tomado algunas decisiones; sé varias cosas que no quiero hacer con mi vida. He desarrollado mi laran y sé que mi amor y mis emociones más intensas están entregados a las mujeres. Pero todavía no estoy verdaderamente segura de lo que se me ha dado para hacer con mi vida.*

Y esta idea la perturbó tanto que no tuvo ganas de discutir con Jaelle.

—Quédate si quieres. Pero no puedo imaginar que quieras permanecer en la ciudad, cuando podrías estar en el campo, en Armida.

Jaelle miró hacia el cielo, donde las montañas Venza se ensombrecían en el paso que llevaba a la ciudad.

— ¿Tú también lo sientes? Me gustaría estar otra vez
en camino. He cumplido con mí deber con el clan *y* la familia y, cuando Dori sea un poquito mayor, la enviaré para que sea criada como hija de Aillard. Y, entonces... Oh, Magda, ¿no estás ansiosa por estar otra vez en ruta, viajando por las montañas? Rafaella quiere que vuelva a trabajar con ella; me estuvo hablando de cierto nuevo proyecto especial para los terranos, pero no me quiso dar ningún detalle hasta que prometiera unirme a ella. Será difícil dejar la Torre y la extrañaré, pero... ¿no podría tomarme sólo un año, para volver a viajar? ¡Ha pasado tanto tiempo! ¡En toda mi vida no he pasado tanto

tiempo en un solo lugar como en Armida! ¡Cinco años, Magda!

Magda sonrió con indulgencia.

—Estoy segura de que te concederán un año para pasarlo en las montañas si lo deseas.

—El otro día, oí que hay una expedición que irá a escalar el Alto Kimbi. Nunca lo han escalado...

—Y probablemente nunca lo harán. Al menos, no lo escalaremos nosotras. Sabes tan bien como yo que no llevarán mujeres; ni siquiera como guías. Si existen todavía hombres que creen que las mujeres no son capaces de formar parte de algo que implique afrontar el peligro o que exija valor, ésos son los hombres que se dedican a escalar montañas.

Jaelle se rió con sorna.

— ¡Yo conduje una caravana a través del Paso de Scaravel cuando todavía no había cumplido dieciocho años!

—*Breda, sé* de qué eres capaz cuando estás en marcha. Y Rafaella está considerada en los Servicios de Inteligencia como la mejor guía de montaña disponible. Pero todavía hay hombres que se niegan a usar guías mujeres. Peor para ellos.

Jaelle se encogió de hombros filosóficamente.

—Creo que, si queremos escalar el Alto Kimbi o el Pico de Dammerung, tendremos que organizar nuestra propia expedición.

Magda se rió.

—Olvídate de ese nosotras, serás tú quien lo haga. Aquel cruce de Scaravel me basta para toda la vida.

Con sólo recordarlo, se estremeció al pensar en los acantilados y en los abismos del Paso de Scaravel.

—Habla con Camilla. A ella probablemente le encante salir y escalar cualquier cosa inaccesible que se te ocurra.

—Y, conociéndote, seguramente estarías a su lado —se rió Jaelle—. Hablas de tu timidez, pero, cuando estás verdaderamente en el campo... Te conozco mejor de lo que te conoces tú misma.

—Sea como fuere —resolvió Magda—, por el momento estamos en Thendara y aquí nos quedaremos; al menos, durante unos días.

—Deberíamos enviar un mensaje a Armida, sin embargo. Nos estarán esperando —le recordó Jaelle—. Deberíamos avisarles de que estamos bien; que no nos han asesinado unos bandidos por el camino ni nada por el estilo.

—No —dijo Magda, de mal humor—, ¡sólo nos han asesinado aquí en Thendara, con tonterías burocráticas! ¿Nos ponemos en contacto con ellos esta noche?

—Hazlo tú, Magda, eres muchísimo mejor telépata que yo.

—Pero querrán tener noticias de las dos —objetó Magda, y Jaelle asintió con seriedad.

—Esta noche, cuando todo esté en calma.

Pero esa noche era noche de Juramento en la Casa y, aunque Magda y Jaelle no conocían a la nueva Renunciante ni a sus hermanas de Juramento, no podían estar ausentes de la festividad realizada en su propia casa. Después, hubo una fiesta, con tortas y vino. Magda, sabiendo lo que le esperaba, bebió poco; se pasó casi toda la noche con Camilla y con la Madre Lauria y se descubrió concediendo que las nuevas Renunciantes parecían muy jóvenes.

Era como si la mujer que había pronunciado el Juramento esta noche y las amigas que habían sido sus testigos fueran sólo niñas. ¿Ella y Jaelle habían sido alguna vez tan jóvenes? Además de la madrina de Juramento, siempre se pedía a una mujer mayor que fuera testigo de la ceremonia; y *parecía* increíble que Doria, a quien Magda recordaba como una niña de quince años que había compartido con ella el tiempo de reclusión, fuera descrita como una mujer mayor.

Rafaella estaba allí y se pasó gran parte de la noche hablando con Jaelle; Magda no pretendía negarle a Jaelle la compañía de su vieja amiga y socia, pero, al ver a Rafi bebiendo gran cantidad del pálido vino de los viñedos montañeses, esperó que Jaelle no hiciera lo mismo. Ya era tarde cuando pudieron retirarse a la habitación que ambas compartían; pero casi era mejor así. La atmósfera estaba más en calma de noche, ya que casi todas las personas dormían; entre el atardecer y el alba, se llevaba a cabo gran parte del trabajo con matrices, dentro y fuera de las torres.

— ¿De qué hablaba Rafi?

—De cierto nuevo proyecto de Cartografía y Exploración: una expedición a las montañas. Quería que le prometiera que iría.

Jaelle *parecía* apenada mientras se quitaba las botas bajas de interior y desataba los lazos de su túnica. Magda se sentó en la cama para quitarse también las botas.

— ¿Se lo prometiste?

— ¿Cómo podría? Le dije que lo tenía que consultar, contigo y con la gente de la Torre. No creo que sepa que hicimos el juramento de compañeras libres y no tuve oportunidad de decírselo.

—Tal vez sea mejor no decírselo.

—Tú se lo dijiste a Camilla.

—Pero Camilla no es celosa. Rafaella y yo hemos hecho un pacto de coexistencia mutua; incluso conseguimos caernos bien gran parte del tiempo, pero está celosa de nuestra proximidad, Jaelle.

—Rafi y yo nunca fuimos amantes, Margali. Al menos, no desde que yo era una niña. Nunca fue mucho más. Y ahora, por lo menos, Rafaella es sin duda una amante de hombres. Lo que puede haber existido entre nosotras cuando éramos jovencitas no me parece importante y no puedo creer que sea importante para ella.

Jaelle se estremeció, descalza sobre el suelo helado, y se puso rápidamente el camisón.

—No es de eso de lo que está celosa —dijo Magda, preguntándose por qué Jaelle no se daría cuenta—. Lo que envidia es que trabajemos juntas, que compartamos el *laran.* Y ése es el vínculo más íntimo de todos.

Se apresuró a ponerse el abrigado camisón y la bata más abrigada, ya que la Casa del Gremio no estaba muy caliente por las noches.

— ¿Monitoreas tú, Jaelle, o quieres que lo haga yo?

—Lo haré yo. Ése es más o menos mi nivel de capacidad.

Jaelle no se hacía ilusiones acerca de su competencia para trabajar con *laran.* Se había pasado la mitad de la vida bloqueando su don psíquico y sólo se sometió al entrenamiento cuando no pudo excluir el *laran* de su conciencia. Ahora, ella lo sabía, podía lograr solamente el nivel mínimo de entrenamiento: bastante para no ser, según la expresión que con tanta frecuencia se utilizaba para referirse a los telépatas no entrenados, una amenaza para sí misma y para todos los que la rodeaban.

Jaelle era, y le alegraba serlo, una parte integrante del grupo de telépatas y operarios psi, libremente aliados, que trabajaban fuera de la estructura habitual de técnicos de matrices de Darkover y que se autodenominaban, de manera desafiante, la Torre Prohibida. Pero nunca alcanzaría la competencia necesaria para designarse mecánica o técnica de matrices. A veces, cuando observaba a Magda, que había nacido terrana y era ahora una técnica muy hábil, se sentía penosamente consciente de que había desdeñado su derecho de nacimiento y ya no podría recuperarlo.

Las dos usaban batas abrigadas, forradas en piel, como las pantuflas. Magda se envolvió con una manta extra. El trabajo psíquico consumía el calor del cuerpo. Si el operario permanecía fuera demasiado tiempo, en los planos astrales colectivamente conocidos como supramundo, el resultado podía ser un agudo enfriamiento.

Jaelle extrajo su matriz de la diminuta bolsa de cuero que pendía de su cuello y, cuidadosamente, quitó la seda protectora. La piedra azul, no mayor que la uña de su meñique, centelleó con pálidos fuegos.

Habló en voz alta, aunque en realidad no era necesario; desde el momento en que Magda había extraído su matriz, las dos habían estado en contacto.

—Combinemos resonancias...

Primero, Magda tomó conciencia del calor físico y de la masa del cuerpo de Jaelle, aunque no miró a la otra mujer; sus ojos estaban fijos dentro de la matriz y sólo veía las móviles luces de la piedra. Percibió los vivos campos de energía del cuerpo de Jaelle, próxima a ella, los puntos vibrantes por los que se desplazaban las corrientes vitales. Entonces, delicadamente, se desplazó para combinar la vibración de su piedra con la de Jaelle, sintiéndola como un punto de... ¿Era calor, luz, alguna energía indefinible que flotaba en la habitación? Nada tan tangible como eso. Sintió que el latido de su corazón se alteraba levemente, batiendo al unísono con el flujo y el reflujo de las energías de las piedras combinadas, y supo que incluso la sangre que corría por sus venas y arterias se movía con la misma cadencia que la de la otra mujer.

Sintió, como si una mano le recorriera el cuerpo, el toque de monitoreo de Jaelle, revisándola para asegurarse de que todo andaba bien en su cuerpo antes de que Magda retirara su conciencia de él, consciente de todo, advirtiendo incluso el rasguño que tenía en un tobillo, producto de un tropezón con un guijarro, la ligera congestión de sus senos nasales; hoy, en el Cuartel General, debía de haber habido algo a lo que Magda era levemente alérgica: lo advirtió cuando Jaelle desplazó sus energías para aliviar la congestión.

Ninguna de las dos habló, pero, cuando Jaelle terminó, Magda captó:

¿Lista?

Estoy saliendo.

Magda liberó su conciencia del cuerpo y miró hacia abajo, viéndose aparentemente inconsciente en la cama que ambas compartían. Jaelle, envuelta en una manta, estaba sentada a su lado. Con total irrelevancia, pensó:

Esa vieja bata mía está verdaderamente demasiado vieja y andrajosa, tendré que conseguir pronto una nueva. Qué lástima que aborrezca tanto coser.

Podría haber pedido una nueva en Suministros, en el Cuartel General terrano, pero había vivido demasiado tiempo en la Casa del Gremio como para considerar esa solución.

Entonces estuvo arriba y fuera de la habitación y se encontró sola en la gris y chata llanura del supramundo. Al cabo de un momento, Jaelle estuvo a su lado. Como siempre en el supramundo, Jaelle parecía más pequeña, más delgada, más frágil, y Magda se preguntó, como ya se había preguntado otras veces, si lo que veía era una proyección de la manera en que Jaelle se
veía a sí misma o si esa imagen reflejaba la manera en que la veía ella que, por alguna razón, siempre se había sentido protectora, como si Jaelle fuera más joven y más débil que Magda.

Alrededor de ellas; el gris se extendía en todas direcciones, incoloro e informe. Algunas figuras flotaban en la distancia. Magda sabía que algunos eran sus compañeros peregrinos de los planos de existencia no física; otros simplemente se habían extraviado, saliéndose de sus cuerpos en sueños o durante la meditación. Todavía no podía ver a ninguno con claridad, pues no había establecido aún su propio camino con voluntad y determinación.

Ahora, en la penumbra que se aclaraba y que parecía niebla dispersándose, pudo ver algunas desvaídas referencias en lo gris. Primero, y más grande, vio una estructura centelleante, que se erguía en la planicie, y supo que se trataba del hito que en este plano representaba la forma mental llamada la Torre Prohibida: un refugio de la nada del mundo astral. Su hogar, el hogar que había hallado para su espíritu, compartido con aquellos que significaban más para Magda que la Hermandad de la Casa del Gremio. Seguía observando meticulosamente todas las provisiones del Juramento de las Renunciantes; no sólo era una Amazona Libre de palabra, sino también en espíritu. Pero la Casa del Gremio ya no podía contener plenamente su ser.

Con la velocidad del pensamiento —porque lo que imaginaba en el supramundo era literalmente cierto— se halló de pie junto a la Torre misma. Simultáneamente, estuvo dentro, en lo que parecía ser, en cada detalle, la habitación del piso superior de la Gran Casa de Armida. Había llegado tan tardíamente a este trabajo que nunca se había acostumbrado del todo a la manera en que el tiempo y el espacio se comportaban en este plano.

Las cuatro habitaciones estaban vacías —podía verlas a la vez, de un modo que no comprendía— pero, en alguna parte, había el centelleo azul de una matriz, en el sitio en el que alguien de la Torre montaba guardia. Y, entonces, sin un momento de transición, Calista Lanart-Carr se encontró junto a ella.

Magda sabía racionalmente que Calista no era personalmente tan bella como se la veía en el supramundo. En este caso, al menos, veía a Calista a través de los ojos del espíritu y a través de los ojos del amor y de la veneración que sentía por esta mujer que era el centro del corazón y del espíritu de la Torre Prohibida. En realidad (pero ¿qué era, después de todo, la realidad y qué la ilusión?), en el plano material de la existencia, Calista Lanart-Carr, una vez Celadora de Arilinn, era una mujer alta y de aspecto frágil, con pelo rojo desteñido casi hasta un gris plateado, aunque no había pasado mucho de los treinta años; con el cuerpo marcado por los tres hijos que había tenido y con el rostro marcado y ajado.

Sin embargo, en este plano, al menos para Magda, Calista tenía la radiante belleza de la primera juventud.

Magda sabía que Calista no había hablado, pero las palabras y el sonido eran irrelevantes allí. Le pareció que Calista le daba una gozosa bienvenida:

— ¡Magda! ¡Jaelle! Oh, esperábamos veros...

Y, de repente, estuvieron rodeadas por los otros miembros del círculo: Ellemir, Andrew y Damon, rápidamente convocados desde sus sueños. También estaba allí Kieran, el hermano de Damon, y Kester, el hijo de Kieran, y Lady Hilary Castamir-Syrtis, quien, al igual que Calista, había sido alguna vez Celadora de Arilinn. Tanto a Magda como a Jaelle les pareció por un momento estar rodeadas en una fiesta instantánea y amorosa de bienvenida, hecha de todos los besos, abrazos y manifestaciones de ternura que hubieran podido conocer, sin tiempo ni límites del cuerpo, y que duró
(en la realidad, Magda lo sabía, apenas un segundo) largo rato.

Finalmente, con reticencia, cedió la intensidad de la comunidad amorosa (aunque Magda sabía, en alguna realidad más profunda, que siempre sería parte de ella, renovada y confirmatoria) y Ellemir dijo:

—Pero, queridas, esperábamos teneros aquí más de diez días atrás. Sé que el clima de Thendara es duro a veces, pero no he oído que hubiera tormentas, ni siquiera en el paso. ¿Qué ha ocurrido?

Con una humorística pregunta de alguien — ¿Kester?— que quería saber qué placeres de la gran dudad las habían retenido, amigos, amantes... algo así como una rápida reprimenda por parte de Damon, que censuró la indiscreción... la mal disimulada perplejidad de Ellemir porque algo pudiera tener a dos madres alejadas de sus hijas... la especial intimidad de Andrew con Magda, en algo muy privado de ellos, un vínculo de experiencias compartidas más fuerte que el amor...

—Cholayna tenía necesidad de mí y Jaelle se quedó para acompañarme —les dijo Magda, y rápidamente compartió con ellos el conocimiento del avión que se había estrellado en los Hellers. Algo podría haberse filtrado al supramundo.

Percibió la oleada de furia de Andrew como una opaca llama de colores, carmesí y anaranjado, que rodeaba el contorno de su cuerpo; a veces incluso podía verla cuando ambos estaban dentro de sus cuerpos. En este caso era inconfundible.

—No deberían habértelo pedido, Magda.

Maldita sea esa mujer Anders, nada justifica que te hagan esto. Eso es típico de los terranos, de su condenada Necesidad de Saber, desconsiderada. No tienen idea de las necesidades humanas...

—Eso es demasiado fuerte, Andrew. Cholayna se preocupó de decirme que podía negarme.

Andrew descartó la objeción.

—Deberías haberte negado. Apuesto a que no averiguaste nada que valiera la pena saber.

—Recuperé a Lexie —se defendió Magda—. ¡Podría haberse quedado así indefinidamente! Y había más.

Impulsivamente, compartió rápidamente con Calista la imagen que había captado en la mente de Lexie.

Figuras veladas, con grandes capuchas. El graznido de los cuervos flotando en un silencio más profundo que las profundidades del supramundo...

Momentáneamente percibió que a Calista no le resultaba algo nuevo, no del todo.

De tanto en tanto he encontrado extrañas leronis *en el supramundo,* les llegó a todos el recuerdo de Calista. *No con frecuencia y sólo un destello. Una vez cuando estaba muy enferma,* su mente se desvió del suplicio por el que había sido convertida en Celadora de Arilinn, *y otra vez cuando estaba atrapada en los otros planos del supramundo y no podía establecer contacto con nada familiar. Recuerdo el graznido de pájaros extraños, y formas oscuras, y poco más. Tu amiga... ¿Alexis...?, sí, en situación extrema, se teletransportó desde el avión estrellado, puede haber atravesado extrañas zonas del supramundo. En realidad, no creo que haya sido más que eso, Margali.*

—Pero ¿y qué ocurrió con el avión estrellado? No se han hallado rastros de él...

—También tengo una teoría sobre eso —dijo Damon, y hubo la familiar sensación de calidez, protección, fuerza *(su Celador, más próximo que un amante, la figura en torno a la*

cual se había reunido la Torre Prohibida, el único de todos los Dominios que había tenido el valor de hacerlo, de devolver a Hilary y a Calista todas sus fuerzas a pesar de las leyes que prohibían a una Celadora fracasada volver a utilizar el laran. *Su refugio y su fuerza y su amante y su padre al mismo tiempo)...*

Una vez más esa disparidad entre lo que Magda conocía corno la «realidad» y la manera en la que Damon aparecía aquí en el supramundo: en la vida real, un hombre pequeño, insignificante, de cabello oscuro desteñido y ojos cansados, al que se le notaba la edad; tenía veinte años más que Andrew, que era un poco mayor que Ellemir y que Calista. Pero, aquí donde se manifestaban las cosas del espíritu, Damon parecía ser un hombre alto, fuerte e imponente, que daba la impresión de un guerrero. Había hecho falta un guerrero para resistir el poder de Leonie Hastur, la Celadora de Arilinn, que gobernaba todas las Torres de los Dominios con la misma mano de hierro con que su hermano mellizo, Lorill Hastur, gobernaba los Dominios. Damon, en una batalla psíquica con pocas posibilidades, había ganado a Leonie el derecho de establecer lo que ahora se llamaba, desafiantemente, la Torre Prohibida.

—Tengo una teoría sobre la desaparición de tu avión —dijo Damon—. Si esa mujer Anders verdaderamente invocó una nueva capacidad psíquica latente en su mente y se teletransportó, cosa que no es imposible, yo he visto a Calista hacerlo cuando estábamos prisioneros de los hombres-gato, la energía pura tuvo que venir de alguna parte. Desde luego, supongo que no tenía una matriz —agregó Damon.

Las piedras matrices eran cristales que tenían la curiosa propiedad de transformar las ondas mentales en energía sin subproductos transicionales.

—De algún modo, cuando reunió la fuerza necesaria para desplazarse, para teletransportarse, utilizó la masa cinética del avión terrano con la finalidad de satisfacer las exigencias energéticas. Después de todo, esa energía tenía que salir de alguna parte. En efecto, desintegró y atomizó el avión, y utilizó esa inmensa energía para lograr la fuerza necesaria y hacer posible el desplazamiento. No es raro que no hayan podido localizar- el avión ni siquiera con los satélites. Ya no existe. Se ha desintegrado.

—Creo que todo eso es un poco rebuscado, Damon —argumentó Andrew—. ¿De dónde podría haber sacado la fuerza, por no hablar del conocimiento, necesaria para hacerlo? Si Anders fuera una técnica-psi, incluso de algún otro mundo y de otra tradición, supongo que podría haberlo logrado. Pero una completa novicia... ¿posiblemente ciega mental? No me lo imagino. Hubiera necesitado ayuda.

—Tal vez tuvo ayuda, de esas *leronis* extraviadas que mencionó Calista; puede haber cruzado algún lugar del supramundo donde encontró esa ayuda —sugirió Kieran.

— ¿Tiene alguna importancia? —preguntó Ellemir con sentido práctico. Siempre era la más pragmática—. Ha desaparecido y supongo que no importa cómo o por qué, a menos que a los terranos se les meta en la cabeza la idea de montar una operación de rescate para tratar de averiguar si ha quedado algún registro en... ¿cómo la llaman, la caja negra?, de cualquier cosa que ella haya localizado más allá del Muro.

—Se divertirían muchísimo haciéndolo —dijo Andrew con seca ironía—. Yo solía trabajar para C-y-Ex. No hay nada más allá, nada en absoluto.

—Déjalos que busquen —terció Lady Hilary, con el equivalente de un encogimiento de hombros—. Eso los mantendrá ocupados y no causarán problemas. Algunos terranos pueden ser personas muy agradables. —Su mirada afectuosa se posó sobre Magda y Andrew—. ¿Pero qué nos importan las necias búsquedas que puedan emprender? ¿Cuándo volveréis con nosotros, queridas hermanas? Os extrañamos. Y las niñas...

Se interrumpió, pues el pequeño grupo reunido se había agrandado súbitamente con dos personas más.

Kiya Margali... Fue como un suave tirón a su brazo y Casilda, una niña de catorce años, de pelo claro y ojos azules, recibió de inmediato el abrazo de Magda.

Y Magda sintió la sorpresa que invadió el círculo. Ninguno de ellos sabía que la hija mayor de Calista tenía acceso al supramundo. En general, los jóvenes no tenían demasiado *taran* — aunque Casilda se acercaba a la edad en que el *laran* latente que poseyera emergería en cualquier momento a la superficie.

¿Estoy soñando, madre? Kiya... ¿estoy soñando? ¿O de verdad estáis todos aquí?

— Tal vez sólo estás soñando, *chiya* — le dijo suavemente Damon y, una vez más, sus pensamientos, sin palabras, los abarcaron a todos: *Pero ya tiene edad suficiente, debemos*

empezar a enseñarla adecuadamente.

Pero cuando la cálida bienvenida envolvía a Cassie, hubo un grito de alguien que pedía atención.

¡Mamá! Oh, yo te llamé y, mira, has venido...

Jaelle levantó a Cleindori en sus brazos, pero la confusión de la niña los dejó a todos atónitos. Casilda, al borde de la pubertad, bien podía haber ganado acceso a estos planos no materiales del pensamiento y del espíritu; el hecho de que Cleindori pudiera hacerlo a los cinco años era asombroso.

Cassie, querida, aunque tengas la capacidad para esto, no debes intentarlo mientras no conozcas la manera adecuada de protegerte. Calista hizo la advertencia con suavidad y Andrew añadió, con su tono más ama-

Aunque puedas venir aquí, niña, no debes traer contigo a Cleindori.

—No lo hice — empezó a decir Cassie y, simultáneamente, Cleindori clamó:

—¡Cassie no me trajo, yo vine sola, amo a tía Ellemir, mucho, pero te quería *a ti,* mamá, y tú estuviste lejos tanto tanto tiempo! Te llamé y viniste y yo también puedo venir aquí sin que me traiga Cassie, vengo mucho aquí, hasta puedo traer a Shaya aquí... ¡Mira! —gritó Cleindori con furia.

Y Magda vio a su hija de dos años, en camisón, con el pelo oscuro alborotado todavía por la almohada, que dijo somnolienta:

— ¿Mamá?

Casi sin creerlo, Magda abrazó estrechamente a la niña. Aunque sus cuerpos estaban separados por un viaje de tres días, le pareció tener en brazos a la niña real, el calor de su cuerpecito, la pequeña cabeza adormilada sobre su hombro. ¡Ah, la había extrañado, cuánto la había extrañado! Pero Shaya, al menos, sólo estaba aquí en un sueño. Mañana se despertaría recordando haber soñado con su madre; Magda esperaba que no llorara.

— ¡Ya es suficiente! —intervino Ellemir, con firme autoridad—. Vemos lo que has hecho, Cleindori, pero esto no está permitido. Lleva otra vez a Shaya a la cama de inmediato. Y tú también, Cassie, debes volver a la cama, todavía no eres suficiente fuerte para estar tanto tiempo fuera de tu cuerpo. Mañana, te lo prometo, si nadie más de los que están aquí quiere enseñarte a hacerlo adecuadamente, te enseñaré yo misma. Pero, por ahora, debes volver a la cama.

Cassie desapareció. Pero Damon tomó suavemente a Cleindori de los brazos de su madre.

—Escúchame, hija. Sé que eres tan sólo una niña pequeñita, pero ya que has hecho esto, debemos reconocer que eres suficientemente mayor como para hacerlo. ¿Sabes dónde estás, *chiya*—Es el mundo gris. No sé cómo lo llamas tú. Creo que es el lugar al que voy cuando duermo, ¿verdad?

—Eso y más, pequeña. ¿Has estado aquí antes?

Cleindori se debatió para encontrar las palabras.

—No recuerdo que no pudiera venir aquí alguna vez. Siempre vine. Creo que estaba aquí con mamá y con Shaya antes de nacer. Cuando la tía Ellemir me contó cómo venían los bebés, antes de que Shaya naciera, me quedé sorprendida, porque pensé que venían del mundo gris. Porque yo solía hablar con Shaya antes de que fuera un bebé. Ella era grande aquí y, de repente, era un bebé y ya no podía hablar conmigo, salvo cuando estábamos aquí.

¡Por piedad de Evanda!, pensó Magda. En términos infantiles, Cleindori había explicado una teoría metafísica que trascendía a Magda, que trascendía probablemente a todos, salvo, tal vez, a Damon y a Calista, que habían estudiado esas cosas.

Damon, por cierto, comprendió. Abrazó estrechamente a la niñita y dijo:

—Pero, en el mundo de allá abajo, querida, sólo eres una niñita y tu cuerpo no es suficiente fuerte para que pases demasiado tiempo aquí. ¿Recuerdas cuando tía Margali te dijo que Shaya no podía comer torta de nuez hasta que no tuviera dientes? Bien, tu cuerpo no ha crecido suficientemente para esto, Dori. Debes quedarte en él hasta que sepas cómo dejarlo. Sólo debes venir aquí en sueños, pequeña, y, sobre todo, no debes traer a Shaya hasta que ella misma sea capaz de ir y venir sin tu ayuda. ¿Recuerdas cómo trataste de ayudar a los pollitos que picoteaban el cascarón?

La niña asintió con seriedad.

—Traté de ayudar a uno y se murió.

—Entonces, ya sabes por qué no debes ayudar a Shaya a hacer algo que ella misma es demasiado pequeña para hacer. Ella también puede venir a este nivel en sueños. Puedes pedirle que intente soñar contigo. Pero nada más.

—Pero cuando estamos soñando no podemos quedarnos aquí mucho tiempo.

—No, pero puedes quedarte aquí todo el tiempo del que eres capaz y no te hará daño. No debes venir aquí salvo en sueños, hija mía. ¿Me lo prometerás?

La niña miró a Damon a los ojos y Magda, todavía en contacto telepático con Damon, vio los ojos de la niña, y no eran para nada ojos infantiles.

Entonces Cleindori dijo con inusual docilidad:

—Lo prometo, papá.

—Entonces, las dos, a la cama —concluyó Damon, con un gesto suave de desaparición, y ambas niñas se esfumaron en el sueño. Ampliando su conciencia, Magda pudo ver a las niñas en sus camitas, una junto a las otras, profundamente dormidas.

Damon suspiró.

— ¡Es demasiado precoz! ¡Sabía que tenía que ocurrir, pero nunca me imaginé que sería tan pronto!

Pero, antes de que cualquiera de ellos pudiera explorar más los pensamientos de Damon, él volvió a envolverlos en su amabilidad y en su protección.

—Ambas debéis quedaros en Thendara el tiempo que sea necesario. ¡Creedlo, hemos cuidado mejor a las niñas de lo que podría pensarse por esto!

Ahora, el mundo gris se rompía en jirones de niebla, a medida que Magda sentía que se retiraba de él, sabiendo que muy pronto el supramundo se mezclaría con el sueño normal y mañana todo el encuentro parecería apenas más que un sueño. Por un momento, sintió que todos ellos estaban muy cerca y la rodeaban. En medio del gris que se disipaba, vio brevemente a Ferrika y la abrazó (la partera había estado en el otro extremo de la propiedad, despierta y dormitando junto al lecho de una mujer en trabajo de parto, y no había podido retirar su conciencia ni siquiera para saludar a sus hermanas) y, también a Colin de Syrtis, el esposo de Lady Hilary (un momento breve, dulce, que revivió momentáneamente una pasión que ya se había vuelto ascuas incluso antes de que Shaya naciera) y, luego, una vez más, durante un largo y súbito momento, se encontró cara a cara con su hija.

Un sueño...

Pero, por supuesto, existe alguna realidad en la que Shaya no es en absoluto una niña. Debo recordarlo siempre... debo recordar que es algo más que el bebé que tuve en brazos y cuidé y amé. Las madres que se olvidan de eso les hacen algo horrible a sus hijos, pensó. Y, entonces, todo desapareció en el gris informe y ella volvió a entrar en su cuerpo vacío y semicongelado.

Se acercó más a Jaelle, abrazándose a la otra en busca de calor. Por un momento, excitada en un nivel que no era en absoluto físico, ya que ese trabajo solía dejarla apasionada y excitada, le pareció que le gustaría hacer el amor con su compañera libre, todos los tiernos pequeños rituales de contacto y reafirmación de aquello que era tan fuerte entre ellas. Pero Jaelle ya estaba profundamente dormida.

No necesitamos eso ahora, cuando podemos tener esto, pensó, volviendo a sentir la exultación del momento en que todos ellos habían estado a su alrededor, con esa intimidad que era más fuerte que cualquier otro vínculo conocido.

Y, después, con un anhelo que era tanto dulce como triste, deseó poder compartir este vínculo también con Camilla.

¿Hacemos el amor, Camilla y yo, porque no podemos compartir esto? ¿Y por qué se ha negado ella a esto durante tanto tiempo? Un poco apesadumbrada, recordó lo que Damon le había dicho a Cleindori y advirtió que había en ello una lección que también ella debía recordar.

Mientras caía en el sueño, en el sueño real, Magda pensó: ¡espero recordar todo esto cuando despierte!

Pocos días más tarde, Cholayna preguntó a Magda si daría una charla a un grupo de jóvenes reclutadas para los servicios del Cuartel General. Magda aceptó contenta: al menos, eso le daba la ilusión de estar haciendo algo útil.

Nunca le había resultado cómodo hablar en público; pocos agentes de Inteligencia se

sentían cómodos con ello, ya que el entrenamiento los preparaba esencialmente para trabajar fuera del alcance de la mirada ajena. Le pareció que las recién llegadas a Darkover eran muy jóvenes; le resultaba difícil recordar que la mayoría de ellas eran mayores de lo que había sido ella cuando la enviaron por primera vez a hacer trabajo de campo con Peter Haldane.

Dos de las jóvenes reclutas eran de Comunicaciones; Magda había trabajado allí por un tiempo, cuando a las mujeres todavía les resultaba muy difícil operar independientemente como agentes de Inteligencia en un mundo con roles genéricos tan rígidamente estructurados como Darkover. Dos de ellas procedían directamente de la Fuerza Espacial. Se preguntó si estas mujeres habrían sabido, antes de venir aquí, que sólo podrían operar dentro del sector del Cuartel General. Otras tres
eran de Cartografía y Exploración y, tres más, de Inteligencia que era el servicio al que pertenecía la misma Magda.

—Y ahora —dijo Cholayna después de unos comentarios preliminares—, he traído a alguien para que hable con todas. Estoy segura de que ya la conocen de nombre; esta mujer prácticamente escribió, por sí sola, toda la documentación destinada al trabajo de campo en este planeta. Magdalen Lorne, de Inteligencia Terrana.

Magda estaba lo suficientemente nerviosa como para no haber advertido quién estaba entre su audiencia, pero, cuando se abrió paso hacia el frente del grupo de mujeres, escuchó un sonido desdeñoso. Se preguntó, con cierta resignación, por qué Lexie Anders había decidido asistir a esta sesión. Estas mujeres sólo la conocían como la «leyenda Lorne», de la que ella no era responsable. Fuera lo que fuese lo que Magda había hecho, en el momento en que lo hizo sólo había hecho lo mismo que habría podido hacer cualquiera de ellas: simplemente se había abierto camino con esfuerzo, cada día y lo mejor que pudo, con lo que le ordenaban. Se preguntó, con un poco de amargura, cuántas otras «leyendas» serían simplemente víctimas de la suerte y de las circunstancias.

Habló brevemente, diciendo que le resultaba muy difícil ofrecer una evaluación impersonal de Darkover; era su mundo de nacimiento y había sido lo suficientemente afortunada para que le permitieran permanecer allí. Les advirtió de las dificultades con las que se toparían al trabajar aquí siendo mujeres y terminó invitándolas a asistir a la reunión de la Sociedad del Puente. Respondió varias preguntas acerca del idioma y de la ropa que le plantearon las jóvenes del servicio de Inteligencia; pero, cuando las mujeres de Cartografía y Exploración hicieron algunas preguntas técnicas sobre el planeta, dijo con amabilidad:

—Estoy segura de que la teniente Anders podrá responder a eso mejor que yo. Anders es una experta en ese campo. Lexie... ¿quieres hacerte cargo?

Cuando Alexis se adelantó desde el fondo de la habitación, Magda sintió que había cumplido con su deber. Si Lexie todavía estaba resentida con ella, era su problema, no el de Magda. Siempre habría gente a la que una no le gustaba y eso no era culpa de una.

Dejó que Lexie respondiera a las preguntas técnicas y se dirigió a la cafetería principal a comer algo. De tanto en tanto, añoraba algunos alimentos que sólo podían encontrarse en la Zona Terrana. Estaba buscando un asiento, con la bandeja en la mano, cuando una voz dijo detrás de ella:

—No te vemos con frecuencia aquí, Mag. Tienes buen aspecto. ¿Qué te ha traído aquí hoy?

—Cholayna me pidió que hablara ante un grupo de reclutas jóvenes —respondió Magda, volviéndose para tener enfrente al Legado—. Hola, Peter, me alegro de verte.

—De haber sabido que estarías aquí, te hubiera pedido que pasaras por mi oficina; me alegra encontrarte.

Peter Haldane tomó su bandeja y abrió el camino hasta una mesa aislada para dos. Magda, a punto de protestar, se encogió de hombros y lo siguió con tranquilidad. Sea lo que fuere que el Legado quisiera decirle, era mejor que se lo dijera aquí, informalmente, y no oficialmente en su oficina.

La voz de Peter fue un poco tensa al preguntarle:

—Y Jaelle... ¿está bien?

—Oh, sí, desde luego.

Cuando el matrimonio de Peter y Magda concluyó, Peter y Jaelle habían estado casados, breve y desastrosamente, durante medio año. Durante mucho tiempo después de

eso, Magda no se había sentido cómoda con Peter. Ella y Jaelle se habían elegido mutuamente
de una manera que excluía a Peter y no había muchos hombres que pudieran tolerar o comprender eso...

Pero todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo. Ahora Peter parecía su más viejo amigo, alguien que compartía con ella una infancia irrecuperable. Al igual que ella, Peter había crecido entre darkovanos, antes de que se construyera el Cuartel General en Thendara. En los años transcurridos, Magda había llegado a sentir que el matrimonio de ambos sólo se había llevado a cabo porque Peter parecía ser la única persona con la que ella podía hablar, y viceversa. Todos los demás que conocían eran terranos o darkovanos, marcados por esa diferencia.

Finalmente, eso no había bastado para construir un matrimonio. No obstante, Magda sentía que ambos debían lograr estar en buenos términos, a pesar de las diferentes direcciones que habían tomado sus vidas.

Peter, al igual que ella, había sufrido todos los dolores causados por las lealtades divididas. Ella esperaba que eso le facilitara una mayor comprensión de los terranos, a los que ahora debía dirigir como Legado. De todos modos, siempre había pertenecido al servicio diplomático de carrera y nunca verdaderamente a Inteligencia; y Magda lo había sabido antes que él.

Como Lexie, él siempre estaba compitiendo conmigo, pensó, y, como nadie había reconocido nunca que Peter Haldane tuviera ni un rastro de *laran,* se quedó atónita cuando él le dijo a continuación:

—Conoces a la teniente Anders, ¿verdad, Mag?

—Desde luego que sí —dijo ella, abandonando su intento de acabar con un plato de natillas—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Supongo que Cholayna te informó acerca de cómo nos volvió locos a todos aquí, cuando su avión se estrelló...

Magda arqueó las cejas.

— ¿Entonces no fue idea tuya que Cholayna me llamara para que la atendiera como técnica-psi?

Su expresión perpleja fue respuesta suficiente.

— ¿A ti? ¿Cómo técnica-psi? Nunca se me hubiera ocurrido. O sea que, por lo que me dices, ¿debo entender que lo sabes todo al respecto?

—Sé que el avión se estrelló y que ella terminó aquí. Incluso con una exploración de su mente, eso es todo lo que descubrí ¿Hay alguna otra cosa que debería haber sabido?

Peter le respondió con otra pregunta:

— ¿Entonces aún no te ha comentado su última idea disparatada?

—Peter, soy la última persona a la que Lexie podría haber recurrido. Nunca le he gustado. Apenas si he hablado con ella, excepto la noche en que Cholayna me hizo llamar. Todo lo que sé es lo que averigüé entonces.

—Bien. En una palabra, Anders está convencida de que hay una verdadera ciudad allí fuera. Está segura de que lo que vio antes de que cayera el avión no fue una alucinación ni un fantasma del radar ni una confusa señal topográfica, sino una ciudad verdadera. ¿Por qué no? Cada planeta desarrollado de esta galaxia tiene una instalación que la Inteligencia Terrana, si es necesario, puede ocultar a los radares y a los espías aéreos. ¿Por qué no éste?

Magda lo pensó durante un minuto.

—No puedo imaginarlo —comentó por fin—. Tú sabes y yo sé que los darkovanos no tienen nada así.

—Querrás decir, nada así «por lo que nosotros sabemos».

— ¡No, quiero decir nada así! Peter, hace ya seis años que trabajo en un círculo de matriz. Si hubiera algo así en los Dominios créeme, yo lo sabría.

— ¿Y qué pasa fuera de los Dominios?

— ¡Tus propios informes de satélites te dicen que
eso es imposible! Pregúntale a cualquiera de Como de C-y-Ex.

Él se mordió los labios.

—Te refieres a que no hay nada que pueda ser detectado. ¿Cómo sabemos que podríamos detectar cualquier cosa? La tecnología disponible en Cottman Cuatro no podría manejarlo, es cierto. Pero eso no significa nada. Fuentes no oficiales no pertenecientes al

Servicio Civil Imperial podrían haber establecido una base aquí por alguna razón... minería, tal vez, o...

— ¡No puedo creerlo, estás hablando de piratería espacial! —exclamó Magda, casi riéndose.

De manera predecible, él reaccionó con irritación:

— ¿Siempre debes burlarte de todo lo que no se te ocurre a ti?

—Si me burlaba, Peter, no era de ti —repuso ella, ahora completamente seria—. Sólo que... no puedo creer que se hubiera podido establecer aquí cualquier cosa que no fuera descubierta por los satélites o por los sensores espaciales; es difícil creer que se podría haber hecho algo así, aunque supongo que nada es imposible. ¿Es eso lo que cree Lexie?

—Sí. Y quiere montar una expedición para encontrarlo. Pensé que podría haber acudido a ti porque tú estabas trabajando en Inteligencia y porque sabe que las Amazonas Libres son las mejores guías de montaña del planeta.

—Como te dije, Peter, soy la última persona a la que ella recurriría.

—Pero si lo hiciera...

—Le diría que la idea es totalmente loca. Tenemos años de observaciones por satélites que nos dicen que no hay nada... está bien, nada observable, fuera de los Dominios. Y apuesto a que no hay nada, punto. Esa área debe de haber sido inhabitable desde... bien, no soy experta en geología ni en movimientos de la corteza, pero... al menos, desde hace un Eón geológico. Probablemente, desde que los Hellers se elevaron del lecho del mar. En cuanto a montar cualquier clase de expedición, la logística sería prácticamente imposible, incluso con el respaldo de todos los recursos de la Inteligencia terrana. Jaelle podría decirte mejor que yo cuáles serían las dificultades, pero sé suficiente para decir que es imposible, y tú también lo sabes. —Después de todo, ambos habían hecho trabajo de campo. juntos, viajando como darkovanos—. Para empezar, tendrías que cruzar los Hellers y, más allá de Nevarsin, el terreno es casi desconocido. En Inteligencia, no tenemos operadores que conozcan los senderos ni los idiomas. Hay tribus de hombres-gato allá arriba... y sólo Dios sabe qué más. *Banshees...* tal vez culturas no humanas... No creo que pueda hacerse, en absoluto. Desde luego, yo no lo intentaría.

Peter se mostró escéptico.

—Si ella acude a ti, ¿eso es lo que le dirás?

—Créeme, Peter, no acudirá a mí. De todos modos, Anders no es de Inteligencia, sino de Cartografía y Exploración.

Legalmente, Inteligencia era responsable sólo ante la Dirección Central del Imperio Terrano, en tanto Cartografía y Exploración se encontraba bajo la única autoridad del Legado del planeta.

—Ella tendría que obtener tu permiso, no el de Cholayna. Aunque pienses que Cholayna podría hacer algo así a espaldas tuyas, Peter, ella enviaría a uno de sus propios agentes, no a Lexie.

No sabía si Peter estaba convencido, pero tenía razones para saber que Magda siempre le había dicho la verdad. Y Magda esperaba que supiera que siempre se la diría. Intercambiaron algunas frases de cortesía y se despidieron amistosamente. Pero, mientras Magda cruzaba la ciudad en dirección a la Casa del Gremio, se preguntó si por eso Lexie habría asistido a su charla.

Pocos días más tarde, cuando Magda salía del Cuartel General, Doria se unió a ella en las puertas.

— ¿Vas a la Casa del Gremio? Te acompaño. Tengo un mensaje de mi madre para Jaelle n'ha Melora.

—Lo llevo por ti —se ofreció Magda, echando un vistazo al cielo—. Te ahorrará una larga caminata bajo la lluvia.

Doria se sonrojó ligeramente.

—Lo siento... Rafaella dijo que sólo podía dárselo personalmente a Jaelle.

Magda se encogió de hombros. Hubo épocas en las que Rafaella y ella habían sido verdaderamente amigas, pero nunca podía contar plenamente con la amistad de la otra.

Se acostumbraba a pensar en ella como una amiga e, incluso, a alegrarse un poco... y descubría luego, sin advertencia, que Rafi se comportaba como si Magda no le gustara. Pero como respetaba y admiraba verdaderamente a Rafaella, la aceptaba al menos como amiga de Jaelle, ya que no como amiga propia.

Las dos mujeres empezaron a caminar juntas, rápidamente, con las capuchas puestas para protegerse de la lluvia.

— ¿Te quedas mucho tiempo más en la ciudad, Margali?

—Espero que no. En realidad, no hay mucho que hacer aquí para mí. Sé que a Jaelle le gustaría volver a trabajar con Rafi y sé que también a Rafaella le gustaría, pero ella misma tendrá que tomar esa decisión.

Llegaron a la plaza en la que se erguía la Casa del Gremio. Doria estaba a punto de hacer sonar la campanilla, cuando se abrió la puerta y Keitha bajó los peldaños como un torbellino, jurando en voz alta.

—Keitha, ¿qué ocurre?

— ¿Doria? Oh... bien, no es culpa tuya, pero, cuando vuelva a ver a tu madre...

— ¿Qué? ¿Qué ocurre, Keitha?

—Le alquilé un caballo a Rafaella, ya que no tengo uno propio y, a veces, cuando me llaman de alguna propiedad que está fuera de los Muros de la ciudad, necesito uno. Quise hacer un acuerdo formal, pero ella me dijo que no, que tenía en el establo una docena de ponis desocupados y que no hacían suficiente ejercicio, por lo cual me agradecería que utilizara cualquiera de ellos cuando tuviera que cabalgar.

— ¿Y estás enojada con ella por ese motivo?

—No —dijo Keitha—, pero le pedí que me alquilara formalmente uno... ¡para que esto no ocurriera! Ahora todos sus caballos se han marchado y tengo que alquilar uno en el mercado o ir a pie.

—Llévate el mío —le propuso Magda—. Ya sabes cuál es, Keitha; el negro. —Había sido un regalo del padre de Shaya—. No lo necesitaré esta noche.

—Gracias, hermana de Juramento.

Keitha volvió a entrar apresuradamente en la casa y Magda y Doria la vieron correr hacia la puerta trasera que conducía al patio y a los establos.

Doria soltó un silbido de sorpresa.

— ¿Cómo, que todos los caballos de Rafaella se han marchado? ¡No lo entiendo! Debe de haber recibido... un encargo importante inesperadamente... ¡Si no pudo dejarle un caballo a Keitha! Fue realmente muy desconsiderado por su parte no avisar a Keitha con anticipación.

Frunciendo el ceño, Doria fue en busca de Jaelle, mientras Magda iba a colgar su capa, ahora completamente empapada, en uno de los barrotes para secado ante la chimenea de la cocina.

Cuando hubo terminado de secar la capa y la capucha, las mujeres ya entraban en el comedor, de modo

Que Magda se quedó para disponer sobre la mesa los cuencos y los jarros. Una vez que todo el mundo se hubo servido, se deslizó a su sitio de costumbre, junto a Jaelle.

— ¿Doria te dio su mensaje?

—Sí, pero no imagino qué es lo que tiene en mente —confesó Jaelle. Parecía perturbada—. Era lo último que esperaba después de todos estos años. Ya no somos niñas.

— ¿Qué ocurre, Jaelle?

Al ver tan alterada a su compañera libre, Magda no pudo mantener su decisión de quedarse completamente fuera del asunto.

—El mensaje sólo consistía en unas pocas palabras y ni siquiera escritas: «Hay una carta para ti en el viejo sitio.» Magda, eso se remonta a mucho tiempo atrás; a cuando yo era una niñita, la ahijada de Kindra. Kindra solía llevarme con ella en sus largos viajes y Rafi y yo no nos veíamos durante largos períodos. De modo que solíamos tener un lugar privado donde dejarnos mensajes, en la casa del viejo talabartero de la calle de los Cuatro Vientos.

Magda se encogió de hombros.

— ¿Y por qué no? —dijo—. Supongo que la mayoría de las niñas hacen esa clase de cosas en algún momento.

—Rafaella no era una niña, era mayor que yo; pero, bueno, me parecía maravilloso que una chica mayor quisiera hacer estos juegos conmigo. Rafi y yo siempre hemos estado muy... próximas. Lo sabes.

—Por supuesto que sí. —Y la simpatía que sintió Magda fue muy real. Como niña terrana, aislada entre darkovanos, siempre se había sentido espectadora.

— ¡Pero ahora no somos niñas, ni siquiera jovencitas; yo soy una mujer adulta con una hija y Rafaella es mayor que tú! ¿Por qué habría de volver a estas tonterías infantiles?

—Oh, Jaelle, no te preocupes tanto por eso. Tal vez quiere confiar en ti o asegurarse de que todavía la quieres lo suficiente para hacer por ella algo tonto e infantil. Una manera de... restablecer la vieja intimidad. No cree que yo pueda no interponerme entre las dos.

—Y eso es tonto e infantil —acusó Jaelle, que todavía parecía pálida y perturbada—. No somos niñas y... ¿De veras cree que puede interponerse entre dos compañeras libres? Estoy avergonzada de ella, Magda. Pero si no entiende que siempre seré su amiga... entonces es mucho más tonta de lo que creí.

—No te preocupes —la tranquilizó Magda—. Ya verás, simplemente deseará decirte algo en privado.

—Pero debería saber que siempre respeto sus confidencias —se preocupó Jaelle—. En realidad temo que se haya metido en algún tipo de problema...

Magda se encogió de hombros.

—No me parece. Si se sintió en libertad de marcharse de la ciudad y de llevarse todos sus caballos, obligando a la pobre Keitha a tomar prestado el mío...

-¿Qué?

—Jaelle, ¿no lo sabías?

—No, me he pasado todo el día volviendo a copiar unos viejos archivos para la Madre Lauria. El papel en el que están escritos se está desintegrando, porque la tinta que utilizaban en aquella época era muy ácida. Sólo tienen unos cien años de antigüedad, pero se están haciendo pedazos; así que estuve todo el día encerrada en la biblioteca...

Brevemente, Magda le contó toda la historia.

—No es algo típico de Rafi ser tan desconsiderada. ¿En qué habrá estado pensando? — La lisa frente de Jaelle se llenó de arrugas de perplejidad—. Creo que debería ir de inmediato a casa del talabartero, Magda.

— ¿Esta noche? Estás loca—protestó Magda—. Escucha la lluvia y el viento ahí fuera.

Parecía una de esas tormentas de verano que soplan a través del paso desde las montañas Venza, lanzando sobre Thendara lluvias y fuertes vientos *y, a.* veces, incluso en el verano, cierzo y nieve.

Jaelle frunció el ceño, al oír el viento que golpeaba los postigos contra las ventanas.

—Sea como fuere, Rafaella está por ahí fuera.

Hizo a un lado el pedazo de torta de nuez, que no había tocado en su plato, y se dirigió hacia el vestíbulo. Magda la siguió.

—No puedes salir sola con este tiempo por una loca idea de Rafaella...

Jaelle se volvió y la tomó de un brazo.

—Ven conmigo, entonces. Tengo la intuición de que esto puede significar problemas, Magda; problemas mayores que el hecho de que Rafaella esté celosa o de que quiera jugar a juegos infantiles.

Con un suspiro de resignación, Magda asintió y tomó nuevamente la capa que había secado con tanto cuidado. Camilla apareció en el vestíbulo, detrás de ellas.

— ¿Vais a salir? ¿Con este tiempo? ¿Estáis locas las dos?

Jaelle le contó lo ocurrido. Tenía el rostro pálido y demacrado.

—Camilla, ven con nosotras, tú también eres amiga de Rafi.

—Tanto como ella lo permite —puntualizó Camilla. Suspirando, tomó una vieja capa usada—. Vamos.

El viento y la lluvia penetraron en el vestíbulo cuando las tres mujeres abrieron la puerta para salir a la noche.

La lluvia caía a raudales mientras las tres mujeres caminaban rápidamente hacia la plaza del mercado. Magda estaba furiosa consigo misma por haber permitido que las hostilidades siguieran entre ellas durante tanto tiempo. El pequeño rostro triangular de Jaelle estaba oculto bajo su capucha, pero a Magda le pareció ver en él palidez y furia.

Camilla caminaba junto a ellas, alta y silenciosa, y la lluvia formaba charcos bajo sus pies y hacía ondear las capuchas en torno a sus rostros. La plaza del mercado estaba vacía y los charcos de agua congelada formaban un paisaje en miniatura de lagos y pequeñas costas rocosas. Los puestos, cerrados y asegurados, se erguían como islas en esas costas.

—No está aquí. El puesto del talabartero está cerrado —dijo Camilla—. Vamos a casa, Jaelle, no hay nada que no pueda esperar hasta mañana.

—Sé donde vive el talabartero —replicó Jaelle, y giró bruscamente sobre sus talones, encaminándose hacia una oscura calle lateral. Camilla y Magda intercambiaron una única mirada de desesperanza y la siguieron.

Magda sentía ganas de sacudir a Rafaella hasta que
Le castañetearan los dientes. También estaba enojada con Jaelle, que por seguir a Rafaella las hacía recorrer la Ciudad Vieja a esta hora olvidada de Dios.

El viento era helado, incluso a través de sus capuchas, y les daba con fuerza en la nuca. Magda pensó en Keitha, que debía cabalgar hasta fuera de la ciudad. Pero Keitha ya estaría abrigada dentro de una casa, con un buen fuego que habrían encendido para calentar agua. Magda jamás había sentido el menor deseo de ser médica y ni siquiera partera de las Renunciantes, pero al menos Keitha sabía esta noche adonde iba y por qué y qué es lo que haría cuando llegara allí. Y eso era mucho más de lo que las otras sabían.

Jaelle se detuvo frente a una casa pequeña desgastada por el clima, habló brevemente con alguien que salió a responder la campanilla y, al cabo de un rato, una mujer gruesa y vieja salió a la puerta.

— ¿Cómo?, si es nuestra pequeña Jaelle, completamente adulta, ¿verdad? Sí, tu socia te dejó una carta y yo me la traje a casa, temiendo, seguro, que alguien la pusiera en algún sitio donde después no pudiera encontrarla. Ahora, querida... ¿dónde la dejé? —La mujer escarbó en varios de sus enormes bolsillos, como un búho que se explorara las plumas, explorando y escarbando—. Ah, aquí está... No, ésta es una orden para la montura de Lady D'Amato. Esta... Ah, sí, aquí la tienes, *chiya...* ¿No quieres entrar, y también tus amigas, a comer algunas tortas dulces y a beber un poco de sidra junto a mi fuego, como solías hacerlo?

Le entregó un pliego de papel un poco sucio, lacrado con sello de color.

—No, gracias, debo tratar de alcanzar a Rafi antes de que se haya alejado mucho de la ciudad —se excusó Jaelle, y giró con la boca convertida en una única línea. Magda pudo ver que escrutaba la carta, pero estaba demasiado oscuro para ver o para leer.

—Por aquí.

Camilla tomó del hombro a Jaelle y la condujo hasta la luz que salía de la puerta abierta de una vinatería que había en la esquina. El lugar zumbaba con conversaciones y estaba poblado de soldados mercenarios y de guardias; pero, aunque algunos de ellos saludaron a Camilla con una inclinación de cabeza y una o dos palabras, ninguno de ellos intentó impedirle a la alta *emmasca* que condujera a sus acompañantes hasta una mesa del fondo. Una gruesa lámpara colgaba sobre la mesa. Camilla acalló el intento de protesta de Jaelle con unas palabras.

—Aquí me conocen, nadie nos molestará. Siéntate y lee tu carta, Shaya. —Hizo un gesto con la cabeza a la mujer regordeta, quien se apresuró hacia ellas—. Sólo ponche de vino y un poco de intimidad para esta mesa, Chella.

Camilla dejó caer una moneda sobre la mesa y, cuando la mujer se retiró para obedecer su orden, le dijo deliberadamente a Magda:

—Ahora no es gran cosa, pero deberías haberla visto hace diez años. Una piel como crema espesa y el cuello más suave que yo haya intentado morder en mi vida. Tenía el pelo lo suficientemente largo como para sentarse encima entonces, y el color... te hacía desear trenzarlo con plata y, créeme, ella lo sabía. Pero, a pesar de todo, es una buena persona.

La mujer, al regresar, trayendo el vino caliente, soltó una risita suave y acarició la mano de Camilla levemente con la punta de los dedos.

Camilla le sonrió y dijo:

—Será en otra ocasión, Chella. Mis amigas y yo necesitamos conversar. Asegúrate de que a nadie se le ocurra que deseamos compañía, ¿quieres, Chella?

Jaelle abrió la carta de Rafaella y la puso bajo la luz. Frunció el ceño mientras la leía y, finalmente, afirmó:

—Se ha vuelto totalmente loca. Luego, le entregó la carta a Magda. Con
reticencia, ésta la tomó y leyó:

Queridísima Shaya:

Durante bastante tiempo he tratado que vuelvas a trabajar conmigo. Ahora ha llegado el momento de dejar de hablar y hacer algo al respecto. Dejo esta carta en el viejo sitio como manera de recordarte los buenos tiempos, pero esto es mucho más grande en todo

sentido. Hasta podría darse esa especial expedición de la que solíamos hablar. La teniente Anders cree que me está usando para conseguir el gran descubrimiento que cree que ello, hará. En realidad, es al revés; pero le daré a la mujer lo que su dinero vale, y lo mismo harás tú.

¿Recuerdas, de cuando éramos niñas, la vieja leyenda de Kindra sobre la ciudad secreta más allá de los Hellers, desde donde una antigua Hermandad vigila los asuntos de la humanidad? Tal vez no sea una leyenda después de todo. Recuerda que las leyendas solían decir que si una lograba encontrar el camino hasta allí y si era lo suficientemente virtuosa, ellas te transmitirían toda la sabiduría del universo. Yo no daría ni un diente de hombre-gato por la sabiduría y, probablemente, tampoco tengo la virtud necesaria para ello.

Podría ser un asunto peligroso, pero todas las leyendas están de acuerdo en una cosa: ellas no quieren, o no se les permite, interferir en los asuntos humanos y, si las encuentras, sus leyes no les permiten matar. Se supone que su ciudad está llena de cobre, de oro y de raros libros antiguos de sabiduría. Dicen que todo el saber de los *cristoforos* vino de ellas, pero los *cristoforos* sólo lograron un
poco. ¡Y, sin embargo, todo el mundo dice que los *cristoforos* son los custodios de la sabiduría!

De modo que ya no tengo que contarte lo que estoy haciendo. La mujer terrana quiere información para el Cuartel General y dice que eso la hará famosa. En cuanto a mí, me inclino por un poco de esas monedas de cobre y oro. Olvídate de la sabiduría. Si llegó allí y vuelvo, te juro que tendré algo bastante mejor que algunos libros viejos y unas cuantas palabras raras. Pero necesito tu ayuda. No puedo hacer esto sola y, en la Casa del Gremio, no hay ahora muchas mujeres en las que pueda confiar, salvo tú.

Necesito provisiones de viaje, ropa muy abrigada y algunos caballos y animales más de carga. Trata de convencer a un par de hermanas del Gremio para que vengan también; no a blanduchas como Doria o Keitha, sino a alguien que pueda hacer un viaje duro, vivir duramente, mascar cuero y obedecer órdenes. ¡Y hagas lo que hagas, no vayas corriendo a contárselo a Margali! Por una vez, amor, guárdatelo para ti. Recuerda a tu vieja socia... y trae contigo todos los caballos y provisiones que puedas. Será un viaje duro pero, créeme, valdrá la pena. ¡Piensa en hacer que tu hija sea independiente del padre, aunque sea Comyn!

Te esperaré tres días en el sitio en el que tuvimos que sacrificar las caprinas aquella vez con Kindra. ¡No me falles! Ponte en camino de inmediato, así podremos cruzar el Kadarin antes de que llegue el mal tiempo.

Te conozco y sé cómo debes estar anhelando volver al camino. ¡Te espero, hermana de Juramento! Con amor,

Magda dejó la carta sobre la mesa y levantó la humeante taza de vino caliente que la camarera había puesto ante ella.

—No es Rafi la que se ha vuelto loca —comentó—, sino Lexie Anders.

—O, más probablemente, las dos —opinó Camilla, tomando la carta y arqueando inquisitivamente las cejas en dirección a Jaelle—. ¿Puedo?

—Por favor, lee.

Mientras leía, Camilla bufó. Finalmente, dijo:

— ¡Leyendas! ¿Por qué no parte en busca de la Ciudad Oculta, llena de árboles de pan con especias y colmados de dulces? Creía que Rafi tenía más sentido común.

—Se meterá en un terrible problema —calculó Magda—. Por supuesto, la responsabilidad es de Lexie, pero eso no significa que Rafaella tenga derecho a hacer esto; aun cuando ese lugar hubiera existido alguna vez...

—Oh, puede existir perfectamente —manifestó inesperadamente Jaelle, y Magda se volvió hacia ella.

—En ningún momento dijiste eso cuando Calista y yo hablábamos de las extrañas *leronis* de otras partes del supramundo...

—Para ser perfectamente sincera, Magda, no había asociado las dos cosas. Nunca pensé en las Hermanas de la Sabiduría como figuras veladas con cuervos que graznaban. Cuando era una niñita en la Casa del Gremio y oí hablar por primera vez de la Hermandad, solía preguntarme si vendrían de la Ciudad Oculta. Kindra me habló de ella una o dos veces, cuando viajábamos juntas: una ciudad habitada por mujeres sabias, que descendían quizá de las antiguas sacerdotisas de Avarra. Se decía que la ciudad estaba en una isla o

que lo estuvo alguna vez, cuando el clima era diferente del actual. Si una la encuentra, ellas tienen que aceptarte. Pueden decirte todo
lo que necesitas saber: cómo hacer una fortuna, si eso es lo que quieres, o darte sabiduría mística con respecto al propósito de tu vida, si lo que quieres es eso. Kindra me dijo que había conocido mujeres que habían estado allí, así que nunca se me ocurrió que fuera una leyenda. Si asocias todas las historias, bien puede ser verdad. Eso no significa que crea que el lugar es accesible. Según Kindra, ellas harían todo lo posible para impedir que alguien las encontrara. Cualquier cosa salvo matar, Rafi está en lo cierto en cuanto a esa parte de la leyenda. Y, si una verdaderamente encontraba el lugar, ellas estaban obligadas... ¡Oh, nada de esto tiene sentido, no puedo entender por qué los terranos tienen que meterse con estas cosas ni por qué Rafaella debería tener algo que ver en el asunto si los terranos se meten!

Magda, asqueada, comentó:

—Me temo que es culpa mía. Creo que Lexie haría cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa por aventajarme, por lograr, dentro de la Inteligencia terrana, una clasificación que yo jamás pueda igualar. Juro que nunca pretendí convertirme en una leyenda; ¡no iba en pos de la gloria! Una vez ella me acusó de eso, diciendo que no le había dejado a nadie nada por conseguir...

—Oh, esa mujer es una tonta —la interrumpió Camilla—, tú hiciste lo que se te puso delante. Si no puede entender que no estás compitiendo con ella...

Algo completamente diferente perturbaba a Jaelle.

—Si Rafaella hace esto, acabará por ser rechazada por los terranos. Nunca volverá a trabajar para ellos. ¿Y qué le ocurrirá a la teniente Anders, Magda, si hace esto contrariando los consejos oficiales?

—Lo mejor que le puede ocurrir es que la envíen fuera del planeta —respondió Magda—. En el peor de los casos, la pueden expulsar del servicio; y se lo merecería. A menos que haga un descubrimiento tan importante que... Eso es lo que debe de esperar, hacer un descubrimiento tan espectacular para C-y-Ex que ellos pasen por alto su desobediencia de las Ordenes Estándar. No sería la primera vez que ocurre algo así en la historia del servicio. Peter me dijo que ella tenía ese proyecto, pero yo le dije que era algo imposible de hacer, incluso con el respaldo de todos los recursos del Imperio.

—Evidentemente —intervino Camilla—, no lo está intentando con ese respaldo. Lo que es mejor, los terranos no son bien recibidos en los Hellers y una expedición importante no descubriría nada excepto, probablemente, más problemas de los que podrían manejar. Pero media docena de mujeres bien aprovisionadas, con buena suerte y buen tiempo, podrían arreglárselas. Kindra siempre decía que le gustaría intentarlo, Jaelle, pero, cuando se hizo cargo de ti como hija adoptiva, esperó a que crecieras y murió antes de haber tenido la oportunidad. —Al cabo de una pausa, Camilla agregó—: Rafaella tiene que haberlo sabido, era su pariente. Sin embargo, me sorprende que intente llevar a una terrana en ese viaje.

—A mí no —afirmó Magda—. Los terranos tienen los recursos, el dinero, los mapas y demás cosas necesarias para montar esta clase de expedición. Si en todos estos años Rafi no ha encontrado a ninguna mujer, ni siquiera en la Casa del Gremio, que estuviera dispuesta a intentarlo, no me sorprende que, cuando se lo propuso una mujer del Imperio, se haya excitado con la posibilidad. Lo que sí me sorprende es que Lexie haya arrastrado a Jaelle en el asunto. Y yo querría más evidencias de que se trataba de algo real, no de una vieja historia.

Pero ¿acaso Lexie había sido capaz de mostrar más evidencias de las que Magda había leído en su mente? Magda advirtió, con repentino horror, que estaba celosa, que estaba pensando: *Los terranos no deberían haber descartado este asunto; ¡tendrían que habérmelo asignado a mí, Magda Lome!* Después de todo, ella era la primera mujer que había hecho trabajo de campo clandestino en Darkover. Si había algo tan importante en ciernes, ¿con qué derecho dejaban que Lexie se hiciera cargo?

Magda estaba consternada consigo misma. Esta clase de reacción era precisamente lo que había causado en primer lugar la hostilidad de Lexie. Y, lejos de enviar a Lexie en una excitante búsqueda de esa ciudad legendaria, Peter Haldane se había negado específicamente a autorizar esa expedición.

¿O la habría autorizado? Tal vez confrontar a Magda con una prohibición absoluta de la oficina del Legado fuera la perfecta cobertura para, que la Inteligencia terrana saliera en

busca de ello.

¿Era incluso ético para Magda, juramentada con la Casa del Gremio, permitir que los terranos fueran conducidos hasta el núcleo del secreto femenino más celosamente guardado de todo Darkover?

No, todo eso era absurdo, sólo estaba dando crédito a las absurdas intimidaciones de Marisela acerca de hermandades místicas y secretos cósmicos.

—No sé por qué me preocupo por esto —dijo en voz alta—. Es imposible. Un suicidio. Es algo que no puede hacerse ni siquiera con suerte y buen tiempo; dos cosas que no se encuentran con facilidad en los Hellers.

Y, aunque fuera posible, aunque Cholayna la hubiera llamado para pedirle que se hiciera cargo, Magda se habría negado.

—Totalmente imposible —repitió, buscando convicción en esas palabras.

—No lo sé —dudó Camilla—. Suponiendo que Kindra estuviera en lo cierto y que ese lugar existiera verdaderamente, si es que alguna vez alguien hubiera podido llegar allí, podría volver a lograrse. Pero no
creo que Rafi pudiera. Tú sí podrías, Jaelle; o hubieras podido antes. No sé si todavía serías capaz, después de siete años de vida descansada en Armida.

Magda saltó con irritación:

—Ese no es el asunto, ¿verdad? Por supuesto, eso es lo que quiere Rafaella, seducirte para que vayas con ella, meterte en el problema que ella y Lexie están causando a todo el mundo. Cuenta con tu sentido de la lealtad y con tu amistad. Cree que irás tras ella del mismo modo que perseguiste a Alessandro Li cuando se marchó solo a las montañas. Y, así, podrá volver a tenerte, que es lo que desea...

—Creí que habías dicho que no competías con ella, Magda. ¿Debería dejarla ir sola, para que se meta en problemas o para que acabe muriéndose por ahí?

—Entonces... vas a hacer lo que ella quiere.

—Fue mi socia durante todos esos años. Pero no hay motivo para arrastrarte a ti en esto, Magda.

— ¿Crees que te dejaré que vayas sola y que te metas en problemas con los terranos, y...?

Se interrumpió, mirando directamente a los ojos centelleantes de Jaelle, y, luego, agregó:

—Tampoco ése es el asunto, ¿verdad? ¡Tú quieres ir! ¿Verdad? Quieres volver a ponerte en marcha y cualquier excusa es buena.

—Magda... No comprendes... —Jaelle suspiró, y dijo—: No tengo ningún derecho a querer ir. Pero me vuelve loca que Rafi esté en libertad de ir y yo no. Además...

—Eres libre de hacer lo que creas que debes hacer —afirmó Magda, advirtiendo, casi desesperada, que Jaelle repetía sus propios pensamientos—. Debí haber sido sincera con Lexie, debí haberle contado mis propias experiencias con esta gente. Sean o no reales o vengan de algún otro plano de existencia, si yo hubiera estado dispuesta a compartirlo con ella, a decirle cómo y
Por qué me había topado con ellas, tal vez habría comprendido...

Magda ahora sintió que comprendía: Lexie, como ella misma, se había encontrado con esas mujeres misteriosas, con la misma Hermandad de oscuras vestiduras que había contribuido a su propio rescate y al de Jaelle.

Ellas habían enviado de regreso a Lexie, así como habían enviado ayuda a Magda... Sabía que Camilla no lo creía, pero Magda había estado allí, Camilla no. Pero Lexie había tenido el valor de ir a buscarlas; Magda no.

—La leyenda es muy específica —habló Camilla con astucia— dice que, si vas a buscarlas, pero no estás calificada para que te admitan, desearás no haber oído jamás de ellas. De algún modo, no creo que el deseo de riquezas de Rafaella sea calificación suficiente. Tal vez Rafi consiga entrar con engaños. Pero no volver a salir.

— ¿No te das cuenta? —dijo Jaelle con ojos brillantes—. Esas dos no son las más adecuadas para ir.

— ¿Y nosotras sí? Oh, vamos, Shaya...

—No creo que lo ocurrido sea una coincidencia —argumentó Jaelle—. En cualquier caso, Rafaella ha puesto en mis manos la seguridad de la expedición. Me ha pedido que la alcance con más caballos, provisiones, ropa de abrigo... No puedo abandonarla.

—Y tal vez... si le digo a Lexie lo que sé de estas... mujeres misteriosas, tendrá mejor suerte. —Magda vaciló—. Y tengo acceso a otra información que ella no pudo conseguir, información de seguridad especial; lo poco que se sabe del terreno de los Hellers más allá de Nevarsin...

Y, sin embargo, para sus adentros, Magda sabía que Lexie nunca lo consideraría de esa manera. Para Alexis Anders, el bienintencionado intento de ayudar no sería más que otra interferencia de la Leyenda Lorne.

Demonios, Lorne... ¿hay algún pastel en este planeta en el que tú no metas los dedos?

—Ninguna de las dos es sincera —manifestó Camilla con sagacidad—, aunque las dos os sentís llamadas a esa misteriosa ciudad. En cuanto a mí... mis motivos están perfectamente claros. —Las miró con fijeza—. Yo iré a esa misteriosa Ciudad de Hechiceras, pero al menos soy honesta con respecto a mis razones. Se supone que esas personas pueden decirte el propósito de tu nacimiento y... —miró a su alrededor, desafiando a cualquiera que quisiera cuestionarla— tengo motivos para interrogar al destino. Si la Diosa me ha exigido que sufriera estas cosas... ¿entonces no tengo derecho a demandar a la Diosa que ella, o estas mujeres misteriosas que pretenden cumplir su voluntad, den justificación de mi vida? Decido buscar esta ciudad misteriosa y allí preguntarle a la Diosa por qué me ha tratado como su juguete.

Y, a pesar de la manera colérica y casi desdeñosa en que Camilla pronunció estas palabras, Magda supo que había en ellas una amenaza. Y, en cualquier confrontación de esa clase, Magda apostaba a que Camilla sería la mejor librada.

Jaelle retiró su silla hacia atrás; puso la carta, que estaba sobre la mesa, en el bolsillo de sus pantalones.

— ¿Cuándo empezamos?

Magda se sintió como si hubiera sido atrapada en el camino de una de las máquinas terranas destinadas a excavar la tierra, del tipo que utilizaban para convertir una colina verde llena de árboles y plantas en un lugar desnudo, nivelado, en el que podía construirse un espaciopuerto o en el que podía ocurrir cualquier cosa. Jaelle en ningún momento había tomado sus protestas con seriedad; sin embargo, había intentado, con justicia, evaluar los pros y los contras del asunto.

—Ella dijo que esperaría tres días —señaló Magda—. Por la mañana iré al Cuartel General y buscaré mapas en Inteligencia; tengo acceso a las fotos aéreas de los satélites y al ordenador para que las amplíe en mapas a escala.

—Y yo haré los preparativos para los caballos y las provisiones —se ofreció Camilla—. Tengo contactos ahora; tú, no.

¿Y las niñas?, pensó Magda. Sin embargo, justo el otro día se había estado preguntando por qué no habría algo digno en que emplear sus energías. Descubrió que recordaba un viejo proverbio terrano: *Ten cuidado con lo que pides, pues podrías conseguirlo.*

La lluvia había cesado cuando salieron de la vinatería y Magda alzó la vista hacia el cielo, en el que se destacaban con claridad los dientes agudos y altos de las montañas Venza. Una pequeña luna se ponía sobre una de las cumbres.

Marcharían en esa dirección; después hacia el norte, más allá del Kadarin hasta las profundidades de los Hellers, hasta Nevarsin y más allá. Ella nunca había estado tan lejos, nunca se había internado en los páramos desconocidos. Con la pericia de dos expertas guías montañesas, sus compañeras ya estaban planeando las etapas del viaje. Si algo había aprendido al abandonar la Casa del Gremio para establecerse en la Torre Prohibida, era a no suponer nunca que su vida se había hecho estable o que seguiría un curso ordenado en adelante. Escuchó a Camilla, que renegaba y hablaba de la dificultad de conseguir caballos habituados a los caminos de montaña en esta época, y advirtió que también ella estaba revisando mentalmente su guardarropa, buscando la ropa abrigada que necesitaría mucho antes de que llegaran a los Hellers.

Con la primera luz, Camilla se marchó a buscar caballos, animales de carga y monturas.

Magda, que no podía hacer nada hasta las horas de trabajo habituales en el Cuartel General, fue al comedor, donde habían puesto para el desayuno potaje caliente y rebanadas de pan fresco. Mientras comía, intentaba pensar qué haría primero.

Como agente de campo, había tenido acceso a las más sofisticadas fotografías aéreas y al elegante equipo que, a partir de una foto tomada a ochenta mil metros de altura, podía

generar un mapa lo suficientemente detallado para hacer posible distinguir un árbol de resina de un arbusto de especias.

Había pocos mapas darkovanos. Pocos comerciantes iban y venían por los Hellers y, cuando lo hacían, seguían sendas que ya habían conocido sus abuelos. Más allá de Nevarsin, poco se sabía: una altiplanicie helada, páramos sin cultivar. Los mapas hechos a partir de fotografías podían ayudar; pero no lo suficiente, en opinión de Magda.

Bajó Jaelle, ya vestida con ropa de viaje, pantalones de montar y botas. Magda nunca antes la había visto llevar el largo cuchillo de las Amazonas, semejante a
Una espada corta de los soldados mercenarios. Se sentó en la silla que estaba junto a Magda.

—Iré a ocuparme de las provisiones para el camino —le anunció a ésta—. Y tú deberías conseguir una capa de montar. La necesitarás cuando lleguemos a las montañas, ninguna chaqueta es realmente lo bastante abrigada. ¿Crees que podremos conseguir algunas bolsas de dormir terranas? Son mejores que las que podemos obtener en el mercado.

—Lo arreglaré.

Medias súper abrigadas, guantes especiales, crema para protegerse de las quemaduras solares, gafas de sol... Un pequeño grupo de mujeres, que se disponían a trabajar en el mercado, entraron a servirse cuencos de potaje. Sherna arqueó las cejas inquisitivamente en dirección a Jaelle:

— ¿Vestida para cabalgar? ¿Te marchas, entonces?

—Tan pronto como podamos. Llevamos una caravana hacia el norte.

—Si ves a Ferrika en Armida, dale mis saludos.

Sherna terminó su potaje y fue a la cocina a buscar las hogazas destinadas a su puesto de venta de pan. Se volvió para preguntar a Magda:

— ¿Te marchas con Jaelle, hermana de Juramento?

Magda asintió, sintiéndose irritada; sabía que la pregunta era bienintencionada, pero una de las pocas cosas de la vida en la Casa del Gremio que todavía le causaba dificultades era la manera en que todo el mundo se metía en la vida privada de las otras.

Nunca había visto a Jaelle dedicada al trabajo para el que había sido entrenada. Quedó atónita ante la rápida eficiencia que Jaelle mostró para disponer la carga y para elaborar listas de artículos.

—Mapas, bolsas de dormir, tal vez algunas raciones terranas de elevada energía, envasadas. Serán lo mejor cuando estemos en las montañas. Cocinas de campaña y
tabletas de combustible concentrado. Dejaré en tus manos todo lo de la Zona Terrana.

—Tal vez tenga que decírselo a Cholayna...

Jaelle suspiró.

—Si tienes que hacerlo, no hay más remedio. Conoce a Rafaella, ¿verdad?

—Rafaella está considerada en Cartografía y Exploración y también en Inteligencia como la mejor de todas... —Magda se interrumpió, se calló la palabra «nativa»— de todos los guías darkovanos. No la mejor mujer guía, sino, simplemente, la mejor guía. Ya ha trabajado antes con expediciones de Cartografía. Naturalmente, Cholayna la conoce y, probablemente, la recomienda para todas las expediciones grandes.

Jaelle asintió.

—Rafi me dijo una vez que le gusta trabajar con los terranos. Tienen los mejores equipos y nunca discuten los honorarios. O acceden a pagar o te dicen que es demasiado y se van a otro lado. No regatean tan sólo por la diversión de hacerlo. Además, dan mejores propinas.

Magda pensó que había muchos darkovanos en la misma situación: trabajaban para los terranos pero los despreciaban en secreto. Desde su primer año en la Casa del Gremio, Magda había tenido la misma curiosa relación, compuesta casi en partes iguales de afecto y de disgusto, con Rafaella.

—Sherna me contó el otro día que le disgusta trabajar con los terranos por esa misma razón: despojan el trabajo de toda diversión. No quieren regatear; simplemente sí o no, tómalo o déjalo.

—Sé a qué se refiere —convino Jaelle—, los terranos no tienen sentido del humor. Tampoco Rafaella lo tiene. Por eso se lleva tan bien con ellos.

— ¿Por qué alguien debería usar su sentido del humor en la plaza del mercado?

—Es un juego, amor. Todo sale más o menos igual; tal vez unos pocos *sekals* de diferencia, pero todo el mundo actúa y todo el mundo cree que se ha salido con la mejor parte del trato.

—No entiendo la diversión que hay en eso. Me gusta saber qué es lo que se me pide y decir sí o no; ¡no jugar durante horas cada vez que quiero comprar una canasta o un par de botas!

Jaelle rozó con afecto la muñeca de su compañera.

—Lo sé. Eres muy parecida a Rafi, ¿sabes? Sospecho que por eso no os lleváis muy bien. —Hizo a un lado su cuenco de potaje—. No te olvides de las gafas para el sol. Cuando estemos a mitad de camino en las Kilghard Hills, ya estaremos viajando sobre el hielo, incluso en esta época.

Mientras atravesaba la ciudad, Magda pensó que Jaelle y Camilla daban por hecho que viajarían; ninguna se planteaba la posibilidad de alcanzar a Lexie y a Rafaella y hacerlas volver de su expedición no autorizada, sino más bien la posibilidad de unirse a ellas.

Es culpa mía. No debía haberle contado lo que había descubierto sobre la Hermandad. Eso fue lo que lo empezó todo.

También ella deseaba averiguar qué era lo que estaba detrás de ese misterio. La diferencia era que jamás se le habría ocurrido ir por su cuenta a averiguarlo.

No soy aventurera. Tal vez por eso no debí interponerme entre Jaelle y Rafaella. Jaelle nunca ha estado demasiado satisfecha de haberse establecido en un solo lugar.

Dio sus números de identificación al hombre de la Fuerza Espacial que custodiaba las puertas y se sorprendió al advertir que su voz sonaba casi furtiva.

Qué me pasa, tengo libre acceso *aquí, soy una agente acreditada. ¡Por lo que a todo el mundo respecta, sólo estoy cumpliendo con mis deberes habituales! En realidad, es asunto mío impedir que Lexie se interne sin autorización en partes de Darkover de las que no hay mapas, zonas inexploradas.*

En el hospedaje de la Sociedad del Puente, Magda había empezado a guardar algunos uniformes estándar: el código de acceso conectado en sus cuellos la permitía ir y venir por el edificio del Cuartel General sin someterse a constantes controles de identidad y de seguridad. Saludó a las jóvenes enfermeras darkovanas que se aprestaban allí para su día de trabajo, fue rápidamente hasta su casillero y se puso un uniforme: la túnica y la malla oscura con ribetes rojos que le daban libre acceso a cualquier área salvo Médica y Psico. Los monitores hicieron el clic de ACEPTADA cuando atravesó rápidamente los corredores hacia la sala principal de Cartografía. Encontró un terminal libre y solicitó una foto de satélite tomada durante un vuelo que había pasado Nevarsin. Pudo interpretar la fotografía lo bastante bien para apretar los labios y soltar un silencioso silbido al ver el terreno.

¿Y Lexie cree que puede haber allí algún tipo de dudad que ha conseguido ocultarse de las imágenes de los satélites o del radar? Esa mujer está loca.

Si la misteriosa ciudad de la Hermandad existía —y Magda no estaba cerrada a esa posibilidad—, debía hallarse en alguna parte inaccesible del supramundo. Era cierto que, desde que había conocido a Jaelle, había oído historias de Kindra n'ha Mhari, la madre adoptiva de Jaelle, que había guiado a Lady Rohana hasta las Ciudades Secas. Había sido una exploradora legendaria. Si ella decía que había conocido mujeres que habían estado realmente en esa ciudad de leyenda, ¿quién era Magda para decir que la ciudad no existía?

Oprimió algunos controles que generarían, a partir de la fotografía del satélite, un mapa de diagramación computada un poco más detallado, cuyo desciframiento no requiriera su propio grado de experiencia con las formulaciones terranas. Lo estudió en la pantalla durante un rato, pidiendo algunas aclaraciones aquí y allá, hasta que se asemejó a los mapas darkovanos que había visto en la colección de Rafaella; y, después, pidió una copia impresa. La impresora láser se movió silenciosamente y, en menos de medio minuto, el mapa estuvo listo. Lo cogió y volvió a estudiarlo durante largo rato, buscando errores, comparándolo con las otras imágenes de la pantalla; asegurándose por completo de que era el mejor que podía conseguir.

Durante sus primeros años en Inteligencia, Magda había viajado con Peter Haldane a través de gran parte de los Siete Dominios y hasta el pie de los Hellers. Ella misma había hecho algunos de los primeros mapas, aunque Peter había sido mejor que ella para esta

tarea: el don fundamental de Magda eran los idiomas. Mientras observaba algunos de los caminos (en cualquier otro planeta que no fuera Darkover, los hubieran clasificado como sendas para el ganado), la invadieron los recuerdos de esa época casi olvidada... Qué joven era entonces, cuan ilimitada su energía. ¿Era verdad que ella y Jaelle habían cruzado realmente el Paso de Scaravel, a casi cuatro mil metros de altura? Sí, pensó con pesar, *Jaelle tiene las cicatrices que lo prueban.* Y, en una ocasión, ella y Peter habían ido clandestinamente a la Ciudad de las Nieves, Nevarsin de los *cristo/oros...* Al cabo de un momento, suspiró y se volvió una vez más hacia el terminal, pidiendo otra revisión de los mapas disponibles de la zona al norte cíe Nevarsin.

Estudió los pocos senderos angostos que conducían a esos páramos. La planicie estaba a más de dos mil metros de altura; era de esperar que en los pasos faltara oxígeno y, sin duda, habría *banshees:* esos carnívoros ciegos, que no volaban y que se movían con terrible tropismo contra cualquier cosa con vida y que podían destripar a un caballo con un solo golpe de sus espantosas garras. En las áreas inexploradas, marcadas con un sombreado en los mapas habría otros peligros desconocidos. Algunos de los pasos eran mucho más altos que Scaravel; casi todo lo que aparecía estaba cubierto con el pálido sombreado azul que significaba: «Inexplorado; sin datos concretos.» Si lo que ellas buscaban existía realmente, tendría que estar allí.

¿Alguien quiere buscar una aguja en un pajar?

Debía de haber algo más que las leyendas. Si Kindra había conocido a mujeres que habían ido y regresado, debía de ser posible, no fácil, pero sí posible rastrear información, comprarla, sobornar a las personas que supieran...

Pero eso tendría que hacerse del lado darkovano. Ya había agotado las fuentes de información terrana. Contactó con SUMINISTROS en el terminal; pidió bolsas de dormir, combustible sólido para cocinas de campaña, gafas de sol y crema para las quemaduras solares; ninguno de estos artículos era inusual: cualquier agente de Cartografía y Exploración, de Reconocimiento o de Inteligencia que hiciera trabajo de campo pedía lo mismo.

Aun cuando Magda no hubiera acreditado el pedido a su cuenta personal y lo hubiese solicitado sin embargo como gastos relacionados con la misión, no se hubiera producido tampoco una señal de ADVERTENCIA en Auditoria. Sin embargo, al cargar el pedido a gastos personales, Magda nunca tendría que explicar para qué necesitaba esos artículos.

Se preguntó si también Lexie habría cubierto sus pasos de este modo. Alexis Anders, al igual que la misma Magda, había sido entrenada en el Colegio de Inteligencia de Alfa, pero Lexie era más joven que ella y tenía bastante menos experiencia con esta clase de cosas.

Al cabo de un minuto, Magda volvió a conectar otra vez el terminal y tecleó el código de acceso para Personal.

Tal como lo esperaba, se la cuestionó dos veces, pero sus niveles de acceso eran tales que, finalmente, logró determinar que Anders, Alexis, Piloto de Misiones Especiales de C-y-Ex, estaba de licencia y había pedido cierto equipo de montaña. Muy interesante, pensó Magda, mientras borraba la pantalla.

Tendría que ir hasta Suministros a buscar las cosas que había pedido, aunque el pago ya había sido deducido automáticamente del crédito que Magda tenía en el Cuartel General. Sin duda, casi habría acabado con su cuenta, ya que el salario por misión alejada no era muy bueno. Sólo había conseguido pagar el pedido merced a las bonificaciones que Cholayna había establecido por su reciente trabajo con la Sociedad del Puente.

Bien, valdrá la, pena. Eso es lo que importa.

Especificó el tipo de embalaje que prefería, inquirió los precios de algunos otros artículos —Jaelle podría conseguirlos probablemente más baratos en la Ciudad Vieja— y se preparó a regresar al hospedaje del Puente para cambiarse con la ropa que, cuando estaba en la Zona Terrana, seguía llamando para sus adentros disfraz de campo. Cuando desconectó el terminal, miró a su alrededor y vio a Vanessa ryn Erin de pie en el vano de la puerta.

—Me pareció que serías tú. ¿Qué querías con respecto a los registros de Lexie, Magda? La curiosidad no es una razón válida para husmear en los ficheros de Personal, lo sabes. Tenía mejor opinión de ti.

—Si hablas de husmear, ¿por qué estabas husmeando en lo que yo hacía?

—Personal es mi trabajo, Magda, no el tuyo. Vamos, explícalo. —Vanessa hizo una pausa, observando a Magda con frialdad—. Lo digo absolutamente en serio. Puedo pedir que te hagan un examen psíquico por menos que esto.

Magda, que detestaba mentir, había pensado decirle toda la verdad, pero advirtió ahora que, para protegerse, por no hablar de proteger a Jaelle y a Camilla, lo mejor sería inventar una buena mentira, una que resultara satisfactoria para la imaginación conspiratoria de Vanessa; pero, al igual que a muchas personas que son casi compulsivamente sinceras, no se le ocurrió ninguna. Eso la enfureció. *¡No puedo quedarme aquí parpadeando como una niñita a quien hubieran sorprendido comiéndose todo el frasco de mermelada!* Y, por supuesto, eso fue exactamente lo que hizo.

Finalmente dijo:

—Quería saber qué estaba haciendo Lexie. La vi en la reunión de la Sociedad del Puente, pero, después de la prueba por la que pasé, tenía curiosidad por saber si verdaderamente estaba bien otra vez. —Entonces, se le ocurrió lo que debería haber dicho desde un principio—: Aparentemente, se ha marchado con la socia de Jaelle; necesitábamos saber en qué dirección. Jaelle no recibió ningún mensaje de Rafaella y...

—Tal como averiguaste, ha pedido licencia —confirmó Vanessa—. Cuando hablé con Cholayna, tuve la impresión de que le había asignado alguna misión y, por eso, había conseguido todo el equipo gratuitamente. Contrató a una guía Renunciante y fue a las Kilghard Hills a estudiar las danzas folklóricas de las mujeres.

—Así que es eso... —Magda se interrumpió. Dijo secamente—: No me lo creo.

— ¿Por qué no? Es trabajo agradable, muy fácil, una buena manera de conseguir algo así como vacaciones pagadas. Todas hemos hecho cosas así.

Durante el medio año siguiente, Magda lamentó no haber permitido que Vanessa creyera simplemente eso. Era una explicación muy simple y, si Vanessa la hubiera creído verdaderamente, eso habría ahorrado una enorme cantidad de problemas.

Pero, en cambio, Magda exhaló un largo suspiro de indignación y descreimiento.

— ¿Qué clase de imbécil sin cerebro supones que soy, Vanessa? Hay guías Renunciantes, sí, que aceptarían el encargo de llevar a una mujer terrana sola a las montañas para estudiar las danzas folklóricas o los estilos de baladas o el *rryl* o la técnica de mimbrería de los forjadores. ¿Pero Rafaella? ¡Fue ella quien guió la expedición de Cartografía hasta Scaravel! ¡Es a Rafi a quien contratan cuando quieren alguien que pueda coordinar a noventa hombres, quinientas caprinas de cara y media docena de guías de montaña semientrenados! ¡Vamos, Vanessa! ¿De verdad crees que Rafaella n'ha Doria aceptaría el encargo de llevar a una sola mujer terrana en una excursión dominical para que establezca las diferencias entre un *secain* y una ronda de la danza Anhazak? Es posible, y sólo posible, si ambas fueran amantes y quisieran una excusa para viajar juntas. No se me ocurre ningún otro motivo. Pero, conociendo a Rafaella, no lo creo ni por un minuto; aunque, ahora que lo pienso, no sé nada de la vida amorosa de Lexie; pero te apuesto una semana de salario a que es completamente heterosexual. ¿O no viste su expresión cuando le presenté a Jaelle como mi compañera libre?

Vanessa se encogió de hombros.

—No había pensado demasiado al respecto. Simplemente creí que quería ir a las montañas. Después de todo, Magda, Lexie fue entrenada como agente de Inteligencia. Pensé que, después del accidente del avión, ésta era la única asignación que podría conseguir. Sabía que necesitaría una guía Renunciante y supongo que, simplemente, pidió la mejor de la lista.

— ¿Y Rafaella aceptó, así como así? Tonterías.

Vanessa estalló defensivamente, con furia:

— ¡No me he parado a pensar en ello hasta que me han llamado para avisarme de que alguien estaba husmeando en su fichero! ¡Después de lo que ha pasado, sin duda Lexie tiene derecho a tomarse una licencia! No es un delito contratar a una guía con las mejores calificaciones, ¿verdad? ¡Mientras pueda pagar los honorarios de Rafaella! Tal vez Rafaella sólo quería ganarse un poco de dinero fácil o aprovecharse de una tonta extranjera dispuesta a pagar el cuádruple de... —Vanessa se interrumpió en seco y dijo, pensativamente—: O tal vez Cholayna le asignó el estudio de las danzas folklóricas como cobertura y se ha marchado a hacer un trabajo mucho más importante y serio...

—Ahora estás empezando a comprenderme.

—Pero... ¿acaso Cholayna haría algo así sin consultar a Personal, para certificar que Lexie estaba en condiciones... suficientemente estables como para emprender una misión de este tipo? He ahí la cuestión, Magda. ¡Ése es mi trabajo! Tras haber sufrido tan reciente conmoción y amnesia... yo pediría una consulta con Médica y con Psico antes de permitirle salir otra vez. ¡Y lo mismo haría Cholayna! Aunque es cierto que Cholayna tiende a... tener opiniones propias sobre las personas...

Se interrumpió y Magda, sabiendo qué era lo que la otra no se atrevía a decir, lo dijo por ella:

—Estás recordando que, supuestamente, yo debería haber sido despedida o que se me debería haber aceptado la renuncia... ¿verdad, Vanessa? Por supuesto. Y, en muchas ocasiones deseo que Cholayna no me hubiera defendido. ¡Y, maldición, ésta es una de esas ocasiones! El hecho es, Vanessa... que creo que Lexie está haciendo trampas y que también se las hizo a Cholayna.

De repente, se le ocurrió que estaba compartiendo con Vanessa un secreto que no era suyo, que pertenecía a Jaelle y a Camilla. Si su propósito era impedir que Rafaella se metiera en problemas o que Lexie fuera a una parte de Darkover adonde los terranos no debían ir, lo que acababa de decir era inexcusable.

Pero la ira de Vanessa no estaba dirigida contra Magda, como ésta había creído. A Magda le asustó poder ver con toda claridad lo que Vanessa estaba pensando; Vanessa era terrana, ciega mental, se suponía que Magda ni siquiera era *capaz* de leerle la mente y, sin embargo, el pensamiento estaba allí, con toda claridad: *Lexie tiene derecho a no unirse a la Sociedad del Puente si no quiere, pero no tiene derecho a intentar manipularnos a todas porque cree que somos tontas que nos hemos convertido en nativas... ¡o algo por el estilo! ¿No comprende que Magda y Cholayna son mis hermanas y que, si las engaña, me está involucrando también a mí?* Pero, en voz alta, Vanessa dijo solamente: —Subamos a preguntarle a Cholayna.

Desde que la había conocido, Magda se preguntaba cuál sería el secreto de la relajación de Cholayna. Nunca parecía estar haciendo verdaderamente nada, ya fuera en su oficina del Cuartel General o cuando alguien la buscaba en sus oficinas especiales de la Academia de Inteligencia de Alfa. Sin embargo, a juzgar por los resultados, se podría suponer que consumía todo su tiempo en una actividad frenética.

El día de hoy no era ninguna excepción. Cholayna estaba reclinada en una silla cómoda, con los pequeños pies más altos que la cabeza y los ojos cerrados. Pero cuando Magda y Vanessa entraron en su despacho, abrió los ojos y sonrió.

—Supuse que ésta sería tu próxima parada. ¿Qué querías con los mapas de satélite, Magda?

Es por estopor lo que le dije a Jaelle que tal vez tendría, que contarle a Cholayna lo que estaba ocurriendo. Ella siempre lo sabe.

Sin embargo, Vanessa no le dio oportunidad de responder.

—Supongo que no me lo dirás, si se trata de información secreta —le soltó a Cholayna—, pero ¿quizá la función de Lexie, de estudiar las danzas folklóricas, es una cobertura de alguna maniobra oficial de Inteligencia?

Cholayna pareció sobresaltarse un poco.

—No, se trata solamente de un poco de Xenoantropología. Tuve que darle autorización porque cada vez que un terrano sale al campo, lo que en realidad significa a cualquier lugar que esté a más de diez kilómetros de la Ciudad Vieja, se supone que Inteligencia tiene que autorizarlo, asegurándose de que no se entrometan en cualquier otra misión oficial. Me di cuenta de que, después del shock, no volvería a ser buena piloto si no se tomaba un descanso bastante prolongado. Después de todo, no hay aquí una gran cantidad de trabajo de Inteligencia formal... ¿Por qué crees que elegí este sitio? Me paso el noventa y nueve por ciento del tiempo preparando operaciones encubiertas para trabajos de lingüística y Xenoantropología, que fue lo que Magda puso en marcha antes de que yo llegara.

Le dirigió una sonrisa a Magda, quien se la retribuyó. Vanessa parecía sospechar, pero Magda era lo bastante telépata para saber cuándo le decían la verdad.

— ¿Así que no es una cobertura para esa expedición que, según Peter Haldane, ella quería conducir bástalos Hellers?

—Oh, eso. —Cholayna soltó una risita—. Lexie admitió que había estado bastante

trastornada cuando regresó y que, durante los primeros días, no sabía bien lo que hacía. En realidad, me pidió que me asegurara de que lo que le había dicho a Peter no quedara registrado en su hoja de servicios. Sabe que Peter y yo somos viejos amigos. Después, dijo que necesitaba un buen descanso y que le gustaría tomárselo en las montañas. No creas que no sé cuándo me están liando para conseguir vacaciones pagadas, pero Lexie es competente y está autorizada a las mismas cosas que todos los demás. De modo que le dije que se buscara una guía calificada en la Sociedad del Puente y le di autorización para Xeno-An.

Magda abrió la boca, pero otra vez Vanessa habló primero.

— ¿Lo ves, Lorne? ¿Lo ves? Te lo dije...

Cholayna bajó los pies y los apoyó en el suelo.

— ¿Qué está ocurriendo?

—Cholayna... ¿qué dirías si supieras que la guía que Lexie contrató es Rafaella n'ha Doria?

—Sabiendo lo que cobra Rafaella —contestó Cholayna— diría que Lexie hizo un mal negocio. Conozco al menos media docena de mujeres que la guiarían en ese viaje por la mitad... no, por la cuarta parte de la tarifa habitual de Rafi...

Pero se interrumpió. Era atemorizador: Magda sintió que la información penetraba a través de las capas exteriores de la tranquila buena disposición de Cholayna. Por primera vez desde su época en la escuela de entrenamiento, vio la aguda inteligencia que se ocultaba detrás de esa fachada.

—En nombre de un millón de demonios comedores de fuego, ¿en qué andan esas dos? —Cholayna se incorporó en su silla, achicando los ojos.

—Creo —aventuró Vanessa— que Lexie ha encontrado la manera de conseguirse la expedición que deseaba, sin pasar por todas las formalidades. Como mínimo, es una burla para ti y para tu departamento, Cholayna.

El rostro de Cholayna se puso tenso y sus pobladas cejas plateadas se arquearon sobre sus ojos oscuros.

—Tendría que haberlo sabido. ¡Yo entrené a Lexie y debería saber cuándo me está engañando! Así que para eso querías los mapas. Pero ¿qué supones que están buscando?

Magda le entregó la carta. Cholayna le echó un vistazo muy rápido y, después, volvió a arrojarla sobre el escritorio.

—Mmmm... Parece una carta muy privada. Pero, conociéndote, sé que no me la mostrarías si no tuvieras una buena razón. ¿Por qué no me la cuentas, en vez de mostrarme la carta?

Magda le detalló el contenido de la carta.

Cholayna frunció el ceño.

—Ir en busca de cuentos de hadas no parece para nada típico de Lexie; en realidad, tanto como estudiar danzas folklóricas.

—Oh, es más que eso. Lexie las vio, o cree que las vio, y en el mismo tipo de circunstancias en que yo las vi.

Magda exhaló un profundo suspiro y explicó lo que había visto en la mente de Lexie cuando la exploró: mujeres veladas, voces, graznido de cuervos.

Cholayna la escuchó, tamborileando sus largos dedos con inquietud sobre la superficie de vidrio de su escritorio.

Magda concluyó:

—Siempre creí que, si existían, existían solamente en el supramundo. Pero Camilla dijo que Kindra había conocido mujeres que habían estado allí. También Marisela sabe algo de ellas, sólo que no quiere decirlo.

— ¿Vas a ir a buscarlas? —Cholayna se incorporó con brusquedad—. Muy bien, arreglaré la autorización de todos los mapas que necesitas. Llama a Suministros, Vanessa, no me llevará más que... —consultó su cronómetro— media hora prepararme para el viaje.

Magda se quedó mirándola fijamente.

—Cholayna, no puedes...

—«No puedes» no es una expresión que puedas aplicarme a mí —le recordó Cholayna, pero sonriendo—. ¡Piensa, Magda! Si la teoría de Alexis Anders es correcta y alguna otra influencia planetaria ha establecido aquí una estación que es inmune al radar y a los satélites, no sólo es cosa mía saberlo: podrían despedirnos a todos, o algo peor, y Peter y

yo podríamos ser sometí-
Dos a un consejo de guerra si no lo supiéramos. ¿Para qué te crees que estoy aquí? Y, si estás en lo cierto y existe de verdad el secreto de la Hermandad... ¿crees que quiero que una mocosa malcriada de C-y-Ex, alguien tan arrogante con respecto a este planeta que ni siquiera acepta unirse a la Sociedad, se meta en eso? Aparte de las dificultades diplomáticas, si alguien que no es darkovano tiene que mezclarse en los asuntos de la Hermandad, mejor que seamos tú y yo y no Lexie, ¿verdad?

Todo esto era tan cierto que Magda no pudo responder nada. Así y todo, la regañó:

—Cuando viniste aquí sabías que no podrías hacer trabajo de campo, Cholayna. Ni siquiera viajando con nosotras estarías a salvo, ya que todo el mundo sabría que no eres nativa.

Darkover era el único de todos los planetas colonizados por el hombre, una «colonia perdida», que había sido poblada por una comunidad de las islas Británicas, por lo que era exclusivamente caucásica.

Cholayna replicó:

—Allá en el páramo, ¿qué importa? Pensarán, si es que nos encontramos con alguien que piense, que estoy deformada, quemada o tatuada por los esclavistas de las Ciudades Secas, tal vez; o, tal como lo pensaron al principio algunas de las mujeres de la Casa del Gremio, que padezco alguna terrible enfermedad de la piel. O que no soy humana. —Cholayna se encogió de hombros—. Habla con Suministros, Vanessa. Debería controlar primero la lista de suministros que hizo Magda, no tendría sentido repetir. ¿Pediste suficiente crema para las quemaduras de sol y gafas ahumadas?

Una vez, Magda había escapado por un pelo a una estampida de caprinas salvajes, análogas astadas de los ciervos, que solían usarse como animales de carga o productoras de leche y que moraban cerca de las Kilghard Hills. Sintió algo semejante ahora. Se preguntó qué dirían Camilla y Jaelle.

Cholayna se disculpó y fue rápidamente a sus habitaciones; regresó con un bulto sorprendentemente pequeño de posesiones personales.

—Todo lo demás, salvo botas, puedo conseguirlo en Suministros. Me esperaréis en la puerta. Vamonos. ¿Los mapas están listos, Vanessa? Hablé con mi subordinada, está preparada para reemplazarme durante tiempo indefinido. Le dije que era Máximo Secreto Cósmico y que no debía decírselo a Haldane hasta que hubieran pasado diez días de mi partida. Probablemente, cree que logrará hacerse indispensable mientras yo no estoy y estoy segura de que piensa que me importa un pimiento. Vamonos.

Cargó su bulto.

—Un momento —dijo Vanessa—. Yo también voy.

—No seas tonta, Vanessa, no puedes...

—Tú eres la tonta, pero no tienes ningún monopolio. Primero: escalo desde los dieciséis años; conduje un equipo de alpinistas mujeres en el primer ascenso al Pico Montenegro, en Alfa. Ése fue uno de los factores que incidió para que me enviaran aquí. Lo sé todo sobre los climas severos y tienes que admitir que, en lo referido al clima, Darkover es algo verdaderamente inusual... *especialmente* en la parte exterior de los Hellers. Segundo: también soy miembro del Puente y lo que Lexie está intentando hacer es una burla de todo lo que el Puente ha hecho en Darkover, así que es tanto asunto mío como de ella o tuyo. Y, tercero... —levantó una mano cuando Cholayna intentó interrumpirla—, si quieres ser perfectamente técnica al respecto, Personal tiene derecho a comprobar la capacidad psicológica y física antes de salir al campo. Simplemente, prueba a irte sin mí. Me aseguraré... no, el Legado se asegurará de que ninguna de las dos trasponga las puertas del Cuartel General.

—Esto está casi al borde del chantaje —murmuró Cholayna.

—Es condenadamente cierto. —Vanessa se quedó mirándola fijamente, hasta que la otra bajó la vista.

Al cabo de un momento, Cholayna estalló en carcajadas.

— ¿Nos volveremos locas todas juntas, entonces? Diez minutos, Vanessa. Nos encontraremos contigo en Suministros.

Cholayna mantuvo la capucha interior de su chaqueta, con su preciada mata de piel de

otro planeta, muy cerrada sobre el rostro mientras cruzaban la ciudad. El lugar de reunión acordado era una taberna que conocían. A esta hora, estaba semillena, con algunos guardias que disfrutaban a mediodía de un jarro de cerveza o de un plato de pasta hervida. Un grupo más pequeño de guardias estaba reunido en la parte delantera, jugando a los dardos; pero, al cabo de un momento, Magda vio la figura alta y delgada de Camilla en el centro del grupo, con el cuchillo en la mano.

—Vamos —gritó uno de los guardias—, ¡demuéstralo, pon tu dinero en el mismo sitio de tu boca jactanciosa!

—Odio despojarte de tu dinero —dijo Camilla, con voz amable, e hizo volar el cuchillo.

El arma aterrizó exactamente en el centro del dardo, cortando algunas plumas del mango, que se abrió en dos, y clavándose en el blanco tan cerca de la cabeza metálica del dardo que entre ambas armas no pasaba ni un cabello. Riéndose alegremente, Camilla recogió una docena de monedas colocadas sobre el mostrador y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta antes de ir a recuperar su cuchillo. Vio a Magda en la puerta y se acercó a recibirla.

— ¿Otra vez haciendo exhibiciones, *bredhiya?* —le preguntó Magda.

—Nunca creerán que una mujer puede arrojar el cuchillo más rápido y con más precisión que ellos. Cuando era mercenaria, solía ganarme de ese modo todo el dinero para beber y, esta vez, necesitaba un poco de dinero. Me quedé seca esta mañana, comprando suministros y provisiones para el viaje. Es bueno que haya comprado dos caballos extra.

Con esa simplicidad aceptó la presencia de Cholayna y de Vanessa y las condujo hasta un reservado alejado donde esperaba Jaelle.

—He pedido sopa y pan para todas. Será mejor que hagamos al menos una última comida caliente antes de emprender la marcha. —Apenas echó un vistazo a Cholayna y agregó—: No satisface tus criterios de comestibilidad, Cholayna, ya que sé que tratas de no comer nada que haya tenido vida alguna vez, pero tendrás que acostumbrarte a eso en el camino, de todos modos.

Era como si todo el tiempo hubiera sabido que Cholayna y Vanessa irían con ellas. Tal vez lo había sabido. Magda estaba segura de que jamás se lo preguntaría y de que Camilla jamás se lo diría.

Todavía era temprano por la tarde cuando dejaron atrás la ciudad y, antes del atardecer, ya habían cruzado el Paso de Dammerung. No era especialmente alto ni empinado; pero, cuando comenzaron el descenso, Camilla, que había impuesto un paso rápido, miró apreciativamente a las dos mujeres terranas.

—Estás en bastante buena forma, Vanessa. Cholayna, tú estás razonablemente floja, pero no peor que estas dos... que han vivido blandamente estos años en Armida, teniendo hijas; ¡nada peor para la resistencia! Pero el camino las endurecerá rápidamente.

Tomaron la ruta hacia el norte, viajando al paso más rápido que podían sostener los animales de carga. Con los últimos retrasados rayos de luz rojiza, Cholayna se quitó la capucha; se la veía feliz y, más tarde, le dijo a Magda, mientras cabalgaban una al lado de la otra:

— ¡Había olvidado cómo era esto! Después de siete años detrás de un escritorio en Administración, y de quince años enseñando antes de eso, creí que nunca volvería a salir al campo. No me había dado cuenta de lo que significaría para mí venir a Darkover. Me quedé porque creí que estaba haciendo un buen trabajo, principalmente con la Sociedad del Puente.

Pero es bueno estar otra vez en el campo. Ha pasado tanto tiempo...

Debe haber sido una agente de campo condenadamente buena, si le dieron un cargo en la Escuela de Entrenamiento, pensó Magda y, no por primera vez, se preguntó cuántos años tendría Cholayna pero no se le hubiera ocurrido preguntárselo.

El sol se puso y la noche rápida, que daba su nombre a Darkover, cayó sobre las montañas Venza. No llovía; Camilla, aprovechando la rareza del buen tiempo, apresuró el paso tanto como pudo. Era casi medianoche cuando indicó un alto. Rápidamente, establecieron un campamento a la luz de una linterna *y* Cholayna encendió un fuego pequeño para calentar agua para algunas infusiones, aunque sólo comieron pan y carne fría.

—Podemos conseguir alimentos frescos en las aldeas durante algunos días, y ahorrar el

resto de las provisiones —propuso Camilla, masticando un puñado de fruta seca—. Después de eso, estaremos en las montañas; y las aldeas en las que podremos volver a aprovisionarnos estarán a tres o cuatro días de viaje entre sí. — ¿Cómo sabemos en qué dirección vamos, o no debería preguntarlo? —La voz de Vanessa sonó suavemente en la oscuridad más allá del fuego y fue Jaelle quien respondió.

— ¿Margali no te contó lo de la carta? Rafaella dijo que esperaría tres días en el lugar en el que sacrificamos a las caprinas. Sabía que yo lo recordaría. Ocurrió hace diez años, éramos jovencitas y viajábamos con Kindra. Nos quedamos sin agua ni alimentos y matamos los animales antes de que se murieran de hambre. La carne fresca nos permitió seguir sin agua. Pero fue un momento extremo, nunca me he sentido tan hambrienta desde entonces y espero no volver a sentirlo nunca más. Echó un rápido vistazo al oscuro cielo.

—Será mejor que nos vayamos a dormir. Este tiempo puede durar un día más pero, cuando empeore, lo más probable es que sea para siempre. Al norte del Paso de Dammerung, estaremos en el pie de las montañas. ¡Preferiría no pasar diez días escondida en una caverna rodeada de nieve! Y, si queremos alcanzar a Rafaella, debemos apresurarnos, porque ellas viajan más livianas que nosotras.

Jaelle había hecho este trabajo durante años; muchas veces su vida y las vidas de otras personas habían dependido de su juicio acerca del clima.

Sin discusiones, Vanessa fue a ayudar a Camilla con los caballos, mientras Cholayna empezaba a extender los sacos de dormir.

Durmieron formando un círculo, con los pies en dirección a las últimas brasas del fuego agonizante. Magda, mirando la noche inusualmente clara y las estrellas, rara vez visibles, del cielo de Darkover, se preguntó qué diría Rafaella, si la alcanzaban, con respecto a que llevaban con ellas a las terranas.

Como si Magda hubiera hablado en voz alta, Jaelle dijo:

—Nos dijo que trajéramos a algunas personas que pudieran viajar rápido, vivir duramente...

—Y obedecer órdenes —añadió Magda con ironía. No podía imaginar ni a Vanessa ni a Cholayna obedeciendo órdenes.

¿Y qué ocurriría si no alcanzaban a Rafaella? Sólo un viaje peligroso a través del terreno más inhóspito y desconocido de Darkover, al que ni siquiera los mismos darkovanos iban jamás, buscando una ciudad que posiblemente ni siquiera existía. Le dolía la espalda y ya no estaba habituada a cabalgar durante tanto tiempo. Pensó en Shaya, y, de repente, apareció una imagen

en su mente, como una visión, de su niña durmiendo tranquilamente en Armida.

¿Qué estoy haciendo aquí? Ahora tengo una familia, una niña, un hogar, un trabajo que amo y aquí estoy, internándome en terreno salvaje en busca de una leyenda, un sueño, peces de colores... El recuerdo de los ojos de Damon, del rostro severo de Calista, parecía hacer reproches. *¿Por qué me he involucrado en esta locura? Debería habérsela dejado a Jaelle; Rafi es su soda, a Rafi ni siquiera le gusto. Y la carrera de Cholayna está en juego, para ella tiene sentido estar aquí.*

Decidió que, por la mañana, les diría firmemente a todas que esto no era en absoluto cosa de ella y se marcharía hacia Armida, hacia sus seres queridos y, más que todo, hacia su hija.

Sin embargo, mientras se quedaba dormida, no pudo evitar volver a sentir la excitación que le provocaba el camino desconocido que se extendía ante ella, que conducía a territorios en los que ningún terrano había puesto jamás el pie y tampoco probablemente ninguna mujer, salvo esas extrañas *leronis.* Esa noche sus sueños resonaron con el graznido de los cuervos.

A cuatro días de marcha de Thendara, hacia el norte, el tiempo empeoró y, a mediodía, pesados copos de nieve empezaron a caer lentamente del cielo, cada uno tan grande como la palma de la mano de Jaelle. La mujer juró suavemente mientras escarbaba en su equipaje en busca de mitones y de una capucha abrigada.

—Yo esperaba que hubiéramos atravesado el Paso de Ravensmark antes de que

empezara a nevar. Es siempre difícil tener que pasar por esas cornisas. Debería haber tomado el camino más largo a través de Hammerfell, pero aposté al tiempo, esperando que pudiéramos ganar un día y alcanzar a Rafaella. En la última ciudad alguien me dijo que parte del camino se había desprendido en Ravensmark a causa de las inundaciones estivales. Con buen tiempo no hubiera tenido importancia, pero ahora... —Se interrumpió y se quedó observando, como si intentara ver a través de los espesos copos.

Vanessa preguntó:

—Entonces, ¿deberíamos regresar y tomar el camino a Hammerfell?

Jaelle sacudió la cabeza, haciendo que un mechón de pelo rojizo se desprendiera del interior de su capucha.

—Es demasiado tarde para eso, perderíamos dos días. Y no tenemos manera de saber qué camino han tomado ellas. Magda, ¿tienes alguna idea?

Magda captó lo que su amiga estaba pensando, lo hacía casi todo el tiempo ahora, de manera virtualmente automática. Ya debería estar acostumbrada; recordó cómo había usado su *laran* de este modo, para rastrear a Jaelle a través de las montañas, años atrás. Pero sacudió negativamente la cabeza.

—No estoy lo bastante próxima a ninguna de ellas como para poder hacerlo.

—Pero, en realidad, exploraste la mente de Lexie —protestó Jaelle— y eso podría establecer un vínculo.

—No estoy segura de desear un vínculo como ése —manifestó cansadamente Magda; pero cerró los ojos y trató de ver a Lexie y, por un momento, tuvo un destello de ella, con la cabeza cubierta por la capucha de la capa darkovana, inclinada hacia delante sobre el pescuezo del poni... La nieve pareció borrar la visión y Magda no supo si era la nieve que caía ahora o alguna otra tormenta en otro lugar; y tampoco podía decir si había sido un recuerdo pura imaginación o una imagen verdadera, producto de su *laran.*

Dijo, dubitativa:

—Creo que he visto... ¿Se han visto retrasadas por una tormenta? No estoy segura.

Sabía que, aun teniendo a su alrededor a todo el círculo de matriz de la Torre Prohibida, la misma incertidumbre habría persistido: podía tratarse del presente, en el que Lexie estaba ahora, o de un destello procedente del pasado o del futuro.

—Daría lo mismo si intentara adivinar —desistió con un suspiro—; y tú puedes adivinar mejor que yo, ya que se trata de Rafaella.

—He estado intentándolo —confesó Jaelle—, pero no me gusta. Estuvimos tan próximas, durante tanto tiempo, que es como si estuviera utilizando esa proximidad para espiarla. Y ella no tiene absolutamente nada de *laran,* jamás lo entendería.

Magda escuchó además lo que Jaelle no dijo: ésta no era la primera vez que su origen Comyn, la herencia del *laran* que no se podía compartir, se había interpuesto entre ambas, perturbando su prolongada asociación e, incluso, su breve época de amantes. Rafaella podía perdonarle a Jaelle cualquier cosa salvo una: que hubiera regresado para engendrar una hija de un señor del Comyn; que hubiera tomado un lugar en ese mundo misterioso del que Rafaella no podía formar parte. Magda pensó que Rafaella podría haberle perdonado incluso eso, si Jaelle hubiera tenido que dejar atrás todo el mundo de las Renunciantes. Lo que nunca podría perdonarle era que Magda, una terrana, hubiera seguido a Jaelle allí donde Rafaella no podía seguirla.

—Intentar rastrearlas con *laran* es una tontería —dijo Vanessa, con tanta impaciencia que por un momento Magda se preguntó si habría estado pensando en voz alta. Después recordó lo que en realidad había dicho Jaelle acerca de tratar de seguir a Rafaella por medio del vínculo psíquico que existía entre ellas—. Tal vez alguna de las dos pueda hacerlo, tal vez no,

pero no veo por qué habríais de perder el tiempo intentándolo. ¿Es importante saber si vinieron por aquí?

—Sólo para saber cuan cerca están del lugar de reunión que ella especificó en su mensaje —le explicó Jaelle—. Si tuvieron buena suerte y buen tiempo, como viajaban con poco peso, podrían estar ya en Barrensclae, que es donde sacrificamos las caprinas, y a nosotras nos llevará tres días alcanzarlas.

— ¿A qué distancia está? —Preguntó Camilla—. No conozco el lugar.

— ¿Con buen tiempo? A diez horas de aquí, una vez que crucemos Ravensmark. ¿Con este tiempo? Tu cálculo es tan bueno como el mío. Un día, diez días, nunca. Si hay aludes,

podríamos no llegar nunca.

— ¿Aludes? —Cholayna alzó la cabeza hacia el paso, invisible tras la cortina de nieve—. ¿A *qué* altura está Ravensmark?

—Once mil cuarenta.

— ¿Metros? ¡Buen Dios! ¡No puedes llamar un *paso* a eso! Es una montaña en sí misma.

—No, once mil cuarenta pies...

— ¿Y cuánto es eso en números civilizados? —preguntó Vanessa.

—No puedo tomarme el trabajo de calcular todos esos números por ti —le espetó Jaelle—. Tengo cosas importantes de que preocuparme, tales como qué vamos a hacer, en nombre de todas las diosas, para hacer cruzar por allí todos estos caballos si el camino se ha desmoronado por las inundaciones estivales. Hay un largo tramo en el que el camino nunca ha servido para más de un poni por vez, y un desmoronamiento allí puede significar que perdamos más de la mitad de nuestro equipaje. ¿A ti te gustaría cruzar las Kilghard con una mochila y sin un par de botas extra? A mí no.

—Probablemente he escalado en lugares peores —refunfuñó Vanessa—. Lo creas o no, Jaelle, hay otros
planetas con nieve y montañas altas en el Imperio. Si no eres capaz de cruzar un paso sin tus místicos poderes psíquicos...

—Ahora, escúchame... —empezó a decir Jaelle.

—¡Basta! ¡Las dos! —Ordenó Camilla—. Si vamos a quedarnos aquí discutiendo acerca de lo que vamos a hacer, usemos el tiempo para algo práctico mientras esperamos. Vanessa, busca el pienso. Alimentaremos a los animales. Así, si decidimos cruzar el paso, al menos estarán bien alimentados y en buena forma. Jaelle, ¿has cruzado antes Ravensmark?

—Dos veces. Es más fácil desde este lado. Viniendo del norte, te expones más al viento. Pero en esta dirección, tampoco es exactamente un paseo. Estoy verdaderamente preocupada por los desmoronamientos y, con nieve en el paso... Si Vanessa tiene realmente tanta experiencia como alega, tampoco se lo tomaría con tanta tranquilidad.

—Nunca dije que me lo tomaba con tranquilidad —replicó Vanessa—, pero me parece que, cuanto más difícil sea, tanto mejor es cruzar antes de que la nieve se haga más profunda. Si Jaelle no se siente cómoda como guía, yo lo intentaré.

—Yo conozco el camino y tú no. Si es que alguien puede guiar, lo haré yo. No me preocuparía cruzarlo sola, a pie. Las caprinas pueden lograrlo; después de todo, es el terreno al que están habituadas. Y creo que es probable que los ponis puedan hacerlo. Pero, te lo aviso, esas cornisas son estrechas. Incluso en el mejor de los casos, no se cruza Ravensmark a lomos de un caballo. Por comparación, Scaravel parece la Gran Ruta del Norte. Incluso con desmoronamientos, lo intentaría con buen tiempo; pero si hiela y hay hielo resbaladizo... No soy una suicida, y me imagino que tú tampoco.

—Así de malo, ¿eh? —Vanessa miró a Jaelle en silencio durante un momento; cuando finalmente habló,
para gran alivio de Magda, no había rastros de desafío en su voz—: ¿Qué opción tenemos, entonces? Si el riesgo es tan grande, ¿qué alternativas tenemos?

Jaelle pensó durante un rato. Miró la nieve que se hacía más espesa y dijo:

—Si no lo cruzamos esta noche, probablemente no sea posible cruzarlo hasta después del próximo deshielo de primavera. Por eso es el paso menos transitado de las Kilghard Hills. Una vez que hay hielo resbaladizo en esas cornisas, yo no lo cruzaría ni por todo el cobre de la tumba de Zandru. No tendríamos más opción que regresar y dar un rodeo por Hammerfell.

— ¿Podemos cruzarlo esta noche?

—Creo que yo podría hacerlo con luz diurna —caviló Jaelle—, aunque tendría que hacer cruzar uno por uno a los caballos. Si estás acostumbrada a escalar con hielo, es probable que tú pudieras hacerlo. Y apuesto por Camilla. No estoy segura de Magda, pero consiguió cruzar Scaravel en pleno invierno y yo no fui ninguna ayuda, ni siquiera cuando nos descubrieron las *banshees.* Pero... —Se volvió y miró a la única mujer que quedaba.

Cholayna miró a Jaelle directamente a los ojos.

—No tengo miedo—aseguró.

—Eso no tiene nada que ver. No es tu coraje lo que cuestiono, es tu equilibrio, tu

capacidad, tu cabeza para las alturas. Magda no tiene cabeza para las alturas, pero sabe que yo sí y aceptará órdenes. ¿Qué pasa contigo? Ravensmark es el peor sendero que puedas imaginar y eso es algo. Vanessa ha hecho montañismo por diversión, así que sé que no se asustará cuando el trayecto se haga difícil; y, créeme, es lo bastante difícil para que yo misma me asuste y, normalmente, no me asusto con facilidad. Si pierdes la cabeza cuando estés en el cuello del paso, sobre esas cornisas... ¿qué ocurrirá? No podremos dar la vuelta y regresar, no en ese punto. Una vez
que estemos a mitad de camino, será demasiado tarde. Creo que vamos a tener que regresar y dar un rodeo. Honestamente, no puedo estar segura de que lo puedas hacer y no puedo apostar todas nuestras vidas a tus nervios.

Cholayna abrió la boca para protestar y volvió a cerrarla. Finalmente, dijo:

—Es justo. Yo soy el eslabón débil. ¿Quieres que regrese y permita que el resto siga adelante? Porque eso es lo que estás diciendo, que las demás podéis hacerlo sin mí. Y, si todas regresamos y damos el rodeo, no habría probabilidad de alcanzarlas a tiempo, ¿verdad?

—Si damos el rodeo por Hammerfell —intervino Camilla—, dudo que las alcancemos a este lado de Nevarsin.

—Y si... seguimos, o seguís... ¿hay una buena posibilidad?

—Una posibilidad —dijo Jaelle—. No una buena posibilidad. También hay que tomar en cuenta eso. Podría arriesgar todas nuestras vidas e intentar cruzar Ravensmark y, aun así, podríamos no alcanzarlas. No sé si vale la pena someteros a eso teniendo tan pocas probabilidades. No soy jugadora; nunca lo he sido.

—-Olvídate de mí —dijo Cholayna—. ¿Qué quieres hacer?

Jaelle se dirigió a ella con furia:

— ¡Eso no es nada razonable! ¿Cómo podría olvidarme de ti? ¡Estás aquí! ¿Crees que quiero que tu muerte pese sobre mi conciencia?

—No debería haber venido, ¿verdad?

—Ahora ya es tarde para preocuparse por eso —terció Camilla, mientras Jaelle vacilaba, demasiado amable para contestar—. Lo hecho, hecho está. Sé por qué quisiste venir, por qué tenías que hacerlo. Mandarte de vuelta sola sería tan peligroso como hacerte cruzar Ravensmark, así que olvídalo. Simplemente, cierra la boca y deja que Jaelle piense qué debemos hacer.

Cholayna quedó en silencio. Debía de haber sido, pensó Magda, la primera vez en veinte años que alguien trataba a Cholayna como una molestia. Era Jaelle quien debía tomar la decisión final. En silencio, fue a buscar las alforjas, extrajo las raciones y repartió puñados de frutas secas y barras de carne.

—Crucemos o regresemos, no tendremos tiempo de comer en el cuello del paso. Ya hemos alimentado a los caballos, y eso tiene sentido. Comamos.

Alcanzó a Jaelle un poco de la mezcla de carne y fruta seca y Jaelle, distraída, se llevó un poco a la boca y masticó.

Cholayna masticó un racimo, y Camilla le dijo:

—Come también un poco de carne. Hagamos lo que hagamos con este frío necesitas algo sólido.

Cholayna suspiró y se llevó la carne seca a la boca con visible disgusto. Lo que Camilla había dicho era correcto y Cholayna lo sabía, pero Magda, al verla luchar para no escupir ese alimento poco familiar y detestable para ella, sintió gran simpatía por la mujer. Cholayna Ares estaba habituada a dar órdenes, no a recibirlas y, aunque tal vez estuviera dispuesta a obedecerlas con respecto a cosas importantes que, obviamente, tenían que ver con la vida de todas, tarde o temprano se negaría a aceptar órdenes con respecto a cuestiones personales.

Vanessa miró al cielo, del que el color ya empezaba a esfumarse a medida que la nieve se hacía más densa.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? Si vamos a intentar cruzar, será mejor que no perdamos más tiempo. Y, si no, ¿no deberíamos refugiarnos en algún lado?

Magda sabía que a Jaelle no le agradaba tomar esa clase de decisiones. Sin embargo, todas se volvían hacia ella, exigiéndole. Deseó poder proteger a su amiga, abrazarla. Pero, para bien o para mal, la decisión correspondía a Jaelle.

Jaelle terminó el bocado de fruta *y* carne secas, tragó saliva una o dos veces y exhaló

un suspiro.

—No sé qué decir. Vanessa, ¿tú qué piensas?

—No estoy tan familiarizada con el paso como tú. En realidad, no lo conozco en absoluto. Si tú quieres intentarlo, te seguiré. Podemos hacer la prueba.

—Magda... ¿tú qué dices?

—Estoy dispuesta a correr el riesgo, si tú crees que puede hacerse.

—Eso lo sé —dijo Jaelle, y ahora su voz sonó irritada—. Lo que te pregunto es qué posibilidad de lograrlo te parece que tiene Cholayna y si vale la pena seguir adelante, con los riesgos que hay, o si deberíamos seguir el camino más seguro y regresar y dar el rodeo por Hammerfell. ¿O la llevarías tú, dando la vuelta por Hammerfell, mientras Van y yo hacemos el intento de cruzar Ravensmark, alcanzarlas y esperarlas en Barrensclae?

—Tal vez deberías preguntarle a Vanessa —contemporizó Magda medio en broma—, Personal es su trabajo. Creo que todas deberíamos seguir, o regresar juntas y dar el rodeo. Si ella vuelve, yo tendré que ir con ella. ¿Qué te parece, Cholayna? ¿Quieres intentarlo? No creo que tenga sentido perder dos o tres días, pero sólo tú sabes si estás dispuesta a arriesgarte. Ahora bien, si Jaelle piensa que yo puedo hacerlo, probablemente tú también puedas.

—Lo intentaré —dijo Cholayna, con un espectro de sonrisa—. Y prometo no perder la cabeza. O, si la pierdo, prometo que mantendré la boca cerrada.

Jaelle se encogió de hombros.

—Muy bien. Vamonos antes de que la nieve se haga más espesa y empiece a congelarse. Si podemos cruzar antes de que haya hielo en las cornisas, será más factible. Un consejo... que también va para ti, Magda: los ojos fijos en el camino, todas, sin mirar para abajo.

Al principio, el camino ascendía entre montañas, empinado aunque todavía no amenazante. Los copos de nieve se habían hecho más pequeños, ya no del tamaño de una mano, pero caían densamente y Magda sabía que eso significaba que seguiría nevando. Todavía quedaban unas pocas horas de grisácea luz diurna.

Jaelle abría la marcha, arropada con su capa y su capucha, con la bufanda apretada sobre el rostro; Camilla venía después, con dos caprinas en tándem; luego, Cholayna, en el medio, montada en el poni de montaña más pequeño, el de paso más seguro; Magda venía detrás de ella, montada a caballo y conduciendo a una de las caprinas. Vanessa, que tenía experiencia en montaña, pero que no conocía el camino, cerraba la retaguardia.

A. medida que el sendero ascendía, se nacía menos claro y más empinado. En algunas partes, se veía viejo lodo al descubierto, con rocas que sobresalían y retazos de la nieve del último invierno pendiendo aún de los arbustos de zarzas que bordeaban el sendero. Todo estaba muy silencioso, hasta los cascos de los animales hacían un ruido ahogado sobre el terreno; y la nieve seguía cayendo. Subían y subían; ahora había lugares en los que el sendero casi desaparecía entre árboles y rocas. Las caprinas se quejaban y resoplaban con fastidio mientras avanzaban. Al cabo de una hora de marcha —aunque parecía más—, Camilla indicó un alto, desmontó y liberó a sus dos animales unidos por la misma rienda.

—Así no podrán avanzar. Cholayna, toma la rienda de ésta. Seguirá a la otra, es su madre y han trabajado juntas durante años. No se escapará ni se extraviará, pero necesita que la lleven de la brida.

Volvió a montar. Tenía el rostro envuelto en su bufanda y espesamente untado con crema para protegerse de la quemadura del viento. Cholayna también se había untado el rostro con crema, que se veía grotesca sobre su piel oscura: parecía un tablero de ajedrez, blanco y negro.

Cuando reiniciaron el ascenso, el sendero se hizo tan empinado y tan angosto que las caprinas marchaban como si estuvieran subiendo una escalera. Magda sentía que se deslizaba hacia atrás y que se resbalaría del caballo, ya que la grupa del animal era casi vertical debajo de ella.

Nunca lo conseguiremos, pensó. Pocos minutos más tarde, Jaelle indicó un alto. Su figura estaba borrosa debido a la espesa nieve que caía, que ya no se derretía sino que se pegaba al suelo, como una delgada capa blanca todavía: las rocas y el barro se aparecían como retazos negros a través del encaje de la nieve.

Jaelle desmontó y colgó las riendas sobre la montura; volvió atrás, abriéndose paso entre las rocas en el estrecho espacio que quedaba entre el borde del camino, junto a la

montaña y los caballos y los animales de carga. Habló con Camilla cuando pasó a su lado *y* Camilla desmontó y la siguió. Magda escuchó que le decía a Cholayna:

—El camino es demasiado empinado, incluso para
tu pony. Tendrás que desmontar. Camina cerca de tu caballo y llévalo de la brida, él encontrará el camino mejor que tú. —Calmó a la mujer mayor mientras ésta desmontaba—. ¿La altura te causa molestias?

—Todavía no, sólo me falta un poco de aire.

—Bien, tómatelo con calma. No tiene sentido apresurarse. Hay un mal tramo por delante, pero aquí no hay peligro. ¿Estás bien Magda?

Magda podía sentir que su corazón latía rápidamente a causa de la altura, pero hasta el momento no tenía problemas. No estaba tan segura con respecto a Cholayna, aunque hasta el momento la mujer terrana mantenía el paso bastante bien; ganaban altura con tanta lentitud que había tiempo de adaptarse al cambio. Magda sentía los oídos tapados y bostezó, advirtiendo que se le destapaban de pronto.

— ¿A ti cómo te va, Vanessa? —se dirigió Jaelle a la joven que cerraba la marcha.

—Hasta ahora, muy bien. ¿Dónde estamos? ¿A mitad de camino?

—Casi. La parte más difícil empieza allá.

Jaelle señaló y Magda avistó más adelante un risco que pendía sobre la estrecha senda y, por lo que podía ver, el camino desaparecía y se perdía en la nada.

Vanessa también observó, frunciendo el ceño. Jaelle dijo:

—Hay peldaños. Suficientemente anchos y no demasiado altos; los caballos y las caprinas podrán subirlos si la nieve no se hace más resbaladiza. Es uno de los tramos malos. Yo iré delante; que mi caballo me siga si quiere, pero debéis esperar hasta que os avise que todo está bien. Quiero asegurarme de que no encontraremos ninguna sorpresa allá arriba, mientras haya suficiente luz para ver.

Giró y empezó a ascender por la estrecha senda, casi desapareciendo de la vista cuando daba una curva:
pudieron ver primero solamente su gorro rojo que avanzaba; luego, nada. Camilla dijo, con voz tensa:

—Debería haber ido con ella.

—Ella sabe lo que hace —dijo Magda.

Al cabo de uno o dos minutos, Jaelle reapareció y les indicó por señas que avanzaran. Camilla tomó las riendas de una caprina, dejando que su caballo la siguiera por su cuenta; Cholayna llevó la otra. Magda desmontó *y* sujetó las riendas de su caballo y de una caprina, una en cada mano, hasta que la senda se hizo tan angosta que se vio obligada a ir delante, conduciendo su caballo y dejando que la caprina, criada en la montaña, se abriera paso como pudiera. En un momento, se encontró asomada a un inconmensurable acantilado, mirando abismos de espacio. Los troncos de los árboles altos se erguían en ángulos descabellados en la ladera, y ella miró a las ramas superiores. Asió con fuerza la rienda y tuvo cuidado de no volver a mirar hacia abajo.

Delante de ella, donde el camino describía la curva más cerrada, vio que Camilla extendía una mano hacia Cholayna.

—Sujétate. Deja que el animal siga por su cuenta, encontrará el camino. No mires hacia abajo, es un poco empinado aquí. Un paso largo hacia arriba. Eso es. Muy bien.

Las piernas de Cholayna desaparecieron del otro lado de la curva. Luego le llegó la voz de Camilla, tranquilizándola.

—Está un poco resbaladizo, Margali. Ten cuidado.

Apoyó los pies con mayor cuidado, buscando un punto de apoyo; dobló la curva a ciegas y se encontró sobre anchos y bajos peldaños de roca. Uno de ellos se desmoronó, peligrosamente cerca de una abismal caída de al menos veinte metros, y, después, se desvaneció entre las difusas copas de los árboles. Un poco mareada,
Zumbándole los oídos, se incorporó, trepó otro peldaño y se encontró en terreno firme, mientras su cabalgadura la seguía. Llegó a la ancha plataforma rocosa que había arriba, donde el viento de las alturas la atacó con violencia. Se debatió por volver a asegurar su capucha, escuchando detrás de ella la pesada respiración de Cholayna. Con agilidad, Vanessa se izó y llegó a su lado.

—¡Puf! Esa sí que no era fácil. ¿Y dices que se pone peor?

—A menos que haya desmoronamientos, creo que lo lograremos —las animó Jaelle—,

pero sigamos. No queda más que una hora de luz y la nieve está empezando a solidificarse. Hay algunos lugares que sin duda no podríamos cruzar en la oscuridad.

El camino ascendente era menos empinado ahora, pero estaba pegado a la ladera de la montaña y sólo admitía una mujer o un pony por vez. Cholayna, por consejo de Camilla, caminaba por la parte interior del sendero, pegada a la ladera rocosa y asida a la rienda de su pony. A Magda le hubiera gustado hacer lo mismo; se acercó a la ladera tanto como pudo y no miró hacia abajo. Una vez escuchó el aullido de un *kyorebni y* el gran pájaro carroñero se alzó muy cerca; el poni relinchó de temor y Magda se debatió con las riendas, tratando de aquietar al animal, aterrorizada ella misma por las enormes alas que batían, por el ojo malévolo que, por un momento, la miró directamente. Luego, desapareció. Vio que el pájaro planeaba en el viento por debajo de ella y, rápidamente, giró la cabeza y miró fijamente la sólida roca del acantilado.

Vanessa, tan cerca detrás de ella que Magda pudo percibir el calor de su cuerpo, masculló:

— ¿Qué demonios era eso?

Magda contestó brevemente, en terrano común:

—Un quebrantahuesos. Muy semejante, tanto que no hay casi ninguna diferencia.

Agacharon la cabeza para defenderse del viento; era intenso ahora y arremolinaba la nieve lanzando agujas quemantes, mordientes. Cada paso hacia arriba tensaba penosamente los músculos de los muslos de Magda y la nieve, de media pulgada de espesor bajo las suelas de sus botas, estaba lo bastante húmeda para hacerla resbalar. Podía escuchar el pesado jadeo de los animales, que respiraban como ella y su aliento se convertía en nubes blancas contra la nieve blanca.

Arriba y arriba; entonces, escuchó el grito de Jaelle:

—Desmoronamiento adelante. ¡Agarraos a la ladera y que los caballos avancen por su cuenta!

Más adelante, vio a Cholayna, avanzando muy lentamente junto a un desmoronamiento que había reducido el camino a unos pocos centímetros. Tratando de respirar con tranquilidad, Magda se aplastó contra la ladera y dio cada paso con cautela, cerrando los ojos para resistir la tentación de mirar la deslumbrante extensión de nieve que había abajo y que borraba el valle. Sintió la mano de Vanessa sobre su codo, tranquilizándola.

— ¿Todo bien, señorita Lorne?

Qué absurdo sonaba eso en este ambiente salvaje. Pensó, *tendré que hablarle al respecto, y* se concentró en apoyar los pies con cuidado. La caprina avanzaba con cautela, sacudiendo sus cuernos para dispersar la nieve.

Sintió que el corazón le latía con violencia. *Sólo son tres mil cuatrocientos metros, no es tan alto, debo de estar en peores condiciones de lo que creí. Y ni siquiera estamos cerca de la cumbre todavía.*

Su mundo se había achicado, reduciéndose al precario suelo rocoso bajo sus pies, al suave resoplido de su caballo, al leve sonido de los cascos de la caprina que la nieve atenuaba. En algún lugar por encima de ellas, una roca se desprendió y cayó delante, sobre el camino. Camilla las avisó suavemente:

—Cuidado. Atentas a las rocas desprendidas en esta parte.

Se le nubló la visión; sintió que se tambaleaba peligrosamente cerca del borde. No... No estaba mareada... ¿qué estaba captando? Con cautela, avanzó por el acantilado hasta que estuvo junto a Cholayna. El rostro oscuro de la mujer estaba grisáceo y, cuando Magda tomó su mano enguantada, le pareció que podía escuchar el desenfrenado latido del corazón de la mujer.

— ¿Te ha afectado la altura?

—Un poco. No estoy... habituada... a estas alturas.

También Cholayna mantenía los ojos alejados del borde, aunque Camilla no dejaba de mirar hacia abajo, con curiosidad e interés, y Jaelle avanzaba por el borde mismo, de una manera que provocaba espasmos en los músculos de los muslos y de las nalgas de Magda. Vanessa marchaba de manera tan despreocupada como si estuviera en un ascensor del Cuartel General Terrano.

Magda le dijo a Cholayna en voz baja:

—A mí tampoco me agrada mucho este camino. Sin embargo, no debes mirar hacia abajo. Demórate un poco aquí, si quieres. —Sintió que la mano de Cholayna se aferraba a

la de ella y trató de aparentar calma, para aquietar el pánico de la otra—. Es bastante seguro. Simplemente, no mires para abajo.

—Siento que... resbalaré y caeré... —susurró Cholayna.

—Lo sé, lo sé, a mí también me ocurre. Ya no queda mucho —agregó Magda, aunque no tenía la menor idea de la distancia que había hasta la cumbre—. Da un solo paso cada vez. Es más ancho que una escalera común y puedes hacerlo. Lo estás haciendo muy bien.

Escuchó que Cholayna suspiraba.

—Estoy bien. Fue sólo un momento. Odio ser el eslabón más débil.

—Bien, si no fueras tú, sería yo —la animó Magda—. ¿Estás bien ahora?

Prestó atención a su caprina, pero siguió vigilando, con tranquilidad, mientras Cholayna ascendía lentamente a través de la creciente oscuridad.

Espero que lleguemos allí antes de que se haga más oscuro, pensó, apretando los dientes por el frío que le hacía doler los pómulos. Apenas podía ver el camino bajo sus pies, aunque la blancura de la nieve le hacía más fácil advertir dónde desaparecía el camino. En una ocasión, su pie descolocó una roca suelta al borde de la senda y Magda la oyó caer durante lo que le pareció una eternidad. Un paso, después otro, más arriba, y otro y otro.

Franqueó otra curva en la que el sendero era casi invisible. Se topó suavemente contra Cholayna, inmóvil delante de ella.

— ¡Ya no puedo ver el camino! —jadeó la mujer mayor.

En realidad, Magda tampoco lo veía.

—Sigue al caballo. Puede ver mejor que tú.

Pero se preguntó cuánto más creía Jaelle que podrían seguir en esta débil media luz, con el viento que caía casi horizontalmente contra sus rostros, mezclado con agujas de escarcha.

Verdaderamente, no podía ver adelante, aunque pudo sentir que los animales se reunían a su alrededor en un ensanchamiento de la cornisa, un hueco en la ladera que ofrecía algo así como un refugio techado. Vanessa las alcanzó y todas quedaron reunidas en un círculo.

Jaelle dijo:

—No podremos *cruzar* esta noche. Tendremos que acampar en alguna parte y éste es el lugar más seguro.

— ¿Tenemos alguna luz? —preguntó Vanessa.

Jaelle sacudió la cabeza.

—No serviría de nada ahora. El sendero está en muy malas condiciones. Tendremos que arriesgarnos a que la nieve se congele sobre las cornisas. A la luz del día, cuando estemos más descansadas y fuertes, lo intentaremos otra vez. ¡Escuchad eso!

El viento aullaba desde los abismos y los peñascos y, de alguna parte, llegó un grito largo y pavoroso: el grito de una *banshee.* Magda se estremeció, recordando su único encuentro con esas criaturas, en el Paso de Scaravel. Esperaba que la de ahora estuviera muy lejos.

—Acomodemos las cosas —ordenó Jaelle—. No hay espacio para un campamento adecuado, pero este hueco nos ofrece un poco de refugio. Las caprinas, por la parte de fuera; tienen un paso más seguro que los caballos.

Magda encendió un fuego para derretir nieve y preparar una infusión, aunque no había mucho espacio para cocinar. Para cuando la infusión estuvo lista, ya habían extendido los sacos de dormir en el refugio. El frío era muy intenso y la nieve siseaba junto a la linterna en ráfagas blancas, por lo que se apiñaron todas juntas bajo una pila de mantas, Magda y Vanessa a ambos lados de Cholayna. Los dedos de la mujer mayor estaban rígidos y temblaban cuando se quitó las botas; tenía los pies pálidos e hinchados. Vanessa se los frotó para darles calor con sus manos.

Cholayna empezó a protestar.

—Cholayna —le dijo Vanessa—, tengo experiencia en las montañas y sé mucho más de pies y de congelamiento de lo que podrías suponer. Bébete el té.

—No tengo sed. No creo que pueda tragar.

—Razón de más para hacerlo. Vamos, tienes que hacerlo. A esta altura, tienes que forzar tus fluidos, porque el cuerpo trata de cerrar los sistemas periféricos para proteger el torso y es por eso que tus pies empiezan a congelarse... Eso es. ¡Mueve los dedos de los pies tanto como puedas! Tu cuerpo empieza a consumir sus propios tejidos musculares,

¿entiendes?, y eso significa forzar tus fluidos para que los riñones no dejen de funcionar. Ésa es la primera lección para sobrevivir en las grandes alturas; no porque estemos a una gran altura, pero de todas maneras es una altura mayor que a la que estás habituada. Bebe y come.

Alcanzó a Cholayna una barra de fruta seca, llena de nueces y miel. Obediente, Cholayna intentó comer, pero Magda se dio cuenta de que estaba demasiado agotada para masticar. Tomó la ración de Cholayna y remojó la fruta seca en el té caliente, un truco que había aprendido mucho tiempo atrás durante sus viajes. Puso más azúcar en el té y se lo devolvió a Cholayna.

—Simplemente, bébelo, no te preocupes por el sabor.

—Y tú haz lo mismo, Magda —le reprochó Jaelle con sequedad—. Has olvidado el tuyo. Termínalo antes de acostarte.

Magda asintió, aceptando el regaño. Estaba demasiado cansada para buscar medias limpias en su equipaje, pero de todos modos lo hizo y se quitó las botas ya dentro del saco de dormir. Jaelle y Camilla deslizaron una botella llena de agua en el interior de sus sacos, evitando que se congelara gracias al calor de sus cuerpos. Extendieron mantas encima de los sacos de dormir, apiñándose para conservar un poco de calor.

Vanessa había elegido el borde exterior; Cholayna estaba entre ella y Magda, con Jaelle y Camilla acurrucadas contra ellas. Magda estaba demasiado cansada para dormir; escuchó cómo, una a una, las otras aquietaban su respiración y caían dormidas, pero ella permaneció despierta, atenta al suave carraspeo de la respiración de Cholayna y a Jaelle, que tosía un poco aunque dormía. Percibía que Camilla tiritaba: era la más delgada de todas, la que tenía menos grasa corporal y, aunque Magda sabía que la *emmasca* era más dura que el alambre de cobre, decidió hablarle con respecto a que debía usar ropa más abrigada. A mayor altura, se convertiría en algo serio y Camilla dedicaba gran energía emocional a demostrar su propia resistencia; tal vez no quisiera ponerse ropa más abrigada que la que llevaba, por ejemplo, Vanessa, quien, a pesar de ser delgada, tenía la capa de grasa normal de una hembra humana. Camilla no, y le daba fobia que se hiciera mención de ese hecho.

Magda se dio la vuelta cautelosamente, sin perturbar a ninguna de las mujeres que la rodeaban, y se preguntó si no se dormiría. En verdad debía intentarlo. Se preparó mentalmente para practicar algunas de las disciplinas que había aprendido en su trabajo con matrices; después decidió que, antes de dormirse, contactaría brevemente con el círculo de la Torre Prohibida: su familia. Tenían que enterarse de dónde estaba y debían saber también que no regresaría a casa tan pronto como les había prometido.

¡Aunque, si cruzamos este condenado paso mañana y alcanzamos a Lexie y a Rafaella, volveré a Shaya en cuanto pueda!

Jaelle estaba profundamente dormida. *No es necesario que ella me acompañe.*

Rápidamente, Magda monitoreó su cuerpo, controlando que la circulación fuera adecuada en los dedos de manos y pies; siempre había riesgos, aunque pequeños, en dejar el cuerpo en esas condiciones.

Entonces, se encontró fuera de su cuerpo, erguida en la gris e informe llanura del supramundo, mientras miraba a su alrededor en busca del hito de la Torre Prohibida y enviaba una silenciosa llamada a Calista.

Pero no había rastros de la Torre. Y, en la grisura, un rostro extraño y desconocido tomó forma ante los ojos de Magda.

Era un rostro de mujer, viejo, con ojos muy hundidos debajo de cejas completamente blancas, una frente arrugada bajo un cabello trenzado tan blanco como las cejas. Desprovista de la benévola paz que Magda siempre había asociado con las arrugas y con la edad, los ojos de la mujer centellearon; y, aunque no pronunció palabra, Magda sintió el furioso desafío.

Regresa. No puedes pasar por aquí.

— ¿Con qué autoridad desafías mi libertad en el supramundo? —Magda invocó en su mente una imagen clara de la Torre y de Damon, su Celador.

La vieja echó atrás la cabeza y emitió lo que Magda sólo pudo caracterizar como una serie de ladridos, aunque, al cabo de un momento, comprendió que era en realidad una risa burlona.

¡Eso de nada sirve aquí, tendrás que ser mejor que él para pasar! ¡Deberías volverte

derecho a casa, muchacha, deberías volver con tu hija; no tenías por qué dejarla, de todas maneras! Y, en todo caso, ¿qué creéis que estáis haciendo, muchachas, escalando por aquí? ¡Je, je! ¡Ja, ja! ¿Pensáis que sois duras y fuertes? Orgullosas por haber escalado esta montañita, ¿eh? ¡Todavía no has visto nada, chiya! (La palabra estaba teñida de desprecio.) *Un grupo de muchachas y un par de mujeres mayores que no tienen la honestidad de admitir que son demasiado viejas para esto. ¡Oh, no podréis pasar cuando el camino se haga duro! ¿Suponéis que conocéis el camino, las contraseñas? ¡Bien, intentadlo, intentadlo; eso es todo! ¡Ja, ja, ja, jaaa, ja!*

Echando la cabeza hacia atrás, mientras sus blancos mechones se agitaban por la desdeñosa risa, la horrible vieja blandió un puño ante Magda. Magda sabía que estaba delatando el temor que sentía, pues en el supramundo era imposible ocultar los sentimientos verdaderos; no obstante, dijo con firmeza:

—Vieja madre, no puedes negarme un lugar aquí.

¡ *Y qué estás haciendo aquí, abandonando a tu hija y todo lo demás?*

El impulso instintivo de Magda de contestar «¿y a ti qué te importa?» se atenuó por el conocimiento de las leyes por las que se regía el supramundo. Una no podía evitar un desafío y tampoco era el primero para ella, aunque nunca se había enfrentado a nada semejante a esta vieja horrible.

Así que respondió:

—Sigo la llamada del deber y de la amistad.

¡Ja! No eres amiga de ninguna de las dos que sigues. No tienes el valor de hacer lo mismo que ellas; estás celosa, eso es todo.

Magda lo pensó y respondió:

—Eso no tiene importancia. Mis amigas están preocupadas, y por eso voy.

¡Je-je-jeee! ¡Como respuesta, no es bastante buena! ¡Lo sabía! ¡Lo que tengas que hacer en esta búsqueda, debes hacerlo por tus propias razones, no puedes seguir a nadie hasta aquí! ¿ Lo ves? ¡Lo sabía! ¡Regresa!

Levantó una mano y pareció que un rayo de fuego azul golpeaba a Magda entre los pechos. El dolor le atravesó el corazón y sintió que caía, caía...

El mundo gris había desaparecido. Magda tiritó dentro de su saco de dormir, de vuelta en su cuerpo... ¿O no lo habría abandonado nunca? ¿Acaso no se habría quedado dormida, simplemente, y el encuentro no habría sido sino un extraño sueño que dramatizaba sus propios conflictos con respecto a esta búsqueda extraña y no deseada?

Oyó que Cholayna gemía suavemente en sueños y que Jaelle mascullaba «no, no», y se preguntó si su amiga tendría una pesadilla llena de cornisas y de acantilados.

¿Debería intentar volver de inmediato al supramundo? Le habían dicho que, en caso de fracaso, había
que volver a intentarlo inmediatamente; era como cuando una se caía del caballo: había que volver a montar enseguida. Pero ¿había estado alguna vez en el supramundo, o simplemente se había quedado dormida? Sabía que no era prudente intentar hacer trabajo psi cuando se estaba demasiado fatigada o enferma, y el esfuerzo de la escalada y su tremenda fatiga hacían inseguro ese trabajo.

Convocó con firmeza todas las disciplinas que le habían enseñado y empezó a contar en silencio para quedarse dormida. No podía permitirse quedarse sin dormir cuando, a la mañana siguiente, le esperaba el cruce de Ravensmark.

Jaelle gateó hasta el borde del orificio en la roca y miró hacia fuera.

—Nieva más que nunca —observó con tono sombrío—. ¡No creo que podamos ir a ninguna parte con este tiempo!

—Tengo que salir de todos modos. Controlaré a los animales —dijo Camilla, pasando por encima de Jaelle.

Cuando volvió, se restregó con disgusto la suela de una bota.

—Fijaos dónde pisáis cuando salgáis; con diez animales ahí fuera, parece un establo.

—Bien, hay una pala para nieve en uno de los bultos, si tienes ganas de limpiar —replicó Jaelle, y salió.

Volvió esbozando una mueca de disgusto.

—Nieva como en el sexto o séptimo infierno de Zandru. ¿Y a que no adiviná is qué más?

Vanessa, arrodillada al final de la cornisa para encender un fuego, se giró en busca de

sus alforjas. Arrojó un pequeño paquete a Jaelle y dijo:

—Yo te invito. Hay una vieja máxima de las expediciones de mujeres alpinistas: lo que tiene que pasar ocurrirá en el peor momento posible. Tienes suerte; por lo general, ocurre por encima de los siete mil metros.

—No es el peor momento posible —ironizó Magda—, podría ser una hermosa mañana despejada y podrías tener que salir para cruzar el paso. Vuelve a tu saco de dormir, Shaya, y te prepararé una infusión caliente.

Mientras obedecía, Jaelle comentó:

—Supongo que nadie trajo un poco de té de flor dorada.

—Sea eso lo que fuere, creo que no —repuso Vanessa—, pero tengo algunos inhibidores de prostaglandina en mi botiquín.

Buscó unas tabletas mientras Magda preparaba el potaje, enriquecido con fruta y mucha azúcar. Cholayna buscó un jersey más abrigado en su equipaje y se lo puso. Estaba tiritando.

—Me gustaría tomarme un buen trago.

— ¿A esta altura? ¡Estarías completamente borracha antes de tomar tres sorbos! —la previno Vanessa—. Prueba en cambio con una tableta de cafeína.

Se las ofreció a todas junto con el potaje; sólo Camilla se negó.

— ¿Hay algún indicio de que pueda despejar hoy?

—No tengo ni idea —dijo Jaelle—. Sé qué es lo que te preocupa: si se juntan más de medio metro de nieve, tendremos verdaderos problemas. No es la clase de paso que podemos cruzar con nieve hasta la rodilla.

Todas oyeron lo que no dijo en voz alta; que regresar por las estrechas cornisas y por la zona de derrumbamientos sería tan peligroso como intentar seguir y que, a cada hora que pasaba, disminuían las posibilidades de alcanzar a Rafaella y a Lexie.

Comieron el potaje y, después, Vanessa y Camilla volvieron a empaquetar la carga. El cielo seguía gris, pero la nieve no se había hecho más densa. A Magda le pareció que se hacía más leve, si es que no cesaba.

Camilla comentó una vez, mirando por encima del acantilado:

—Hay demonios en este lugar. ¿Fui yo la única que padeció las pesadillas del propio Alar?

—Es la altura —aseguró Cholayna—. Se me parte la cabeza. Soñé que estaba en esa condenada ciudad de la que hablaba Lexie y que había una docena de mujeres con cuernos, colas y máscaras que se parecían a los demonios de mis tribus ancestrales; y todas intentaban hacerme pasar por el ojo de una aguja antes de dejarme entrar. Decían que yo estaba demasiado gorda y me apretaban para hacerme entrar por el ojo de la aguja y quemaban todo lo que sobresalía.

—Tener malos sueños es común en estas alturas —explicó Vanessa—. Yo soñé contigo, Cholayna. Me decías que, si alguna vez regresaba, me degradarían tres rangos por insubordinación.

Jaelle soltó una risita.

—Yo soñé que mi hija era Celadora y me decía que, como la había abandonado, nunca sería suficientemente competente para trabajar por mi cuenta. Después, intentaba darme lecciones de monitorización, sólo que, en vez de una matriz, me daba mierda de caprina y yo tenía que convertirla en una piedra.

Todas se rieron salvo Camilla, quien frunció el ceño y clavó la vista sobre sus nudillos apretados.

—No voy a contar lo que he soñado, pero hay demonios en este sitio.

—La altura y el frío —dijo Magda, con tono cortante—. Eres demasiado delgada. Otra capa de ropa interior de abrigo te hará sentirte mejor.

Las horas se arrastraron lentamente. Cerca del mediodía, apareció un pálido resplandor hacia el sur y Jaelle apuntó:

—Creo que está amagando salir el sol. Deberíamos seguir adelante si podemos.

— ¿Quieres que abra camino? —se ofreció Vanessa mientras todas salían de sus sacos de dormir.

—No, gracias, verdaderamente estoy bien. Tus píldoras han hecho maravillas, nunca me he sentido mejor. De veras, Vanessa, no es que quiera conservar el puesto. Cuando necesite ayuda, te lo diré, te lo prometo; pero yo conozco el camino y tú no. Puedo

arreglarme. Créeme, si tengo mucho frío o estoy demasiado cansada, te dejaré ir delante pero, incluso aunque yo guíe, habrá pocos hitos visibles. —Cargó su equipaje sobre el poni—. Carguemos. Cinchad bien los caballos, es probable que el terreno sea malo.

Se produjo un denso silencio en la cornisa mientras todas sujetaban los bultos y el equipaje. En el aire pesado y húmedo, hasta los ruidos que hacían los animales parecían irreales. La nieve era firme y crujía un poco bajo los pies, y no era tan resbaladiza como Magda había temido. Miró hacia atrás, hacia el camino por el que habían venido. Le parecía que se hallaban a mucha altura pero, por encima de ellas, el sendero continuaba, describiendo curvas alrededor de las rocas, desapareciendo.

Jaelle tomó la rienda de su poni; había atado la caprina a él, de modo que la bestia de carga no tuviera más alternativa que seguirlo. Camilla tomó las riendas de los tres animales siguientes y empezó a avanzar detrás de Jaelle. En este punto, el sendero era empinado, pero no intransitable.

Magda le indicó a Cholayna con un gesto que marchara delante de ella y esperó hasta que la terrana estuvo varios pasos delante antes de poner en marcha sus animales y empezar a ascender. El camino ascendía cada vez más y, mientras trepaban, salió el sol. En una curva, tuvieron una clara visión de toda una línea de montañas más allá; el sendero subía empinado, contra el acantilado de roca cruda, hasta un paso entre dos cumbres.

—Ravensmark —señaló Jaelle, y siguió avanzando hacia allí.

Magda trepó. Se sentía fresca y fuerte pero, aunque ascendió constantemente durante horas, el paso no parecía más cercano. Cada hora más o menos, Jaelle indicaba un alto para descansar y, aun así, se sentía cansada. Al cabo de tres o cuatro descansos, llamó a Vanessa para que marchara delante.

—En cuanto crucemos el paso, volveré a guiar. Hay un tramo malo justo después de la cumbre, del otro lado.

Vanessa asintió con la cabeza. Jaelle retrocedió hasta llegar junto a Camilla, quien parecía una nube de tormenta.

— ¿Quieres cerrar la marcha? —le pidió Jaelle—. Yo no me siento en condiciones.

En silencio, Camilla retrocedió hasta llegar a la retaguardia, deteniéndose para preguntarle a Cholayna cómo se sentía.

—Ayuda poder ver por dónde vamos.

Magda pensó que ella preferiría no ver. Mantenía los ojos desviados del borde.

Cuando Camilla pasó por su lado, hizo una pausa para respirar hondo.

—Muy pronto habremos pasado lo peor. Desde allí, es cuesta abajo.

Magda tenía demasiado poco aliento para darle las gracias. Como había salido el sol, todo parecía más alegre, pero la nieve empezaba a fundirse y el sendero estaba más resbaladizo. Durante el empinado tramo final que conducía al paso, tuvo que esforzarse al máximo; podía escuchar el aire que silbaba audiblemente en sus pulmones mientras se debatía para recorrer el último tramo hasta llegar a situarse entre Jaelle y Cholayna en la garganta que separaba los dos picos.

Jaelle masculló un juramento y luego refunfuñó:

—Eso solía ser el sendero.

Ahora, el camino descendente estaba sepultado bajo toneladas de rocas y granza, semioculta por la nieve.

—Desmoronamientos, rocas caídas, sólo los dioses saben qué hay allá abajo. El hielo viejo de la cumbre debe de haberse estrellado aquí durante las lluvias primaverales y esa parte del sendero ha desaparecido para siempre.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Va-•nessa—. ¿Podremos cruzar?

—Tu suposición es tan buena como la mía. Con poco peso, trepando, yo podría cruzarlo. Las caprinas probablemente podrían. Mira... —señaló—. Más allá de aquel bosquecillo, el camino está bien. ¡Al menos, hay alguna clase de camino! El derrumbamiento ha cubierto unos quinientos metros del camino, más o menos, con rocas y tierra. Es empinado y parece malo. Pero probablemente no sea tan malo como parece...

—A menos que toda esa nieve suelta empiece a deslizarse hacia abajo otra vez. Parece que hubiera también rocas sueltas, que podrían provocar un alud cuando pisemos sobre ella —opinó Camilla, uniéndose a ellas—. No es raro que tuviéramos pesadillas allá abajo.

Las mujeres permanecieron observando, en tanto Magda y Cholayna, sabiendo que no podrían contribuir en nada a la discusión, quedaban en silencio mirando hacia abajo, el

caos de nieve, rocas y hielo viejo acumulado sobre el sitio donde alguna vez había existido al menos algo que parecía un sendero.

Finalmente, Vanessa sugirió:

—Jaelle, tú y yo podríamos bajar con una soga para explorar el camino. Al menos, sabríamos entonces si es lo bastante sólido para soportar a los animales. Con nieve de esta profundidad, es probable que esté congelada abajo y no se deslice demasiado rápido. La de anoche fue una helada terrible.

Jaelle pensó por un instante y se mostró de acuerdo.

—No se me ocurre otra alternativa. A menos que alguna tenga una idea mejor.

Nadie la tenía. Era absolutamente obvio que la única otra opción era volver sobre sus pasos y dar el rodeo por Hammerfell. Sin duda, habían perdido toda posibilidad de alcanzar a Rafaella en Barrensclae.

—De haberlo sabido —observó sombríamente Jaelle mientras buscaba en un bulto su hacha para hielo—, podríamos haber tomado la Gran Ruta del Norte directamente hasta Nevarsin.

—Y si el duque de Hammerfell hubiera usado faldas —rezongó Camilla—, podría haber sido la duquesa.

—Jaelle, la visión retrospectiva es siempre del ciento por ciento —le recordó Cholayna—. Hicimos lo mejor que podíamos. Lo importante es que estamos aquí y que, hasta ahora, estamos sanas y salvas.

Jaelle mostró una semisonrisa:

—Esperemos poder decir lo mimo esta noche. Vanessa, dame la cuerda. ¿Quieres ir tú delante, o lo hago yo?

—Me parece que da lo mismo. Las dos vemos dónde debería estar el camino, y no está. Yo iré al frente.

Ató un arnés en torno a su cintura, comprobó que la cuerda pasara libremente a través de él y asió con mano segura su hacha para hielo.

—Unos cuantos centímetros de cuerda floja. Eso es.

Con cuidado, apoyó los pies sobre la nieve y las piedras sueltas y empezó a descender; resbaló en el borde y la cuerda se puso tensa. Magda sintió el jadeo de Cholayna, pero, al cabo de un momento llegó la voz de Vanessa:

—Estoy bien, solamente perdí pie. Está resbaladizo. Voy a buscar un apoyo más sólido. Sujetad fuerte la cuerda.

De inmediato, reapareció su cabeza, ascendiendo.

—Por aquí no se puede. Hay una caída de cuarenta metros. Tendré que explorar en la otra dirección.

Lentamente, se dirigió hacia la izquierda, apoyando cada pie con precaución. Esta vez, logró seguir adelante; al cabo de un rato, empezaba a parecer otra vez un camino. Jaelle entregó la cuerda a Magda.

—Tú y Camilla podéis vigilarme desde aquí.

Partió siguiendo cuidadosamente el camino seguido por Vanessa. Camilla se acercó situándose detrás de Magda y presta a sostener con fuerza la cuerda si alguna de las dos mujeres llegaba a resbalar. Ya no se las veía. Magda, a quien Camilla sujetaba con firmeza por la cintura, sintió que respiraba con dificultad. En parte, era miedo; el resto, impotencia. No servía de nada aquí: no tenía habilidades para escalar y tampoco las había aprendido. Todo lo que podía hacer era sostener la cuerda y confiar en su compañera libre.

—Ya es suficiente —dijo Camilla en voz baja.

¿O había hablado en voz alta? ¿Era el silencio, el aislamiento del camino de montaña, donde no había intrusión de otras mentes y que hacía que Magda no tuviera que protegerse del barullo de bajo nivel telepático de las ciudades y de las multitudes, lo que le daba la impresión de estar constantemente en contacto con la mente de Camilla? No lo sabía y de todos modos su mente estaba ocupada en otra cosa. Pero se apoyó en las manos de Camilla, que la abrazaban y sostenían con firmeza, mientras la cuerda se tensaba por el peso de las dos exploradoras, más abajo. Tenía la garganta y la nariz penosamente secas, ya que el frío seco de las alturas deshidrataba las membranas mucosas, y todo lo que podía pensar era cuánto necesitaba beber. Debía de ser aún más duro para Jaelle y para Vanessa, que tenían que enfrentarse allá abajo con el hielo y con las rocas sueltas.

La cuerda se aflojó y, por un momento, Magda sin-

tío pánico, temiendo que se cortara, una caída... Entonces, desde abajo llegó una llamada.

—Está bien. Por aquí se puede. Voy a subir.

Era la voz de Jaelle, quien reapareció al cabo de un rato, ascendiendo con todo cuidado.

—Quiero beber —pidió, y Cholayna buscó la botella de agua y se la pasó a las exploradoras.

Cuando Jaelle hubo recuperado el aliento, les contó:

—Está bien, ni siquiera es muy empinado. Hay un tramo malo, con rocas sueltas; tendremos que hacer pasar los caballos de uno en uno y con todo cuidado para que no resbalen. Sería condenadamente fácil que cualquiera se rompiera una pierna allí. Pero el resto del terreno es sólido y hemos retirado casi todos los peñascos sueltos. Más allá, el camino reaparece. Es angosto, pero está allí. Creo que podemos conseguirlo; yo misma haré cruzar a Cholayna.

Tomó otro sorbo de agua, jadeando, y, ante la mirada preocupada de Camilla, dijo tan sólo:

—Estoy bien, no te inquietes.

Y Magda reprimió cualquier manifestación de preocupación.

—Busquemos un poco de pan y queso, debemos almorzar —propuso Vanessa—; y, si alguien tiene que atender alguna necesidad personal, que lo haga aquí. Más abajo, no hay espacio para salirse del camino.

—Por lo que recuerdo —bromeó Cholayna—, no hay camino del que una pueda salirse.

Jaelle redistribuyó cuidadosamente la carga sobre los animales mientras comían algunos bocados de pan y queso. Finalmente estuvieron listas para partir. Jaelle quitó las riendas a las caprinas.

—Seguirán a los caballos, pero pueden encontrar el camino mejor que nosotras. —Se puso en marcha—.

Déjame avanzar unos diez metros y sígueme, Magda. Después, tú, Camilla, y Cholayna. Yo volveré a buscar los otros caballos. Vanessa, tú cierra la marcha por si alguien tiene problemas, ¿quieres?

—Está bien.

Magda tomó las riendas de su caballo y siguió en pos de Jaelle que abría el camino... que no era más que una mezcla de huellas de pies y de cascos. La nieve estaba dura y, a su espalda, oía el resoplido de las caprinas al avanzar. Posaba cada pie cuidadosamente, su caballo relinchaba y se echaba atrás, y Magda se sentía nerviosa al tironear de la rienda.

—Vamos, ven, sé buena chica.

Acarició el hocico de su cabalgadura, azuzándola con suavidad. Cuando hubo avanzado un poco más, escuchó detrás de sí los pasos de Camilla y de Cholayna y, después, una vez más, a las caprinas sueltas, apiñadas. Una de ellas cayó sobre el sendero que iban abriendo en la nieve; las campanillas de su carga repicaron locamente mientras la bestia, espantada, galopaba hacia abajo. Magda esperó que las cinchas que sostenían la carga resistieran, para poder recuperarla después. Oyó que Camilla soltaba una exclamación y que juraba en voz alta; miró hacia atrás y gritó:

— ¿Estás bien?

—Me torcí el pie en una piedra. Ahora estoy bien.

Con un rápido vistazo hacia atrás, Magda vio que Camilla renqueaba, pero por el momento no podía hacer nada por ella. Tenían suerte de que no fuera algo peor. Sintió que una piedra rodaba bajo su pie y se salvó apenas de torcerse un tobillo, aunque tropezó con fuerza. Su caballo se debatía para conservar el equilibrio.

Jaelle la esperaba unos pasos adelante.

—Éste es el principio del peor tramo. Voy a cruzarlo con mi caballo. Espera hasta que te avise y, entonces, cruza tú, lenta y cuidadosamente, ¿comprendes?

Tenía el rostro lleno de lamparones rojos y blancos, por el cansancio y, sobre su nariz, se destacaba una pequeña franja quemada por el sol. A Magda le agradó poder descansar un minuto; observó a Jaelle abrir camino, conduciendo a su caballo... Y después ya estuvo del otro lado, haciéndole señas para que la siguiera. Cruzó tanteando con las botas en busca

de lugares firmes y, en dos ocasiones, las rocas se deslizaron bajo sus pies. Descubrió que estaba conteniendo el aliento, como si la respiración normal pudiera causar el deslizamiento de pedruscos y pedazos de hielo. Una vez se resbaló y cayó de rodillas, con un grito, y se encontró mirando de repente hacia un abismo; pero logró dominar el mareo y la náusea, se incorporó y prosiguió la marcha. Le pareció que no había ningún sonido, ni siquiera el de su propia respiración, hasta que una mano extendida tomó la suya y se encontró a salvo, junto a Jaelle.

— ¿Estás bien, amor?

—Muy bien. —Magda no podía oír casi nada salvo su propia respiración.

—Ata tu caballo. Voy a volver a cruzar en busca de Camilla. Ven conmigo y te encargas de Cholayna... o... ¿Podrás hacerlo?

Magda se quedó sin aliento ante la idea de volver a cruzar ese endemoniado tramo de rocas y desechos sueltos no una vez más, sino dos. Pero Jaelle pensaba que podría hacerlo, así que asintió:

—Déjame recuperar un poco el aliento primero.

Jaelle reunió a los caballos y colgó las riendas en las monturas.

—Yo iré delante. Mira dónde piso. Ahora ya lo he cruzado cuatro veces. Parece peor de lo que es, querida.

Magda todavía estaba temblorosa, pero esta vez el cruce fue más fácil. Esperaron a que Camilla y Cholayna llegaran al otro extremo de las rocas sueltas; todo el
mundo se saludó agitando los brazos, y entonces Magda *y* Jaelle volvieron a cruzar con los caballos. Para entonces, ya casi todas las caprinas estaban al otro lado, aunque tropezaban y, más de una vez, estuvieron a punto de caer, pero volvieron a erguirse sobre sus delgados cascos, echando atrás las cabezas y balando de temor. Todo el mundo llegó a salvo; Vanessa, al final, con el rostro pálido, aferrada a las riendas de su caballo.

— ¿Qué pasa, Vanessa? —preguntó Cholayna.

—El tobillo.

Todas advirtieron entonces que había apoyado todo el peso que podía en su caballo; de repente se soltó y cayó al suelo.

Camilla se acercó a ella e intentó quitarle la bota, pero tuvieron finalmente que cortar el grueso cuero para poder sacársela. Tenía el tobillo hinchado, con un gran manchón púrpura sobre el hueso.

—Esto es peor que una torcedura —confirmó Camilla—. Tal vez se te haya astillado el hueso.

Vanessa hizo una mueca.

—Eso temía. Probablemente. Necesitaría rayos X, pero no tiene ningún sentido pensar en eso aquí. Tengo un par de botas de repuesto en mi mochila...

—No podrías ponértelas —dijo Magda—. Toma las mías, son de cuatro números más. Nunca creí que me sentiría agradecida por tener pies grandes.

Vanessa soltó una exclamación cuando Cholayna se acercó a examinarle los pies.

—Mueve los dedos. Muy bien. ¿Te duele cuando hago esto?

La respuesta de Vanessa fue violenta, soez y afirmativa.

—Yo diría que no hay nada roto. Simplemente un mal golpe y mucha hinchazón. ¿Hay vendas elásticas en ese botiquín?

—Hay en mi bolsa —ofreció Jaelle. Fue a buscarla,
se la entregó a Cholayna y agregó—: Probablemente necesitaría baños *y* toda clase de cosas, pero no tiene sentido intentar detenernos aquí y encender fuego, así que véndala y nosotras reuniremos las caprinas. —Las bestias estaban dispersas a lo largo de la siguiente media milla de camino—. Camilla, tú también te doblaste el tobillo, ¿verdad? ¿Estás bien? ¿Algún otro accidente?

El tobillo de Camilla, al ser examinado, demostró padecer tan sólo un esguince leve; no obstante, Jaelle le dijo que se lo vendara y que descansara un poco.

—Magda me ayudará a reunir las caprinas. Sólo estamos a un par de horas de Barrensclae. Con la ayuda de Avarra, tal vez podamos cabalgar casi todo el camino desde aquí.

Mientras reunían y tranquilizaban a los dispersos animales de carga, Magda localizó un trozo de algo que no tenía por qué estar en ese sendero. Lo recogió y llamó suavemente a Jaelle:

—Mira esto.

Jaelle tomó el trozo de plástico de color brillante; era amarillo y, en un borde, se veía una letra desgarrada.

— ¿Un envase?

—De reacciones de emergencia habituales para las grandes alturas, sí.

— ¿De Lexie?

— ¿De quién más podría ser? Cualquiera que hubiera visto esto, sin embargo, debiera de haberse dado cuenta de que no se iba a hacer estudios de danzas folklóricas. Al menos, ahora sabemos que sí vinieron por aquí.

Jaelle asintió y se guardó el plástico en un bolsillo.

—Tal vez también perdieron tiempo aquí. Partamos y averigüemos si todavía nos están esperando. Necesitan verdaderamente las cosas que traemos, la ropa de abrigo, los productos de intercambio... Les irá mejor en los Hellers si nos esperan.

—Entonces, ¿seguirás adelante, si las alcanzamos? ¿Verdaderamente crees que encontrarán esa... ciudad?

— ¿Y tú no, Magda? —Jaelle parecía sorprendida y dolorida—. Tú también viniste... Yo... pensé...

—Supongo que sí. —Magda cabeceó lentamente y sin ninguna seguridad.

Podía enfrentarse con Rafaella, que se había mostrado tanto amistosa como hostil con ella y que, probablemente, sólo la aceptara a causa de Jaelle y únicamente en el caso de que considerara que ésa era su mejor posibilidad de continuar la búsqueda. ¿Pero Lexie?

A Magda le pareció que volvía a escucharla: *¡Demonios, Lome! ¿Hay algún pastel en este planeta en el que tú no metas los dedos?*

Barrensclae* merecía su nombre, pensó Magda: una planicie elevada, sin hierbas ni árboles, con rocas sueltas y unas pocas ruinas de piedra en el sitio donde alguna vez hubo casas y establos. Se preguntó por qué el lugar estaría abandonado, qué había impulsado a los granjeros que vivían aquí a marcharse. ¿O habrían sido todos asesinados por bandidos en alguna de las disputas de sangre que todavía existían en las Kilghard Hills?

Le planteó la pregunta a Jaelle, quien se encogió de hombros.

— ¿Quién sabe? ¿A quién le importa? No debe de haber sido nada importante pues, si no, ya hubiéramos escuchado cien historias diferentes.

Camilla dijo, con una sonrisa sombría:

—Si simplemente se marcharon por su cuenta, debe de haber sido la única cosa sensata que hicieron en su vida. A mí me interesaría más saber por qué se les ocurrió establecerse aquí en primer lugar.

Cholayna comentó lo más obvio:

* Barrensclae: en inglés, algo así como páramo o tierra yerma. *(N. de la T.)*

—Si Lexie y Rafaella estuvieron alguna vez aquí, ya se fueron.

—Podrían estar cazando. O explorando. —Jaelle cabalgó hasta el corral abandonado, cerca de una casa que conservaba todavía algún resto de techo sobre las viejas piedras—. Aquí sacrificamos las caprinas y dormimos tres noches en esa casa. Si Rafi ha dejado algún mensaje, tiene que estar aquí.

Camilla miró al cielo, bajo y gris; la lluvia vespertina caería muy pronto.

—De todos modos, pasaremos la noche en este sitio, supongo. No tiene sentido seguir adelante y el tobillo de Vanessa necesita cuidados. Además, esto tiene algo parecido a un techo. Sugiero que miremos el interior para ver si podemos acampar.

— ¿Hay alguna razón para que no podamos? —Preguntó Vanessa—. Quiero decir, los dueños originales parecen haberse marchado hace mucho tiempo. ¿Qué podría obstaculizarnos?

—Oh, algunas pequeñeces como la falta de suelo, moho, bichos, serpientes, ratas, murciélagos... —Camilla enumeró contando con los dedos y riéndose—. Por otra parte, podríamos encontrar los animales de carga y las pertenencias de Rafaella guardadas allí, en cuyo caso...

Magda no estaba segura de si deseaba que encontraran a las otras o no. Cuando lograron hacer girar la pesada puerta sobre sus bisagras, vieron que el lugar estaba sospechosamente libre de todas las cosas que Camilla había enumerado: el viejo suelo de piedra estaba polvoriento, pero no sucio, y no parecía haber ninguna alimaña agazapada.

—Este sitio ha sido usado recientemente —comentó Cholayna—. Ellas han estado aquí y no hace mucho.

—Yo no estaría tan segura —reflexionó Jaelle—, cualquiera podría haber usado este lugar. Viajeros, bandidos... Es posible que hayan estado aquí, pero no podemos estar seguras.

A Magda le pareció un buen lugar para bandidos: recordaba haberse enfrentado con un grupo de ellos en un refugio para viajeros años atrás. No había pensado en los bandidos en este viaje y deseó que nadie se los hubiera recordado en ese momento.

Pero no tenía sentido que se preocupara por eso. Sin duda, Camilla era capaz de enfrentarse a bandidos que la triplicaran en número y probablemente, disfrutaría de ello en caso de que se presentara la oportunidad.

—Eso no es lo que me preocupa —observó Jaelle—. Son solamente dos y una de ellas es una inexperta terrana.

—No lo creas —rechazó Cholayna—. Lexie ha recibido el mismo entrenamiento de combate sin armas que recibió Magda. Y Rafaella no es ninguna debilucha.

—Los bandidos viajan en bandas —insistió Jaelle—. No se destacan precisamente por las peleas limpias.

De todas maneras, bajó sus alforjas y las arrojó sobre el suelo de piedra.

—Cholayna, ¿por qué no enciendes el fuego, para que podamos ocuparnos del tobillo de Vanessa?

Al poco tiempo llameaba un gran fuego y Cholayna utilizaba el botiquín. Todavía sospechaba que Vanessa se había astillado el hueso del tobillo, pero en este sitio no podían hacer nada al respecto.

—Al menos, no hay escasez de hielo —advirtió Cholayna, mirando la nieve de fuera—. Aplicaciones de hielo hasta que se reduzca la hinchazón; después, frío y calor alternadamente. Un médico verdadero la enyesaría, pero puede que no sea peligroso no hacerlo. Va a dificultarle la marcha durante algunos días; ahora bien, como Jaelle dice que probablemente podamos cabalgar de aquí en adelante, no es tan grave. Por lo menos, no corres el peligro de quedar inválida para siempre por no recibir el adecuado tratamiento terrano.

Sin que nadie se lo pidiera, Magda desembaló la vajilla de cocina y empezó a preparar sopa con la carne seca que *traían.* Un sabroso aroma empezó a flotar en la vieja casa de piedra. El tostado hizo maravillas con el duro pan de viaje. Sopa, potaje de cereal cocido *y* una olla con té de corteza caliente: era la primera comida cadente *verdadera que tenían desde la partida de Then*dara y les levantó el espíritu.

Cuando, finalmente, se metieron dentro de los sacos de dormir, Magda notó enseguida que las otras dormían pacíficamente. Pero ella se quedó despierta, perturbada sin saber por qué. No podía evitar sentir que de alguna manera este viaje era un reflejo de sus fracasos... con Lexie, con Vanessa, con Cholayna y, tal vez especialmente, con Rafaella. De alguna manera, había hecho que Lexie sintiera que debía competir con lo que algunas personas del Cuartel General insistían en llamar la «leyenda Lorne»; les había dicho lo que no debía a Vanessa y a Cholayna, que no estarían aquí de otra manera; sin intención, se había interpuesto entre Jaelle y Rafaella... Pero, fueran cuales fuesen los peligros del camino, Jaelle tenía razón, no podían regresar.

A la mañana siguiente, el tobillo de Vanessa estaba hinchado, del tamaño de un cesto, y la joven tenía fiebre. Cholayna le administró salicilatos del botiquín, mientras Magda y Camilla volvían a empaquetar para redistribuir la carga y Jaelle iba a explorar el terreno en busca de algún rastro de que las otras mujeres hubieran pasado por allí. Volvió ya tarde, con el cuerpo de una caprina cargado sobre la espalda.

—Nos vendrá bien un poco de carne fresca. Particularmente, Vanessa necesita proteínas extra.

Se dedicó a desollar y a descuartizar el animal con mano experta; Cholayna desvió la mirada, pero Vanessa la observó fascinada.

— ¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—Guiando expediciones a las montañas. No disponemos de raciones envasadas y lo primero que se aprende lejos de la ciudad es todo lo relativo a la caza, para poder

alimentarse. Yo podía matar un animal adulto antes de los quince años y, si una es capaz de conseguirse la carne, debe saber también desollar y descuartizar y secarla para el camino. Comeremos tanta carne fresca como podamos. Asaré un pernil para la cena, pero es demasiado pequeño para poder secarlo. Lo que no podamos comer, lo dejaremos para los *kyorebni* cuando partamos —contempló con pena el delicado cuero moteado del animalito—. Odio desperdiciar este cuero, podría hacerme con él un hermoso par de guanteletes si tuviéramos tiempo de curtirlo.

Cholayna se estremeció y desvió aún más los ojos, pero no dijo nada. Magda pensó que todo esto debía de resultarle muy difícil: obedecer órdenes cuando estaba acostumbrada a impartirlas, y resignarse a ser la más vieja y la más débil; y, ahora, este avasallamiento de sus principios éticos —Magda sabía que Cholayna jamás había comido carne ni nada que tuviera vida— tenía que ser ya el juicio final. Pero la mujer se había mantenido en silencio, lo que no debía haberle resultado muy fácil.

Al otro día la hinchazón del tobillo de Vanessa se había reducido mucho y Jaelle, observando el cielo con inquietud, dijo que debían seguir adelante. A Cholayna le parecía que Vanessa debía hacer reposo otro día más, pero Jaelle estaba inquieta por el tiempo y estudió

Durante largo rato los mapas de Magda, buscando una ruta más fácil.

—Iremos directamente hacia el norte, pero daremos un rodeo por el camino en vez de ir por las montañas. Nos llevan bastante ventaja, así que no es probable que las alcancemos a este lado del Kadarin; ni siquiera es posible que las alcancemos antes de Nevarsin.

Con los caballos y las caprinas descansados, volvieron a partir, siguiendo senderos que no les exigían avanzar a pie. Caían ráfagas de nieve, hacía frío y había humedad; todas se pusieron la ropa más abrigada que traían. Por la noche, los sacos de dormir estaban húmedos y helados y hasta Cholayna tomó con gusto la sopa caliente, hecha con carne.

La tercera tarde, el camino empezó a ascender otra vez. Cada montaña era más alta que la anterior, y Jaelle dijo finalmente que, en las subidas, debían desmontar y caminar para evitarles el esfuerzo a los caballos; con excepción de Vanessa, que todavía no podía pisar con el tobillo herido.

—Puedo caminar si es necesario —afirmó Vanessa, blandiendo la gruesa rama que Camilla había cortado para procurarle un bastón esa misma mañana—. ¡Tampoco necesito ningún tratamiento especial!

—Créeme, Vanessa, cuando sea necesario que camines te lo diré. No trates de ser una heroína —la regañó Jaelle—. Si terminamos teniendo que cargarte, no podremos continuar.

Estaban ascendiendo penosamente la cuarta o quinta ladera —había perdido ya la cuenta, bajo esa espantosa niebla húmeda— cuando Magda tropezó, perdió pie, se cayó y rodó hacia atrás por el empinado sendero, raspándose contra las rocas, el hielo y las duras raíces. Se golpeó la cabeza, sintió un estallido de dolor y perdió el sentido.

... vagaba por el mundo gris; oyó que Jaelle la llamaba, pero allí estaba la horrible vieja, riéndose... Fuera donde fuese, aunque corriera y corriera, allí estaba la vieja bruja y sus espantosas carcajadas que eran como el graznido de un pájaro salvaje, con los brazos extendidos para hacerla regresar, obligándola a alejarse... De repente, Camilla estaba allí, con el cuchillo desenvainado para protegerla, enfrentándose a la vieja; el cuchillo cayó sobre un fuego azul...

Sentía la cara mojada, un líquido frío le caía por el cuello. Alzó una mano —la sentía pesada y fría— para quitárselo y se convirtió en una tela húmeda. Sentía un fuego en la frente, como si se la hubieran partido con un hacha.

Apareció el rostro de Camilla, que la miraba desde arriba; estaba pálida y a Magda le pareció que había llorado. *Tonterías,* pensó, *Camilla nunca llora.*

—*Bredhiya* —murmuró Camilla, y su mano apretó con tanta fuerza la de Magda que le hizo daño—. Creí que te había perdido. ¿Cómo te sientes?

—Como el demonio. Me duele cada hueso como si me hubieran golpeado con la maza de un herrero —masculló Magda. Descubrió que estaba desnuda hasta la cintura—. ¡Demonios, no es raro que tenga frío! ¿Es éste el tratamiento habitual para los golpes?

Intentaba bromear, pero Jaelle se acercó y le explicó:

—Te desvestí para asegurarme de que no tuvieras heridas internas. Te raspaste todo un brazo hasta la altura del codo y tal vez te hayas fracturado alguna costilla. Trata de sentarte, si es que puedes.

Con cuidado, Magda se incorporó hasta quedar sentada. Movió la cabeza con cautela y deseó no haberlo hecho.

— ¿Con qué me he golpeado, con una montaña?

—Solamente contra una piedra, señorita Lome —le Informó Vanessa. Sonaba muy absurdo, ya antes Magda había querido protestar.

— ¿Tienes frío? —preguntó Vanessa, y le puso la camisa. Magda descubrió que le habían vendado un brazo por encima de un ungüento pegajoso y que olía mal.

Camilla la envolvió con una capa abrigada.

—Esto será más fácil que intentar ponerte la chaqueta encima de los vendajes y no te raspará tanto los sitios lastimados —dijo, poniéndose ella la chaqueta de Magda—. ¿Sientes sueño?

Magda trató otra vez de sacudir la cabeza y no lo hizo.

—No. Lo último que siento es sueño.

— ¿Crees que puedes seguir adelante? —preguntó Jaelle—. No hay sitio para acampar aquí, pero, si no puedes...

Magda consiguió ponerse de pie con ayuda de Camilla. Se le partía la cabeza y le pidió a Cholayna alguno de sus calmantes, pero la otra se lo negó.

—No hasta que sepamos si tu golpe es serio. Si todavía estás bien despierta cuando nos detengamos esta noche, podrás tomar alguno. Hasta entonces, nada que pueda debilitar tu respiración.

—Miserable sádica —gruñó Magda, pero ella también había tenido entrenamiento básico de emergencia y sabía lo que había que hacer con las heridas en la cabeza.

—Mira el lado bueno —bromeó Cholayna—. Ahora tú irás a caballo junto con Vanessa, mientras las demás seguiremos arrastrándonos penosamente a pie.

Magda descubrió que le resultaba imposible izarse hasta la montura y sólo lo logró con la ayuda de Camilla y, cuando el caballo empezó a moverse, deseó estar caminando, ya que el balanceo era casi intolerable. La nieve estaba húmeda ahora, mitad lluvia y mitad nieve, y caía densamente, empapándole la capa. Cabalgó, sintiéndose absolutamente desdichada. Cada paso de su caballo le producía dolor, como si la bestia le estuviera pisando la cabeza, *y* el sendero ascendente era tan empinado que volvió a sentir que se resbalaba de la montura. Sin que la llamara, Camilla se acercó a ella y tomó las riendas de sus manos.

—*Bredhiya,* tú sujétate que yo guiaré al caballo. Ya queda poco. Pobrecita, me gustaría poder cargarte.

—Estoy bien, Camilla. De verdad que sí, no es más que una jaqueca. Y me siento tan tonta, cayéndome de ese modo y retrasándoos tanto...

—Mira, ya llegamos a la cumbre. Ahora todas podremos cabalgar otra vez y, si no puedes sostenerte en la montura, *hredhiya,* puedes cabalgar conmigo. Mi caballo puede llevar a dos y todo lo que tendrás que hacer es apoyarte en mí. ¿Quieres hacerlo?

—No, no, de verdad, estoy bien —repitió Magda y, a pesar de que sabía que era injusta, sintió que la solicitud de la otra le ponía incómoda; en parte, porque sabía que debía resultar incómoda para las otras, especialmente para Vanessa, que no podía comprender el vínculo que existía entre ellas—. Por favor, no te preocupes tanto por mí, Camilla. Sólo déjame tranquila, estoy bien.

—Como prefieras, entonces.

Camilla espoleó su caballo y fue a situarse en la parte delantera de la fila, junto a Jaelle.

En cuanto se hubo marchado, Magda lamentó sus palabras y deseó que Camilla siguiera a su lado; al fin y al cabo, ¿qué le importaba lo que pudiera pensar cualquiera, después de tantos años? Descorazonada, con dolor de cabeza, se aferró a las riendas y dejó que su caballo marchara por su cuenta, colina abajo.

Al salir de una curva, más allá de un grupo de enormes coniferas, pudo ver luces más abajo. Una diminuta aldea cobijada en el valle, apenas una encrucijada del angosto camino; primero, una o dos granjas y, después, una herrería y un arroyo

embalsado para un molino, con un granero, el molino de viento y unas pocas casitas de piedra, cada una de ellas rodeada por un trozo de jardín.

Los niños y las mujeres incluso algunos hombres se habían acercado al camino para verlas pasar; Magda sabía, por sus años de agente de campo, que eso significaba que el lugar era tan apartado que la aparición de cualquier extraño era un acontecimiento de importancia.

Jaelle preguntó a una de las mujeres, grande, imponente, que llevaba ropa un poco menos rústica que el resto:

— ¿Hay alguna posada donde podamos pasar la noche y encargar la cena?

Tuvo que repetir la pregunta varias veces, en diferentes dialectos, antes de que la comprendiera y, cuando la mujer finalmente respondió, lo hizo en un dialecto tan crudo de *cahuenga* que Magda a duras penas pudo comprender algo. Le preguntó a Camilla, que había regresado a su lado:

— ¿Qué ha dicho? Tú sabes más lenguajes montañeses que yo.

—Ha dicho que no hay ninguna posada. —Camilla le contestó en *casta pura,* que nadie entendiera—. Pero hay una buena casa de baños públicos, dice, donde podríamos bañarnos. También nos ha ofrecido el uso de un granero que está vacío en esta época del año. A mí me parecen una buena banda de rufianes y no confiaría en ninguno de ellos, pero no sé qué otra alternativa tenemos.

Vanessa sólo había escuchado una parte de lo dicho.

—Una casa de baños suena como lo que más necesitamos. Estoy segura de que tanto mi tobillo como tu brazo agradecerán un largo remojón en agua caliente y limpia. Y, casa de baños o no, esta gente parece lo bastante sucia para que yo prefiera dormir en un granero

Antes que en sus casas. O, lo que es lo mismo, en sus posadas. ¡Vamos a darnos un baño!

La mujer que se había autodesignado como guía les mostró el camino, seguida de una pequeña procesión de niños.

Cholayna se extrañó:

—No esperaba encontrar estas comodidades fuera de Thendara.

—Hay fuentes calientes en toda la montaña —le explicó Magda—. Casi todas las aldeas tienen casa de baños, aunque deban buscar el agua potable en un pozo común. Y tienen habitaciones separadas y bañeras para hombres y mujeres, así que no debes preocuparte por las diferentes costumbres en cuanto a la decencia.

Vanessa se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrada a baños mixtos en mi propio mundo. No me molestaría que toda la aldea se bañara en una única piscina grande, siempre que cambiaran de vez en cuando el agua.

—Bueno, pero me molestaría a mí—dijo Camilla, y Jaelle soltó una risita.

—También a mí. Después de todo, crecí en las Ciudades Secas.

Se volvió para regatear la tarifa de los baños con la mujer, que parecía ser la propietaria de la casa de baños y una especie de autoridad en la aldea. La cifra le pareció exorbitante a Magda pero, después de todo, esta aldea estaba muy aislada y el alquiler de la casa de baños a los viajeros ocasionales era sin duda su única fuente de recursos. Al menos, le dijo Jaelle, habían logrado asegurarse el uso exclusivo del lugar y le había pedido a la mujer que les llevaran comida caliente; la tarifa incluía también el uso del granero para los animales y para ellas mismas. Como se trataba de un granero de piedra, vacío de heno en ese momento, tenían autorización para prender fuego allí. Fueron a depositar sus

Cargas, a desensillar los caballos y a descargar a las otras bestias antes de ir al baño.

— ¿Cómo está tu cabeza, Magda? —Preguntó Cholayna—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor ante la perspectiva de un baño.

— ¿Estás bien despierta? Entonces, puedes tomar alguna píldora calmante. —Cholayna sacó unas tabletas del botiquín—. ¿Pasa algo, Camilla? —preguntó, ya que su amiga estaba de pie junto a sus bultos, frunciendo el ceño.

—No confío en esta gente. —Camilla seguía hablando en *casta,* aunque aparentemente estaban solas—. Parece una guarida de bandidos. Si somos prudentes, no deberíamos ir a bañarnos todas juntas; no deberíamos dejar todas nuestras pertenencias sin vigilancia.

—La mayoría de los montañeses son tan honestos que podrías dejar una bolsa de cobre

sin protección en el centro de la plaza y, seguramente, la encontrarías intacta medio año más tarde —le recordó Jaelle—, salvo que podrían haberle hecho algún tipo de refugio para que la bolsa no fuera destruida por las lluvias invernales.

—Soy perfectamente consciente de eso —se obstinó Camilla—. Pero ¿has estado antes en esta aldea en particular? ¿Conoces a esta gente, Shaya?

—En realidad, no. Pero he estado en muchas, muchas aldeas montañesas como ésta.

—No es suficiente. Id todas a bañaros. Yo me quedaré aquí a vigilar nuestras cosas.

Y, aunque objetaron, Camilla no cejó. Finalmente, acordaron que Jaelle y Vanessa irían a bañarse en primer lugar y que Magda, Cholayna y Camilla se bañarían en el segundo turno, lo que significaba que, en cada grupo, habría una persona sin heridas, saludable y capacitada para el uso de las armas.

—Todavía no estoy satisfecha —gruñó Camilla, mientras Jaelle y Vanessa se marchaban hacia la casa de
baños, llevando ropa limpia—-. ¡Esta gente nos cortaría el cuello por un poco de jabón perfumado! Tal vez tengan la idea de dividir nuestro grupo para que no podamos defendernos adecuadamente. Deberíamos haber acampado fuera de la aldea y montar guardia.

—Tienes una naturaleza terriblemente suspicaz, Camilla—la regañó Cholayna con suavidad, arrodillándose para encender el fuego—. ¡A mí, al menos, me encantará darme un baño!

—Y lo mismo me ocurriría a mí en cualquier lugar decente. ¿O crees que a mí me gusta más la suciedad que a los terranos? Pero aquí me sentiría más segura durmiendo en el polvo del camino.

—Camilla —dijo suavemente Magda, cuando las demás no escuchaban, pues buscaban ropa limpia en sus bolsas—, ¿es una premonición, es tu *laran?*

El rostro de la mujer mostró una expresión hermética, con los labios apretados.

—Ya sabes lo que pienso de eso. Si fuera así, ¿acaso tú o Jaelle no lo hubierais sabido, ya que sois *leronis* de la Torre Prohibida? No hace falta *laran* para saber que un rufián siempre será un rufián. *¡Laran!* —volvió a soltar una exclamación de disgusto, con irritación, y se alejó.

Magda se sentía perturbada, ya que respetaba, con buenos motivos, las intuiciones de Camilla; pero el grupo ya se había dividido y la cabeza y el brazo herido le dolían terriblemente, de modo que no tenía deseos de dejar pasar la oportunidad de un baño. Sentía que soportaría incluso un ataque de bandidos si primero podía tomar un baño y comer una buena comida caliente.

Hubo un ruido en un rincón de la habitación. En segundos, Camilla había desenvainado su cuchillo y corrió al espacio oculto detrás de la puerta; regresó arrastrando a alguien del *brazo:* una mujer, no joven, con el pelo descuidadamente trenzado. No era diferente de las otras personas de la aldea salvo que, Magda lo advirtió, parecía más limpia.

— ¿Quién eres? —Ladró Camilla, apretándole el brazo con tanta fuerza que la mujer soltó un gemido de dolor, mientras Camilla enfatizaba sus palabras con una finta del cuchillo—. ¿Qué quieres aquí? ¿Quién te envió?

—No pretendía causar daño —manifestó la mujer con una exclamación de temor—. ¿Eres... eres Shaya n'ha M'lorya?

El nombre Jaelle era de las Ciudades Secas y muy poco común en las Kilghard Hills. La misma Magda llamaba en general a Jaelle con la versión *casta* de su nombre y se lo había puesto a su propia hija.

—No lo soy —le respondió Camilla—, pero soy su hermana de Juramento y ella —señaló a Magda— es su compañera libre. ¡Habla! Di qué quieres de ella. ¿Quién eres?

Los ojos de la mujer lanzaron una mirada furtiva a Cholayna.

Magda pensó: *Sin duda, nunca ha visto antes a nadie con la piel negra, tal vez sólo ha venido a observar a las extranjeras. Pero ¿cómo sabe el nombre de Jaelle?*

—Mi nombre es Calisu. En nuestra aldea no hay Renunciantes. El alcalde no lo permite. Pero algunas... simpatizamos.

Se levantó el pelo y mostró una oreja, revelando un pequeño aro: el signo secreto, como Magda sabía, que durante cientos de años había singularizado a las mujeres que, aunque simpatizaban con las Casas del Gremio, por una u otra razón no podían comprometerse legalmente con ellas. La misma Lady Rohana había usado ese ornamento

oculto y Magda estaba segura de que ni siquiera Dom Gabriel había sabido por qué. Al verlo, Camilla aflojó un poco la presión sobre el brazo de la mujer.

— ¿Qué quieres? ¿Por qué andas husmeando de esta manera?

Calisu', ese nombre, recordó Magda, era una versión dialectal de Calista.

—Dos Renunciantes pasaron por la aldea hace diez días. Preguntaron por la partera del pueblo, alegando que una de ellas sufría espasmos y, cuando las trajeron a mí, me preguntaron si... si yo usaba el aro.

Eso era una treta de Rafaella. A Lexie no se le hubiera ocurrido nada semejante ni en mil años.

—Y después me pidieron que diera un mensaje a Shaya n'ha M'lorya. Pero si tú eres su compañera libre... ¿puedo dártelo a ti? Si me encuentran aquí...

—Puedes darme el mensaje —confirmó Magda.

—Dijo... que os esperarían en la Casa del Gremio de Nevarsin.

Camilla empezó a decir:

—Pero si no hay...

Magda le dio un puntapié *y* la otra se quedó callada. Calisu' liberó su brazo de la mano de Camilla, se deslizó hasta la puerta y desapareció.

Camilla la siguió a grandes zancadas. Luchó un poco con el antiguo mecanismo de la puerta, un poco oxidado, y consiguió finalmente echar el cerrojo. Suspiró.

—Pon algunos bultos delante de la puerta, para que escuchemos si alguien vuelve a intentar entrar. Tenía miedo de que ocurriera esto. No, no, tú no, no debes levantar cosas con la cabeza...

—Rara vez lo hago —bromeó Magda—, no es mi *laran* y me causa pena decirte que tengo que usar las manos.

Pero dio un paso atrás y dejó que Cholayna y Camilla apilaran unos bultos frente a la entrada lateral. Camilla habló con irritación:

—Ya lo oíste. ¿Qué significa eso? No hay Casa del Gremio en Nevarsin, es una ciudad de *cristoforos.* ¿Cómo haremos para encontrarnos con ellas si...?

—Shaya comprenderá —afirmó Magda.

Se le partía la cabeza de dolor a pesar de los calmantes que le había dado Cholayna, deseó que Jaelle regresara para poder ir a bañarse y acostarse.

Con desgana buscó ropa interior limpia y medias gruesas, un suéter de abrigo y pantalones de lana para dormir. Jaelle y Vanessa volvieron, incluso se habían lavado el cabello y los rizos cobrizos de Jaelle se enrulaban en mechones húmedos y gruesos.

—Justo lo que necesita la viajera fatigada —exclamó Jaelle estirando los brazos y bostezando—. Ahora, cuando llegue esa comida... Vi cómo la cocinaban, la he olido. Ave asada y hongos en una cacerola con salsa de bayas rojas. —Se relamió vorazmente—. El lugar es mejor de lo que creí. Venga, las tres a tomar el baño. Pero no tardéis demasiado o nos comeremos todos los hongos. Me pregunto si en esta aldea harán un buen vino montañés...

—Si no es así —bromeó Cholayna—, me quejaré a la alcaldesa.

La casa de baños era un edificio aislado, de piedra, del que salían chorros de vapor. Cuando entraron, la asistente les dio bancos de tres patas para que se sentaran *y* preguntó con ruda deferencia si las damas tenían sus propias esponjas y jabones. Las enjabonó frotándolas con brío, y soltó exclamaciones de conmiseración ante el brazo herido de Magda e, incluso, consiguió no mirar demasiado inquisitivamente a Cholayna. Después las condujo hasta la piscina de piedra llena de agua caliente de la que se desprendía vapor. Magda suspiró con placer, sintiendo cómo el calor le aliviaba el dolor del brazo herido, y se extendió para quedar con el agua hasta el cuello.

—Sienta bien —comentó Camilla, y Magda recordó que también ella se había hecho daño en el tobillo, aunque no un golpe tan serio como el de Vanessa.

— ¿Verdaderamente estás bien, *breda?*

—No me ocurre nada que el agua caliente y una buena noche de descanso no puedan curar... si me pareciera seguro bañarme y dormir aquí —murmuró Camilla en voz baja para que la asistente de los baños no la oyera—. Con cuidado, no digamos nada importante, tal vez se ocupe de ir con el cuento. No, no confío en ninguno de ellos, así como no podría llevar una estatua de piedra a puntapiés hasta la cumbre.

Bajo la superficie del agua, Magda buscó la mano de Camilla y apretó entre los suyos

los dedos largos y finos. Estaba avergonzada de su comportamiento de esa tarde. ¿Realmente había estado dispuesta a herir los sentimientos de Camilla por lo que pudiera pensar Vanessa? ¿Por qué habría de importarle? Permaneció sosteniendo la mano de Camilla, en silencio y, en la tran-
quila comodidad del baño, empezó a captar lentamente el temor de su amiga, sus sospechas.

Podía comprender ambas cosas. En la época en que ella y Peter Haldane, casados, habían explorado desde las Kilghard Hills hasta las Llanuras de Arilinn, se habían topado con una buena cantidad de bandidos y de descastados. Muchas veces se habían salvado por un pelo; aunque habían sobrevivido, cuando otros no lo habían logrado. Ésos habían sido los días en que la llamada «leyenda Lorne» estaba forjándose. Pobre Peter, en cierto sentido era injusto; también podría haber sido llamada la leyenda Haldane, ya que él había hecho tanto como ella en cuanto a reunir información acerca de los territorios y de los límites, a registrar las variables lingüísticas y las costumbres sociales, toda la información básica de Inteligencia. La diferencia era que Magda lo había hecho en un mundo, en un entorno, donde a las mujeres les resultaba absolutamente imposible hacer trabajo de campo, por no hablar de lograr algo significativo, y por eso Magda se había llevado casi todo el crédito y había concentrado la mayor atención.

Pero Peter había tenido su recompensa: se había convertido en Legado. Y era bueno. Se preocupaba por su trabajo, era justo, se comprometía con el mundo que amaba. Ella había elegido otro camino y diferentes recompensas.

— ¿Magda? No te quedes dormida aquí, hay una buena comida esperándonos.

—No, no estoy dormida. —Se incorporó en el agua humeante, parpadeando; se sentía casi peligrosamente relajada.

Camilla le apretó la mano debajo del agua y dijo en un susurro que no podía escucharse muy lejos:

—Z' *bredhyi, chiya,*

Magda le devolvió el apretón y susurró:

—Yo también te amo.

Pero como no estaban solas, se volvió hacia Cholayna para decir en voz alta:

—Supongo que nos están esperando, tal vez no sirvan la cena hasta que no estemos allí. Creo que deberíamos salir, aunque yo podría quedarme aquí toda la noche.

Cholayna se miró los dedos, que habían empezado a arrugarse como fruta seca dentro del agua humeante.

—Creo que saldremos bastante más pequeñas.

Se puso de pie y la asistente trajo una toalla para que se envolviera. Camilla la siguió y Magda vio que, a causa del agua caliente, las viejas cicatrices que tenía en la espalda y en el costado se habían vuelto completamente blancas y contrastaban con el resto de la piel, enrojecida por el calor. Vio que la asistente reparaba en ellas, y también Cholayna, quien abrió la boca como para hablar. Magda casi pudo escucharla: *En nombre de todos los dioses secretos, ¿qué te ocurrió?,* antes de advertir que, en realidad, ni Cholayna ni la asistente habían pronunciado una palabra. Una vez más, debido a la tranquilidad y a la relajación del baño, estaba captando pensamientos no expresados.

Con reticencia, Magda salió del agua caliente y se envolvió en la gruesa toalla que le suministró la asistente. Era maravilloso vestirse con ropas limpias, de la primera a la última.

—Ahora, vayamos en busca de esa buena ave asada y tal vez de un poco del vino montañés del que hablaba Jaelle.

Cholayna apretó los labios.

—No quiero que te suene como algo digno de una madre adoptiva nerviosa, Magda, pero, si verdaderamente tienes un golpe en la cabeza, no deberías beber vino. ¿Cómo anda tu cabeza?

Magda, a pesar de que el agua caliente había relajado los músculos de su cuello y de que se sentía mucho
Mejor, admitió que el dolor de cabeza todavía persistía, un latido duro y ahogado, a pesar de los calmantes.

Camilla se mostró de acuerdo:

—Ella tiene razón, Margali, deberías conformarte en realidad con té o sopa hasta que

estemos seguras.

Y Magda, que se ponía lentamente el suéter por el bulto palpitante que era su cabeza, se encogió de hombros.

—Tendré que conformarme con una buena comida caliente y con la encantadora compañía, entonces. Afortunada Vanessa, como sólo se lastimó el tobillo, puede emborracharse si le da la gana. Verdaderamente, me vendría bien un trago, pero acataré los conocimientos médicos.

Fue un choque brusco volver a salir al frío. El tremendo viento había convertido la nieve en densas ráfagas; las tres mujeres cruzaron rápidamente el espacio que las separaba de los edificios. En algunas partes, la nieve se había acumulado tanto que les tapaba las botas, helada, haciendo desaparecer el calor reciente de sus pies. Les dio alegría ver el fuego que ardía dentro del granero que les habían asignado. El edificio era tan grande que no estaba realmente cálido, pero al menos estaban protegidas del viento.

Vanessa y Jaelle habían preparado las camas y el lugar estaba limpio y tentador, casi hogareño; aunque no se podía decir que fuera como sus casas, con los caballos y las caprinas allí mismo, en el otro extremo. Les habían traído una buena provisión de heno, que daba al ambiente un olor limpio y saludable. Casi de inmediato, las mujeres de servicio empezaron a desfilar con platos y fuentes humeantes; además del ave asada, había un pernil de caprina asado, con una crujiente capa de grasa de buen olor, y conejo asado, guisado con vino. Había grandes hogazas de pan, todavía calientes del horno, con mucha mantequilla y miel y un sabroso
estofado de hongos y de la insípida pero nutritiva raíz blanca hervida y la prometida salsa de bayas rojas.

— ¡Bueno, es realmente un banquete! —exclamó Cholayna.

—Tendría que serlo. Disfrútalo. Hemos pagado bastante por él —dijo Jaelle mientras todas se reunían, sentándose sobre los bultos apilados, y empezaban a comer con buen apetito; todas salvo Cholayna. La mujer mayor comió un poco de raíz blanca hervida y probó con gusto la salsa de bayas rojas pero, después de intentar valientemente comer el pedazo de ave asada que Jaelle le había servido, se puso pálida y dejó de lado el plato.

— ¿Qué te ocurre, *comi'ya'í*—preguntó Camilla.

Cholayna dijo débilmente:

—Me recuerda... me recuerda demasiado al animal vivo. Lo siento, lo... lo he intentado, pero... ¡es un ala!

—Necesitas proteínas —se preocupó Vanessa—. Busca algunas raciones de emergencia. No puedes comer tan sólo hongos y salsa de bayas rojas.

—Lo... lo siento —volvió a disculparse Cholayna, y buscó el bulto que contenía las raciones terranas envasadas.

Estaba prohibido hacerlo en el campo, para que ningún observador no autorizado viera el envase obviamente extraño, pero Magda no tuvo el coraje de regañarla, se la veía muy descompuesta. Cholayna había pasado algunos días verdaderamente duros y Magda pensó que, si se era estricta en la aplicación de las reglas, incluso la venda elástica que Vanessa llevaba en el tobillo contrariaba las leyes del trabajo de Inteligencia.

Por otra, parte, si la directora de Inteligencia de Darkover no puede quebrantar una regla cuando ni siquiera hay nadie que se pueda enterar...

—No importa —decía Camilla—, toma un poco de vino, al menos. Es muy bueno. ¡Sin duda, no nos están estafando, eso tengo que reconocerlo! Shaya,
dime... no hay ninguna Casa del Gremio en Nevarsin, ¿verdad?

—¡Cielos, no! —exclamó Jaelle, riéndose y levantando su copa para llenarla por tercera vez—. Keitha solía hablar de fundar una ¿recuerdas? Hay un hospedaje donde algunas mujeres vivían mientras copiaban los antiguos manuscritos del Monasterio de San Valentín años atrás, pero no puede tomarse en cuenta. ¿Por qué, Camilla?

—Hubo un mensaje...

Y le contó lo de Calisu', lo de su aro y lo del mensaje que les había dado. Jaelle frunció el ceño.

—Evidentemente, Rafi pensó que eso significaría algo para mí, pero... ¡Oh, espera! —se interrumpió y luego agregó—: Cuando éramos muchachas y viajábamos con Kindra, había un lugar en el que solíamos alojarnos. No era una posada; las mujeres no pueden ir a las posadas en los Hellers si no van adecuadamente escoltadas por sus parientes varones.

Había una anciana dama que hacía chaquetas y botas de cuero para vender; en realidad, fue allí donde aprendí a hacer guantes y sandalias.

—Oh, por supuesto —recordó Camilla—. Yo fui allí una vez y una de las jóvenes me enseñó a bordar guantes con cuentas. ¡Recuerdo a la vieja Betta y a todas sus pupilas e hijas adoptivas!

—Albergaba a todas las huérfanas que encontraba en la ciudad y las llevaba a trabajar con ella; pero, en vez de casarlas, como suelen hacerlo las virtuosas matronas *cristoforos,* con sus aprendices, esta anciana dama se dedicaba a enseñarles un oficio y las estimulaba para que establecieran su propio comercio. Algunas se marchaban y se casaban de todas maneras, pero algunas de ellas todavía trabajan y siguen viviendo en la casa; y a otras la vieja Betta las enviaba al sur, a nuestras Casas del Gremio. Kindra solía decir que, cuando hubiera una Casa del Gremio en Nevarsin, Betta debería dirigirla. Creo que ha muerto, pero cuatro de sus hijas adoptivas regentan el lugar y las mujeres del Gremio siempre han sido bien recibidas allí. Sin duda, allí es donde se alojaría Rafi.

Vació su copa, miró con pena la botella y suspiró.

—Oh, termínala si quieres —se rió Camilla—. Puedes beberte la parte de Margali.

—Sí, bébetela por favor —le pidió Magda; se sentía mareada y la cabeza le daba vueltas, aunque ni siquiera había probado el vino. Pero Jaelle alejó la botella con resolución.

—Si sigo bebiendo, mañana tendré la cabeza peor que ella; ya me estoy quedando dormida sentada. Vamos a la cama.

Y, en realidad, los platos estaban vacíos, los huesos del ave asada estaban dispersos y sólo quedaba un poco de salsa en la fuente que había contenido el pernil de caprina. Después de la fatiga del día, del baño y de la pesada comida, Magda estaba segura de que todas dormirían bien esa noche. Todavía le latía la cabeza y se tambaleó cuando se incorporó para dirigirse a su saco de dormir.

Camilla protestó:

— ¿No vamos a montar guardia?

Vanessa bostezó.

—Yo no. Es una ofensa a la hospitalidad de esta buena gente. Voy a... —otro enorme bostezo interrumpió sus palabras— dormir.

Jaelle, quitándose las botas, miró con seriedad a Camilla.

— ¿De veras piensas que deberíamos montar guardia, tía?

Usó el viejo término afectivo de su infancia, lo que hizo sonreír a Camilla, pero le respondió:

—De verdad que sí. Aunque la mayoría de esta
Gente sea buena, fiable y hospitalaria, es posible que haya rufianes entre ellos. Yo misma haré el primer turno.

—Te lo dejo, entonces. —Jaelle se deslizó dentro de su saco de dormir y, casi antes de que las otras se hubieran quitado las botas, estaba ya profundamente dormida y roncaba.

Magda pensó: *Debe de estar incluso más cansada de lo que pensamos. Por supuesto, todo el peso del viaje ha caído sobre ella. Debo tratar de hacerme cargo de más responsabilidades.*

Se sentía tan mareada, y le latía la cabeza con tanta fuerza, que pidió a Cholayna otra píldora calmante y Cholayna se la entregó con cierta reticencia.

—En realidad, no deberías tomarla. Después de un baño y de una comida como ésta, estoy segura de que podrías dormir sin ella.

—No la tomaré a menos que note que no puedo dormirme —prometió Magda.

Cholayna se quitó las botas, envolvió el pálido halo de su pelo en un pañuelo carmesí y se metió en su saco. Camilla, bostezando, se sentó sobre uno de los bultos, con el cuchillo sobre las rodillas.

Vanessa bajó la mecha de la linterna.

—Camilla, despiértame más o menos dentro de una hora. Tú también necesitas dormir. Deberíamos tratar de partir temprano.

— ¿Con este tiempo? —Camilla hizo un gesto y, en el silencio pudieron escuchar la nieve que caía sobre el edificio y el viento que aullaba fuera—. Seremos afortunadas si podemos marcharnos de aquí pasado mañana.

—Bien, tal vez escampe durante la noche.

—Tal vez el burro de Durraman de veras podía volar. Vete a dormir, Vanessa. Yo vigilaré durante algunas horas, como mínimo.

El saco de dormir de Vanessa —ahora que ya no estaban al aire libre, usaban los sacos terranos, de una plaza, y no los dobles de la Casa del Gremio— estaba extendido junto al de Magda. Al cabo de un momento, Vanessa preguntó con suavidad:

— ¿Estás dormida?

—Para nada. Pensé que me quedaría dormida en cuanto me acostara, pero verdaderamente me duele la cabeza. Creo que, después de todo, me voy a tomar la píldora que me ha dado Cholayna.

—Señorita Lorne... ¿puedo preguntarte algo?, ¿algo verdaderamente personal?

—Por supuesto, pero sólo si dejas de llamarme señorita Lorne. Vanessa, somos hermanas de la Casa del Gremio. Lo que más me gustaría es que me llamaras Margali. Es verdaderamente mi nombre, ya sabes, no es un alias ni el nombre que uso en el campo. Nací en Darkover, en estas montañas, aunque hace mucho que no vengo aquí. Nadie me llamó Magdalen hasta que fui a la Academia de Inteligencia de Alfa. He trabajado durante tanto tiempo en el Cuartel General que estoy bastante acostumbrada a que me llamen Magda ahora, pero prefiero el nombre Margali.

—Margali, entonces. Tengo... tengo algunos problemas para entender el vínculo de compañeras libres entre mujeres. Jaelle es tu compañera libre, ¿verdad? Pero tú y Camilla...

—Camilla es mi amante, sí. El Juramento de Compañeras Libres es algo diferente. Jaelle y yo hicimos ese juramento, que es legal para las mujeres, de modo que cada una de nosotras es tutora de la hija de la otra. Jaelle y yo... Tal vez nadie que haya crecido según las leyes terranas pueda comprenderlo. También hemos sido amantes, pero Camilla y yo... ya he dicho que no lo comprenderías.

—No lo comprendo. Me gustaría comprenderlo. ¿Cómo es... cómo es amar a una mujer?

Magda se rió.

— ¿Cómo es amar?, ¿amar a cualquiera?

Vanessa se había dormido a su lado. Jaelle todavía roncaba con suavidad; Magda pensó que había bebido demasiado. Cholayna, aunque tosía un poco, estaba profundamente dormida. Pero Magda no podía conciliar el sueño, aunque se sentía tan mareada y con tantas náuseas como si se hubiera tomado la botella de vino entera. Deseaba tomar la píldora que le había dado Cholayna, pero la detenía la idea de que, si su conmoción era seria, probablemente era mejor que no lo hiciera. Desde donde estaba, podía ver a Camilla, con el largo cuchillo descansando sobre sus rodillas; pero, mientras la observaba, la cabeza de Camilla cayó hacia delante y se despertó, irguiéndose con un movimiento brusco; después, volvió a cabecear, dormida.

Y, de repente, como si lo hubiera visto impreso en letras de fuego, Magda lo supo. No tenía idea de si era su *laran* o qué, pero lo supo.

Había drogas en el vino. Y, probablemente, también en la comida.

Cholayna no comió mucho, tal vez no esté drogada. Debo despertarla de inmediato y decírselo.

Pero Magda no lograba moverse; se sentía más débil y mareada que nunca. Pensó, aterrorizada: *¡También yo estoy drogada!* Trató de obligarse a moverse, a despertarse, a gritarle a Camilla, a Cholayna.

Pero no pudo moverse. Magda luchó con la niebla que invadía su cerebro, para poder moverse. Trató de comunicarse con Jaelle por medio del *laran: ¡Shaya, despierta, hemos sido drogadas, es una trampa, Camilla tenía razón!* Trató de incorporarse, de arrastrarse hasta su compañera libre y sacudirla para sacarla del sopor del alcohol y de la droga: Jaelle había bebido más vino drogado que cualquiera de las otras.

Y no es raro. Ha cargado con casi todo el peso de este viaje, todo el tiempo, y ahora que se ha relajado, ahora que ha decidido dormir, tal vez yo no sea capaz de despertarla.

Probablemente Jaelle estaba tan profundamente dormida y drogada que sería imposible despertarla. Si pudiera llegar hasta Camilla, si pudiera despertarla... Magda luchó contra el mareo y contra la debilidad, contra la cabeza que le latía y contra las náuseas concentrándose en el dolor. Dio gracias a Dios por no haberse tomado la última píldora que le había dado Cholayna pues, en ese caso, estaría tan dormida como sus amigas

drogadas; y la gente de la aldea podría robarles sus pertenencias y tal vez cortarles el cuello con toda comodidad... o podrían hacer lo que se les ocurriera con ellas.

Cholayna había bebido muy poco del vino drogado y casi no había comido. Tal vez fuera la más fácil de despertar... Magda trató de erguir la cabeza, de apretar los puños, cualquier cosa. El dolor le perforó la frente como un cuchillo cegador, pero se obligó a alzar un poco la cabeza del bulto que usaba como almohada. Apoyándose con las manos, sintiendo tantas náuseas que estaba segura de que vomitaría, logró incorporarse, centímetro a centímetro, hasta quedar sentada.

—Cholayna —susurró con voz ronca, pero la terrana ni se movió ni le respondió y Magda se preguntó si su voz sería audible, si en realidad habría conseguido moverse, si ésta no sería una de esas pesadillas en las que una está convencida de que se ha levantado de la cama y ha hecho algo cuando en realidad sigue inmóvil profundamente dormida... Magda logró llevarse un puño hasta la cabeza y se golpeó la sien. La oleada de dolor resultante la convenció de que era real.

¡Piensa!, se ordenó a sí misma. Siguiendo el consejo de Cholayna, no había bebido nada del vino drogado y era improbable que hubieran drogado cada uno de los platos; probablemente, había ingerido poca cantidad de la droga y Cholayna incluso menos. *¿Si tan sólo pudiera llegar a ella!*

¡Si al menos Cholayna fuera una terrana dotada de *laran* Por lo que Magda sabía, no lo era.

Debatiéndose para vencer la debilidad, el malestar y las lágrimas, de alguna manera Magda consiguió gatear hasta Vanessa quien, profundamente dormida con el sueño causado por la droga masculló una protesta:

—Maldición, acuéstate y duerme, déjame dormir...

Era la que estaba más cerca, la más fácil de alcanzar. Magda intentó sacudirla, pero sólo logró asir débilmente uno de sus hombros, y su voz no fue más que un ronco susurro.

—Vanessa. ¡Despierta! ¡Por favor, despiértate!

Vanessa volvió a moverse y se dio la vuelta pesadamente, aferrando su simulacro de almohada como si quisiera taparse la cara y Magda, con su *laran* plenamente activo, percibió que la otra mujer se refugiaba aún más profundamente en sus sueños.

Habían sido víctimas ideales para la gente de este lugar. Los espantosos desmoronamientos del paso, el páramo deshabitado de Barrensclae... y, después, una aldea hospitalaria, una casa de baños, buena comida y mucho vino. La mayoría de los viajeros dormirían como muertos después de un camino así, incluso sin ingerir la endemoniada droga que los aldeanos habían utilizado para asegurarse de que así fuera.

El sueño de Vanessa era casi tan pesado como el de Jaelle. Había bebido bastante vino, después de la larga odisea del viaje, con un tobillo lastimado. Tendría que ser Cholayna, entonces. Incluso en su lucha desesperada, mientras la cabeza le latía, lo mismo que su cuerpo y su cerebro, que se negaban a obedecerla; Magda experimentó un acceso de risa histérica ante Ja idea de que Vanessa se despertara súbitamente y la encontrara a ella, a Magda, tendida sobre ella de esta manera. Pero no lograba que sus piernas la obedecieran para levantarse o para caminar, de modo que no tenía más alternativa que gatear sobre la otra.

Si al menos pudiera despertarla, me haría cargo de sus acusaciones de violación, se dijo Magda con toda seriedad; pero, aunque Vanessa mascullaba e insultaba en sueños e, incluso, golpeó débilmente a Magda una o dos veces, no se despertó en ningún momento. Sin embargo, Magda ya estaba en posición adecuada para agarrar a Cholayna por el hombro.

—Cholayna—susurró—. ¡Cholayna, despierta!

Cholayna Ares había comido muy poco y casi no había bebido, pero también para ella el viaje había sido largo y agotador, y dormía muy profundamente. Magda sacudió a la mujer, débilmente, y tuvo que llamarla varias veces antes de que Cholayna abriera bruscamente los ojos y la mirara. Plenamente despierta, sacudió la cabeza con perplejidad.

— ¿Magda? ¿Qué ocurre? ¿Ha empeorado lo de tu cabeza? ¿Necesitas...?

—La comida... el vino... ¡drogados! Camilla tenía razón. Mírala... Nunca se dormiría de esa manera haciendo guardia... —dijo Magda, pero su voz era titubeante y espesa y tenía que luchar para que la otra comprendiera—. ¡Cholayna, en serio! No estoy... borracha, ni estoy loca...

Algo en la urgencia de Magda, si no en sus palabras, convenció a Cholayna, quien se incorporó, inspeccionando rápidamente el granero con la mirada. Una vez más, Magda, temblando e incapaz de coordinar lo que estaba ocurriendo, presenció la aparición de la mujer que había sido designada para entrenar a los agentes de Inteligencia.

— ¿Puedes sentarte? ¿Puedes tragar?

Cholayna se puso de pie con un solo ágil movimiento, buscando una cápsula en su bolso.

—Bien, es solamente un estimulante suave; en realidad, aborrezco tener que dártelo, podrías tener una conmoción; pero tú estás consciente y ellas no. Intenta tragar esto.

Magda se la puso en la boca y consiguió tragar la cápsula, preguntándose vagamente cuál sería el efecto de los estimulantes terranos si se los mezclaba con la droga que hubieran usado los aldeanos.

Esto podría matarme, se dijo a sí *misma., pero probablemente eso sea mejor que lo que tienen en mente los aldeanos...*

Sosteniendo a Magda con un brazo, Cholayna se adelantó hacia Camilla, que estaba sentada sobre un
bulto, profundamente dormida y con el cuchillo en el regazo. Se agachó y la sacudió con fuerza.

Camilla se despertó peleando, con el cuchillo asido al revés, pero parpadeó y reconoció a Cholayna, conteniéndose.

— ¿Qué demo...? —Se sacudió como un perro mojado—. Por todos los infiernos, ¿me he quedado yo dormida haciendo guardia?

—Nos drogaron. Sin duda con el vino y puede que también en alguna de las comidas. Tenemos que estar alertas... por lo que hayan planeado —le explicó Cholayna.

Magda sentía que su cabeza se aclaraba; todavía le latía, pero el dolor común era soportable, siempre y cuando no tuviera que tolerar esa espantosa sensación de haber perdido la capacidad de pensar y de moverse.

Cholayna le ofreció a Camilla el mismo estimulante que había administrado a Magda, pero se negó, restregándose los ojos para alejar el sueño.

—Estoy bien, estoy despierta. ¡Condenados demonios de Zandru! ¡Sospeché algo así, pero no se me ocurrió que la comida podría estar drogada! ¡Tonta de mí! Me pregunto si esa partera... Calisu'... ¿La habrán mandado aquí para ablandarnos y disipar nuestras sospechas?

Cholayna estaba abriendo una vez más su botiquín.

—Yo lo que me pregunto —dijo— es si Lexie y Rafaella estarán tiradas en alguna parte, con el cuello cortado.

Magda se estremeció. La idea ni siquiera se le había ocurrido.

—No creo que una mujer que lleva el aro les haya hecho eso a sus hermanas... —aventuró.

Pero luego se dio cuenta de que no podía estar segura de que ese aro no fuera robado.

Cholayna había encontrado una ampolla en el botiquín, pero maldijo en voz baja.

—No puedo usar esto, Vanessa es alérgica. ¡Oh, infiernos!

— ¿Cómo podía saber lo de la Casa del Gremio de Nevarsin, entonces?

—Sin embargo, tal vez no supiera que existía ni que Jaelle podría interpretarlo de ese modo. Es como si hubiera dicho «en los mercados de pescado de Temora», cualquiera supondría que esos mercados existen en la costa. Como suele decirse, «no hace falta *laran* para profetizar la nieve en mitad del invierno». Todo el asunto puede haber sido puro invento, salvo por lo del nombre de Shaya.

—Una sola cosa es segura —afirmó Cholayna—, no nos drogaron por amabilidad de campesinos, para que durmiéramos bien. Debemos de hablar y veamos si podemos despertar a las otras. Magda, ¿conoces el tipo de endorfina de Jaelle?

— ¿Su qué?

—No lo conoces, entonces —se resignó Cholayna.

Camilla sacudía a Jaelle con fuerza, pero estérilmente. Jaelle mascullaba y se debatía, abría los ojos pero miraba sin ver y, finalmente, Camilla la cargó, con saco de dormir y todo, y la depositó en un rincón.

— ¡Bien podría estar en la Cueva del Ermitaño de la cumbre de Nevarsin, para lo que serviría ahora en una pelea!

—Es simple buena suerte que no estemos todas exactamente en el mismo estado.

—Cholayna —dijo Camilla—, si alguna vez vuelvo a decir una palabra sobre tu dieta, si lo hago, pégame. Fuerte. ¿Podemos despertar un poco a Vanessa?

—Yo no puedo —negó Cholayna.

— ¿Podría pelear, de todos modos, con el tobillo en el estado en que está? —preguntó Magda.

—Bien, quedamos nosotras —admitió Camilla—. Tratemos de moverla a algún sitio en el que no resulte herida si hay una pelea. No, Margali, tú no, siéntate un poco mientras puedas. ¿Sabes que estás tan blanca como un glaciar?

Cholayna ayudó a Magda a sentarse en el bulto sobre el que se había dormido Camilla y las dos trasladaron a Vanessa detrás de la pila de fardos.

— ¿Las puertas tienen algún cerrojo que podamos echar? Eso podría detenerlos un poco.

—Comprobé eso antes de cenar —aseguró Camilla—. No es raro que prefirieran alojarnos en un granero y no en una posada. Nadie espera que un granero sea un lugar seguro.

— ¿Crees que toda la aldea está involucrada?

— ¿Quién sabe? Probablemente, la mayoría lo esté. He oído hablar de aldeas de ladrones, pero creía que era un cuento popular.

Todas hablaban en susurros. Camilla fue hasta la puerta principal y la abrió un poquito, para espiar cautelosamente por la rendija. El viento y la nieve entraron en la habitación como un animal que embistiera; tuvo que hacer un enorme esfuerzo para cerrar la puerta.

—Todavía nieva y no ha parado el viento. ¿Qué hora de la noche es?

—Dios sabe. No tengo mi cronómetro. Magda me advirtió que no trajera ningún artículo de obvia manufactura terrana que no se vendiera abiertamente en Thendara o en Caer Donn.

—No puede ser muy tarde —opinó Magda—. Yo no llegué a quedarme dormida, no puede haber pasado más de una hora desde que nos acostamos. Creo que esperarán un poco más para estar seguros.

—Depende de la droga que nos hayan dado, de cuánto tiempo le lleve hacer efecto y de cuánto dure —enunció Camilla—. Tal vez tengamos que vigilar un poco a Shaya y a Vanessa, por si alguna empieza a ahogarse hasta morir.

Magda se estremeció ante la crudeza de Camilla, mientras ésta proseguía:

—Si es de actuación rápida y su efecto es de corta duración, estarán aquí muy pronto. Si tenemos suerte, confiarán absolutamente en la droga y enviarán a un solo hombre a matarnos y, entonces, podremos planear algo.

Hizo un último gesto sombrío con el cuchillo.

—Así, mientras todos esperan que el hombre vuelva y les dé la señal para empezar el saqueo, nos largamos de aquí. Pero si no tenemos suerte, todo el pueblo puede aparecer aquí con mazas y horquillas.

Fue a grandes zancadas hasta la entrada oculta por la que había llegado Calisu' a entregarles el mensaje. El viento no era tan fuerte de ese lado, pero de todos modos invadió el recinto. Camilla miró hacia fuera, a través de la nieve que caía, y soltó una aguda exclamación de consternación; Magda esperaba que cerrara la puerta de golpe pero, en cambio, salió rápidamente y les hizo un gesto al cabo de un momento.

—Aquí esta la respuesta a una pregunta —anunció con tono sombrío, y señaló.

Ya cubierto por una capa de nieve, el cadáver de Calisu' yacía en el suelo, con los ojos abiertos fijos en la tormenta. Le habían cortado el cuello de oreja a oreja.

Camilla cerró la puerta de golpe y maldijo.

— ¡Espero que la mujer del alcalde entre mañana en trabajo de parto y que el niño esté de nalga! ¡Pobre condenada mujer, deben de haber creído que vino a prevenirnos!

— ¿Vamos a dejar su cuerpo tirado ahí?

—Tenemos que hacerlo. Si no lo ven, sabrán que sí estamos advertidas. ¡Demonios, Magda! ¿Crees que a ella le importa todavía dónde está su cuerpo?

— ¿Crees que todavía podemos escaparnos... escabullimos de aquí antes de que vengan? —sugirió Cholayna.

—No. No con Jaelle y Vanessa todavía muertas para el mundo. Un balido de caprina y se nos vendrán encima. Probablemente, estén todos sentados en esa posada que nos dijeron

que no existía, afilando sus cuchillos —comentó Camilla con tono siniestro. Tenía las manos en las caderas, y fruncía el ceño, pensando—. Pongamos todos los fardos contra la puerta trasera... Despacio. Estaremos esperándolos por el frente. Magda, ¿estás bien?

—Muy bien.

Ya fuera por el estimulante que le había dado Cholayna o por la adrenalina provocada por el peligro, Magda no lo sabía pero se sentía casi agradablemente preparada ante la idea de una pelea. Camilla había desenvainado el cuchillo. Magda se aseguró de que su daga estaba floja dentro de la vaina. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había enfrentado a un enemigo humano, pero le parecía un gesto digno y justo el hecho de matar a quien fuera que le hubiera cortado el cuello a la inocente partera.

Empezó a ayudar a Cholayna a apilar los bultos, pero Cholayna la detuvo:

—Tengo una idea mejor. Cargad los bultos sobre los animales y, luego, ponedlos todos contra esa puerta. Entonces, cuando nos ataquen, si Jaelle y Vanessa están despiertas, podemos atropellarlos con los animales. Si no... podemos librarnos en cuanto los primeros atacantes hayan sido eliminados.

—No hay mucha esperanza de eso —opinó Camilla—, pero tienes razón: tenemos que estar en condiciones de salir corriendo de aquí sin tiempo para cargar ni ensillar los animales. Lo haremos, pero mejor que vigilemos la puerta del frente, porque por allí llegarán.

—Apilemos algunos bultos contra ella —sugirió Magda.

—No, pues entonces sabrán que estamos prevenidas y entrarán aquí con los cuchillos preparados. En cambio, si llegan creyendo que estamos todas dormidas, víctimas fáciles, podremos liquidar al menos a un par de ellos antes de que reaccionen. Cualquier cosa que nos dé más posibilidades es justa, dadas las circunstancias.

Camilla empezó a cargar las caprinas con los bultos, mientras Magda ensillaba su poni y también el de Jaelle. Cholayna se dedicó a ayudar a Camilla con los bultos, despejando todo lo que estaba delante de la puerta, y Magda con un estremecimiento, supo que Camilla estaba haciendo espacio para una pelea. La había visto pelear y, en una oportunidad, había luchado a su lado... La cabeza todavía le latía un poco pero, fuera de eso, le parecía estar cegadoramente lúcida, todo lo que veía era agudo y nítido. Empezó a ensillar el caballo de Camilla, pero advirtió que en realidad se trataba de la montura de Vanessa, que era más grande, y la cambió, pensando: *Si no me fijo, empezaré a ensillar las caprinas.*

Los caballos ya estaban ensillados y todos los bultos habían sido cargados.

Si nos matan, al menos tendrán algunas dificultades para apropiarse de nuestras cosas, y se preguntó por qué eso le había parecido importante.

Camilla se agazapó en un sitio desde el que podía ver la puerta, con los dedos sobre su espada. El reglamento de las Renunciantes disponía que ninguna *Comhi'letzü* podía portar espada, sólo el largo cuchillo de las Amazonas, que era por ley tres pulgadas más corto que una espada común; pero Camilla, que había vivido muchos años como varón, entre mercenarios, llevaba la misma espada que había usado como hombre y nadie se lo había cuestionado nunca.

Dirigió una sonrisa a Magda:

— ¿Recuerdas el día que combatimos contra los hombres de Shann y yo te dije que habías deshonrado tu espada?

— ¿Acaso podré olvidarlo alguna vez?

—Pelea tan bien como entonces y no tendré miedo de ningún bandido de las Kilghard Hills.

Cholayna, esbozando una sonrisa, se apoyó contra la pared más próxima.

— ¿Oyes algo? —preguntó súbitamente.

Silencio, salvo por el agudo aullido del viento que rugía en torno al edificio. Algún animalito se movía entre la paja. Después de la frenética actividad de los últimos minutos, Magda se sentía decaída; su corazón latía con violencia y, en su boca, sentía el sabor metálico del miedo.

El tiempo se arrastraba. Magda no tenía idea de si había pasado una hora, diez minutos o la mitad de la noche, el tiempo había perdido significado.

—Malditos sean, ¿por qué no vienen? —La voz de Cholayna emergió, tensa, entre sus dientes apretados.

Camilla masculló:

—Tal vez estén esperando a que apaguemos esa última luz. Pero que Zandru me azote con sus escorpiones si creen que pienso pelear en la oscuridad y, si tenemos que esperar hasta la mañana, que así sea. Preferiría que no vinieran en absoluto.

Magda deseaba que, si es que iba a haber una pelea, se produjera de una buena vez; pero, al mismo tiempo, recordaba con todo detalle su primera pelea, sintiendo una vez más el lacerante dolor de la espada que le había herido el muslo. Estaba simplemente aterrorizada. Camilla parecía muy tranquila como si en realidad disfrutara de la idea de una buena pelea.

Tal vez sea así. ¡Se ganó la vida como mercenaria durante Dios sabe cuántos años!

Entonces, en medio del silencio, oyó que Cholayna contenía la respiración *y* vio que la terrana señalaba la puerta.

Se abría lentamente hacia dentro, mientras el viento aullaba a su alrededor. Un rostro espió por el resquicio: un rostro redondo, marcado, una mueca. De inmediato, el bandido vio la luz, el espacio despejado y las mujeres que lo esperaban pero, en el momento en que su boca se abría para emitir un grito de advertencia, Cholayna saltó en una toma de *vaido y* el rostro del hombre estalló, ensangrentado; el atacante cayó y quedó inmóvil.

Camilla se agachó para arrastrar al hombre, inconsciente o muerto, y quitarlo del medio. Apareció otro bandido y lo atacó expertamente. El hombre cayó soltando un grito ronco. El otro que apareció después resultó con el cuello roto debido a un rápido golpe de la mano de Magda.

—De todos modos, no te has olvidado de todo —aprobó Cholayna, en un susurro.

Hubo una exclamación y el hombre al que Camilla había herido en el vientre gruñó y empezó a gritar. Magda se estremeció ante los terribles gritos, pero no hizo nada: ese hombre había estado dispuesto a matarlas a todas mientras dormían. No tenía por qué compadecerse de él. Pero, cuando Camilla se acercó a él con el cuchillo en alto, para silenciarlo definitivamente, el hombre se desplomó y el granero volvió a quedar en silencio.

Sin duda, hay más ahí fuera, pensó Magda, *y tarde o temprano nos atacarán todos a la vez.*

Habían sido afortunadas: Magda había matado a su contrincante y el que había sufrido el golpe de Cholayna, aunque posiblemente no estuviera muerto, no estaba al menos en condiciones de volver a pelear.

La puerta se abrió bruscamente y el recinto se llenó de hombres que gritaban como otros tantos demonios.

Camilla hirió al más próximo y Magda se encontró luchando con el cuchillo junto a ella. Cholayna estaba en el centro de un grupo, peleando como un héroe o diablo legendario, propinando puntapiés con precisión frecuentemente mortal. El siguiente contrincante de Magda se lanzó sobre su daga y la hizo retroceder, desequilibrándola; sintió que el cuchillo del hombre le abría el brazo y lo pateó salvajemente, descerrajó luego el codo sano contra la base del cuello del bandido y le hizo volar a un lado, inconsciente. Sintió que la sangre caliente goteaba por su brazo, pero ya otro bandido caía sobre ella y no hubo tiempo de sentir miedo ni dolor.

Uno de ellos, al correr hacia los caballos, tropezó literalmente con Jaelle; se agachó rápidamente, daga en mano, y Magda se lanzó contra él por detrás, soltando un agudo grito de advertencia. Con una fuerza que jamás había imaginado tener, le cortó la garganta y el hombre cayó, semidecapitado, encima de Jaelle, que se despertó, mirando con fijeza y murmurando palabras de incomprensión.

Con la misma celeridad, todo terminó. Quedaban siete hombres, muertos o inconscientes, tendidos en el suelo. El resto se había retirado, posiblemente para re-agruparse; Magda no sabía cuántos y, por el momento, no le importaba.

Jaelle murmuró, con voz quejosa:

— ¿Qué ocurre?

—Cholayna —ordenó Camilla—, busca tu bolsa; ¡trata de que Jaelle y Vanessa se traguen una de esas píldoras tuyas! Esto fue sólo el primer ataque, volverán.

Jaelle parpadeó y Magda vio que sus ojos empezaban a enfocar.

— ¿Nos envenenaron? ¿Nos drogaron?

Cholayna asintió, haciendo un gesto imperativo para que Jaelle tragara la cápsula

estimulante. Así lo hizo y explotó:

— ¡Malditos sean! ¡Además tuvieron el coraje de regatear con nosotras por el precio de la comida y del vino!

Se desprendió del saco de dormir y trató de conseguir que Vanessa se incorporara; desistió después y, empuñando su cuchillo, fue a situarse junto a Camilla. Todavía se la veía atontada, pero el estimulante empezaba a hacer efecto.

Magda pensó: *¡Tuvimos suerte la primera vez y Cholayna es endemoniadamente buena para su edad! ¡No obstante, no es probable que nosotras cuatro, ni siquiera si logramos despertar a Vanessa, podamos liquidar a toda una aldea! Moriremos aquí...*

Pero sería así, se preguntó, o... ahora que los aldeanos sabían que las mujeres no eran presas fáciles, ¿no sería posible que negociaran sus vidas? Mirando el rostro de Camilla, supo que ella no barajaría esas ideas, que estaba dispuesta a una lucha a muerte. ¿Qué otra defensa tenían?

Probablemente las atacarían todos juntos. Ahora, Magda tenía conciencia del dolor del brazo y la cabeza había empezado a latirle otra vez. Inesperadamente, el hombre al que Camilla había herido empezó a gemir otra vez; Camilla se agachó y, con rapidez, le cortó el cuello. Limpió el cuchillo en el deshilachado abrigo del hombre y se incorporó, empuñando la espada. Magda sintió que casi podía leerle los pensamientos, conociendo el código de honor de los mercenarios. Camilla estaba más que dispuesta a morir valerosamente.

Pero yo no quiero morir valerosamente, pensó Magda, *no quiero morir en absoluto. ¡ Y no quiero que mi conciencia cargue con las vidas de Cholayna y de Vanessa si no muero! ¿Hay alguna alternativa...?*

Después, con una espantosa sensación de *deja vu,* vio un rostro que espiaba a través de la puerta, como si hubieran regresado al momento mismo en que empezó la pelea.

¡Piensa, maldición, piensa! ¿De qué sirve tener laran si *no puede salvarte la vida ahora?*

Un bandido se lanzó contra ella, con el cuchillo en alto. Magda lo golpeó con fuerza, lo sintió caer, pero las superaban en número. Desesperadamente, buscó con su *laran,* recordando una vieja treta; vio de repente, como si fuera una imagen pintada detrás de sus ojos, la chimenea de Armida y a Damon contándoles una batalla con *laran,* producida mucho tiempo atrás.

¡Jaelle! ¡Shaya, ayúdame!

Jaelle luchaba por su vida contra un bandido de camisa roja. Magda se extendió desesperadamente, tramó una imagen, vio que los bandidos retrocedían; por encima de ellos, en el granero, se agitaba un demonio, no un demonio darkovano, sino un antiguo diablo salido de los mitos terranos, con cuernos, cola y un poderoso olor a azufre... La fila de hombres se quebró y retrocedió. Entonces Jaelle se unió a ella. Las mentes de ambas compañeras libres se fundieron en una sola y, de repente, una docena de demonios con colmillos se enfrentaron a los bandidos. Los aldeanos siguieron retrocediendo y, luego, con un aullido, giraron en redondo y salieron huyendo. Algunos incluso arrojaron sus armas mientras huían.

Vanessa eligió precisamente ese momento para incorporarse. Mirando a su alrededor con perplejidad, vio los demonios, soltó un ahogado chillido y sepultó la cabeza entre las mantas.

Todavía flotaba el olor a azufre. Cholayna corrió con rapidez hacia Vanessa, urgiéndola a levantarse.

Camilla las apremió:

—Eso debería contenerlos por un rato. Aunque no mucho, sin embargo. ¡Salgamos de aquí mientras podamos!

Velozmente, montaron sus caballos, mientras Vanessa todavía sacudía la cabeza y murmuraba atontada.

Magda se revisó el brazo que sangraba. Supuso que no era nada de lo que preocuparse, aunque la sangre manaba todavía lentamente de la herida.

Si me hubiera cortado una vena, se dijo, *el flujo sería constante y, si hubiera sido una arteria, ya habría muerto desangrada.*

Después de montar, desgarró una tira de la base de su túnica interior y se hizo un torniquete rápidamente, anudándolo con los dientes para conservar libres las manos.

Agrupadas, llevando las caprinas de las riendas, se desplazaron hacia la puerta. Pero, entonces, Jaelle las detuvo:

—Un momento... —Y Magda sintió el contacto de su *laran*—. Asegurémonos de que no vuelvan por aquí durante un tiempo...

Magda giró la cabeza y miró el rostro y la forma de la Diosa, su oscuro manto centelleante de estrellas, alas enjoyadas sombreando los oscuros espacios del granero, el halo de la cabeza y sus ojos penetrantes, compasivos, aterradores. No envidiaba al aldeano que intentara usar otra vez ese granero, aunque fuera con un propósito inocente. ¿De qué parte de su mente había salido esa imagen? ¿Habría sido de aquella noche, la de la primera reunión de la Hermandad?

Salieron juntas del granero al viento y a la nieve arremolinada.

Unos pocos aldeanos se apiñaron para verlas partir, pero nadie hizo ningún gesto para detenerlas. Tal vez todavía veían los demonios que Magda y Jaelle habían creado.

De repente, Magda se sintió terriblemente mal, mareada. Se aferró a la montura con ambas manos, tratando de no caerse del caballo. El brazo herido —el mismo que se había lastimado en la caída, advirtió por primera vez— le ardía de dolor y la cabeza le latía como si cada pulso de su sangre fuera una piedra arrojada contra su frente; pero se aferró a la montura con desesperación. Lo importante era poner tanta distancia como fuera posible entre ellas y esa aldea miserable y detestable. Trató de sostenerse con una sola mano para cubrirse el rostro con la bufanda y protegerse un poco los ojos del viento lacerante; pero sin mucha suerte. Se agachó hacia delante, escondiendo el rostro en el cuello de su chaqueta, cabalgando en medio de una oscura pesadilla de dolor. Apenas si escuchó la voz de Camilla a su lado:

— ¿Margali? *¿Bredhiya?* ¿Estás bien? ¿Puedes cabalgar?

¿Y no es eso lo que estoy haciendo? ¿Qué diferencia habría, si dijera que no puedo?, intentó decir, irritada, pero la voz no le obedecía. Sintió que luchaba contra las riendas, contra el caballo que no le obedecía. Más tarde supo que había peleado y había querido pegarle a Camilla cuando la otra la alzó del caballo. Entonces todo se hizo oscuro en su mente y cayó en un oscuro sueño en el que unos demonios aullantes la ataban en un establo mientras *kyorebnis* con rostro de *banshees* picoteaban con fiereza su brazo y su hombro; después, le vaciaban los ojos y ella se quedaba ciega y ya no sabía nada más.

Vagaba solapar el mundo gris, informe, sin marcas. Había vagado allí durante cien mil veces cien mil años. Y, entonces, en un universo, vacío y sin forma, hubo voces. Voces curiosamente insonoras, que resonaban dentro de su dolorido cerebro.

Creo que está volviendo en sí. Breda mea, bredhiya, *abre los ojos, hablame.*

Si reacciona, no será gracias a ti.

Esta última era la voz de Jaelle y a Magda, dentro del gris informe, se le ocurrió que la emoción que latía y residía en la voz de Jaelle era de furia, de directa y honesta ira visceral.

Dices que la amas tanto y, sin embargo, no haces nada por ayudar...

No hubiera podido hacer nada. No soy leronis, *eso te lo dejo a ti...*

Ya te he escuchado decir eso antes, Camilla, y ahora no te creo más que entonces. Es tu capricho, así como puede ser tu privilegio, decir siempre que naciste sin laran *y sostener esa afirmación cuando no dañe a nadie más que a ti pero ahora, con la vida de ella en juego...*

¿Su vida? Tonterías; gracias a la Diosa, respira, está viva, se está despertando... Breda, *abre los ojos...*

El rostro de Camilla emergió del gris, pálido contra un cielo claro, frío y estrellado. Magda pronunció temblorosamente su nombre. Ahora podía ver a Jaelle detrás de Camilla y, entonces, recordó la pelea y lo que ocurrió después.

— ¿Dónde estamos? ¿Cómo escapamos de... de ese lugar?

—Estamos lo suficientemente lejos para creer que no es probable que nos busquen —le explicó Cholayna, desde algún sitio fuera del alcance de la vista de Magda—. Has estado inconsciente cuatro o cinco horas.

Magda alzó una mano y se restregó el rostro, le dolía. Oyó a Camilla:

—Lo siento, Margali, no tenía alternativa. No me permitías alzarte para cargarte en mi montura, parecías pensar que yo era otro de esos aldeanos.

Rozó con ternura el sitio dolorido en la mandíbula de Magda.

—Tuve que desmayarte de un golpe. Cuando la curabas, Shaya, ¿no podrías haber hecho algo también con eso?

—No sabes nada del asunto. —Jaelle todavía tenía los labios apretados y no miraba a Camilla.

Sus dedos vagaron hasta la delgada línea roja de la cicatriz que le recorría el rostro. Dijo:

—Al menos, te he devuelto esto.

Años atrás, Magda había descubierto su propio *laran* mientras ayudaba a Lady Rohana a curar a Jaelle.

Jaelle le preguntó ahora:

— ¿Cómo te sientes?

Magda se incorporó, tratando de evaluar cómo se sentía. Todavía le dolía la cabeza pero, aparte de eso, parecía estar bastante bien. Entonces, recordó:

—Mi brazo... el cuchillo...

Con curiosidad, se miró el brazo. Se lo había lastimado en la caída y, después, había sido herido por el cuchillo del bandido pero sólo se veía una cicatriz bastante pálida, como si la herida hubiera cerrado mucho tiempo atrás. Jaelle había recurrido a la fuerza de su *laran* para curar la estructura misma de las células.

— ¿Qué otra cosa podía hacer? Dormí durante casi toda la pelea —comentó Jaelle con ligereza—. Y, en realidad, Vanessa no se despertó hasta que no estuvimos a más de una hora de la aldea; creo que no creyó verdaderamente que hubiera habido ninguna pelea hasta que no vio tu brazo, Margali.

— ¿Alguien más resultó herida?

—A Cholayna le sangraba la nariz, pero lo solucionamos con un puñado de nieve —fue Camilla quien habló—; y uno de esos bastardos me hizo un corte en mi mejor túnica de fiesta, aunque sólo me hizo un rasguño. A Jaelle le dolerán las costillas durante diez días, después de que liquidaste a aquel bandido que se le cayó encima.

Entonces Magda recordó vagamente que había querido atacar a un bandido que se erguía sobre Jaelle y que le había cortado el cuello.

Su recuerdo era vago, como una pesadilla y prefería que siguiera siendo así.

—Fuimos afortunadas al salir de allí sanas y salvas —dijo Jaelle—. Camilla, te debo una disculpa.

—Nueve veces de cada diez hubieras tenido razón y el lugar habría sido tan seguro como una Casa del Gremio —gruñó Camilla.

— ¿Y todavía insistes en que no tienes *laran?*

Las facciones pálidas y delgadas de Camilla enrojecieron de furia.

—Basta ya, Shaya, o te juro por mi espada que te romperé el cuello. Ni siquiera tú puedes ir tan lejos.

Jaelle apretó los puños y Magda sintió otra vez que la furia emergía en ambas, como tangibles líneas de fuerza, rojas, que se extendían en el aire entre la dos. Se esforzó por hablar, para quebrar la tensión, pero advirtió que casi no podía incorporarse y que tan sólo lograba emitir un susurro.

—Camilla...

Jaelle suspiró.

—Demonios, ¿qué importa? Tú captaste la advertencia, parienta, llámalo como quieras. No dudo que eso nos salvó la vida. Eso es lo que importa. Vanessa, ¿está listo el té? —Puso un jarro humeante en las manos de Magda—. Bebe esto. Descansaremos aquí hasta que haya luz suficiente como para ver por dónde vamos.

—Yo me quedaré de guardia —se ofreció Vanessa—. ¡Creo que he dormido lo suficiente como para diez días!

—Y yo me quedaré de guardia contigo —añadió Jaelle, tomando otro jarro—. Estas tres han tenido una pelea y merecen un poco de descanso. También descargaremos a las bestias hasta mañana. Cholayna, ¿queda un poco de fruta seca?

Cholayna señaló las alforjas y se quejó:

—Pero no puedes tener hambre. No después de esa comida, ¡creí que ninguna de nosotras tendría hambre durante tres días!

Pero Magda, al ver a Jaelle comer con avidez pasas de uva, supo que se trataba del desgaste de energías que seguía al uso del *Iaran.* También Camilla tomó un puñado de pasas y comentó:

—Está bien, montad guardia. En realidad os perdisteis la verdadera diversión.

Camilla extendió sus mantas junto a Magda y a Cholayna. De repente, Magda se sintió inquieta por Camilla: ya no era una mujer joven, la lucha había sido dura y estaría tan preocupada por Magda que, probablemente, no se habría tomado la molestia de cuidarse a sí misma. Sin embargo, sabía que, si preguntaba, Camilla, por una cuestión de honor, insistiría en que no le ocurría absolutamente nada.

Cholayna, dispuesta a acostarse, vaciló:

— ¿No será mejor que apague el fuego? Puede delatarnos... a cualquier cosa que ande acechando por los bosques.

—Déjalo —rechazó Jaelle—. El fuego asustará a cualquier cosa con cuatro patas. Y, la Diosa no lo quiera, si se trata de alguien con dos patas, será mejor que veamos quién es. No me gustaría que nadie, ni nada, cayera sobre mí en la oscuridad. —Se rió con nerviosismo—. Esta vez, Vanessa y yo nos encargaremos de pelear y os dejaremos dormir.

Magda no sentía sueño, pero sabía que debía descansar. La piel curada del brazo le picaba, casi hasta el hueso. El fuego se hizo menos intenso. Podía ver a Vanessa, sentada sobre una alforja; Jaelle estaba en algún sitio, fuera del alcance de su vista, pero Magda podía sentir que recorría los límites del campamento, protegiéndolo, como si extendiera alas sobre él: *las oscuras alas de la Diosa Avarra, protegiéndolas...*

Durante tantos años, había pensado en Jaelle como en alguien más joven, más frágil, vulnerable, a quien debía proteger como hubiera protegido a una hija; y, sin embargo, desde el principio Jaelle había asumido el liderazgo de este viaje, se había responsabilizado de la seguridad de todas. Su compañera libre había crecido, era tiempo de que Magda dejara de pensar en Jaelle como si no fuera su igual.

£5 *tan fuerte como yo, tal vez más fuerte. Ya es hora de que me dé cuenta de que no puedo, y no debo, cargar con todo el peso yo sola. Jaelle, si se lo permito, hará su parte. Y más...*

Tomaron el camino hacia el norte, atajando por senderos poco conocidos en dirección al Kadarin, evitando los caminos principales y las aldeas. Al cabo de cinco días de viaje llegaron a un camino más transitado; Jaelle dijo que preferiría mantenerse lejos de las rutas principales, especialmente por Cholayna.

—Incluso tan al norte, pueden haber llegado a las montañas los rumores de que, entre los terranos de Thendara, hay algunos de piel negra y preferiría no tener que responder qué andamos haciendo por aquí en compañía de una terrana. Las Renunciantes ya dan lugar a demasiadas preguntas en estas montañas, sin que además las acompañe una terrena. Vanessa podría pasar por ser montañesa, ya que algunos de los forjadores tienen ojos de animal. A pesar de todo, tenemos que vadear el Kadarin y, para eso debemos ir a alguno de los vados principales o al bote, las inundaciones de la primavera pasada han hecho peligrosos los vados menos transitados.

—Me arriesgaré a cualquier cosa que decidas —se sometió Vanessa.

—No importa; Cholayna, tú ponte la capucha sobre el rostro y no respondas a ninguna pregunta. Finge ser sordomuda.

—Debería haberme quedado en Thendara, ¿verdad? Tan sólo sirvo para poneros en peligro a todas —se quejó Cholayna con un poco de amargura, pero Jaelle hizo un gesto de impaciencia.

—Lo hecho, hecho está. Todo lo que te pido es que te mantengas atenta y que obedezcas órdenes, eso es todo.

Y, por un momento, Magda se preguntó si en realidad su compañera libre no estaba contenta de ver que la mujer terrana, directora de Inteligencia, por una vez obedecía órdenes en vez de impartirlas; si a Jaelle no la complacía el hecho de que Cholayna debiera obedecerla.

Después absolvió mentalmente a Jaelle de esa mezquindad: era ella misma quien había sentido eso, al menos momentáneamente; estaba claro que Jaelle tan sólo se

preocupaba por la seguridad del grupo.

Y, en realidad, probablemente hubiera menos peligro para cualquiera de ellas, incluso aunque Cholayna fuera reconocida como terrana, en los transitados vados y botes que en alguna aldea remota donde el Kadarin pudiera ser vadeado en secreto.

Para un solo viaje, ya habían tenido más que suficiente de aldeas remotas.

Había media docena de caravanas en el vado, delante de ellas, y Camilla, que llevaba puesta una chaqueta corta, con su pelo desteñido y sus facciones marcadas que difícilmente serían identificables como de mujer, dio alguna excusa y cabalgó junto a los grupos que esperaban el cruce. Regresó con aspecto desanimado.

—Había esperado ver a Rafi aquí, tal vez con esa mujer Anders.

Jaelle sacudió la cabeza.

—Oh, no. Están mucho más adelante, parienta.

Camilla apretó los labios y desvió la mirada, con los ojos velados como los de un halcón.

—Es posible, pero siempre existe la alternativa. ¿Vamos a vadear, o le pagaremos al barquero?

—Vamos a vadear, por supuesto. No quiero que nadie tenga oportunidad de echar un buen vistazo a Cholayna; en estas montañas, hay un proverbio: cotilla como aprendiz de barquero. ¿Qué pasa, tienes miedo de que se te mojen los pies?

—No más que tú, *chiya;* es sólo que creí que teníamos prisa.

—Tendríamos que esperar una hora para cruzar con el barquero, con toda la gente que hay delante de nosotras; en cambio, podemos vadear en cuanto aquel hombre, sus perros y caprinas hayan llegado —explicó Jaelle, observando al grupo mal organizado que estaba delante de ellas: un par de jovencitos urgiendo a perros y caprinas para que se metieran en el agua, usando palos y amenazas, mujeres con faldas de montar, aferradas a sus monturas y chillando; algo asustó a una de las bestias en mitad de la corriente y una de las mujeres salió despedida de su montura y cayó al agua; pasó una hora antes de que el vado quedara libre otra vez, y Jaelle caminaba de un lado a otro con inquietud, en la orilla. Magda advirtió que, en realidad, se moría por entrar al vado y enseñarles a esos hombres cómo hacía una caravana bien organizada para vadear un río. Pero la misión que tenían no les permitía esa diversión.

—No importa —dijo Magda mientras empezaban a conducir sus animales por el lodo pisoteado de la orilla del vado—, puedes demostrarles cómo hace cruzar a su grupo una Renunciante.

Jaelle esbozó una sonrisa, avergonzada.

— ¿Tan transparente soy?

—Hace mucho que te conozco, *breda mea,*

Cruzaron ordenadamente; primero Jaelle, llevando de la rienda a casi todos los animales de carga; luego Magda, Vanessa, Cholayna, velada como una *leronis* envuelta en la segunda capa de montar de Magda, y Camilla en la retaguardia.

Magda pensó que habían cruzado el Kadarin con mayor facilidad que si hubieran esperado el bote, varado ahora en uno de los remolinos del vado, mientras el barquero y sus hijos, gritando y maldiciendo, procuraban desencallarlo con ayuda de sus pértigas.

Dejaron atrás el bote y el Kadarin y se internaron cabalgando en las montañas. Al principio las laderas del pie de las montañas no eran muy empinadas y cabalgaron por senderos bien marcados; cada ladera entre profundos cañones llenos de coniferas *y* de nubes. Jaelle iba al frente, imponiendo el ritmo más rápido que podían soportar los caballos. Las caprinas se sentían en su casa y encaraban el viento más feroz con el mayor placer.

Gradualmente, las montañas empezaron a hacerse más altas y los pasos discurrían entre rocas desnudas. Jaelle tuvo cuidado de que la noche no las atrapara por encima de la línea de los árboles; pero, esa noche, acurrucada en el saco de dormir doble, para conservar el calor, Magda se estremeció ante el agudo y salvaje grito de las *banshees* en los pasos helados, un grito que, según recordaba, era *capuz* de paralizar a cualquier presa suficientemente próxima.

— ¿Qué demonios es eso? —preguntó Vanessa.

—Una *banshee.* Leíste acerca de ellas, ¿recuerdas? Lo más probable es que no desciendan más abajo de la línea de los árboles, salvo en un invierno especialmente duro si

están muertas de hambre. Todavía estamos en verano, ¿recuerdas?

—Bonito verano —gruñó Cholayna—. No he recuperado el calor desde que vadeamos el Kadarin.

—Come más, entonces —sugirió Magda—. Las calorías significan calor, además de alimentación.

Cholayna estaba soportando el ritmo, el frío y la altura mejor de lo que Magda había esperado: *Debe de haber sido una agente de campo condenadamente buena.* Aunque, a medida que los pasos se hicieron más empinados, los senderos cada vez más aptos para caprinas que para personas y ellas se vieron obligadas a desmontar y a caminar o trepar por las laderas más abruptas, el rostro de la terrana empezó a verse más demacrado; cada día, sus ojos parecían más hundidos en las cuencas. Camilla estaba habituada a los viajes duros y Vanessa actuaba en ocasiones como si todo el viaje fuera algo que ella había organizado para divertirse, sus especiales vacaciones alpinas. Esa actitud irritaba a veces a Magda; pero, como la habilidad de montañista de Vanessa las había ayudado a traspasar los tramos más difíciles, suponía que Vanessa en realidad estaba autorizada a divertirse un poco.

Las esperaba el paso de Scaravel, de más de siete mil metros de altura. Al quinto día después de haber cruzado el Kadarin, acamparon en la ladera más baja del camino que subía hasta Scaravel, después de viajar todo un día bajo la arremolinada nieve que reducía la visibilidad a pocos metros de distancia. Camilla y Vanessa habían rezongado por ello, pero Magda estaba bastante complacida: podía mantener sus ojos fijos en el camino y no debía enfrentarse en cada giro con la visión de los abismos sin fondo y las caídas a pico de los altísimos acantilados. Bajo la nieve, el camino era resbaladizo, pero no peligroso, pensó, advirtiendo sólo vagamente hasta qué punto se había acostumbrado a estos caminos que la hubieran hecho sudar sangre apenas diez días atrás.

—Aún hay luz —argumentó Vanessa— y faltan menos de tres o cuatro kilómetros hasta la cumbre. Todavía podríamos *cruzar.*

—Con suerte. Y ya no confío en la suerte —negó Jaelle con obstinación—. Aquí hay *banshees* por encima de la línea de los árboles, como tengo motivos para recordar. ¿Te presento a una de ellas en la oscuridad? Es más fácil cruzar con luz diurna. Y a todas nos vendría bien un poco de descanso y algo de comida caliente.

Vanessa le dirigió una mirada centelleante y, por un momento, Magda creyó que seguiría discutiendo; pero finalmente la joven se dio la vuelta y empezó a desensillar su caballo.

—Tú mandas —se conformó.

—Quiero que deshagamos los bultos y que los redistribuyamos antes de partir mañana —ordenó Jaelle—. Ya hemos consumido una cantidad considerable de provisiones y, cuanto menos peso deban transportar los animales, más fácil será cruzar Scaravel y las montañas que hay más allá. Al otro lado de Nevarsin hay pasos que harán que Scaravel *parezca,* un agujero en el sueño.

Magda se acercó a ayudar con los bultos, en tanto Camilla encendía el fuego en la cocina de campaña y Cholayna empezaba a desempaquetar las raciones. Para entonces, ya habían establecido una rutina regular para acampar. Muy pronto un buen olor a comida se hizo sentir.

—Está nevando más fuerte —anunció Camilla, examinando el oscuro cielo—. Necesitaremos las carpas. Ven y ayúdame a armarlas, *breda.*

Habían hecho costumbre del hecho de que siempre que montaban las tiendas, debían alterar, cambiando de compañeras de tienda en cada ocasión; Magda hubiera preferido compartir el espacio permanentemente con Camilla o con Jaelle, pero comprendía la insistencia de Jaelle en el hecho de que no debían dividirse en grupos fijos: eso había sido la ruina de muchas expediciones. Esta noche, a Magda le tocaba compartir la tienda más pequeña con Vanessa; en tanto Camilla, Cholayna y Jaelle utilizarían la más grande. Vanessa, al cambiarse las medias antes de comer, buscó en su bolsa un cepillo y empezó a cepillarse el pelo.

—Creo que volvería a enfrentarme con bandidos a cambio de tener la posibilidad de un baño —se quejó—. Tengo el pelo pegoteado y me siento toda sucia.

Magda coincidió con ella: ésa era una de las mayores penurias del camino.

—Sin embargo, habrá una casa de baños para mujeres en Nevarsin —agregó— y tal

vez podamos encontrar una lavandera que nos lave un poco de ropa.

— ¿Listas para comer, las dos?

—Sólo estaba cepillándome el pelo —dijo Vanessa, atándose una bufanda de algodón en la cabeza.

Camilla distribuyó guiso en unos platos y los repartió; todas se cobijaron en los aleros de las tiendas, sentándose sobre las alforjas, para comer. Magda estaba hambrienta y terminó su plato rápidamente, pero Cholayna se limitaba a empujar la comida que había en su plato.

—Cholayna, tendrás que comer un poco más —la aconsejó Camilla—. Verdaderamente, debes...

Cholayna explotó:

— ¡Maldición, Camilla, no soy una niña, he estado cuidándome sola durante casi sesenta años y no admitiré que se me reprenda de este modo! ¡Sé que tu intención es buena, pero estoy harta y cansada de que todo el mundo me dé órdenes!

—Entonces deberías actuar como si supieras cuidarte sola, como una mujer adulta —le espetó Camilla—. ¡Te comportas como una joven de quince años en su primera excursión, en su primera salida de la Casa del Gremio! No me importa cuántos años tienes ni la experiencia que tengas en otros climas o con los terranos, aquí no sabes cómo cuidarte sola; pues, si no, estarías haciéndolo. Y, si no se puede confiar en ti para que comas apropiadamente, alguien debe asegurarse de que lo hagas...

—Basta, Camilla —empezó a decir Jaelle, y Camilla se volvió contra ella.

— ¡Y ahora no empieces tú! Hace ya diez días que me contengo para no decir esto. No es justo: si Cholayna se descuida y enferma, puede ponernos en peligro a todas...

—Aun cuando sea cierto, no te corresponde a ti decirlo... —empezó a decir Jaelle, pero ahora Camilla ya estaba furiosa.

— ¡En este punto, ya no me importa a quién le corresponde! Si la líder no dice nada, entonces lo haré yo. Me he pasado días esperando que tú cumplieras con tu obligación y le dijeras esto. Pero, como esta mujer terrana fue antes tu jefa no has tenido el valor o el sentido común necesarios para pronunciar una palabra. Si es así como vez tu obligación como líder de esta expedición...

—Cumplo con mi deber tal como yo lo veo —se indignó Jaelle, al rojo vivo— y no soy una niñita para que me des lecciones...

—Las dos debéis escucharme —interrumpió Cholayna—. ¡Estableced vuestra maldita jerarquía de alguna otra manera y no me utilicéis como excusa! ¡Trato de comer cuanto puedo de esta condenada y sucia comida, pero no es fácil para mí y no necesito que me lo recordéis todo el tiempo! Haré todo lo que pueda, dejémoslo ahí, ¿vale?

—De todos modos —intervino Vanessa—, lo que dijeron es cierto, Cholayna. Actúas como si nadie tuviera derecho a decírtelo. Pero, en una expedición como ésta, la cortesía no es tan importante como la verdad. Si enfermas, todas las demás tendremos que cuidarte. Ya te he dicho antes que en estas alturas simplemente debes aumentar los líquidos y las calorías.

—Lo intento, Vanessa, pero...

Magda participó por primera vez:

—Aun cuando lo que dices sea cierto, Vanessa, y también tú, Camilla, ¿es necesario ser tan dura con ella? Debemos recordar que éste es el primer viaje que Cholayna hace en muchos años y que es su primera experiencia con esta clase de clima...

—Razón de más, entonces, para que se deje dirigir por quienes tienen mayor experiencia... —insistió Camilla, pero Jaelle la interrumpió.

— ¿Crees que le servirá de algo que te quedes ahí y le grites como si fueras una *banshee?* ¡Creo que yo no comería ni siquiera un bocado si me hablaras de este modo, gritándome con todas tus fuerzas!

Magda levantó una mano en gesto de conciliación.

—Shaya, por favor...

—Maldición, Margali, ¿ni siquiera te mantendrás fuera de esto? Cada vez que intento arreglar alguna cosa, tú quieres meterte. Si Camilla y yo no podemos hablar sin que tú te metas en el medio, como si temieras que pudiera ocurrir algo sin que tengas parte en ello...

Magda cerró la boca con esfuerzo. Era tan semejante a lo que le había dicho Lexie: *Demonios, Lome, ¿hay en este planeta algún pastel en el que tú no metas los dedos?* ¿Así

aparecía realmente ante los demás? Empezó a decir que sólo trataba de ayudar y advirtió que, obviamente, no era así.

Cholayna había recogido su plato y hacía un esfuerzo por tragar el guiso de carne, ya frío y grasiento.

¿Ni siquiera se dan cuenta de que, si intenta comer eso, ella que ya está casi enferma, sólo conseguirá sentirse peor? Jaelle al menos debería darse cuenta. Volvió a abrir la boca, sabiendo que se arriesgaba a que volvieran a regañarla por interferir, pero Camilla extendió la mano para retirar el plato de Cholayna.

—Permíteme que te lo caliente, Cholayna, o, si lo prefieres, todavía tenemos mucho polvo seco para preparar potaje, y tal vez lo comas más fácilmente. Lo mezclaré con mucho azúcar y con pasas. No tiene sentido desperdiciar buena carne en alguien que no la aprecia y que, probablemente, ni siquiera puede digerirla apropiadamente. ¿Alguien quiere compartir conmigo el resto del guiso mientras preparo un poco de potaje para Cholayna?

—Y he estado pensando —agregó Vanessa— que podría ser bueno ahorrar para ella algunas raciones terranas para las alturas. Son casi completamente sintéticas, pero tienen muchas calorías grasas y carbohidratos y no la perturbarán; las demás podemos arreglarnos con carne seca y frutas naturales. Toma —le entregó a Cholayna el potaje en el que Camilla había mezclado azúcar y pasas, y Cholayna aceptó la mezcla con agradecimiento.

Magda advirtió que la otra debía obligarse a comer, pero al menos era más simple para ella obligarse a hacerlo cuando sólo se trataba de falta de deseo de masticar y tragar, y no un esfuerzo por superar décadas de entrenamiento, tanto por costumbre como por preferencias éticas.

La asustó ser tan consciente de lo que Cholayna estaba pensando. Al principio de su entrenamiento en la Torre Prohibida, en algunas ocasiones le había resultado imposible eliminar las ideas y las emociones de sus colegas. Pero todos ellos eran telépatas poderosos. Cholayna era ciega mental y terrana, y no debería producirse esa filtración involuntaria de las emociones.

Y también Camilla había aparentado percibirlo; pero Magda se detuvo en ese punto. Nadie sabía mejor que ella que, debajo de la apariencia ruda de Camilla y de sus duras palabras, existía una mujer maternal, particularmente sensible. Sin duda, no había necesidad de postularse que la tensión de este viaje, o alguna otra cosa que Magda no tenía medio de identificar, estaba haciendo emerger el *laran* latente de Camilla; o, incluso, el de Cholayna.

Jaelle dijo con toda docilidad, dirigiéndose a todas en general:

—Lo lamento. No sé qué me ocurrió. Camilla, perdóname. Dije en serio todo lo que dije, pero debí haber tenido más tacto. Margali... —Se volvió hacia Magda y extendió los brazos—. Perdóname, *breda mea...*

— ¡Por supuesto!

Magda la abrazó y, al cabo de un momento, Camilla fue a reunirse con ellas; luego lo hizo Vanesa, luego Cholayna, y así las cinco se unieron en un abrazo que disipó todo el resto de la furia.

—No entiendo por qué empecé a gritar —se disculpó Camilla—. No quería hacerlo, de verdad, Cholayna. No quiero que te enfermes pero, honestamente, no quería tratarte de esa manera.

Vanessa concretó:

—Es de esperar que, en una expedición, se produzca esta clase de tensión grupal. Debemos estar en guardia para poder resistirla.

—Tal vez —-insinuó Camilla con ironía—, la Hermandad nos está probando... ¿para ver si somos dignas de ser admitidas es ese lugar?

—No te rías, lo está... —Jaelle miró a todas, con seriedad—. La leyenda dice que nos probarán sin piedad y... nosotras... —Tragó saliva con dificultad, como si le costara encontrar las palabras adecuadas—. ¿No os dais cuenta? Estamos buscando la Hermandad y, si no podemos mantenerla entre nosotras mismas... —Su voz se extinguió suavemente.

Al menos, pensó Magda mientras se introducía en la carpa que compartía con Vanessa, todas estaban hablando otra vez. Magda se alegró, ya sería suficientemente difícil cruzar Scaravel aun cuando todas ellas cooperaran.

Jaelle indicó, a través de un leve remolino de nieve que caía:

—La Ciudad de las Nieves: Nevarsin.

Y Magda captó su pensamiento —ahora estaban casi asombrosamente abiertas la una a la otra—: ¿Encontraremos *allí a Rafaella y a Lexie? Y, si no, ¿qué haremos?* No era probable que Jaelle, al menos, estuviera dispuesta a regresar e ir a casa otra vez. En su mente, este viaje tomaba proporciones irreales o de sueño. Seguiría adelante, adentrándose cada vez más en lo desconocido, en persecución de figuras veladas, del graznido de los cuervos, de la sombra de la Diosa, cerniéndose sobre ellas con grandes alas oscuras...

El caballo de Camilla dio un suave topetazo al suyo.

— ¡Eh, tú! ¿Estás dormida de pie como un granjero en el mercado de primavera, contemplando la gran ciudad con la boca abierta?

Nevarsin se erguía ante ellas, una ciudad construida en la ladera de una montaña, con calles que ascendían empinadas hacia la cumbre, donde se alzaba el monasterio de muros de roca desnuda tallados en la piedra viva de la montaña. Por encima del monasterio lo único que había eran las nieves eternas.

Ese mismo día, ya tarde, traspusieron las puertas de Nevarsin y se abrieron paso por calles cubiertas de nieve, tortuosas y empinadas, que a veces se convertían solamente en un tramo de peldaños que a los caballos les costaba subir y por los que había que conducir a las caprinas de la rienda, empujándolas otras veces. Por todas partes, había estatuas del profeta o dios *cristoforo* —Magda sabía poco de la secta *cristoforo*—, el Portador de Cargas, una figura con manto que llevaba sobre sus hombros al Santo Niño, coronado por lo que podría ser un sol o un mundo o tal vez simplemente un halo. Las campanas repicaban frecuentemente y, en una ocasión mientras subían hasta la parte más alta de una calle angosta, se toparon con una procesión de monjes, vestidos con austeras prendas de arpillera y descalzos en las calles nevadas. (Pero parecían tan cómodos y sus pies se veían tan rosados y saludables como si estuvieran vestidos para un clima más benigno.)

Los monjes, que cantaban mientras se acercaban —Magda sólo pudo distinguir unas pocas palabras de su himno o cántico, en un oscuro dialecto de *casta*—, no miraban ni a derecha ni a izquierda y las mujeres tuvieron que llevar sus caballos a un lado y desmontar para sujetar las riendas de los animales de carga. El monje que encabezaba la procesión, un hombre calvo de nariz ganchuda y ceño fruncido, miró con furia a las mujeres y Magda supuso que no aprobaba a las Renunciantes.

Peor para él, entonces; ella estaba ocupándose de lo suyo, igual que él, y, en realidad, molestaba menos a los demás; al menos, su grupo no esperaba que nadie se hiciera a un lado y les dejara espacio en lo que era, después de todo, una calle pública.

Había gran cantidad de monjes y, cuando terminaron de pasar, caía la noche y había empezado a nevar con mayor fuerza.

— ¿Dónde vamos, Jaelle? Supongo que lo sabes —preguntó Camilla.

—Nevarsin es una ciudad *cristoforo* —le contestó Jaelle— y, como creo que ya te dije, las mujeres no son bien recibidas en las casas públicas ni en las posadas si no están adecuadamente escoltadas por sus esposos o por sus padres. Ya te hablé del lugar al que vamos; Rafi y yo solíamos hacer bromas acerca de la Casa del Gremio de Nevarsin. Tal vez estén esperándonos allí.

La casa, un edificio grande construido con las piedras de la zona, se hallaba en el extremo más remoto de la ciudad y dentro olía a cuero recién curtido. En el interior, la puerta se abría a un enorme patio («al estilo de las Ciudades Secas», le susurró Jaelle a Magda cuando las hicieron pasar), en el que unas jóvenes vestidas con gruesos delantales y botas gruesas desplegaban gran actividad. Se interrumpieron para saludar a las viajeras con corteses inclinaciones. La patrona de todas ellas, una mujer vieja, pequeña y curtida, con brazos poderosos como los de un herrero, apareció, miró a Jaelle, esbozó una enorme sonrisa y, después, la envolvió en un demorado abrazo.

— ¡Ah, la adoptiva de Kindra!

—Arlinda, estás igual que la última vez que te vi... ¿Pueden haber pasado ya siete años? ¿Más que eso?

—Fue hace siete años; Betta acababa de morir, que la Diosa le dé descanso, y dejó este sitio en mis manos. ¡Me alegro de verte aquí siempre tenemos lugar para alojar Renunciantes! ¡Ven, ven, ven! ¡Suzel, Marissa, Shavanne, los caballos al establo y que alguna corra a la cocina y le diga a Lulie que habrá tres, no, cuatro, no, cinco huéspedes para la cena! Hay que dar heno y grano a los caballos y, también, a las caprinas y debéis

dejar los bultos en el granero. Te daré un recibo, ¿te parece, *chiya?* Para que no haya problemas. ¿Cruzasteis
Scaravel? ¡Claro que sí, con ese aspecto de fatiga, y no es raro, después de tamaño viaje! ¿Qué puedo ofreceros primero? ¿Vino caliente y tortas? ¿Un baño? ¿Una comida en diez minutos, si estáis hambrientas?

—Un baño sería el paraíso —asintió Jaelle, mientras las otras la secundaban con murmullos entusiastas—. Pero creía que deberíamos salir e ir a la casa de baños para mujeres...

—Queridas mías, ¡nosotros somos ahora la casa de baños para mujeres! Se estaban hundiendo, no *había* toallas, las asistentas solamente sabían pedir propinas... ¡y todo el tiempo lleno de rufianes que revoloteaban buscando mujeres de la calle; tanto que los respetables hombres de familia ya no permitían que fueran allí sus respetables mujeres de familia! Así que la compré barata e hice saber que las mujeres de la calle debían dejarse revisar por una de nuestras mujeres médicas. Y si las pescaba consiguiendo trabajo aquí, a la calle. Y eché definitivamente a todos los rufianes. Además, les hice saber a las entretenedoras que, si querían bañarse aquí, ¡tendrían que comportarse como Celadoras vírgenes! Y, ¿sabes qué?, creo que les gustó que las tratara como mujeres de familia, sin hacer diferencia entre ellas y las esposas y las hijas de la gente noble —gritó—: ¡Suzel, lleva a estas damas al mejor cuarto de huéspedes y, después, derecho a los baños, que corren a cuenta de la casa porque son viejas amigas!

Llevó aparte a Jaelle, pero todas ellas escucharon el susurro:

—Y cuando te hayas bañado y descansado, queridita, te daré un mensaje de tu compañera. Ahora no, ahora no, ve a darte un baño y te haré llevar un poco de vino caliente al cuarto de huéspedes.

Jaelle estaba pálida y tensa.

—Te ruego, Arlinda, si Rafi está aquí, que la hagas venir inmediatamente. Hemos viajado desde Thendara
con la mayor rapidez, esperando alcanzarla. No juegues conmigo, querida prima.

Arlinda frunció el ceño, su rostro arrugado y curtido como el viejo cuero de monturas.

— ¿Acaso sería capaz de hacerte eso, queridita? Oh, no, Rafi no está aquí, estuvieron tres días y se marcharon. La que habían enviado, de ya sabes dónde para conducirlas, vino a buscarlas y se fueron con ella.

Jaelle se inclinó hacia delante y, por un momento, Magda creyó que se desmayaría. Extendió un brazo y Jaelle se apoyó en ella. A través del contacto de la mano de su compañera libre, Magda pudo percibir su desdicha y su desolación.

Llegar tan lejos y perderlas por tan poco...

Pero se recuperó muy rápidamente. Dijo con sobria dignidad:

—Hablaste de un mensaje, pero si ya se han ido, sin duda el mensaje puede esperar hasta que mis compañeras y yo terminemos de bañarnos y hayamos descansado. Te lo agradezco, prima.

El establecimiento de Arlinda era absolutamente eficiente. En pocos segundos, o eso le pareció a Magda, las habían conducido a sus habitaciones, les habían dado recibos por sus cargas y habían transportado sus bolsas personales al cuarto al que las habían destinado, una habitación amplia, luminosa y limpia, como si fuera un área de la División Médica terrana. También había una lavandería allí, de modo que se llevaron las ropas sucias y estropeadas por el viaje con la promesa de que se las traerían limpias a la mañana siguiente. Todas estas cosas estaban a cargo de muchachas jóvenes, enérgicas y amistosas, casi todas entre los quince y los veinte años, que se desplazaban con rapidez, pero con la mayor alegría, y que no mostraban signos de estar intimidadas. Como Camilla tardaba en cambiarse de ropa (Camilla, a causa de las cicatrices que le surcaban el
cuerpo, siempre vacilaba en desnudarse ante desconocidas), le ofrecieron con todo tacto una bata para que se la pusiera mientras le lavaban la ropa, volaron a buscarla, le quitaron la ropa sucia y le pusieron la bata, antes de que Camilla terminara de refunfuñar alegando que podía arreglarse perfectamente bien sin ella.

—Ahora sé —aprobó Camilla, envuelta en la bata de baño, desteñida y arrugada pero con un limpio olor a jabón— por qué Kindra llamaba a este lugar la Casa del Gremio de Nevarsin.

—Sin duda, está dirigida de manera más eficiente que muchas casas de los Dominios

—coincidió Magda.

Una de las jóvenes, designada para guiarlas hasta el baño, se detuvo un momento y se dirigió directamente a Jaelle.

— ¿Tú eres la jefa de esta banda, *mestra*

—Lo soy.

—La mujer alta de pelo blanco. Es... ¿Acaso es...? La enfermedad de la piel que padece... ¿es contagiosa en algún sentido? Si lo es, *mestra,* tu amiga tendrá que bañarse sola y no podrá meterse en la piscina común.

Habló con voz amable pero firme, y Jaelle respondió en el mismo tono.

—Por mi honor, te digo que no sufre ninguna enfermedad contagiosa. Su piel es así de nacimiento; viene de un país lejano donde todos, hombres y mujeres, tienen ese color.

— ¡Bien, nunca...! ¡Quién lo hubiera creído! —exclamó la joven con asombro.

Cholayna, que había permanecido detrás de Jaelle preguntándose qué ocurriría, dijo:

—Es verdad, muchacha. Pero si te parece que tus dientas de la casa de baño pueden molestarse o asustarse, estoy dispuesta a bañarme sola, mientras pueda darme un baño de alguna manera.

—Oh, no, *mestra,* no será necesario, nuestra patrona conoce a Jaelle desde hace mucho tiempo y confiamos en su palabra —explicó la muchacha amablemente, aunque no con tacto—. Simplemente, es que nadie aquí ha visto nunca a una persona como tú, y no sabíamos; de modo que teníamos que preguntarlo a causa de las otras dientas, ¿comprendes? No pretendíamos ofenderte, en absoluto.

—No estoy ofendida —repuso Cholayna, con toda elegancia (de qué modo se las podía arreglar para ser elegante, envuelta en una bata de baño, Magda no podía saberlo).

Mientras se dirigían a los baños reservados para ellas, Cholayna dijo a Magda en voz baja:

—Nunca se me había ocurrido que resultaría tan extraña en un mundo en el que todo el mundo tiene un aspecto semejante. Hay otros planetas como éste, aunque no muchos. La piel tan clara como la de Camilla sería tan inusual, pongamos, en Alfa, como lo es la mía aquí. ¿Qué material es éste? —Preguntó, palpando su bata—. No puede ser algodón, al menos no en este clima... ¿O lo plantan en el sur, cerca de Dalereuth?

—Es la fibra del árbol plumoso, que crece por todas partes en las montañas. La fibra tejida, como ésta, es costosa; lo más normal es que la traten para hacer papel, porque las fibras son cortas. Pero, cuando se la teje de esta manera, acepta las tinturas de manera tan hermosa que mucha gente cree que vale la pena el trabajo y el coste. En la antigüedad, los tejedores de plumas eran un gremio aparte, que mantenía en secreto su artesanía viviendo en aldeas separadas y sin casarse jamás con extraños.

Entraron las asistentas del baño. La joven debía de haber contado lo de Cholayna, porque no se produjo siquiera una mirada mientras enjabonaban y refregaban a todas las mujeres; hasta la habitual actitud defensiva de Camilla fue depuesta cuando advirtió que nadie prestaba la más mínima atención a las cicatrices que le cubrían el cuerpo, y se rió como una jovencita cuando las asistentas las enjuagaron con un chorro de agua caliente antes de enviarlas a la piscina caldeada. Magda se hundió en ella con agradecimiento, aunque al principio el agua resultó demasiado caliente para Vanessa, que soltó un agudo chillido al sumergirse.

— ¡Pareces un cerdo camino del matadero, Vanessa! Ya te acostumbrarás —la reconvino Jaelle, sumergiéndose en el agua humeante. Tenía olor levemente sulfuroso y parecía eliminar todos los dolores de la cabalgata.

Las mujeres se recostaron en el estante de piedra que había dentro del agua, suspirando.

—Parece demasiado bueno para ser verdad —exclamó Cholayna—. ¡La última vez que estuvimos así de cómodas, nos drogaron y nos envenenaron!

—Después de esto, siento que podría enfrentarme con cualquier cantidad de bandidos —se rió Magda.

Jaelle acotó con seriedad:

—Aquí estamos tan seguras como en nuestra propia Casa del Gremio y mucho más seguras de lo que estaríamos en cualquier casa de baños pública, ya que algunas están manejadas por rufianes y gente de mala calaña.

— ¿En Nevarsin? ¿Donde los monjes lo gobiernan todo? —Camilla se mostró

francamente escéptica.

—Los santos monjes son demasiado santos para andar pensando en cosas tales como leyes que protejan a las mujeres que viajan solas —ironizó Jaelle—. En su opinión, las mujeres virtuosas no hacen uso de lujos del tipo de las casas de baños públicas donde gente desconocida pueda ver sus cuerpos desnudos y, si una mujer frecuentara esos lugares, merecería todo lo que pudiera ocurrirle: enfermedades, malos tratos de cualquier naturaleza... Hubo una época, cuando el gobierno de los *cristoforos* era absoluto en Nevarsin, en la que existían leyes que cerraban todas las casas de baños públicas. Quedaron algunas pocas abiertas, al margen de la ley y, por supuesto, regidas por hombres fuera de la ley; por lo que eran sitios ilegales y los monjes utilizaban como excusa esa ilegalidad para cerrarlos todos: *Ya veis, los baños son lugares perversos... ¡Ved qué clase de gente se ocupa de ellos!* Afortunadamente, las leyes son más sensatas ahora, pero creo que todavía no se permite que los monjes vayan a las casas de baños públicas, y tampoco van las piadosas mujeres *cristo/oro.*

Camilla dijo despectivamente:

—Si los cuerpos de los monjes están tan sucios como sus pensamientos, sin duda deben de ser un grupo inmundo.

—Oh, no, Camilla, tienen sus propios baños, me han dicho, dentro del monasterio. Y también hay baños en muchas casas; pero, por supuesto, sólo entre los más ricos. Los más pobres, especialmente las mujeres, no tenían un lugar respetable para darse un baño, hasta que algunas mujeres abrieron una casa. Y, desde luego, los primeros baños no eran completamente respetables, como nos contó Arlinda; ella ha hecho un servicio tan grande a las mujeres de esta ciudad como si fuera una Casa del Gremio.

—Bien, deberían nombrarla Renunciante honoraria —manifestó Camilla, hundiéndose en el agua caliente hasta la barbilla.

Jaelle bajó el tono de la voz para que el pequeño grupo de matronas embarazadas que se hallaba en el otro extremo de la piscina no la escucharan.

—Creo que es más que eso. ¿Escuchaste lo que dijo sobre Rafaella? «La mujer que enviaron de ya sabes dónde...» ¿Qué otra cosa crees que puede ser, salvo una enviada del lugar que estamos buscando? Una de las cosas que mencionaba la antigua leyenda era ésta: si
una llegaba lo bastante lejos, sería guiada. Tal vez Rafaella y Lexie ya han llegado lo suficientemente lejos para que se les dé esa guía. Es posible que el mensaje que me dejó Rafaella sea acerca de las guías enviadas de... ese lugar.

La voz de Camilla fue abiertamente despectiva.

—Y, cuando lleguemos allí, ¿nos encontraremos entre árboles de pan especiado y pájaros de lluvia que construyen sus nidos con madera perfumada y se asan solos para el viajero hambriento?

Pero Jaelle hablaba perfectamente en serio.

—No sé en absoluto lo que encontraremos. Según la leyenda cada persona encuentra algo diferente y adecuado a sus necesidades. Había una vieja historia, mi niñera solía contármela... Oh, yo era entonces muy pequeña, una niñita en la Gran Casa de Shainsa.

Magda no podía despegar los ojos de su compañera libre. En todos los años que la conocía, sólo una vez su compañera libre Jaelle se había referido, fugazmente, a su niñez en las Ciudades Secas; y ni siquiera una vez a la casa de su padre. Por la expresión de Camilla, advirtió que su amiga estaba igualmente asombrada.

—La historia decía que tres hombres salieron a buscar fortuna —contó Jaelle, con voz perdida— y uno de ellos se casó con una bella mujer, que tenía mucho oro y tesoros, y pensó que era afortunado. Y el segundo encontró una granja abandonada donde cultivó árboles que le dieron frutas y hongos, y domesticó ganado salvaje, y aves, y trabajó noche y día para construir su casa con el esfuerzo de sus manos: se sintió el más afortunado de los hombres. Pero dicen que el tercero se sentó al sol y observó las nubes, oyó crecer el pasto, escuchó la voz de Dios y dijo: Nunca hombre alguno fue tan afortunado y privilegiado como yo.

Se produjo un largo minuto de silencio. Después,
Cholayna habló en un tono deliberadamente pragmático:

—Si encuentro a Alexis Anders sana y salva, me parece que ya he tomado suficientes notas sobre esta región y he visto suficientes cosas extrañas, por lo que sería la más

desagradecida de las mujeres si me quejo por no haber encontrado nada más.

—Yo querría una montaña que igualara el Pico de Montenegro —fantaseó Vanessa—, pero no se puede tener todo.

—Ten cuidado con lo que pides —se rió Jaelle—, porque podrías conseguirlo. Te digo que aquí hay montañas mucho más altas que Scaravel; aunque, después de esto, me sentiría muy contenta de no volver a viajar por encima de la línea de los árboles. Margali, ¿y tú qué quieres encontrar en la ciudad de las leyendas, si nos guían hasta allí?

—Como Cholayna, me contentaré con encontrar a Lexie y a Rafaella sanas y salvas. Por alguna razón, no puedo imaginar que ninguna de las dos esté muy interesada en la antigua sabiduría...

—Y, en cuanto a leyendas —añadió Vanessa con descaro—, tú misma eres la leyenda con la que se están midiendo, Lorne...

Magda se resintió como si Vanessa la hubiera golpeado. No necesitaba que se lo recordaran; que le recordaran que, en cierto sentido, ella tenía la culpa de que estas dos mujeres, que deberían haber sido sus amigas, se hubieran arriesgado a emprender este viaje desesperado y lleno de peligros.

A pesar de todo, ¿desearía no haber hecho este viaje? He probado mis fuerzas y he descubierto que soy mucho más fuerte de lo que creía. ¿Acaso preferiría no haberlo hecho?

Rodeada de nubes de vapor, su cuerpo cómodo dentro del baño caliente, Magda comprendió que en realidad no importaba un ápice que deseara no haber hecho el viaje. Ya había ocurrido, era una parte de ella; y tampoco importaba si era para bien o para mal, era su responsabilidad aprender lo que pudiera de esta experiencia y pasar a la cosa siguiente que le tocara en la vida.

Cuando lo comprendió, inmediatamente se sintió liberada de la «leyenda Lorne» que la había perseguido durante tanto tiempo. Nadie, y menos aún Magda, había exigido a Alexis Anders que tratara de igualar o de superar los logros de Magda. ¡Había sido responsabilidad de Lexie, no de ella! Magda sintió que una carga más pesada que la que llevaban las caprinas caía de su espalda y se diluía en el agua caliente. Sin embargo, ayudaría igualmente a Lexie cuando la encontrara: la joven se había lanzado en aguas más profundas que las que podía manejar. Magda estaba obligada a hacer todo lo posible por ayudarla; pero sólo en los términos en que se lo requería su juramento: según las palabras exactas, debía ser «madre y hermana e hija de todas las mujeres.» No por remordimiento, no porque fuera culpa suya que Lexie hubiera emprendido esto tan atropellado y estúpido. Suspiró, y fue un largo suspiro de puro alivio.

—Me estoy sintiendo débil —comentó Vanessa—. Creo que saldré del baño y probaré un poco de ese vino caliente que nos ofrecieron.

—Que lo disfrutes —le deseó Jaelle—, pero yo debo recibir el mensaje de Rafaella tan pronto como sea posible.

La ropa limpia fue un lujo tan grande como el baño. Magda se había quedado con un conjunto cuando las lavanderas se llevaron el resto. Les trajeron comida que olía muy bien, pero Jaelle se apresuró a ir en busca de Arlinda para recibir el mensaje de Rafaella.

—Perdóname, *breda.* Arlinda me conoce desde antes de que pronunciara el Juramento de Renunciante y es posible que hable con mayor libertad si voy sola y no acompañada. Guárdame un poco del conejo asado que, a juzgar por mi olfato, debe de haber en esas fuentes.

Magda admitió que lo que decía Jaelle era sensato, pero se sintió perturbada al verla marcharse sola. Había mandado a lavar sus pantalones de Amazona y tenía puesta su vieja bata forrada en piel; se la veía pequeña y vulnerable y deseó poder protegerla. Pero Jaelle no era una niña para protegerla. Magda regresó y vio que las otras destapaban las fuentes con abierta voracidad. Hasta Cholayna sucumbió ante un plato de raíz blanca hervida y sazonada con queso y especias picantes, acompañado de otro plato que contenía cuatro clases de hongos y vegetales guisados. A pesar de que la terrana no probó el conejo asado, comió un poco de compota de manzanas secas y pan mojado en vino tinto.

Magda separó una pata de conejo y una buena cantidad de vegetales y de relleno, para Jaelle. Durante toda la comida estuvo esperando que se abriera la puerta y regresara su compañera libre, pero ya habían empezado a comer el postre cuando ésta volvió.

—Creí que nunca volvería a comer salsa de bayas rojas, después de aquel lugar —comentó Vanessa, untando la roja mezcla en una corteza de pan—. Pero me parece tan rica

como entonces y al menos esta vez sé que no contiene ninguna droga nociva.

Todas se dieron la vuelta cuando entró Jaelle.

—Te hemos guardado una cena abundante —dijo Vanessa—, pero probablemente está tan fría como el corazón de una *banshee.*

—Corazón de *banshee,* hervido o asado es un plato que yo jamás prepararía —afirmó Cholayna—, pero, si lo que queda está demasiado frío, probablemente podemos hacerlo calentar en la cocina.

—No, está bien. El conejo asado, frío, es un plato que se sirve en los mejores banquetes —aceptó Jaelle, mientras se sentaba y se servía el conejo y los hongos.

A Magda le pareció que tenía aspecto frío y tenso.

— ¿Cuál era el mensaje de Rafi, querida?

—Solamente que la siguiera tan rápido como me fuera posible —contestó Jaelle—, pero Arlinda me dio otro mensaje que había para mí.

Después de decir esto, se quedó en silencio durante tanto tiempo que Vanessa, finalmente, le preguntó con tono beligerante:

— ¿Bien? ¿Es algún gran secreto?

—En absoluto. Esta noche, según me dijo Arlinda, vendrá alguien, supuestamente enviada desde ese lugar, y hablará con nosotras. Y, por la manera en que Arlinda me lo dijo, me di cuenta de que tenía miedo. No me imagino por qué Arlinda debería tener miedo, si la Hermandad es tan benevolente como se ha dicho siempre. Lo que Arlinda ha logrado hacer en una ciudad como Nevarsin es prácticamente increíble, ¿por qué habría de sentir miedo de la Hermandad?

Jaelle se sirvió un poco de vino especiado, dio un sorbo y luego lo hizo a un lado.

—Entonces, es que van a probarnos —aseguró Camilla—. Eso forma parte de cualquier búsqueda, Shaya, querida. La Diosa sabe que no tienes nada que temer. ¿De verdad crees que nos encontrarán ineptas?

—Oh, ¿cómo podría saberlo, cómo podría saber qué es lo que requieren? —Jaelle masticaba el conejo asado con tan poco interés como si se tratara de las raciones envasadas, con el rostro estólido y hermético, que no delataba nada—. Me juzgarán en nombre de la Diosa y no sé qué decirles.

Camilla habló, y a Magda lo que dijo le sonó tremendamente defensivo:

—Eres lo que eres, *chiya,* como todas nosotras, y

Ninguna puede ser otra cosa. En cuanto a mí, no siento más respeto por estas mujeres de la Hermandad Oscura que por su Diosa, que, sin preguntármelo y sin invitarme, me arrojó a un mundo que me ha tratado de una manera en que yo, que sólo soy humana, no hubiera tratado a la más mezquina de las criaturas. Si su Diosa me quiere mal, yo preguntaré por qué, ya que, cuando me ocurrieron las cosas, yo era demasiado joven para haber hecho algo que mereciera castigo; si me quiere bien, preguntaré por qué se llama Diosa si ha sido impotente para impedir el mal. ¡Y cuando haya escuchado su respuesta, la juzgaré como ellas o sus representantes pretenden juzgarme a mí! —Se sirvió otro vaso de vino—. Tampoco debes temer nada de esas mujeres que alegan hablar en Su nombre.

—Yo no temo —dijo lentamente Jaelle—. Me pregunto por qué tendrá miedo Arlinda, eso es todo.

Cholayna había extendido su saco de dormir —el simple, de factura terrana— en el suelo y, usando su alforja y su bolso como almohada, estaba reclinada, escribiendo en una libreta. Magda pensó que había recuperado admirablemente los hábitos de un agente de campo. Vanessa se peinaba meticulosamente el cabello, dividiéndolo en mechones para trenzarlo.

Magda se preguntó cuál de ambos ejemplos seguiría y ya había empezado a extender el saco de dormir cuando una de las jóvenes aprendizas entró llevando un banco elaboradamente bordado, un elegante asiento para invitados. Detrás de la muchacha, apareció la propia Arlinda. Aunque Magda esperaba que Arlinda ocupara el asiento, no lo hizo; se puso de espaldas contra la pared y se sentó allí, con las piernas cruzadas debajo del pesado delantal de lienzo, cruzados los brazos en jarras, creando una absoluta expectación.

Después, una mujer entró en la habitación y todas la miraron.

No era excepcionalmente alta, pero de alguna manera parecía ocupar mayor espacio que su cuerpo. Era un truco de presencia: Magda había conocido a unas pocas personas

que sabían usarlo pero casi ninguna era mujer. Tenía oscuro pelo cobrizo, recogido sobre la nuca con una hebilla de cobre. Estaba vestida con ropas de mejor calidad que cualquiera de las otras que Magda había visto en los baños o en el negocio de venta de cueros; y le quedaba bien, algo inusual en las mujeres de esta helada ciudad de *cristoforos* en la que se esperaba que las mujeres fueran prácticamente invisibles. Sus ojos eran de color gris pálido y su mirada era imperiosa bajo la sombra del pelo recogido.

Tomó el asiento especial con toda naturalidad. Magda miró a Arlinda y advirtió que tenía piel de gallina en los brazos, como si sintiera frío.

En nombre de todos los dioses de todos los planetas, dentro y fuera del Imperio, ¿de qué puede tener miedo ella? Magda no había creído que nada pudiera causar temor a esta vieja Amazona; nombre que se adecuaba más a ella que a cualquier Renunciante.

—Soy la *leronis* Acquilara —anunció. Las miró a todas, una por una—. ¿Queréis decirme cómo os llamáis?

Tácitamente de acuerdo, todas esperaron que fuera Jaelle la primera en hablar.

—Yo soy Jaelle n'ha Melora —habló Jaelle con lentitud—. Éstas son mis compañeras —dio los nombres, uno por uno—. Somos de la Casa del Gremio de Thendara.

Acquilara las escuchó inmóvil, sin que se le moviera un músculo, sin un centelleo de la mirada. Una treta para impresionar, Magda lo sabía. Se preguntó qué edad tendría la mujer. No podía adivinarlo. Tenía el rostro menos arrugado que Camilla, aunque sus dedos huesudos, la textura de su piel, le revelaron que no se
Trataba de una mujer joven. Cuando se movió, lo hizo con aire deliberado, como si sólo se moviera cuando había resuelto hacerlo y nunca por ninguna otra razón.

Giró la cabeza hacia Cholayna.

—Conocí a una mujer que tenía tu mismo color de piel. Había sido envenenada en la infancia con una sustancia metálica. Eso es lo que te ocurrió a ti, ¿verdad? —No fue una pregunta sino una afirmación. Parecía muy satisfecha, como si esperara que ellas reconocieran su inteligencia por haber resuelto el acertijo.

Pero Cholayna habló con igual compostura.

—No es así. También yo he conocido algunos casos de envenenamiento con metales, pero tengo la piel así de nacimiento; vengo de un país lejano donde todos los hombres y todas las mujeres son como yo.

Los ojos de la *leronis* parpadearon y volvieron a clavarse en Cholayna. El resto de su rostro estaba tan inmóvil que Magda supo que verdaderamente se había sorprendido. *Quería impresionarnos y se lo hemos estropeado.* Había arrogancia en esa mujer. De algún modo, Magda había esperado que las enviadas de la misteriosa Hermandad fueran como Marisela, benevolentes y sencillas.

¿Sería alguna clase de prueba? Las palabras se formaron involuntariamente en su mente. Miró a su compañera libre, tratando de enviarle una advertencia: *¡Ten cuidado, Jaelle!*

Pero supo que Jaelle no había recibido la advertencia, sentía el cerebro como muerto, el aire de la habitación era un vacío que no transmitía pensamientos. *Así que nos ha hecho una demostración de sus poderes, aunque no la que esperaba.*

Arlinda seguía acurrucada contra la pared y Magda miró a la vieja Amazona con disgusto, no por el miedo de Arlinda, sino porque era la arrogante *leronis* quien se lo infundía. ¿Por qué una enviada de la Hermandad de-
hería intentar aterrorizarlas? De repente, Magda recordó a la vieja que había aparecido en su sueño en el paso de Ravensmark. Pero ahora temía más a esta Acquilara que lo que había temido a aquella vieja.

Acquilara habló otra vez.

—He oído decir que habéis venido en busca de cierta Ciudad.

Jaelle no desperdició palabras.

— ¿Te han enviado para que nos lleves hasta allí?

Magda supo, sin saber bien cómo, que Jaelle había disgustado a la mujer. Acquilara cambió de postura; después de su inmovilidad, el movimiento fue tan sorprendente como si hubiera dado un salto y lanzado un grito.

— ¿Sabes lo que estás pidiendo? Hay peligros...

—Si temiéramos los peligros —replicó Jaelle—, no hubiéramos llegado tan lejos.

— ¿Crees que sabes algo de los peligros? Te digo, muchacha que los peligros que os

habéis encontrado en el camino *(banshees* bandidos, todos los demonios de los altos pasos) no son nada, nada te digo, comparados con los peligros que tendréis que afrontar antes de llegar a esa Ciudad. No soy yo quien impone esa prueba créeme. Es la Diosa a la que sirvo. Las Renunciantes invocan a esa Diosa, pero ¿se atreverán a enfrentarse a ella si viniera?

—No tengo motivos para temerla —aseguró Jaelle.

— ¿Crees que sabes algo del miedo? —Acquilara miró a Jaelle con desprecio y se volvió hacia Camilla.

—Y tú, ¿buscas esa Ciudad? ¿Para qué? Es una Ciudad de mujeres. ¿Cómo harás para ser admitida allí, tú que has renunciado a tu feminidad?

El rostro pálido de Camilla se sonrojó de furia y, de repente Magda pensó en las Sesiones de Entrenamiento de la Casa del Gremio, en las que las jóvenes recién admitidas en el Gremio eran incitadas a la furia y
a ponerse a la defensiva para obligarlas a esclarecer sus verdaderos pensamientos, a superar lo que les habían enseñado de niñas, lo que debían pensar y sentir. Las estaban sometiendo ahora al mismo procedimiento, y ¿por qué? ¿Y por qué a manos de esta mujer, de esta *leronis,* si es que era en realidad una *leronis?*

— ¿Por qué dices que he renunciado a mi feminidad, cuando me hallas en compañía de mis hermanas de la Casa del Gremio?

Acquilara pareció esbozar una mueca burlona.

— ¿En qué otro lugar podrías alardear o hacerte mejor el hombre? ¿Crees que no puedo leerte tan bien como el campesino lee las huellas en la primera nieve? ¿Te atreves a negar que durante años viviste entre hombres como un hombre? ¿Y ahora crees que puedes convertirte otra vez en mujer? Tu corazón es un corazón de hombre; ¿no lo has demostrado al tomar como amante a una mujer?

Magda observó el rostro de Camilla, furiosa y apenada. Sin duda esta mujer era una *leronis,* pues, de otro modo, ¿cómo podría atacar con tanta precisión las defensas de Camilla? Sin embargo, ella, que había sido durante tanto tiempo amante de Camilla, sabía mejor que cualquier otra persona hasta qué punto era injusto. Por asexuado que pareciera el cuerpo mutilado de Camilla, el cuerpo de una *emmasca,* Magda sabía mejor que nadie que Camilla era una mujer completa.

—Tú, que has negado a la Diosa en ti misma, ¿cómo harás para justificarte ante Ella?

Camilla estaba de pie y su mano se posaba en el cuchillo. Magda quiso saltar, impedirle físicamente que concretara cualquier cosa descabellada que intentara hacer, pero estaba como paralizada, incapaz de mover un músculo para prevenir o proteger a su amiga.

—Me justificaré ante la Diosa cuando ella se justifique ante mí —alardeó Camilla—. Y me justificaré
ante ella, no ante su enviada. Si te enviaron para guiarnos a esa Ciudad, guíanos. Pero no te atrevas a probarnos; eso le corresponde a ella, no a sus lacayos.

Permaneció de pie ante la *leronis* y, por un momento, hubo una lucha de arrogancias.

Magda nunca estuvo segura de lo que pasó después. Se produjo un relámpago, algo como un fuego azul, y Camilla se tambaleó hacia atrás; cayó, más que se sentó, sobre su saco de dormir.

—Crees que conoces a la Diosa —afirmó Acquilara con desprecio—. Eres como las campesinas que rezan a la brillante Evanda para que haga florecer sus jardines, que sus animales se reproduzcan sin dolor y que les dé apuestos y viriles amantes y niños saludables. Y ruegan a la protectora Avarra que suavice los dolores del nacimiento y de la muerte. Pero no saben nada de la Diosa. Es la Oscura, cruel, que está más allá de la comprensión de las mujeres mortales y a quien se adora en secreto.

—Si se la adora en secreto —intervino Vanessa, quien durante todo el tiempo había estado en silencio sentada sobre su saco de dormir, escuchando sin hablar—, ¿por qué nos hablas de ella?

Acquilara se puso abruptamente de pie.

—-Muchachas... —y el término fue francamente despectivo y, en su desdén, incluía a la madura Cholayna—, ¿creéis que podéis usar a la Diosa? La verdad es que ella os usará de maneras que ni siquiera podéis empezar a imaginar. Es cruel. Su única verdad es la Necesidad. Pero, al igual que todas nosotras, sois grano para su molino; y ella os molerá allí. Vuestra amiga lo comprendió y pidió un lugar para todas. ¡Debéis estar listas para el

momento en que os llamen!

Se dio la vuelta sin mirar atrás y salió de la habitación. La aprendiza, sin una palabra, tomó el banco y la siguió.

Arlinda seguía acurrucada contra la pared, en una agonía de terror.

—No... no tendríais que haberla enfurecido —susurró—. ¡Es muy poderosa! Oh, no deberíais haberla enojado...

—No me importa que sea la misma Diosa —afirmó Jaelle con brusquedad—, me ha irritado. Pero, si tiene a Lexie y a Rafaella tenemos que seguirle el juego, aunque sea por un rato.

Vanessa había reanudado el peinado y ahora se hacía media docena de trenzas pequeñas.

—Entonces... ¿crees que ella tiene a Lexie y a Rafaella?

Jaelle se dirigió a Arlinda.

— ¿Rafi fue con ella?

Arlinda sacudió la cabeza y masculló:

—No... ¿Cómo haría para conocer todas sus idas y venidas? Es una *leronis,* una hechicera, y hará lo que sea su voluntad...

Magda se quedó sorprendida, incluso horrorizada. Arlinda le había parecido tan fuerte, tan intensa y tan dura, y ahora mascullaba como si fuera una vieja senil. Muy pronto, dio a Jaelle un beso de buenas noches y se marchó. Las mujeres del grupo se quedaron solas.

—Mejor nos vamos a dormir —decidió Jaelle—. ¿Quién sabe qué nos espera en este lugar? Tengamos los cuchillos a mano.

Vanessa la miró sorprendida.

—Creí que habías dicho que aquí, con Arlinda, estábamos tan seguras como si estuviéramos en la Casa del Gremio...

—Hasta una Casa del Gremio puede incendiarse o algo por el estilo. Arlinda ha cambiado desde la última vez que la vi. Sentarse temblando en una esquina mientras esa vieja dama maltrata a sus huéspedes... Diez años atrás hubiera arrojado a la calle de un puntapié a

Acquilara, o como demonios se llame a sí misma esa supuesta *leronis.*

— ¿No crees que sea una *leronis?* —le preguntó Magda.

—Demonios, no, no lo creo.

Jaelle bajó la voz y miró cautelosamente a su alrededor como si pensara que Acquilara pudiera estar acechando desde algún rincón invisible.

—Se tomó muchas molestias para impresionarnos con todo lo que ya sabía de nosotras. Con eso de que Camilla vivió como hombre, por ejemplo. Hubiera utilizado cualquier cosa de lo que fuese capaz en nuestra contra para ponernos en desventaja.

Se interrumpió y paseó la mirada de Cholayna a Vanessa.

—Pero ni siquiera pudo adivinar que las tres erais terranas —agregó—. ¿Qué endemoniada clase de *leronis* es ésa?

—Tienes razón —convino Magda, frunciendo el ceño y tratando de decidir qué significaba todo esto—. Se pierde cosas que hasta Lady Rohana hubiera percibido. Esta «gran leronis» parece carecer de capacidad mental, aunque —agregó sombríamente— es obvio que tiene algunas habilidades físicas.

Camilla todavía estaba sentada sobre su saco de dormir, como atontada. Magda se acercó a ella.

—*Breda,* ¿te hizo daño?

Por un aterrador minuto, Camilla no respondió y Magda recibió una imagen de Arlinda, balbuceando como una vieja senil. Después, Camilla exhaló un prolongado suspiro y dijo:

—No. No me hizo daño.

Vanessa preguntó:

— ¿Qué fue exactamente lo que te hizo, Camilla? No pude ver...

— ¿Cómo podría saberlo? Ese demonio con forma de mujer se limitó a señalarme con el dedo y me pareció que mis piernas ya no me sostenían, caí por un abismo desgarrado por todos los vientos del mundo. Después, me encontré sentada aquí, sin poder abrir los ojos ni hablar.

Vanessa manifestó:

—Si ésa era una representante de la Hermandad, verdaderamente no tengo muy buena opinión de ella.

Cholayna, en su carácter de profesional, estaba haciendo un análisis mental.

—Tú dices, Jaelle, que no tiene las habilidades mentales que podrían esperarse de los miembros del Comyn. Las habilidades físicas que desplegó podrían compararse a las de un paralizador. Parecía confiar en su presencia y en el viejo truco de «sé lo que estás pensando». Me recordó a alguien que jugara un juego de confianza.

—Tienes razón —coincidió Vanessa. Se incorporó y entonó solemnemente—: ¡Confiad en mí, queridas niñas! Soy la representante personal de la Única Diosa Verdadera; todo lo veo, todo lo sé; vosotras no veis nada, nada sabéis —dejó de fingir y tomó un aspecto pensativo—. Dijo que seríamos llamadas. ¿Qué creéis que quiso decir con eso?

—No tengo ni idea —aseguró Jaelle—, pero, cuando nos llame, yo no iría a ninguna parte; ni saldría de esta casa ni iría a la habitación de al lado ni siquiera al paraíso *cristo/oro.*

—No me parece que tengamos alternativa —dudó Cholayna—. Si ella, sea quien fuere, tiene a Anders y a Rafaella o, al menos, sabe dónde están...

Jaelle asintió con aire sombrío.

—Correcto. Pero nos quedaremos aquí tanto como podamos. Por el momento, debemos descansar un poco, prepararnos para cualquier cosa que estén planeando hacer con nosotras. ¿Hago el primer turno de guardia?

Cholayna dejó a un lado la libreta en la que había estado escribiendo.

Vanessa se envolvió el pelo trenzado en un pañuelo y se metió en su saco de dormir. Camilla se atrincheró
contra una pared del cuarto en la que no había puertas y le dijo a Magda en voz baja:

—Me siento una tonta, sin embargo; por primera vez en mi vida tengo miedo de estar sola. Ven a dormir junto a mí.

—Con gusto —aceptó Magda, colocando su saco de dormir de tal manera que Camilla quedara protegida entre ella y la pared—. Estoy segura de que esa criatura, pues me niego a llamarla *leronis,* nos enviaría pesadillas si fuera capaz de hacerlo.

El fuego disminuyó; Jaelle había conservado encendida una de las lámparas y estaba sentada sobre su saco de dormir con una mano cerca del cuchillo. Magda rozó la empuñadura de su propia arma: el cuchillo de Jaelle; años atrás, ambas habían intercambiado sus cuchillos, en el antiguo ritual darkovano que las ligaba de por vida. Ahora el arma le resultaba tan familiar como su propia mano.

Pensó: ahora que estamos a salvo aquí, debería intentar comunicarme con la Torre Prohibida, para que sepan que estamos bien. Se acomodó para dormir, con una mano rozando la bolsa de seda que pendía de su cuello y contenía la matriz. Dormitando, dejó que su mente se extendiera hacia fuera. Un instante más tarde, se encontró en el supramundo, viendo a través del gris, abajo, su figura aparentemente dormida y los cuerpos inmóviles de sus cuatro compañeras.

Pero, aunque intentó desplazarse hacia fuera, en el mundo gris, en busca de las marcas de la Torre Prohibida, algo parecía mantenerla en la habitación. Se quedó inmóvil, sintiendo vagamente que algo andaba mal. Se encontró observando por turno a cada una de sus compañeras, tensa y preparada para desplazarse, pero presa en el lugar por obra de alguna fuerza a la que no podía vencer. No estaba acostumbrada a esto y, aunque al salir del cuerpo, estaba libre de las sensaciones físicas,
sintió ansiedad, un miedo acechante que parecía verdadero dolor.

¿Qué podría andar mal? Todo parecía normal: Jaelle, sentada y vigilante; Vanessa y Cholayna, la mujer mayor tendida de lado, con el rostro oculto por la almohada, que sólo dejaba visible su mata de pelo blanco; Vanessa, acurrucada bajo las mantas como una niña. Camilla también estaba dormida, aunque daba vueltas agitadamente y murmuraba en sueños, con el ceño fruncido. En silencio, Magda maldijo a Acquilara en todos los idiomas que sabía.

Primero suave, y luego más fuerte, escuchó un sonido en medio del silencio del supramundo: graznido de cuervos. Después, pudo verlas: formas encapuchadas, imágenes borrosas que, gradualmente, cobraban definición. Por un instante experimentó una informe sensación de bienestar.

Sí, éste es el camino correcto. Estamos haciendo aquello para lo cual nacimos.

Pero otra vez volvió la inquietud, más intensa que antes; los cuervos graznaron como un grito de alarma, ronco, que retumbó agudamente en el supramundo. Luego, un grito más agudo resonó en la habitación que, en realidad, no era en absoluto la habitación. ¡Halcones! Salidos de alguna parte, docenas de halcones invadían la habitación, volando en ángulos, cayendo sobre los cuervos desde todas direcciones. De ellos emanaba una gran ola de emoción, una combinación de furia, frustración y celos; a Magda le recordó la leyenda terrana de Lucifer y sus ángeles caídos, expulsados del paraíso y empeñados eternamente en impedir que otros consiguieran lo que ellos mismos habían perdido.

Un par de halcones, que perdían las plumas, manchadas de sangre, atacaron a Camilla, a quien Magda empujó, y la mujer despertó gritando.

¿O no había habido ningún sonido? Camilla estaba sentada en su saco de dormir, con los ojos desorbitados, los brazos extendidos para protegerse de alguna amenaza invisible. Magda le tocó un hombro y Camilla parpadeó y se despertó realmente.

—Que la Diosa me proteja. Los he visto... Eran diez mil demonios... y, después, llegaste tú, Margali, con... —se interrumpió frunció el ceño y dijo finalmente en un susurro confundido—: ¿Cuervos?

—Estabas soñando, Kima.

Ese apodo raramente usado, raramente permitido, daba la dimensión de la perturbación de Magda. Camilla sacudió negativamente la cabeza.

—No. Una vez hablaste de que los emisarios de la Dama Oscura tomaban la forma de cuervos. No estoy segura de comprenderlo...

—Tampoco yo.

Pero, mientras hablaba, Magda tuvo una súbita visión de Avarra, Señora de la Muerte, patrona de las fuerzas que destruyen y se llevan aquello que ya no tiene utilidad: cuervos, aves carroñeras que limpian los desechos del pasado.

Halcones; depredadores que hacen de los vivos su presa...

Vanessa farfulló una protesta y se hundió aún más en su saco de dormir. Con desazón, Magda observó a sus compañeras. No debería perturbarlas. Se levantó y se dirigió junto al fuego, arrodillándose junto a Jaelle.

Le preguntó en un susurro:

— ¿No has visto nada?

Y, entonces, Jaelle se despertó de su entresueño.

—¡Uf! ¡Qué clase de guardiana soy! ¡Podrían habernos asesinado a todas mientras dormíamos! —Hizo un gesto de nerviosismo indicando el fuego—. Vi en las llamas... unas mujeres, veladas y con mantos, con rostro de halcón, que volaban en círculos sobre nosotras... Margali, tu Hermandad me desagrada.

Magda llamó a Camilla con un gesto.

—Lo vimos. Las dos. Creo que los halcones son... son el grupo de Acquilara, si es que eso tiene algún sentido para ti, y que no tienen nada que ver con la verdadera Hermandad. Pero las verdaderas están cerca de nosotras. Nos protegerán, si escuchamos. Pero si escuchamos a Acquilara, si atendemos sus llamadas y sus amenazas...

—Sí —gruñó Camilla—, también yo recibí una advertencia. Si nos quedamos aquí, sería mejor que hubiéramos muerto a manos de los bandidos. No son nuestros cuerpos los que están en peligro esta vez; ellas atacan los bastiones más internos de nuestras mentes. Atacan nuestras almas, si se quiere. No es a Arlinda ni a sus muchachas a quienes temo pero, de alguna manera, han permitido que este lugar esté abierto... —se interrumpió y dijo confundida—: No sé de qué estoy hablando. ¿A esto os referís las dos cuando habláis de *laran* ?

Jaelle paseó la mirada de una a otra, preocupada. Finalmente, dijo:

—¿Qué podemos hacer?

—Salir corriendo de aquí —propuso Camilla—, sin esperar siquiera a que amanezca.

—Un muy pobre agradecimiento a la hospitalidad —manifestó Jaelle, vacilante.

—Gran hospitalidad, por cierto —dijo Camilla con sequedad—, eso de soltar entre nosotras a semejante hechicera... No le daré el honorable título de *leronis.*

Pero Jaelle seguía preocupada.

—Cholayna tenía razón. Si Acquilara tiene a Rafi... y a la teniente Anders, no veo de qué manera podemos permitirnos dejarlas en sus manos. Si puede guiarnos hasta ellas...

—Creo que mintió, para convencernos de que debíamos seguirlas —opinó Camilla.

—Pero, en nombre de la Diosa, ¿por qué motivo? —preguntó Magda—. ¿ Qué querría de nosotras y, de todos modos, por qué querría engañarnos?

—No lo sé —se obstinó Camilla—, pero yo no le creería ni una palabra. Si nos dijera que Liriel sale por el este, miraría al cielo para estar segura.

Durante siete años, me ha preocupado el hecho de que Camilla no usara el laran *con el que nació. Y, ahora que lo hace, se lo discuto,* pensó Magda. Sin embargo, captó de Jaelle la verdadera preocupación: de su conducta de las próximas horas podían depender las vidas de Lexie y de Rafaella.

Malditas sean las dos, pensó, y se arrepintió enseguida de la idea. Hacía años que sabía que un pensamiento podía ser algo muy real. No tenía el *laran* del Dominio Alton, que podía matar con un pensamiento asesino, pero advirtió que en realidad no quería que Rafaella, que era la amiga más antigua de Jaelle, sufriera ningún daño. Sentía que le gustaría darle a Lexie un tirón de orejas pero que no quería verla herida ni muerta. Lo que las dos habían hecho era necio, tonto, agotador; pero la muerte o la condenación serían un castigo demasiado grande.

¿Cuál era entonces la respuesta?

—Suponiendo que hubiera dicho la verdad, aunque su propósito haya sido confundirnos de este modo —planteó Magda—, y que tenga realmente en su poder a Lexie y Rafaella, ¿qué hacemos en ese caso?

—Esperar hasta que tal vez regrese y, entonces, os garantizo que le sacaré la verdad —afirmó Camilla, llevando la mano hasta su cuchillo. Pero después la dejó caer, con el rostro ensombrecido—. No fui tan buena para sacársela de ese modo antes, ¿verdad?

Jaelle dijo:

—No, no podemos combatirla de ese modo. Creo que esa clase de lucha sería lo peor que podríamos hacer. Sería capaz de usar... la emoción de ese combate en contra nuestra. ¿Comprendes lo que quiero decir, Margali?

—Podría hacernos pelear entre nosotras. Una contra otra. Tal vez ése sea todo el poder mental que tiene, pero estoy segura de que podría hacer eso o algo peor. Mira lo que parece haberle hecho a Arlinda.

—Pero... en nombre de todos los dioses y diosas que existen... —preguntó Camilla—, ¿cuáles son sus motivos? ¡No me digáis que se metió en nuestras vidas, nos mintió y nos envió sus demonios solamente para divertirse! Aunque tenga un sentido del humor extraño y cierto gusto por la mentira, ¿qué puede esperar ganar? Es posible que sea mala, pero no creo en la hechicera perversa que cae en la maldad y en la crueldad por ningún motivo. ¿Qué cree que puede sacar de nosotras? Si quisiera robarnos, no tendría por qué haber recurrido a esta treta. Sería más sencillo sobornar a los perros y a las vigilantes de Arlinda.

—Tal vez —aventuró pensativa Jaelle, al cabo de un rato— sea una manera de mantenernos alejadas de las verdaderas; de la verdadera Hermandad.

Camilla se opuso desdeñosamente:

—Me cuesta trabajo creer en una Hermandad de sacerdotisas sabias que vigilan a la humanidad en nombre de la Dama Oscura. Dos hermandades excederían mi nivel de credulidad, Shaya.

—No, Camilla. En serio. La leyenda dice que se nos someterá a prueba. Si son lo que me han dicho, deben tener enemigos. Enemigos reales pues, si no, ¿serían tan secretas sus actividades? A mí no me resulta difícil creer que puede haber... bien, otras... una Hermandad rival, tal vez, que odia todo lo que ellas defienden y que no se detendría ante nada para impedir que alguien llegue a ella. Y la verdadera Hermandad permite su existencia... bueno, porque eso hace que las aspirantes serias tengan mayores dificultades para llegar. Quiero decir, no me imagino por qué la Hermandad verdadera tendría que molestarse con la clase de personas que podrían prestar atención a Acquilara o a gente como ella.

—Equivocaste la profesión, Jaelle. Deberías haber sido cantante de baladas en la plaza del mercado: jamás oí un melodrama tan imaginativo —ironizó Camilla.

Jaelle se encogió de hombros.

—Sea como fuere —concretó—, nuestra pregunta fundamental sigue sin respuesta. Ya Acquilara sea una mentirosa, una ladrona, una perversa o la representante de alguna Hermandad rival, el problema al que nos enfrentamos sigue siendo el mismo. ¿Tiene a

Rafaella y a Lexie, o está mintiendo también en eso? Y, si miente, o si las tiene, ¿qué podemos hacer al respecto y cómo podemos distinguirlo? Si alguna de las dos tiene una respuesta a esa pregunta, melodrama o no, la escucharé con excelente voluntad. Soy reticente a irme de aquí sin saber con seguridad que Rafaella está o no en manos de esa mujer.

Siempre volvían al mismo lugar, pensó Magda con un sentimiento de frustración. Empezaban a dar vueltas, girando en círculos y sin llegar nunca a ninguna parte; y así lo manifestó.

—Mejor que duermas un rato, Jaelle. No es probable que Camilla y yo durmamos mucho después de... —vaciló, buscando la palabra, reticente a decir ataque; después de todo, bien podría haber sido un sueño que las tres habían compartido, originado en la desconfianza y en el temor que este lugar les producía.

Pero Jaelle se negó, dubitativa.

—En realidad, no es tarde. Si no hubiéramos viajado tanto, ninguna de nosotras intentaría dormir tan temprano. Las aprendizas de Arlinda deben de estar despiertas, tal vez bebiendo o bailando en su cuarto común, o incluso retozando en el baño; así que iré a hacer un intento de hablar con ellas. Quizás alguna haya hablado con Rafi mientras estaba aquí.

—Buena idea. Déjame ir contigo, *chiya* —sugirió Camilla, pero Jaelle sacudió negativamente la cabeza.

—Hablarán con mayor libertad si voy yo sola. La mayoría tiene mi edad o son más jóvenes y, entre ellas, hay dos o tres en las que solía confiar. Veré si todavía están allí y si desean hablar conmigo.

Se calzó las botas y prometió:

—Trataré de estar de vuelta antes de medianoche. —Y se marchó.

Cuando Jaelle se marchó, la noche se hizo interminable. Magda y Camilla casi no hablaban y, cuando lo hacían, se referían sólo a cuestiones del viaje. Magda empezó a tener sueño, pero no se atrevía a acostarse y cerrar los ojos por miedo de que se repitiera el ataque anterior. Sabía que era insensato y, por algún motivo, le aterraba la posibilidad de volver a ver esos halcones en picada; y, aunque Camilla ponía un rostro valeroso, Magda sabía que estaba sintiendo prácticamente lo mismo.

El sueño de Cholayna era inquieto; Magda temía que la terrana padeciera, como mínimo, algún mal sueño, pero no la despertó.

Cholayna necesitaba descanso. Sin duda podría sobrevivir a un mal sueño, pero había otras preocupaciones. Magda sospechaba, por la ruidosa respiración que escuchaba, que Cholayna estaba empezando a sufrir los primeros síntomas de la enfermedad de las alturas. ¿Cómo haría para sobrevivir en la espantosa región que se hallaba más allá de Nevarsin? Acababan de empezar a internarse en las zonas verdaderamente altas.

Cholayna era dura; ya había sobrevivido a Ravensmark y a los ladrones y había cruzado Scaravel, exhausta, congelada, pero fuerte todavía. Sin embargo, pediría a Vanessa, que sabía más que cualquiera de ellas de montañas y de alturas, que la vigilara.

¡Como si Vanessa no fuera a hacerlo aunque no se lo dijera! Ya estoy haciéndolo otra vez: tratando de proteger a todo el mundo. No es asunto mío y debería darme cuenta; las otras personas tienen derecho a correr sus propios riesgos y a soportar las consecuencias.

A su alrededor el pulso de la noche se hacía más lento; los ahogados ruidos de la calle casi se extinguieron. No sabía interpretar el distante doblar de las campanas del monasterio, pero habían repicado ya varias veces, con sonido lejano y melancólico, cuando Jaelle regresó a la habitación. Camilla, inmóvil ante el fuego, alzó la cabeza.

—¿Y bien?

Jaelle se aproximó y se sentó en el suelo ante el fuego.

—Me encontré con un par de viejas amigas. —Habló en voz baja, en parte, supuso Magda, para no despertar a Cholayna y Vanessa; pero también porque temía que la escuchara alguien que, en realidad, no estaba en la habitación—. Una de ellas era una muchacha que conocí cuando venía aquí con Kindra. Yo no tenía entonces más de doce años, pero Jessamy recordaba algunos de nuestros juegos. Reconoció de inmediato a Rafaella cuando llegó. Estuvieron alojadas en esta misma habitación.

—Así que estuvieron aquí, como yo pensaba —comentó Camilla—. Pero {por qué no nos esperaron? ¿Y estaba con ella Anders?

—Eso dijo Jessamy. Aparentemente, Lexie sufría un leve congelamiento y se quedaron aquí un día más para que estuviera en mejores condiciones de viajar. Jessamy no habló con Rafi de nada personal, ni en privado, pero, sin embargo, Rafi le dijo que yo vendría...
En realidad, Jessamy creyó que Rafaella me esperaría; por eso se sorprendió tanto de que se marchara sin despedirse y sin dejar siquiera el regalo acostumbrado.

—Eso es raro en Rafaella —observó Camilla—. Yo he viajado con ella por las montañas y siempre ha sido generosa con las propinas; es buen negocio. Aquí arriba, todo funciona de ese modo: hay que engrasar las ruedas, por así decirlo. Aunque estuviera corta de dinero, se hubiera disculpado, hubiera hecho los regalos que pudiera y muchas promesas. Me pregunto qué habrá ocurrido.

—Jessamy me dijo que Arlinda no se molestó; habían pagado el alojamiento, después de todo, y nunca pregunta cuánta propina reciben las muchachas. Pero Rafaella ha estado aquí antes, con exploradores y alpinistas y, como dices, Camilla, siempre fue generosa con las propinas. Jessamy no se quejaba ni criticaba a Rafaella, pero sí mencionó que debía de tener mucha prisa. Ni siquiera se acordó de la mujer que le reparó la montura y que curó a uno de los ponis.

Camilla apretó los labios.

—Si querías una prueba ahí la tienes. Rafi no haría una cosa así, no si esperara volver aquí y que la sirvieran decentemente. Por una razón o por otra, se marcharon apresuradamente, cuando pensaban esperarnos aquí. ¿Qué más quieres? Probablemente esa Acquilara, o como se llame, las haya ahuyentado en medio de la noche.

—Si estaba aquí para hablar con nosotras, es evidente que no se marchó con ellas —protestó Magda.

—A menos que las haya llevado a alguna parte y las haya ocultado —precisó Jaelle—. Y, si se fueron por voluntad propia... ¿cómo explicas el hecho de que Rafaella se haya marchado sin dejar los regalos apropiados?

—¿Lo habrá hecho para darnos a entender que no se fue voluntariamente? —preguntó Camilla.

—Y si Acquilara las ha ocultado en las cercanías... —aventuró Magda—. Entonces, simplemente podemos esperar aquí y ella nos guiará. Eso es lo que se propone. Lo dijo.

—No sé qué harás tú —aseguró Camilla—, pero yo no iré a ninguna parte en compañía de esa criatura. Absolutamente a ninguna parte, ¿me entiendes? No me confiaría como para tenerla a mis espaldas... ni aunque estuviera atada y amordazada.

—Si tiene a Rafaella y a Lexie... —empezó a decir Magda.

—Si Rafaella fue tan tonta para confiar en esa hechicera perversa, se merece cualquier cosa que...

—Oh, basta ya, las dos —rogó Jaelle—. Esto no ayuda para nada; no imagino que Rafi haya podido confiar en esa mujer.

—Jaelle, ¿crees que no estoy preocupada por ella, por las dos? Si Camilla siente que no puede confiar en esa mujer, Acquilara, y si ella nos manda a llamar y dice que Rafi y Lexie están con ella, entonces, tal vez tú
y yo Confío en la intuición de Camilla —la interrumpió Jaelle—. Tal vez mañana busque a la mujer que atendió a los ponis, le dé la propina que debió haberle dado Rafi y trate de averiguar quién las vio marcharse y con quién iban.

—Eso parece razonable. A Cholayna no le hará ningún daño tener otro día de descanso —reconoció Magda.

—También yo estoy preocupada por ella —admitió Camilla—. Aunque sea por ella, sería bueno que nuestro viaje concluyera aquí en Nevarsin. El terreno que está más allá... ya sabes cómo es.

—Demasiado bien. Nací en Caer Donn —le recordó Magda. Bostezó y, como era predecible, Camilla dijo:

—Si tienes sueño, Margali, vete a descansar. Yo me quedaré de guardia con Jaelle.

Magda todavía era reticente a la idea, pero sabía que no estaría en condiciones de viajar al día siguiente si no descansaba. Eso era aún más cierto en el caso de Camilla, que no era joven y que ya mostraba signos de la fatiga del viaje, pero que parecía temer más que Magda la idea de dormirse en ese lugar. Al igual que Cholayna, no podía seguir viajando sin descansar.

El *laran* de Camilla parecía estar emergiendo después de tantos años de bloqueo y, de

pronto, en un acceso de espantosa soledad, Magda pensó: *Me gustaría que Damon estuviera aquí. El me diría qué hacer por Camilla.* Era una carga demasiado pesada para llevarla sola.

Sin embargo, Damon estaba muy lejos, en las Kilghard Hills, y, por alguna razón, Magda parecía expulsada del familiar acceso a la Torre Prohibida por vía del supramundo. Lo había intentado y, en lo profundo de su corazón, sabía que si lo intentaba otra vez renovaría el ataque de los... ¿halcones?

Damon podría enfrentarse incluso con eso. Es nuestro Celador.

Y entonces recordó algo que había dicho Damon: *Si es necesario, cualquier técnico más o menos competente puede hacer el trabajo de Celadora.* Todas aquellas cosas que le parecía que corresponderían a Damon, en realidad podía manejarlas sola. Y ahora debía hacerlo.

—Debes dormir, Camilla. ¿No me dirías a mí lo mismo? Yo también tengo miedo, *bredhiya* —agregó, usando deliberadamente el término cariñoso, una manera de decir «confía en mí»—. De todas maneras, debes dormir. Jaelle y yo vigilaremos esta habitación y la protegeremos para que ninguna hechicera perversa ni ninguna mala influencia pueda entrar, ni siquiera en sueños. Shaya, ayúdame.

Con lentitud, desenvolvió su matriz, observando el rostro de Camilla; los ojos de la otra mujer se clavaron en la matriz y, luego, se desviaron de ella.

—No trates de mirar la matriz, no estás entrenada. Te hará sentir mal. Ya llegará el momento. Por ahora, no lo intentes...

—¿Yo? ¿Una matriz? La Diosa no lo permita...

—Mientras sea la Diosa quien no lo permita y no tu propio miedo, Kima. —Una vez más, deliberadamente, utilizó el apodo que jamás había pronunciado en presencia de terceros—. ¿Y qué pasa si es la Diosa quien te conduce a esto? Confía en mí; sé lo que hago. Pero, por ahora, no mires la matriz.

Habló amablemente, pero con visos de lo que llamaban voz impositiva, y Camilla, asombrada de su propia obediencia, desvió la mirada.

—¿Jaelle...?

Las dos combinaron resonancias hasta que estuvieron trabajando al unísono. Por un instante el contacto telepático ardió entre ellas, una proximidad, una intimidad que trascendía el habla o el sexo, indescriptible.

Si al menos Camilla pudiera compartir esto...

Ninguna de las dos supo en cuál mente había nacido la idea ni cuál de las dos respondió, apenada:

No. No esta lista. Todavía no.

Cuando sus matrices centellearon, resonando mutuamente, hubo un momento de fuego azul en la habitación. Camilla levantó la cabeza, alarmada, pero fue tan breve que Magda supo que Camilla se preguntaba ahora si verdaderamente lo habría visto.

Si los halcones están esperando cualquier movimiento que se produzca en este cuarto... también es posible que la verdadera Hermandad nos esté vigilando. Nos ayudarán a sellar el cuarto...

No pueden interferir. Pero nosotras tenemos ese poder...

El contacto de Jaelle era como si la tomara de la mano, una mano que empuñaba un cuchillo de Amazona que centelleaba con fuego azul. Aunque Magda sabía que no se había movido del lugar en que estaba arrodillada, junto al fuego, con la matriz entre los dedos, de alguna manera caminaba junto a Jaelle, rodeando el cuarto, mientras una línea de fuego azul-blanco las seguía detrás del cuchillo. Cerró el círculo; juntas, alzaron sus manos unidas en un arco (aunque ninguna de las dos se movió) y, entre sus manos, corrió de ida y vuelta una red de pálidos fuegos.

La vieja estaba allí, con sus carcajadas agudas. Bueno, bueno; ¿así que pensáis que podéis dejarme fuera, niñas tontas?

No a ti, madre. Pero nuestras amigas deben descansar y no deben ser atacadas por los balcones mientras duermen.

El fuego azul llameó en las matrices, tejiendo una feroz urdimbre, hasta que toda la habitación quedó encerrada dentro de una centelleante cúpula. Magda hizo circular su conciencia alrededor, una y otra vez, buscando alguna brecha en la protección. Por un instante, estuvo allí el rostro de Acquilara, amenazante, tan terrible como Magda lo había

visto a través de su fingida buena voluntad y su desdén, ardiendo de furia.

Así que está prevenida, sabe que sabemos que no es lo que pretende...

¿De verdad creíste que podríamos hacer esta clase de trabajo sin prevenirla?

El halcón estaba allí... lanzándose contra sus ojos...

Instintivamente, Magda lanzó su matriz contra él, interponiendo un escudo de fuego. Las plumas del halcón estallaron en llamas y Magda retrocedió ante el calor, ante los repentinos aullidos terribles; sintió que sus dedos perdían fuerza y la matriz cayó de su mano. Fuego y olor a quemado —¿plumas?— ardiendo en la habitación; después, la matriz estaba en su mano... ¿La habría perdido en algún momento, o sólo habría sido una ilusión?

El fuego de la chimenea se había convertido en un liso lecho de ascuas. El cuarto estaba silencioso y pacífico, vacío de magia, era sólo un cuarto silencioso en el que cinco mujeres cansadas podían dormir. Sobre la mesa, en el centro, quedaban todavía unos pocos platos de la cena; Jaelle se acercó a la mesa, trajo una rebanada de pan, la clavó en la punta del cuchillo y la sostuvo sobre el fuego. Mientras se tostaba, Camilla buscó la última botella de vino y la compartieron, pasándola de mano en mano.

Todo lo que dijo Jaelle fue:

—¿Viste a la vieja?

—La primera vez me asusté de ella. Ahora sé que no nos hará daño —dijo Magda, tomando su parte del vino.

Por primera vez no sentía temor. Estaban a salvo ahora. Jaelle dividió el pan por la mitad y le dio un pedazo a Magda. Ambas masticaron en silencio. Ante la mirada inquisitiva de Camilla, Jaelle dijo:

—La comida compensa los centros psíquicos. ¿Tienes hambre?

—Por algún motivo, sí, aunque pensé que había comido tanto de esa buena cena que no tendría hambre durante días —reconoció Camilla.

Mordió una fruta y, después arrojó el hueso al fuego. Por un instante, a Magda le pareció percibir olor a plumas quemadas; después, tan sólo el aroma a fruta del corazón de manzana que se quemaba.

Durmieron sin pesadillas.

Magda se despertó con el ruido de alguien que tosía, una tos seca, intensa, que sacudía el cuerpo delgado de Cholayna como si se tratara de alguna fuerza externa. Vanessa ya estaba junto a ella con el botiquín, revisándola, pero Cholayna se incorporó y corrió hacia la letrina de al lado y todas pudieron escuchar que vomitaba.

—Malo —dijo Vanessa lacónicamente—. ¿Cuál es la altura de esta ciudad?

—Jaelle tiene los mapas. Ella podrá decírtelo, yo no lo sé con exactitud.

Sin que Vanessa se lo dijera, Magda comprendió. Tal vez una de cada cuarenta o cincuenta personas sufriera severamente las grandes alturas. De éstas, la mitad, si descansaba y se tomaba cierto tiempo para aclimatarse lentamente a las nuevas alturas, mejoraba. Unas pocas padecían edemas pulmonares, neumonía o, incluso, hemorragia cerebral si seguían ascendiendo. No había manera de prever cómo reaccionaría Cholayna y lo único que les quedaba era esperar.

Camilla, al despertarse, escuchó y dijo:

—Tiene la enfermedad de las alturas. Iré a la cocina de Arlinda para ver si tienen té de espino negro. Si no, casi cualquier té o líquido servirá, pero debe beber tanto como pueda.

—No hay que preocuparse -—trivializó Cholayna, apareciendo en la puerta—. La cena de anoche fue demasiado rica para mí después de días y días de raciones de viaje, eso es todo.

—No obstante —insistió Vanessa—, tienes todos los síntomas: tos, náuseas y vómitos. A menos que se trate de un milagro y estés embarazada a tu edad, me parece que padeces un caso de enfermedad de las alturas; créeme, Cholayna, no debes tomarlo con tanta ligereza.

Cholayna tenía los ojos profundamente hundidos. Trató de sonreír, pero no lo consiguió.

—He vuelto a hacerlo, ¿verdad? Otra vez os retraso, soy el eslabón más débil de la cadena...

—Tuvimos en cuenta todo eso cuando accedimos a que vinieras —le espetó Camilla bruscamente—. Pero hoy debes descansar, para que tu cuerpo pueda adaptarse al aire más

liviano que hay aquí. Iré a buscar té y no me olvidaré de darle una propina a la mujer de la cocina, que puede servirnos para más de un propósito.

Magda no había pensado en eso: tal vez Rafaella hubiera hablado con alguna de las cocineras; si Lexie sufría de congelamiento, era seguro que habían necesitado algunas medicinas y bebidas calientes especiales para ella.

Levantó la vista e intercambió una mirada con Jaelle, quien dijo:

—Yo voy al establo. Ahora que recuerdo, uno de los ponis parecía renquear un poco. Buscaré a la mujer que ayudó a Rafaella y le daré la propina que, sin duda, mi compañera quería dejarle, de no haberse marchado tan apresuradamente.

Era un trámite que sólo Jaelle podía hacer, y era mejor dejárselo a ella. Camilla se marchó a la cocina y, cuando también Jaelle se hubo vestido y marchado, Magda persuadió a Cholayna de que volviera a su saco de dormir y descansara.

Camilla regresó con una tetera humeante y media docena de bolsitas de hierbas.

—Dicen que el desayuno llegará en unos minutos y olí que se estaba horneando una torta de nueces. Una de ellas me dijo que también habían horneado una torta para nuestras hermanas del Gremio cuando estuvieron aquí.

Vertió agua hirviente sobre las hierbas.

—Esto es raíz negra, es estimulante para el corazón y también fortalece la sangre; te ayudará a aclimatarte a las montañas. —Se arrodilló junto a Cholayna—. Ahora, bébetelo y descansa. Tal vez para mañana tu cuerpo se haya acostumbrado a estas alturas y puedas seguir camino con nosotras.

Cholayna bebió el amargo té sin protestar, sólo frunciendo un poco la nariz al probarlo. Preguntó débilmente:

—¿Y si no mejoro?

—Entonces esperaremos hasta que estés en condiciones de viajar —respondió rápidamente Magda.

La excusa de que una de sus compañeras estaba demasiado enferma para viajar serviría al menos para protegerlas de cualquier insistencia de Acquilara o de sus cómplices para que siguieran de inmediato a la hechicera.

Cualquier discusión quedó interrumpida por la llegada del desayuno en varias bandejas, traídas por dos muchachas. Magda les dio una generosa propina y se sentó a dar cuenta del pan fresco, todavía caliente, bollos y tortas de nuez, mucha mantequilla, miel y mermelada de manzanas, huevos hervidos y hongos fragantes. Vanessa y Camilla comieron con apetito, pero Cholayna tenía demasiadas náuseas para ingerir alimentos. Magda la convenció de que comiera un poco de pan con miel con el té, pero no tenía sentido coaccionarla para que comiera esa comida poco familiar que, probablemente, no podría retener de todos modos.

Jaelle no regresó. Sin duda habría decidido desayunar con las aprendizas del establo, para averiguar qué era lo que sabían. Las mujeres que vinieron a llevarse las bandejas del desayuno fueron rápidamente seguidas por las que venían a traerles la ropa limpia de la lavandería. Camilla se fue con ellas, invitada a visitar el negocio de la que fabricaba guantes. Magda se puso a remendar medias; seguía sin gustarle la costura, pero menos le gustaba usar medias con agujeros, especialmente en este clima. Vanessa la imitó y las dos mujeres se sentaron tranquilamente a remendar sus ropas.

Cholayna, recostada en las almohadas, escribía en su libreta. El fuego restallaba alegremente en la chimenea; las mujeres habían traído lo que parecía ser una interminable provisión de leña. La habitación estaba tranquila; Magda sentía que sus pesadillas habían sido sólo eso.

Pero la fuerte tos de Cholayna interrumpió la paz que reinaba en la habitación. ¿Qué averiguaría Jaelle? ¿Qué ocurriría si Acquilara las llamaba antes de que Cholayna estuviera en condiciones de viajar? Preparó un poco más de té para Cholayna y la instó a beber tanto como pudiera.

—Cholayna si no mejoras en uno o dos días, eso puede significar que eres una de esas personas que no pueden aclimatarse adecuadamente a las montañas. Ahora que sabemos dónde están Lexie y Rafaella, ¿me permitirías que fuera en tu lugar y dejarías que Vanessa te llevara de regreso a Thendara? No tendrías que cruzar los pasos, salvo el de Scaravel; viajaríais por la Gran Ruta del Norte que está bien marcada y es muy transitada. No quiero tu enfermedad sobre mi conciencia...

—No hay nada que hablar, Magda. Yo elegí venir, nadie me obligó, y tú no eres de ninguna manera responsable.

—De todos modos —interfirió Vanessa—, la enfermedad de las alturas es seria. Dime, ¿se te nubla la vista?

—No, no, nada de eso —negó Cholayna con impaciencia—. Estoy cansada y la comida no me cae muy bien. Un día de descanso me pondrá bien.

—Eso espero —convino Magda—, pero, si no es así, tu único recurso será regresar a un nivel más bajo; no te recuperarás mientras estés en Nevarsin. Y, más allá de Nevarsin, es peor, mucho peor. ¿No confías en que haré todo lo posible por Lexie?

Cholayna extendió una mano y tocó la de Magda. Fue un gesto de verdadero afecto.

—No es una cuestión de confianza, Magda. ¿Cuanto hace que nos conocemos? Pero yo entrené a Alexis también. No puedo... No, no quiero abandonarla ahora. Tú, especialmente tú deberías entenderlo.

Sonrió ante la expresión de frustración de Magda.

—Esperemos y veremos. Tal vez mañana esté en condiciones de viajar. Sé que algunas personas se aclimatan más rápido que otras. Yo no soy tan rápida como Vanessa, eso es todo.

—Pero ¿y si no te aclimatas? Al menos prométeme que en ese caso accederás a regresar —la urgió Vanessa.

—Si no me aclimato y no mejoro, decidiré entonces qué hacer. No hago promesas, Vanessa. Todavía no eres mi superior...

—Si certifico que no estás en condiciones de trabajar...

—Basta, Vanessa —la interrumpió Cholayna amablemente—. Aquí ninguna de nosotras está en los mismos términos que en el Cuartel General. Acepto tu consejo de experta montañera y haré lo que me digas para compensar mi lentitud en aclimatarme. Incluso beberé ese horrible remedio de comadronas que me trajo Camilla.

—Contiene algo análogo a... —Vanessa mencionó una droga terrana con la que Magda no estaba familiarizada— y lo han estado usando desde hace siglos en estas montañas para tratar casos de enfermedad de las alturas. No tengas tantos prejuicios.

—No es tener prejuicios decir que preferiría un par de cápsulas de algo familiar antes que este horrendo brebaje.

No obstante, Cholayna se bebió el té que le había alcanzado Vanessa, haciendo una mueca de disgusto.

—Hago todo lo que puedo. Tú naciste en estas montañas, Magda, y tú, Vanessa, has estado escalando desde la adolescencia. Debéis darme un poco de tiempo.

—Eres una vieja perra terca —gruñó Vanessa, y Cholayna le sonrió. Dijo, con igual afecto: —Y tú eres una mocosa irrespetuosa.

Las campanas de la ciudad repicaron en la distancia. Cholayna dormitaba. Vanessa estaba inquieta.

—¡Si al menos pudiera hacer algo!

—Camilla y Jaelle pueden hacer lo que haya que hacer mejor que nosotras, Vanessa. Todo lo que nos queda es esperar y cuidar a Cholayna.

La inactividad tampoco era fácil para Magda. En sus años de agente de campo, se había acostumbrado a manejarlo todo ella y a hacer las cosas a su manera. El gesto de sometimiento implícito en quedarse sentada y dejar que alguna otra persona hiciera lo que había que hacer era ajeno a su naturaleza.

Mediodía; Cholayna se había despertado y acababan de convencerla de que debía tomar más té de espino negro cuando Jaelle regresó, entró en la habitación y arrojó la chaqueta sobre una silla.

—Hablé con la mujer que reparó la montura de Lexie y, según parece, se marcharon repentinamente; tal como me dijo, en plena madrugada, cuando todas dormían. Por casualidad, ella estaba despierta, en los establos, curando a un pony enfermo. Dijo que las campanas del monasterio acababan de sonar para el oficio nocturno, que es pocas horas después de medianoche... Mi hermano fue educado en Nevarsin y me lo dijo.

—¿Acquilara estaba con ellas? —preguntó Magda.

—Nadie iba con ellas, al menos Varvari no vio a nadie; y ellas mismas cargaron y

ensillaron sus caballos. Y se enteró de qué ruta pensaban tomar porque oyó que Rafi hablaba de los peligros que implicaban las *banshees* del paso.

—Hay dos posibilidades, entonces —concretó Vanessa—. Una, que Acquilara las haya asustado y decidieran marcharse. Dos, que hubieran acordado encontrarse en alguna otra parte. Lo siento, Jaelle, no me parece que esto aclare demasiado las cosas.

—Al menos, sabemos que se marcharon de la ciudad —señaló Jaelle—. No hubiéramos podido revisar una por una todas las casas de Nevarsin. Tal vez no sea fácil buscarlas fuera, pero, desde luego, no habrá tantas personas que puedan interferir. Y sabemos que fueron hacia el norte, a través del paso de Nevarsin, en vez de regresar hacia el sur o de tomar la ruta del oeste, por la meseta de Leng. Siempre he oído decir que ese camino era intransitable y que estaba lleno de monstruos a cuyo lado las *banshees* son mascotas domésticas.

—Eso suena como el equivalente darkovano de «Aquí hay dragones» —murmuró Cholayna.

—El paso de Nevarsin y las *banshees* son suficientes dragones para mí —afirmó Jaelle, la pragmática—. Dieciséis mil pies: más alto que Ravensmark. Probablemente el camino esté un poco mejor, pero la cuestión es si será éste un año malo para las *banshees.* Eso depende de un estudio ecológico bastante complicado, o al menos eso solía decirme Kindra; si hay bastantes conejos del hielo, las *banshees* están bien alimentadas y se quedan más arriba de la línea de los árboles. Pero si cierto liquen está en la parte equivocada del ciclo vital de aquéllos, se produce una disminución radical de la población de conejos del hielo, las hembras son estériles y las *banshees* se mueren de hambre, de modo que descienden más abajo del nivel de los árboles y buscan presas más grandes. Y lo que sé acerca del ciclo vital del conejo del hielo podría tallarse en la uña de mi pulgar. De modo que tendremos que correr el riesgo.

—¿Vamos a seguirlas cruzando el paso, entonces? —preguntó Cholayna.

Yo voy a seguirlas. No estoy tan segura con respecto a ese nosotras —puntualizó Jaelle—. Es un compromiso mío. Lo que es tú no pareces estar en condiciones ni de ir al monasterio para la plegaria vespertina, y mucho menos para trepar hasta los dieciséis mil pies de altura y combatir con las *banshees.*

Ya hemos discutido todo esto mientras no estabas —dijo Cholayna—. También es un compromiso mío, Jaelle. Rafaella sólo estaba siguiendo las instrucciones de Lexie. Donde tú vayas, iré yo. Está decidido.

Jaelle abrió la boca para protestar, pero algo en el tono de voz de Cholayna la detuvo.

—Muy bien. Descansa todo lo que puedas y trata de comer una buena cena. Partiremos temprano.

La tarde se arrastró lentamente. Jaelle volvió a salir para arreglar cuentas con Arlinda y (según le dijo en privado a Magda) para dar las propinas y entregar los regalos que Rafaella no había dado.

—Sospecho que evitó la habitual entrega de regalos porque pensaba que tal vez estuviera alertando a algún espía de su partida —dijo Jaelle—. Es bastante obvio, primero, que Arlinda está paralizada de temor por Acquilara y, segundo, que debe de haber espías o miembros de la Secta de Acquilara o lo que sea entre las mujeres que viven aquí.

—Entonces, ¿no corres tú el riesgo, al hacer estos regalos, de prevenir a las mismas personas que Rafi intentaba eludir?

—Es inevitable. Rafaella puede tener necesidad de volver aquí algún día, o yo misma. Les diré que les doy los regalos que Rafaella les hubiera hecho si hubiera tenido tiempo y dinero. Tal vez lo crean, tal vez no. ¿Tienes alguna idea mejor?

Magda no la tenía. Volvió a empaquetar su bolsa con la ropa limpia y remendada; Camilla fue al mercado, llevándose con ella a Vanessa, para comprar más cereal de potaje y frutas secas para Cholayna, ya que parecía improbable que pudiera comer gran cantidad de las barras de carne seca que eran las raciones habituales para el camino. También compró una buena provisión del té de espino negro que le había sentado tan bien.

Jaelle regaló a Arlinda una bolsa llena de los productos que había traído para Rafaella.

—Rafi no los necesitará ya, no hay nada para comerciar y casi nadie con quien hacerlo, aunque conservé una bolsa con cosas que podríamos usar como regalos o sobornos si es que hay alguna aldea más arriba; dulces y caramelos, pequeñas herramientas, espejos y

cosas así. Y la Casa del Gremio necesita estar en buenos términos con el establecimiento de Arlinda; es el único lugar decente en el que las Renunciantes pueden alojarse en Nevarsin.

—No estoy tan segura de eso, si Arlinda está vigilada o dominada por la gente de Acquilara —observó Camilla, mientras guardaba las provisiones en una alforja—. Deberíamos vender los caballos aquí y llevar solamente las caprinas al terreno más alto. Los caballos no tienen la energía necesaria.

—Cholayna y Vanessa no podrían montar caprinas —terció Magda— y no estoy segura de que yo misma pudiera. Los caballos montañeses pueden ir prácticamente por todos los lugares por los que pueden transitar las caprinas. Sospecho que, si llegamos a algún terreno que sea intransitable para los caballos, también será intransitable para nosotras.

Mientras cargaban las alforjas, Camilla llevó aparte a Magda por un momento y le dio un par de guantes bordados, hechos con el fino cuero de los negocios abastecidos por el establecimiento de Arlinda. Desde que se habían convertido en amantes, Camilla había disfrutado de la posibilidad de sorprenderla con pequeños obsequios como éste, y los ojos de Magda se llenaron de lágrimas.

—Pero son muy caros, Camilla, no deberías...

—En la taberna me encontré con algunos montañeses a los que les gustaba jugar a los dardos y que no creían que ninguna mujer, ni siquiera una *emmasca* que había sido mercenario, pudiera arrojar un cuchillo tan bien como ellos. Y, cuando su orgullo, *y* su amor a las apuestas, llevaron a un hombre a arriesgar más de lo que podía pagarme, acepté generosamente estos guantes como pago de la deuda. Supongo que los habría comprado para su esposa o para su amante, pero ahora ella tendrá que enseñarle a su hombre a no hacer apuestas por una cuestión de orgullo masculino —lanzó una risita ahogada—. Los guantes son demasiado frívolos para esta ciudad montañesa, se te congelarían las manos si los usaras aquí; ¡pero podrás usarlos cuando regresemos a un clima más benigno!

Y, por un momento, Magda se alegró, fue consciente de que otra vez era optimista: regresarían al clima comparativamente benigno de Thendara. Hasta ese momento, apenas había advertido hasta qué punto su mundo se había reducido al hielo, al frío, a los dedos congelados, a las botas heladas. Los pequeños guantes delgados, frívolos adornados con cuentas le recordaron las flores, la luz del sol, un mundo en el que era posible bailar en las calles hasta el alba en mitad del verano, no esta austera ciudad monástica en la que durante todo el año había nieve en las calles.

Apretó la mano de Camilla y ésta le rodeó la cintura. Jaelle alzó los ojos y las vio y, cuando las mujeres de la cocina entraron con la cena que habían pedido, Magda la vio fruncir un poco el ceño, como siempre que estaba planeando alguna picardía. Después, abrazó deliberadamente a Vanessa y se agachó para darle un beso en la boca. Vanessa se sobresaltó, pero Magda oyó (aunque estaba demasiado lejos para haberlo oído, por lo que supo que en realidad estaba leyendo el pensamiento más allá del susurro):

—¡Sígueme el juego, tonta! ¿O crees que verdaderamente estoy tratando de seducirte?

Vanessa parpadeó sorprendida, pero no protestó; rodeó a Jaelle con los brazos y la otra la besó largamente, antes de volverse lánguidamente hacia las mujeres que descargaban platos y bandejas.

—No nos molestéis hasta la quinta hora después de que las campanas del monasterio hayan sonado anunciando la plegaria matutina. —Y les describió un elaborado desayuno, lo pagó y agregó una generosa propina. Cuando las mujeres se fueron, llenas de promesas con respecto a las caras delicadezas que Jaelle había pedido, Vanessa se separó bruscamente de la otra, con el rostro arrebolado.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué pensarán esas mujeres?

—Exactamente lo que quiero que piensen —le explicó Jaelle—, que nos quedaremos hasta tarde en la cama mañana, en diversas combinaciones. Nunca se les ocurrirá sospechar que intentamos marcharnos de la ciudad antes de que las campanas llamen para el oficio nocturno; no se enterarán de que nos hemos ido hasta que no nos traigan el complicado desayuno que les pedí, cuando el sol ya este alto.

—¿ Y si la espía de Acquilara no es una de las muchachas de la cocina, sino del establo? —preguntó Vanessa.

—Entonces, te habré puesto incómoda para nada —bromeó Jaelle y, con un pícaro

encogimiento de hombros, la estrechó contra sí y volvió a besarla—. ¿De verdad tienes tantas objeciones? No me lo pareció,

Vanessa simplemente soltó una risita. Pocos días atrás, pensó Magda, se hubiera puesto furiosa.

Al menos ya no siente que somos una, amenaza, para, ella.

Otro prolongado baño, después una cena abundante, servida en su habitación, y se dispusieron a dormir tanto como pudieran. Pero Magda tardaba en conciliar el sueño, aunque, como habían sellado la habitación previniendo cualquier irrupción, no tenía miedo de las pesadillas. Estaba tendida entre Jaelle y Camilla; cuando la mujer mayor se durmió, Magda siguió dando vueltas en la cama y, finalmente, Jaelle murmuró:

—¿Tú tampoco puedes dormir? ¿Qué ocurre? Será un viaje duro, pero incluso Cholayna parece estar mejor, creo que podrá hacerlo. No estarás preocupada todavía por esa vieja bruja de Acquilara, ¿verdad? Creo que nos hemos deshecho de ella. Creo que también Lexie y Rafaella lograron librarse de ella.

—No estoy tan segura, Shaya. Lo que me preocupa es... ¿Quiénes son ellas? ¿Qué quieren de nosotras, y por qué?

—Creí que tenías una teoría al respecto: que, probablemente lo que quieren es mantenernos alejadas de la verdadera Hermandad.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ganarían con eso? ¿Sólo por gusto, por maldad? No puedo creerlo. Debe consumir tanto talento y energía lo que Acquilara está haciendo como a nosotras reunimos y trabajar con la Torre Prohibida.

—¿Y qué? Tal vez es simple odio y envidia de los poderes de la Hermandad; ella no parece tener tantos poderes por sí misma a pesar de lo que consiguió hacerle a Camilla.

—Pero aun cuando odie a la Hermandad... No, Jaelle. Nosotros tenemos una razón para existir, Jaelle. Damon, Callista, Andrew, Hilary; todos nosotros... estamos trabajando para traer el beneficio del *laran* a la gente nacida fuera de las torres, a la gente que no desea negar sus dones, pero que tampoco se aviene a vivir en las torres, aislada del mundo real. Intentamos llevar el *laran* al mundo, demostrar que no es necesario haber nacido Comyn o aristócrata y ni siquiera darkovano, para tener y utilizar esos dones. En lo que hacemos hay un propósito, pero es un trabajo duro; a veces incluso penoso. No puedo creer que ella se haya tomado tantas molestias solamente para impresionarnos.

—No sé cuál será su razón, Magda. ¿Acaso importa? Yo no quiero tener nada que ver con ella, ni con sus poderes. Y algo sé que, si sigues pensando en ella, la captarás telepáticamente y todas nuestras precauciones serán inútiles.

Magda sabía que Jaelle tenía *razón y* trató de disponerse a dormir de la mejor manera. Pensó en su distante hogar, en cuando llevaba a la cama a su hijita en Armida, Shaya en camisón, con sus oscuros rizos alborotados. Magda no había sabido que recordaba tantas canciones folklóricas y baladas montañesas darkovanas, cuya recopilación había sido el trabajo de toda la vida de su madre, hasta que no empezó a cantárselas a Shaya como canciones de cuna. Sabía que Elizabeth Lorne había amado su trabajo y que había muerto creyendo que a su hija Magdalen no le importaba, que no sabía nada de él. Cuánto le hubiera gustado escucharme cantando a Shaya esas viejas baladas de los Hellers y de las Kilghard Hills que tanto amaba. Algún día, cuando Shaya sea adulta, verá las canciones y baladas recopiladas por su abuela —ocho volúmenes, o algo así— en la Sección Registros, y conocerá algo de su tarea.

Tal vez Shaya se dedicara a la música; recordó que su hija de pelo oscuro podía repetir una melodía, clara y dulcemente, antes de que aprendiera incluso a hablar.

Cleindori en el supramundo: *Me sorprendió cuando la tía Ellemir me dijo de dónde venían los bebés. Pensé que venían del mundo gris.* Qué enfoque fascinante de la relación entre la educación sexual y la metafísica. *Era adulta y, después, era un bebé y yo no podía hablarle, salvo aquí en el supramundo.* El supramundo estaba prohibido ahora para Magda, a causa de la brujería de Acquilara; de otra manera, podría llegar hasta su hija, abrazarla una vez más. *Si muriera en este viaje,* pensó, *si nunca más volviera a ver a Shaya...*

Pero, si lo que había dicho Cleindori era cierto, y no tengo por qué no creerlo, tal vez la muerte no significara ninguna diferencia. Era curioso que tuviera que aprender de la fe de una niña de cinco años.

Empezó a quedarse dormida, escuchando en la distancia el tranquilizador sonido de los cuervos que graznaban.

Sólo parecían haber transcurrido unos minutos cuando Jaelle la despertó.

—Las campanas del monasterio acaban de sonar anunciando el oficio nocturno. Despierta a Cholayna; hay pan y fruta seca de la cena y comeremos por el camino.

Jaelle se ponía gruesas medias de lana debajo de los pantalones. Magda se vistió rápidamente y se agachó para susurrarle algo a Cholayna. La terrana dormía profundamente y a Magda se le ocurrió que, si hubieran querido dejarla atrás, podrían haber salido sigilosamente y dejarla durmiendo; ya que sólo se despertaría cuando las mujeres de la cocina entraran a traer el desayuno innecesario.

No. También es nuestra hermana. Tenemos que ser honestas con ella, pensó Magda, pero suspiró, deseando que Cholayna hubiera accedido a quedarse allí, relativamente segura, o que hubiera regresado a Thendara con Vanessa. Casi deseaba estar ella misma viajando hacia el sur, hacia Armida y la familia de la Torre y hacia su hija, incluso hacia Thendara, hacia sus hermanas de la Casa del Gremio. Se puso otro jersey de lana y, sin pronunciar palabra, le extendió otro a Camilla.

—¡Estoy bien, Margal!, no te preocupes tanto!

Acalló a Camilla con una mirada y la otra, refunfuñando, se puso la prenda. Camilla era tan delgada que agradecería ese calor cuando estuvieran en el paso.

Cholayna temblaba en el frío de la enorme habitación; el fuego ardía muy bajo. Desperdiciar combustible y calor era un crimen grave en los Hellers. Alguien se comería el desayuno que habían pedido, y no sería lo peor que fuera consumido por alguna otra persona y no por las viajeras que lo habían pagado; pero mantener alto el fuego durante toda la noche era un desperdicio que Camilla y Magda, criadas en la montaña, no podían permitirse, aunque significara que todas debieran dormir tapadas con muchas mantas. Una delgada capa de hielo se había formado sobre la jarra con agua que había quedado sobre la mesa de la cena y la escarcha orlaba la única ventana alta de la habitación.

Jaelle masculló en voz baja:

—Una vez, mi hermano me dijo que los novicios del monasterio duermen desnudos en la nieve, solamente con un taparrabos, y que corren descalzos. Me gustaría tener ese entrenamiento.

—Supongo que es uno de sus poderes psíquicos —presumió Vanessa.

—Valentine dice que no, simplemente costumbre y hábito; y convencer a la mente de que cumpla con su tarea y caliente al cuerpo.

Cholayna arqueó las cejas con escepticismo.

—No me convence. La hipotermia ha matado y sigue matando a mucha gente. ¿Cómo pueden superarla?

—Val no tendría por qué mentirme; dice que una de las pruebas a las que se somete a los monjes de alta jerarquía es la de bañarse en un arroyo de montaña del glaciar que hay en la cumbre de Nevarsin; y, después, secar, con el calor del cuerpo, el hábito. Él lo ha visto.

—Puede ser una treta para impresionar a los novicios con su poder, ¿no?

—¿Qué razón tendrían para hacerlo?

—No obstante —terció Vanessa—, yo también oí eso cuando estuve en Cartografía y Exploración. También se ha contado antes, en Terra, antes de que existiera el Imperio. Algunos hombres que vivían en las altas mesetas, a cuatro mil metros de altura o más, tenían mayor capacidad pulmonar que los que vivían al nivel del mar, y sus cuerpos estaban tan adaptados a la altura que enfermaban en las tierras bajas. No dudo que los hermanos de Nevarsin puedan hacer esas cosas. El animal humano es sorprendentemente adaptable. Mucha gente consideraría que tu planeta natal, Cholayna, es demasiado caliente para ser habitado por humanos. Yo lo visité una vez y creí que me moriría de calor. El hombre no vive con facilidad en lugares en que la temperatura ambiente del aire es normalmente más alta que la temperatura de la sangre.

—Tal vez no —admitió Cholayna, calzándose con dificultad las botas sobre tres pares de medias gruesas—, pero yo preferiría estar allí y no aquí. —Se puso el pesado rompevientos sobre la chaqueta—. Bien, ¿listas?

Llevando sus bolsas sobre los hombros, salieron sigilosamente por los silenciosos corredores y llegaron, por un largo pasillo que se alejaba de las habitaciones, al establo.

Las pesadas puertas crujieron, pero no hubo otro sonido; salvo el de Cholayna, que padeció un súbito espasmo de tos.

—Silencio —espetó Jaelle, en voz baja, y Cholayna trató de ahogar el sonido con la manga, sin mucho éxito, mientras todo su cuerpo se estremecía por el esfuerzo.

Los caballos y las caprinas, junto con la carga, considerablemente reducida con respecto a lo que había
sido al salir de Thendara, se hallaban en el mismo extremo del establo.

Jaelle silbó suavemente, aliviada.

—Sospecho que Arlinda comprendió lo que quise decir la última vez que hablé con ella. Anoche toda la carga estaba guardada en otro establo.

Ensillando su caballo, Magda se encontró junto a Vanessa. Le preguntó en voz baja:

—¿Qué te parece? ¿Cholayna está en condiciones de viajar?

—¿Cómo saberlo? Pero la revisé lo mejor que pude: tiene buen color en los labios y los pulmones parecen limpios; esa espantosa tos es simplemente irritación de garganta, causada por el aire y el viento seco de estas alturas. Todo lo que podemos hacer es esperar que ocurra lo mejor.

Acomodaron la carga a lomo de las caprinas y, en susurros, establecieron el orden de marcha. Jaelle, que conocía bien la ciudad, encabezaba la fila; Camilla, que la conocía casi igual de bien, cerraba la comitiva. Magda se retrasó para ayudar a Camilla a cerrar la pesada puerta del establo y echar el cerrojo, pero no podían hacerlo desde fuera, así que Camilla susurró finalmente:

—Espérame, Margali, vuelvo en un momento.

Se deslizó dentro, Magda escuchó que se corría el pesado cerrojo. Esperó tanto tiempo en la calle que ya había empezado a preguntarse si Camilla no habría sido capturada por una de las espías que Acquilara tenía en la casa.

Tendríamos que haber dejado la puerta como estaba, pensó, ya a punto de intentar seguir a Camilla. Pero, en ese momento, la alta *emmasca* reapareció desde una ventana. Se deslizó hacia abajo, se giró brevemente para enviar un beso y, luego, se apresuró calle abajo en pos de Jaelle.

Magda corrió tras ella.

—Camilla, ¿qué...?

—Mi amigo el apostador. No perdamos más tiempo, he oído la campana del monasterio. Vamonos.

Pero se reía mientras corría tras Jaelle.

—Me pregunto qué pensarán cuando descubran que nos hemos ido y que hemos dejado el establo cerrado desde dentro...

No había manera de silenciar el ruido de los cascos de los caballos y de las caprinas sobre la calle empedrada, pero llevarlos de las riendas era más silencioso que montarlos. Así y todo, el ruido era intenso y las herraduras de los caballos hacían saltar chispas en el aire frío. Estaba helado y claro; las estrellas titilaban sobre la ciudad oscura y, muy arriba, las únicas luces débiles eran las de las ventanas del monasterio de San Valentín. Las campanas sonaban muy fuertes en la calma del momento anterior al alba.

A medida que avanzaban por las calles empedradas, palidecieron las estrellas y el cielo empezó a enrojecer con el alba. Magda podía ver su propio aliento, el de sus compañeras y el de los animales, pequeñas nubes blancas delante de ella. Sus manos ya estaban frías dentro de los guantes abrigados y los pies helados dentro de las botas; y pensó, con pena, en el desayuno que Jaelle había ordenado y que ellas no comerían.

Arriba y arriba; las calles se hacían más y más empinadas pero Magda ya había viajado tanto tiempo que no se quedaba sin aliento ni siquiera al llegar al tope de las laderas más empinadas y hasta Cholayna parecía seguir sin dificultad el paso impuesto por Jaelle.

La puerta norte se hallaba en la cumbre de la ciudad y el camino que partía de allí conducía a la cima del paso de Nevarsin. En la puerta había dos hombres, *cristo/oros* a juzgar por sus sombrías vestiduras, aunque no monjes, que abrieron las enormes puertas para dejarlas pasar.

—Muy temprano os habéis levantado, hermanas —saludó uno de ellos mientras daba un paso atrás para dejar pasar a los animales.

—Seguimos a dos hermanas que vinieron por aquí la mañana de anteayer —aprovechó para decir Camilla en el *casta* excepcionalmente puro de las mujeres de la montaña—.

¿Tal vez las dejaste salir por esta misma puerta dos mañanas atrás, tan temprano como hoy, hermano?

El guardia *cristo/oro se* echó aliento sobre los nudillos para calentárselos. Su aliento también formaba una nube y habló a través de ella, frunciendo el ceño con desaprobación a la *emmasca.*

—Sí, yo fui. Una de ellas, una mujer alta, de pelo oscuro, soldado como tú, *mestra,* con un *rryl* colgado del hombro, ¿era tu hermana?

—Mi hermana del Gremio. ¿Tienes noticias de ella, hermano, en nombre de aquel que lleva las cargas del mundo?

El hombre volvió a fruncir el ceño, y su desaprobación de la *emmasca* y Renunciante contradecía la congénita camaradería existente entre los soldados, fueran o no *cristo/oros.* Y no había ninguna manera cortés de negarse a contestar una pregunta hecha en nombre del mismísimo santo *cristoforo.*

—Sí. Otra mujer iba con ella, tan pequeña que, por un momento, creí que viajaba con su hija como una mujer correcta. Una cosita, tan envuelta que no pude ver mucho más que sus enormes ojos azules.

Lexie. De modo que todavía estaban juntas y Lexie sana y salva apenas dos días atrás. Magda escuchó el suave suspiro de alivio de Cholayna. Tal vez incluso las alcanzaran en algún lugar del paso.

—Me preguntó... la más alta, tu hermana... si era un mal año para las *banshees.* Tuve que decirle que sí, un año terrible; oímos el aullido de una detrás de esta
puerta hace diez días, con la última tormenta. Id con cuidado, hermanas, es mejor cruzar la parte más alta antes de que vuelva a caer el sol —las advirtió—. Y que los santos os acompañen. Sí, los necesitaréis si la noche os pilla en camino.

Dio un paso atrás para dejarlas pasar y cerró la pesada puerta de la ciudad detrás de ellas.

El camino ascendía delante de ellas, pedregoso y empinado, cubierto de nieve que les llegaba hasta el tobillo y con grandes declives a derecha e izquierda. Jaelle montó y les indicó a todas con un gesto que la imitaran; todas lo hicieron. Desde las alturas distantes, como una advertencia, oyeron el agudo aullido estridente de una *banshee.*

—No importa —dijo Jaelle—, el sol ya estará alto antes de que lleguemos al paso y son animales nocturnos. Partamos.

Tres días más tarde, Magda estaba sentada sobre un bulto de carga mirando la barra de carne seca que tenía en la mano. Estaba casi demasiado cansada para pensar en comérsela; el esfuerzo necesario para masticar y tragar le resultaba inconcebible.

Los duros vientos de la cumbre de Nevarsin se habían llevado los miedos extraños, como la idea de las hechiceras y de los ataques psíquicos; ninguna de ellas había tenido tiempo de pensar en nada, salvo en la cruda mecánica de la supervivencia. Cornisas angostas, una tormenta de nieve que les había volado la única carpa que les quedaba, obligándolas a refugiarse en un agujero apresuradamente cavado en la nieve, los feroces vientos que las despojaron de los últimos indicios de coraje y fortaleza y, siempre por la noche, el terrible grito paralizante de alguna *banshee* al acecho.

Camilla le puso una taza de té en la mano. ¿Cómo podía Camilla, a su edad, conservarse tan fuerte e ilesa? Tenía los ojos enrojecidos y quemados por el viento y, en la punta de la nariz, una roja marca de congelamiento; pero las pocas horas de sueño en la nieve la habían revivido. Se sentó sobre otro bulto y bebió su propio té, en el que había desmigajado la carne seca y pan,
pero no dijo nada. A esta altura no había aliento suficiente para pronunciar palabras innecesarias.

—¿Está bien Cholayna esta mañana?

—Parece estarlo. Pero si no descendemos pronto, no me agradaría pensar qué puede ocurrir. Se pasó la noche tosiendo.

Pero ni siquiera la tos de Cholayna podría haber mantenido despierta a Magda la noche anterior, después de la pesadilla que fue el descenso del paso en la oscuridad, a la luz de la luna que caía sobre la superficie de la nieve: *kyorebni* que aparecían súbitamente emergiendo de los abismales espacios que se abrían a sus pies, girando y aullando para volver luego a desaparecer; tramos de camino desmoronados, donde incluso las caprinas debían ser empujadas y los caballos tenían que ser arrastrados de las riendas porque

intentaban retroceder, mientras sus ojos giraban de terror por el olor de las *banshees* ocultas entre los riscos.

Jaelle había logrado que todas cruzaran sin daño, sin perder un caballo ni un animal de carga y ni siquiera un bulto, ilesas. Magda miró la delgada figura familiar de su compañera libre, derrumbada sobre un bulto, con un puñado de pasas en camino hacia la boca. Sus rizos rojos estaban desordenados y enredados bajo la capucha forrada en piel y tenía los ojos grises hinchados y enrojecidos como los de Camilla y los de la misma Magda. Se maravilló de la fuerza de voluntad y del coraje encerrados en ese pequeño cuerpo. En el paso, había habido momentos en que la misma Magda, una mujer joven y fuerte y en soberbias condiciones físicas, había deseado echarse como uno de los ponis, sin aliento ni coraje para dar otro paso, el corazón latiendo locamente, la cabeza dolorida, el rostro y el cuerpo insensibilizados por el frío. Casi ni podía imaginarse lo que habría sido para Cholayna, pero la terrana había luchado valerosamente a su lado, sin pronunciar una sola palabra de queja. Había sido Jaelle, comprendió Magda, quien las había mantenido en marcha.

Siguió el ejemplo de Camilla y desmigajó la barra de carne seca dentro del té hirviente. El gusto era muy peculiar, pero eso no parecía importante. Era asombroso cómo, a esta altura, podía sentir verdaderamente la comida y el líquido calentándole todo el cuerpo a medida que bajaba por él, devolviendo una sensación de calor a sus miembros agotados y helados. Cuando terminó de comer la mezcla, escarbó en las bolsas de raciones y extrajo otra barra, esta vez de nueces y frutas apelmazadas con miel, y se la comió. Cholayna comía con deliberación una mezcla similar que había hecho con su té.

Vanessa dijo:

—Debería quitarme las botas y revisar el condenado tobillo. Pero hace demasiado frío. ¿Dónde vamos ahora, Jaelle?

Jaelle volvió la vista hacia el pico de Nevarsin, que se erguía detrás de ellas.

—La ruta principal se bifurca hacia Caer Donn. Si hubiera alguna ciudad desconocida y misteriosa en esa área, alguna de nosotras la hubiera descubierto antes. —Con los dedos enguantados, desdobló torpemente el mapa y señaló; quitarse los guantes innecesariamente a esta altura era arriesgarse al congelamiento—. Este pequeño caserío no está marcado en ningún mapa darkovano, apareció en la foto del satélite; y esto... —marcó con el dedo extendido— parece algo así como un camino.

—Algo así como un camino —gruñó Cholayna. Para entonces todas sabían ya cómo eran todas las rutas no marcadas en esta zona.

—Lo sé, pero no sé qué otro camino podría haber tomado Rafaella —se disculpó Jaelle. En lo alto del paso, se habían encontrado con un bulto de carga vacío, con la marca de Rafaella en él—. Deben de estar escasas de alimento y de grano para los caballos... y saben que las seguimos. ¿Por qué no nos esperan?

Magda no podía imaginárselo, a menos que Lexie y Rafaella hubieran recibido alguna guía especial para llegar a esa desconocida ciudad legendaria. Desde la cumbre de Nevarsin, cuando, por un breve momento, brilló el sol entre dos tormentas, Magda había visto, a través de una interminable imagen de cordilleras montañosas y picos inaccesibles, la remota e imponente pared de hielo conocida como el Muro Alrededor del Mundo. Sólo la había visto una vez antes, desde un avión de Cartografía, y ni en sus más locos sueños se le había ocurrido que alguna vez llegaría hasta allí a pie.

—¿Alguien quiere más té? —preguntó Camilla, y dividió el resto de la infusión entre los cuatro jarros extendidos, antes de guardar la olla y esparcir nieve sobre lo que quedaba del fuego, por puro hábito de viajera, ya que allí no había nada que pudiera arder.

Vanessa cargó las caprinas, ajustando mucho las cinchas y revisándolas dos veces, y Cholayna empezó a ayudar a Jaelle con las monturas. De repente, se dobló con otro ataque de tos, aferrándose a las cinchas y apoyándose en el costado del caballo. La mirada que le lanzó Vanessa fue calculadora: Magda supo que la joven evaluaba si Cholayna podría lograrlo. Pero no había nada que hacer. Al cabo de un momento, Cholayna, con ojos llorosos y lágrimas que ya se congelaban en sus mejillas, se irguió y escarbó en su bolsa en busca de la brújula con la que controlaba el mapa y la ruta.

—Por este lado —decidió Jaelle—. Vamonos.

Durante un rato, el camino fue descendente y, luego, se convirtió en una senda apenas marcada que ascendía entre dos extensas laderas. El sol se hizo más

alto y Magda sintió que el sudor le mojaba el cuerpo debajo de la chaqueta y, después, se congelaba.

Habían cabalgado durante alrededor de tres horas y Jaelle dijo entonces que podían buscar algún lugar adecuado para descansar. El camino era empinado y angosto; los caballos luchaban por ascender junto a un antiguo glaciar, pálido por el hielo viejo. El sendero describía una cuna y cruzaba una extensa ladera cargada de nieve. En cuanto pusieron el pie en ella, hubo un grito y una docena de pájaros alzaron el vuelo apresuradamente. Después, se produjo un rugido, un súbito trueno. Jaelle, que iba delante, detuvo bruscamente su caballo.

Entonces, desde algún sitio por encima de ellas, toneladas y toneladas de rocas mezcladas con hielo cayeron en cascada por una grieta profundamente excavada en la montaña. Los caballos recularon relinchando. La montaña misma pareció estremecerse debajo de ellas.

Los animales de carga se apiñaron empujándose y los caballos también se reunieron; Camilla se acercó y se aferró a Magda, y ambas permanecieron abrazadas mientras el alud rugía en su caída, caía y caía eternamente.

Finalmente se hizo el silencio, aunque el aire estaba lleno de polvo y de astillas de hielo y persistía todavía el sonido aullante. El pony de Jaelle había caído, golpeado por un pedrusco suelto. Camilla se deslizó de su caballo y corrió, abriéndose camino por el sendero sembrado de peñascos. Jaelle, temblorosamente erguida estaba arrodillada junto al pony caído. Rápidamente, Magda miró a su alrededor, buscando a sus compañeras. Vanessa se abrazaba a sí misma, envolviéndose el pecho con los brazos y con el rostro muy pálido. Pudo escuchar la respiración sibilante de Cholayna, aferrada a su poni y carente de la fuerza necesaria para toser. Silencio, salvo por los gemidos del animal herido y por
los estridentes gritos de los asustados pájaros, que seguían describiendo círculos en el aire.

Por fin, Vanessa dijo con voz temblorosa:

—Dicen que una nunca oye cuando el momento ha llegado. Pero, si puede oírlo, es que todavía está viva.

Con cuidado, cruzó la mezcla de rocas y hielo que era todo lo que quedaba del camino y se arrodilló junto a Camilla, al lado del poni que gemía penosamente.

—Tiene una pata rota, no hay nada que hacer.

Jaelle tenía los ojos llenos de lágrimas, que se le congelaron en las mejillas cuando se esforzó por extraer su cuchillo.

Camilla se anticipó:

—Déjame a mí. —Y, por un instante, cubrió la mano de Jaelle con la suya, casi en una caricia—. Sujétale la cabeza, Shaya.

Jaelle sostuvo la cabeza del poni sobre su regazo; el animal se calmó por un instante y la daga de Camilla cayó, cercenando la gran arteria del pescuezo. Brotó la sangre, hubo un estertor final; y calma. Camilla apretó los labios, mientras trataba de quitarse la sangre que le había manchado la capa.

—Quítale la montura. Tú ya has montado animales de carga. Ensilla la caprina de cara blanca, que es la más mansa y fiable —dijo bruscamente, pero Magda sabía que su brusquedad ocultaba una verdadera preocupación.

Mientras Vanessa le quitaba la montura al cadáver que se congelaba rápidamente (el poni había sido golpeado por un gran pedrusco y era un milagro que Jaelle no hubiera resultado muerta), Magda se acercó a Jaelle, que parecía atontada. Magda extrajo un tubo de crema y la untó, sobre las lágrimas congeladas, en el rostro de su compañera. Mezclada con las salpicaduras de la sangre del poni, se la veía grotesca; pero, de todos modos, eso protegería del congelamiento las mejillas de Jaelle.

—¿Estás herida, *breda?*

—No. —Pero cojeaba y se apoyó en Magda—. Algo me golpeó los tobillos cuando el poni cayó. Pero no creo que tenga nada roto, es sólo una contusión —agregó, nuevamente al borde de las lágrimas—. ¡Oh, Dancer! —Ése era el nombre del caballo—. Damon me lo dio el año en que nació Dori. Cuando era potrillo me seguía por todas partes, como un cachorrito. Yo misma lo domé. Oh, Magda, Damon se enojará tanto porque no he sabido cuidarlo mejor...

Las palabras eran insensatas; estaba histérica y Magda lo sabía. Jaelle estaba bajo un

choque emocional; todas ellas lo estaban.

—Desensilla todos los caballos, Camilla, y prepararemos té; Jaelle lo necesita. Todas lo necesitamos.

Ante esta observación, ascendieron ladera arriba para alejarse del cadáver del poni, en torno al cual ya revoloteaban y luchaban los *kyorebni.* Vanessa empezó a encender el fuego. Magda sentó a Jaelle sobre un bulto y contempló lo que antes había sido un camino. Había quedado casi bloqueado por encima de ellas. Sin embargo, tenían suerte de estar vivas, de haber perdido tan sólo un caballo.

Jaelle se había quedado sentada. Con la desaparición del camino, tendrían que hacer un reconocimiento del estado del terreno, pero ni Jaelle ni Cholayna estaban en condiciones de hacerlo. Bebieron el té; Camilla trató de poner la montura a la más pequeña y tratable de las caprinas, pero la diferencia de tamaños y de proporciones, a pesar de que el lomo huesudo de la caprina estaba cubierto con una manta, hizo imposible la tarea.

—En mis tiempos, supe montar caprinas a pelo, pero no me gustaría hacerlo si hay alguna alternativa: ese lomo huesudo siempre me parte en dos —se quejó Jaelle.

Después del té caliente y de comer algunos dulces, había vuelto un poco de color a su rostro, pero tenía el tobillo en carne viva, con un corte que le llegaba al hueso.

—Cuando lleguemos a una aldea, intentaremos cambiar algún animal por una caprina de montar o, al menos, por una montura adecuada —dijo Camilla.

Magda terminó de comer y se incorporó fatigosamente.

—A nosotras nos toca, Vanessa, explorar y ver si hay algún camino allá arriba.

Escrutó el mapa. Había pasado el mediodía y el día todavía era hermoso, pero ya unas nubes estrechas, largas y terminadas en gancho empezaban a correr por el cielo desde el norte y Magda supo, y todas supieron, lo que eso presagiaba: como mínimo, un viento fuerte y, tal vez, tormenta y una densa nevada.

En el mapa se veía algo semejante a un caserío o una aldea. Magda rogó que no fuera una aldea parecida a la última con la que se habían encontrado en medio de una emergencia.

—Pon la pierna en alto y descansa mientras puedas, Jaelle. Vanessa y yo iremos a explorar.

Cholayna, pensó, tenía peor aspecto que Jaelle y respiraba de manera siseante y espasmódica. Sin embargo, no había manera de regresar ni había ningún refugio cercano. Simplemente, tendrían que seguir adelante con la esperanza de hallar refugio. Magda no era supersticiosa, pero parecía que la muerte del poni era un mal presagio. Habían tenido demasiado buena suerte durante este largo viaje y, si la buena suerte las había abandonado... ¿qué les esperaría ahora?

Camilla le pidió:

—Déjame ir contigo...

—Tienes que quedarte aquí y cuidar a Cholayna y a Jaelle. Vanessa es experta en la montaña y yo soy ahora la que está en mejores condiciones físicas. —Magda esbozó una sonrisa y agregó—: Te toca lo más duro; va a hacer mucho frío aquí, sin moverse. Busca los sacos de dormir y envuélvete con ellos. Al menos, Vanessa y yo nos mantendremos en calor por el ejercicio.

Jaelle dijo:

—Según todas las historias de Kindra, se decía que el camino que llevaba a la ciudad secreta de la Hermandad estaba protegido. Me pregunto si nos estarán sometiendo a una prueba.

Cholayna, mientras se envolvía en un saco de dormir, junto con Jaelle, comentó:

—Me resulta difícil creer que tengan tanto poder. El clima... tal vez, puedo llegar a creerlo. ¿La avalancha? No, creo que quizás eso deba adjudicarse a... —se interrumpió por un prolongado paroxismo de tos— la infortunada conducta de las cosas. Camilla, ¿queda un poco más de tu infusión de brujas?

Magda sentía una extraña reticencia a alejarse de este campamento improvisado. Era la primera vez que se ataba en la montaña, pero una sola mirada a la superficie helada, rocosa y sembrada de fragmentos de hielo la convenció de que debía permitirle a Vanessa que la sujetara fuertemente con la cuerda. Ambas se pegaron al glaciar, avanzando cautelosamente junto a pilas de rocas sueltas, dado el inminente riesgo de fracturarse un tobillo o algo peor. Desde el glaciar, encima de ellas, las murallas heladas parecían

inclinarse hacia delante y pender sobre sus cabezas.

Magda estaba sin aliento debido a la altura; debían de estar, pensó, a más de cinco mil metros. Toda la ladera parecía estar sembrada con nieve recién caída y hielo viejo. Había varios murallones de roca separados por abismos llenos hasta el borde de rocas sueltas y de pedruscos móviles. No se veían rastros del camino y tampoco indicios de que alguien hubiera pasado alguna vez por allí.

Mientras trepaban, empezó a aparecer toda la alta meseta. Se acercaban a una enorme muralla de hielo que protegía la cumbre marcada en el mapa; cruzaban las grietas corriendo, cuidándose de nuevas caídas de rocas y buscando la seguridad de los peñascos de piedra natural que se erguían sobre las laderas, fuera de peligro.

—Demasiadas rocas sueltas y hielo por aquí —observó Vanessa, deteniéndose para enjugarse la cara al amparo de uno de los grandes peñascos—. Si las traemos por aquí, tendremos que estar terriblemente cerca, lo que probablemente significa que tengamos que atar los caballos y las caprinas y conducirlos todos juntos. No sirve. Y no me gusta el aspecto de eso.

Señaló y Magda, ya sin aliento, sintió que el corazón se le subía a la garganta. Estaban en un lateral y a salvo, pero el gran glaciar una impresionante masa de formaciones de hielo a punto de caer, se erguía altísimo en la otra ladera, el extremo de un enorme lecho de hielo posado encima de la cumbre que debían cruzar.

Magda sabía poco de glaciares; la ladera rocosa era una pendiente suave, pero sabía que el hielo se movía, lenta e inexorablemente de manera imperceptible, descendiendo las laderas que ellas debían *cruzar* de algún modo. A medida que las grandes masas del hielo, que sufrían una presión inconmensurable, se desplazaban y llegaban al borde de la cumbre, debían quebrarse y caer rugiendo hacia el valle. Una de esas avalanchas había matado el pony de Jaelle y milagrosamente, no a su amiga misma. ¿Cómo podían saber cuándo se produciría el próximo momento de desequilibrio? ¿Sus camaradas estarían a salvo, incluso en el sitio donde estaban?

Cruzaron rápidamente otra grieta de piedras quebradas y de filosos guijarros que les cortaban las botas. El sol se había ocultado detrás de las nubes cada vez
más densas y Magda, al mirar hacia abajo, sólo pudo ver un pequeño punto rojo; el saco de dormir que Cholayna había usado para abrigarse y abrigar a Jaelle. Mirando hacia arriba, a través del valle, podían ver, en la ladera siguiente, unas pocas formas rectangulares, grisáceas.

—¿Será ésa la aldea marcada en el mapa, o solamente un grupo de bloques de piedra, como éste? —se preguntó Magda en voz alta.

—Sólo Dios lo sabe, pero a mí no me lo ha confiado. En este momento con gusto hipotecaría mi alma a cambio de un helicóptero. Me pregunto si habrá sido esto lo que Lexie vio desde el avión...

—No hay manera de saberlo. Y no me gusta el aspecto del cielo. Si es una aldea, deberíamos ir directamente allí. No se ve ninguna otra cosa que parezca un refugio y no me gusta la idea de que Cholayna pase otra noche al aire libre. Vanessa, estoy preocupada, verdaderamente preocupada por ella.

—¿Y crees que yo no? Mejor que recemos para que ese lugar sea una aldea o alguna clase de caserío. No creo que sea lo que vio Lexie; está marcado en los mapas, pero parece demasiado regular para ser una formación rocosa. De todos modos, tenemos que intentarlo. Por el aspecto del cielo, no tenemos opción. No quiero acampar ahí.

—¿Quién lo querría?

Magda se dio la vuelta para descender por donde habían venido, pero se detuvo para observar a Vanessa, que estaba parada al borde mismo del acantilado, de una manera que hizo que a Magda se le erizara el pelo de aprensión.

Vanessa dijo en voz baja:

—Dios, Lorne, échale un vistazo a *esto.* Hace que las montañas de Alfa parezcan simples colinas. Y yo que estaba orgullosa de haber escalado el Pico de Montenegro... Nunca he visto algo igual. No importa cómo salga esta expedición, la simple oportunidad de ver esto... —se interrumpió y miró a Magda.

Al cabo de un momento agregó:

—No lo entiendes en absoluto, ¿verdad, Lorne? Para ti sólo se trata de dificultades, peligros y penurias del viaje y ni siquiera puedes verlo, ¿verdad?

—No de la manera que lo ves tú, Vanessa —confesó Magda—. Nunca quise escalar montañas por placer, no por gusto.

Inesperadamente, Vanessa la rodeó torpemente con un brazo.

—Eso es realmente importante, que sigas adelante de este modo cuando ni siquiera significa nada para ti. Lorne... me alegra que hayamos llegado a conocernos. Eres... eres lo que siempre dijeron que eres.

Sus labios fríos rozaron la mejilla de Magda en un tímido beso. De repente, giró sobre sí.

—Será mejor que volvamos allá abajo y les contemos lo que hemos descubierto. Si es que encontramos algo. En cualquier caso, ¡me sentiría terriblemente extraña si escalara todo el camino hasta esos bloques de materia gris y descubriera que solamente se trata de un conjunto de viejas rocas cuadradas!

—Extraña no es precisamente la palabra que describe lo que yo sentiría —coincidió Magda—, pero es la única palabra más o menos respetable para expresarlo.

Bajar fue más fácil, aunque tenían que avanzar cautelosamente para impedir las caídas. Y así fue, Vanessa tropezó y la cuerda la salvó de una caída por una ladera sembrada de desechos; al extender la mano para sujetarse, se torció dolorosamente la muñeca.

El cielo estaba ya completamente nublado y había
empezado a soplar un viento cortante; Magda temblaba y, a mitad de camino se detuvieron, protegiéndose a la vera de un peñasco para sacar de los bolsillos las raciones de emergencia y comer un poco de fruta seca rociada con miel. Sentía el rostro tirante a pesar de la crema que se había puesto.

A medida que el cielo se oscurecía les resultaba más difícil ver dónde ponían los pies. ¿Cómo harían, para conducir los caballos y las caprinas, por no hablar de la pobre Cholayna, hasta allá arriba?

No tenían cronómetro, pero no podía ser tan tarde como presagiaba el cielo. ¿Acaso anunciaba una cellisca de las que venían del impenetrable norte?

—¿A qué distancia te parece que estaba ese lugar?

—A pocos kilómetros; si pudiéramos cabalgar, lo haríamos en un par de horas, no más. Trepando, sólo Dios lo sabe —reconoció Vanessa—. Tal vez después del tramo malo podamos montar a Cholayna en un caballo y conducirla.

A Magda le parecía que el viento se hacía más intenso, que traía el olor de una inminente nevada. Se dijo que era mejor que no imaginara más problemas, las cosas ya estaban mal. A medida que se aproximaban al sitio donde habían dejado a las demás, su mente padecía temores más repentinos: que el campamento estuviese abandonado; que Jaelle, Cholayna y Camilla hubiesen desaparecido; que las hubiesen raptado las hechiceras, quienes tal vez tuvieran también a Lexie y Rafaella, en algún lugar maldito de esas montañas...

Pero, cuando bajaron la última cuesta, pudieron ver un resplandor anaranjado contra las rocas y la nieve, la vieja capa de montar de Camilla y el resplandor de un fuego. Llegaron y Camilla les dio jarras de té hirviente; Magda se desmoronó sobre un saco de dormir extendido. Le pareció que nunca nada le había caído tan bien como ese té que le quemaba la garganta.

Un poco recuperada por la bebida caliente, tras haber recobrado un poco de calor (pero no suficiente), preguntó:

—¿Cómo está Cholayna?

Jaelle indicó con la cabeza hacia el sitio en que Cholayna dormía, entre pilas de sacos de dormir y mantas. Incluso desde donde estaba, Magda podía escuchar su respiración dificultada. Vanessa se acercó para escuchar mejor.

Camilla preguntó:

—¿Bien?

—Nada bien —contestó Vanessa, apretando los labios—. Tiene líquido en los conductos bronquiales; no sé lo suficiente como para decir si ya ha llegado a sus pulmones; pero tenemos que encontrar un refugio para ella en poco tiempo. Roguemos para que lo que encontremos sea realmente un refugio.

Y yo que no quería que Vanessa viniera. ¿Qué hubiéramos hecho sin ella?

Rápidamente, contaron lo que habían descubierto, ensillaron los caballos y cargaron las caprinas y las unieron con una soga. Cholayna, que se despertó pronto de su sueño,

protestó diciendo que podía caminar como las demás, pero todas insistieron en que montara. Magda tomó las riendas del caballo y todas se pusieron en marcha hacia arriba. Al menos en el primer tramo, no era necesario que se ataran.

Pero no muchos metros más arriba del sitio en el que habían acampado después del alud, las rocas y el hielo estaban tan sueltos que Vanessa insistió en que buscaran las cuerdas y se ataran.

—Lo siento, Cholayna, tendrás que desmontar. No confío en ningún caballo en este terreno. Si pudieras montar una caprina...

—No hay ninguna necesidad.

No obstante, Cholayna se aferró a la cincha de una caprina para avanzar; era la hembra más vieja, el animal más dócil y, aunque baló inquieta, no protestó cuando Cholayna se apoyó en ella con todo su peso.

Las otras caprinas siguieron a su líder y también los caballos tuvieron que decidir el camino que seguirían por su cuenta, entre el hielo y las rocas.

Magda sabía que sería un milagro que todos los animales llegaran ilesos. En una ocasión Camilla resbaló y sólo la soga la salvó de rodar por la ladera rocosa; se incorporó maldiciendo por lo bajo en un idioma que Magda apenas comprendió.

—¿Te hiciste daño, Camilla?

—Es sólo un golpe.

Cojeaba pero allí no se podía hacer nada al respecto. Lentamente, ascendieron con dificultad la prolongada cuesta, bajo el cielo lleno de ominosas nubes de nieve. Era una marcha lenta, difícil; Magda, que ya había recorrido ese camino una vez, sentía que sus piernas ya no la sostenían y escuchaba su propia respiración, haciéndose cada vez más profunda y siseante al inhalar y expirar. Le latía la cabeza y le dolían los oídos, pero ya no sentía nada en el rostro. Se cubrió la nariz con la bufanda, una máscara improvisada, pero el cálido aliento se condensaba y se congelaba, por lo que pronto tuvo el rostro cubierto por una máscara de hielo.

Su mundo se redujo a eso: un paso, después otro. Sin embargo, más allá del círculo limitado por el sonido de su propia respiración, era consciente de alguna manera de sus compañeras: podía sentir el aguijón de dolor en la pierna lastimada de Jaelle, la puñalada del pie de Camilla cada vez que su amiga lo apoyaba sabía que el tobillo que Vanessa se había lastimado antes todavía le dolía con este frío, sentía el dolor sordo que invadía el pecho de Cholayna. Luchó por dejar todo eso fuera, sabiendo que no podía hacer nada por las otras, salvo conservar sus propias fuerzas para que no tuvieran que ayudarla. Sabía que Vanessa lloraba silenciosamente de cansancio y de dolor. Ella también había recorrido una vez este camino ese mismo día.

Sólo un paso y, luego, otro. Nada más que eso.

Fue una larga pesadilla. Habían estado escalando eternamente y seguirían eternamente.

Daré diez pasos más, pactó consigo misma, y *luego, abandonaré.*

Y después de esos diez pasos:

Daré diez pasos más, sólo diez más, no voy a pensar más allá.

Así, podía arreglarse, dividiendo el trayecto en pequeños tramos, cuidándose de no pensar más allá:

... siete, ocho, nueve, diez pasos; después, me echaré y no volveré a incorporarme...

—Magda.

Era la voz de Vanessa, muy suave.

—¿Puedes ayudar a Cholayna?

Alzó la vista, más allá del círculo de su propia preocupación, y vio que Cholayna había soltado las riendas de la caprina y se había hundido en la nieve. Vanessa luchaba con uno de los caballos para hacerlo cruzar los desechos y, con una parte de su cerebro, Magda se preguntó para qué se tomaría la molestia, mientras la otra parte de sí misma sabía que si perdían otro caballo más nunca llegarían a la aldea que habían avistado.

Fue junto a Cholayna y la tomó del brazo.

—Te ayudaré. Apóyate en mí.

El rostro de Cholayna era una mezcla de crema y de trozos pálidos por el congelamiento, moteándole la piel oscura, y tenía los ojos enrojecidos y hundidos en sus cuencas. En el pelo tenía hielo. Su voz era tan sólo un ronco murmullo.

—Nunca lo lograré. Sólo estoy retrasándoos. Se-

guid. Dejadme aquí. Todas podéis cruzar; pero yo estoy lista, acabada.

Magda pudo sentir, dentro de su propia mente, la profundidad del cansancio y la desesperación de Cholayna y los combatió para que no se volvieran también parte de sí misma.

—Solamente estás cansada. Apóyate en mí.

Se agachó para pasar un brazo por los hombros de Cholayna. Una parte de ella estaba furiosa, pues apenas tenía fuerzas para sí misma, pero otra parte sabía que era la lucha decisiva.

—Mira, nos falta muy poco para la cumbre, desde allí podrás cabalgar.

—Magda, no puedo... no puedo. Creo que me estoy muriendo...

Y, por un momento, Magda, al mirar a Cholayna, lo creyó; casi le soltó la mano... pero después algo, la furia, una súbita oleada de adrenalina, la inundó de ira.

—¡Maldición, no te atrevas a decirme eso! ¡Nos forzaste a que te permitiéramos venir cuando te dije que no podrías viajar más allá de Nevarsin y no nos permitiste que te mandáramos de regreso! ¡Ahora levanta tu terco y viejo trasero de la nieve o te patearé con todas mis fuerzas para que te levantes! Tienes que hacerlo, no tengo fuerzas para llevarte y las otras están peor que yo... ¡Levántate, maldita sea!

Se oyó a sí misma casi con incredulidad. Pero estaba tan invadida por la ira que llegó a alzar el brazo para golpear a Cholayna.

La respiración de Cholayna silbó durante un momento y, luego, la mujer se movió, con cansancio. Magda le tendió la mano y Cholayna se incorporó, aferrándose por un momento al brazo que Magda le tendía.

—Si tuviera fuerza yo... —Pero las palabras desaparecieron en un acceso fuerte de tos. Magda la rodeó con un brazo.

—Ven. Apóyate en mí.

—Puedo arreglarme —masculló Cholayna, obligándose a ponerse de pie sin apoyarse en Magda, echándole una mirada centelleante, con los dientes desnudos como si fuera un animal. Dio un paso vacilante, luego otro. Pero al menos caminaba. Magda volvió a rodearla con un brazo y, esta vez, Cholayna no rechazó el apoyo que le ofrecía.

Jaelle iba delante; Vanessa la seguía, luchando con los caballos. Camilla había alcanzado a las caprinas unidas por la soga y se sujetaba a una cincha como antes lo había hecho Cholayna; Magda deseó acercarse a ella y, sin embargo, sabía que Camilla, si se veía obligada, se las arreglaría sin su ayuda, pero en cambio Cholayna la necesitaba. Desde algún lugar, más abajo de donde estaban, llegó el rugir de una avalancha y la montaña tembló. Magda contuvo el aliento y Cholayna se aferró a ella, pero era mucho más abajo y cedió al cabo de un momento.

Tenemos que recorrer rápido este tramo... ¡Todo puede desmoronarse en cualquier momento!

—Mira —exclamó Jaelle bruscamente, desde un poco más arriba—. ¡Mira, Vanessa! Del otro lado de la ladera... ¡Allá arriba! ¡Luces! ¡Luces allá arriba! ¡Es el caserío marcado en el mapa! ¡Está realmente allí y lo hemos encontrado!

Magda exhaló un suspiro de alivio. Le lastimó la garganta y el aire helado quemaba en sus pulmones, pero todo había ocurrido en el momento indicado. Ahora podrían seguir adelante. Ni siquiera importaba mucho que hubiera empezado a nevar. Con Cholayna apoyada en su brazo, ascendieron dificultosamente los últimos pasos hasta la cima; todas se apiñaron allí, mirando el tenue resplandor de las luces al otro lado del valle. A partir de ese punto, el camino descendía y, al menos durante parte del trayecto, podrían cabalgar.

Mientras descendían la ladera, empezó a nevar; cabalgaban con la creciente penumbra y la nieve se hacía más espesa. Cholayna y Camilla iban a caballo; Jaelle, que guiaba a pie, con Magda y Vanessa tras ella. Después, venían los caballos y las caprinas, tropezando en el angosto sendero descendente. Por la posición de las luces Magda advertía que estaban muy por encima del suelo del valle y esperó que hubiera un camino o una senda que condujera hasta allí. No sabía cómo le podría ir a Cholayna en otro camino de montaña.

A medida que descendían, aumentaban los árboles a la vera del sendero y, a veces, llegaban a obstruir las luces distantes. La nieve caía cada vez más densa y empezó a soplar el viento.

¿Y si no podemos llegar a la aldea con esta nieve? ¿Y si se convierte en una. cellisca? ¿Y si no quieren albergarnos o si se trata de otra aldea de ladrones como la que

encontramos después de Barrensclae?

Pero, en realidad, Magda estaba demasiado cansada para preocuparse demasiado, como para pensar más allá de esas luces acogedoras. Descendían cada vez más, protegidas de algún modo del viento feroz y de la nieve gracias a los retorcidos árboles que bordeaban el camino, y, de repente, hubo un leve aroma resinoso Magda estaba tan helada que tuvo que esperar un rato para asegurarse de que todavía tenía olfato. Bajaron más y más y, entonces, estuvo segura de que olía a humo; el distante aroma de comida, tan delicioso que la hizo lagrimear. Las luces titilaban levemente muy lejos, por encima de ellas, pero parecían demasiado cercanas para creer que estaban del otro lado del valle, como si estuvieran flotando en el aire.

Magda ya no podía ver las luces. Entonces, tropezó con el caballo de Camilla y todos los animales se apiñaron al pie de un acantilado. Estaba tan oscuro como el interior de un bolsillo.

—¿Alguien podría dar algo de luz?

Era la voz de Camilla. Cholayna estaba tosiendo. Jaelle se revolvió en la oscuridad y hubo una llama diminuta. Gradualmente, gracias a la luz, Magda empezó a comprender por qué se habían detenido tan bruscamente.

Estaban reunidas al pie de un acantilado que se erguía a pico sobre ellas. Mucho tiempo atrás, alguien había tallado peldaños en el muro, demasiado empinados, demasiado separados, para ascender; como si los diseñadores originales no hubieran sido del todo humanos.

Pero, junto a los peldaños, pendía una larga cuerda, con un mango, un pedazo de madera envuelto en una cuerda grasienta. Jaelle lanzó una rápida mirada a su alrededor, tiró del mango y todas oyeron, muy arriba, el sonido de una campana.

Durante mucho tiempo, no ocurrió nada. Al menos, estaban protegidas por el acantilado, fuera del viento, aunque el frío seguía siendo intenso y penetrante. Jaelle y Vanessa caminaban, golpeando con fuerza las rocas del suelo. Magda sabía que debería hacer lo mismo, pero no tenía la fuerza ni la voluntad necesarias para obligarse a ello. Cholayna había vuelto a toser *y* a estornudar, envuelta en su chaqueta, con una bufanda gruesa cubriéndole la cara y ahogando el siseo de su respiración. Magda se estremeció y esperó.

—¿Oyes algo, Jaelle? ¿No debería volver a tocar la campana?

—Algo. Allá arriba.

Jaelle retrocedió del muro del acantilado, esforzándose por ver algo a través de la densa oscuridad y de la nieve arremolinada. Ahora todas pudieron oír un ruido, fuerte y ronco, como de algo que raspara.

Jaelle encendió otra luz y, entonces, en el diminuto círculo de luz, atravesado por copos de nieve gruesos, apareció un pie con bota y, luego, unas piernas con pantalones y un cuerpo que parecía un conjunto de chales gruesos. Todo esto estaba coronado por un rostro semioculto por una mata de pelo blanco, enmarañado y orlado de escarcha, espeso y salvaje, que también tenía nieve sobre las espesas cejas blancas.

—Habrá que dejar las bestias aquí abajo —avisó una voz ronca en dialecto montañés—. No tenemos cómo subirlas. ¿Sois mujeres o varones, forasteros?

Y, a la luz de la llama que se extinguía, Magda vio que los ojos hundidos estaban cubiertos por un espeso velo blanco. No obstante, por un instante, consternada, Magda creyó que se trataba de la anciana que había visto en el supramundo.

—Soy Jaelle n'ha Melora, una Renunciante de la Casa del Gremio de Thendara —se presentó Jaelle— y estas cuatro mujeres son mis hermanas de Juramento. Estamos fatigadas de viajar y una de nosotras está enferma. Pedimos albergue por una noche.

—Sí, os cobijaremos durante la noche, no te preocupes. Os daríamos albergue aunque fuerais hombres, pero los hombres duermen en los establos junto a sus animales. Ésta es la ermita de Avarra, hijas. Los hombres están malditos si tratan de entrar, pero vosotras podéis venir y dormir tranquilas. Esperad.

Dirigió la cabeza hacia arriba y emitió una estridente llamada que resonó largo tiempo en la atmósfera colmada de nieve.

Durante un minuto, Magda creyó que se trataba de alguna palabra de su casi incomprensible dialecto, pero después advirtió que se trataba de una señal. Fue seguida de un ruido de algo que raspaba y, después, en la soga, balanceándose de lado a lado,

descendió una forma oscura. Al cabo de un rato, Magda vio que era una gran canasta, pesada, hecha de algo semejante al mimbre, que daba topetazos contra el muro del acantilado mientras descendía.

La mujer ciega indicó con un gesto.

—Subid, muchachas. Nosotras nos ocuparemos de llevar las bestias al establo.

Y, cuando la canasta llegó abajo, Magda pudo ver dentro de ella la figura esbelta de lo que parecía un adolescente, pero que sería probablemente una muchacha, envuelta en prendas informes como las de la mujer.

Camilla preguntó:

—¿No debería quedarme con los caballos?

La ciega giró rápidamente la cabeza al escuchar su voz, luego se acercó y palpó la cabeza y los hombros de Camilla y, después su cuerpo.

—Eh, tú, ¿eres una mujer? Tus manos son más bien adecuadas para la espada y no tienes pechos...

Eso respondía a una pregunta, pensó Magda desapasionadamente: ésta no era la ciudad oculta de las Hechiceras; esta mujer no tenía *laran.* Le ardía la garganta por la humillación de Camilla, pero su amiga respondió con calma:

—Soy *emmasca,* vieja madre, y me convertí en eso cuando era una muchacha. Sin embargo, nací mujer y
sigo siéndolo. ¿Hay alguna ley en este sitio que impida que una mujer empuñe una espada?

—Mmmmffff.

Era un sonido intraducible; Magda no sabía si expresaba desdén o simple aceptación. La ciega permaneció inmóvil, con las manos sobre los hombros de Camilla. Después, dijo:

—No, no, la que está arriba te *juzgará,* yo no soy nadie para hacerlo. Subid.

Señaló la canasta; la joven bajó y la inclinó para que Camilla, seguida de las otras, entrara en ella. La ciega sostuvo a Cholayna con ambas manos mientras la mujer subía temblorosamente; después, volvió a lanzar su estridente aviso. Desde arriba llegó una respuesta similar y la canasta empezó a ascender.

Durante la terrible subida, con balanceos y topetazos, más y más arriba con rechinantes poleas en lo alto, invisibles en la oscuridad, la cuerda oscilaba y la canasta golpeaba sordamente contra la pared del acantilado, rebotando para continuar el lento y crujiente ascenso. El viento la sacudía, haciéndola describir vertiginosos giros a cada momento. Cholayna espió por encima del borde con abierta curiosidad, tratando de traspasar la oscuridad, pero Magda se aferró con ambas manos al borde de la canasta y se tapó los ojos con la capa.

Cholayna murmuró:

—¡Fascinante!

Magda advirtió, sorprendida, que, aunque la terrana todavía respiraba con dificultad y su voz era débil y temblorosa, había recuperado la curiosidad y el interés por lo que ocurría a su alrededor. Susurró en dirección a Magda:

—¿Crees que ésta es la Ciudad de las Hechiceras?

Magda le respondió también en susurros:

—No lo creo. —Y le explicó por qué.

—Pero la vieja ciega es tan sólo una especie de portera o algo así. Las personas del interior pueden ser completamente diferentes —murmuró Jaelle.

Magda no respondió. El movimiento de la canasta la hacía sentirse descompuesta.

¿A qué altura estará este lugar, en cualquier caso?, se preguntó. Le parecía que había estado ascendiendo lenta y dificultosamente al menos durante media hora, aunque sabía, con todo realismo, que no podía estar tan alto.

La próxima vez que me ofrezca, voluntariamente a hacer un viaje por las montañas, se dijo, *trataré de recordar que sufro acrofobia.*

Pero incluso este trayecto aparentemente eterno, con balanceos y topetazos, acabó finalmente. Aparecieron luces; en general rústicas antorchas de alquitrán, que centelleaban, humeaban y olían hasta el cielo. Las sostenían unas mujeres, casi todas vestidas con rústicas faldas y chales, con el cabello enmarañado y descuidado.

—Si éstas son las elegidas de la Diosa —observó Vanessa en terrano estándar, para que nadie que la escuchara pudiera comprenderla—, no tengo gran opinión de ellas. Nunca vi una pandilla tan sucia.

Magda se encogió de hombros.

—Aquí no hay mucho combustible ni agua para lavarse. Lo primero que hicieron en la aldea de los ladrones fue ofrecernos un baño, y no podemos juzgar por eso.

Un par de mujeres sujetaron la canasta para que sus ocupantes pudieran salir de ella. Magda agradeció la oscuridad reinante, que le permitía no ver la larga y abismal caída por donde habían venido.

—Sed bienvenidas a la casa sagrada de la Diosa —saludó una de ellas en su bárbaro dialecto—. Que la Señora os proteja. Entrad y refugiaos de la nieve y del viento.

Rodeándolas, las guiaron por un largo y empinado sendero empedrado, hasta un grupo de edificios. El silbido de la tormenta soplaba entre los edificios y aullaba en las esquinas, pero allí estaban a cubierto de la nieve que caía y del viento aullante. Magda recordó haber visto el grupo de piedras grises desde lejos, preguntándose por el tamaño que tendrían; en realidad, tampoco tenían escala humana, al igual que los peldaños por los que había bajado la ciega en medio de la oscuridad de la tormenta.

Las guías las condujeron por una especie de corredor situado entre dos de los inmensos edificios y, bruscamente, traspusieron una puerta enorme y entraron a una habitación en la que ardía un fuego, un fuego diminuto en una enorme chimenea que apenas si alumbraba los inmensos espacios oscuros y los rincones de la habitación.

Cerca del fuego, una oscura figura envuelta en rústicos chales y velos estaba acurrucada. Las mujeres que las guiaban las empujaron hacia delante.

—*Kiya* —dijo una, utilizando la palabra de cortesía que se aplicaba a cualquier pariente femenina de la generación de una madre y que usualmente significaba, en el contexto, algo así como tía o madre adoptiva—. Son extranjeras y una de ellas está enferma y espera tu bendición.

La mujer que estaba ante el fuego se incorporó y, con lentitud, se quitó la capucha que le ocultaba el rostro. Era una mujer alta, vieja, de rostro atezado, con ojos muy separados debajo de cejas grises y delgadas, y paseó lentamente la mirada de una a otra de ellas.

—Buenas noches, hermanas —saludó al fin. Hablaba en el mismo dialecto montañés que las otras, pero más lentamente, como si el lenguaje no le resultara familiar. Sin embargo, la pronunciación era más clara y menos salvaje—. Esta es la sagrada casa de Avarra, donde
vivimos en reclusión en pos de Su bendición. Damos refugio a todas las mujeres que lo necesiten, pues benditas son las que comparten nuestra búsqueda. ¿Qué podemos ofreceros esta noche?

Tenía una voz profunda de contralto, tan profunda que casi no parecía una voz de mujer.

Jaelle respondió:

—Buscamos refugio de la tormenta; y una de nosotras está enferma.

La mujer volvió a mirarlas una por una. Cholayna tosía y la anciana le indicó con un gesto que se acercara; pero Cholayna parecía demasiado débil y aletargada como para ver la señal y más aún para obedecerla, de modo que fue la mujer quien se aproximó a ella.

—¿Qué te duele, hermana? —Pero no aguardó la respuesta—. Se advierte por tu tos; eres de las tierras bajas y el aire de la montaña entorpece tu respiración. ¿Es eso?

Se aproximó y abrió la chaqueta de Cholayna, posando su cabeza gris en el pecho de la otra. Escuchó un momento y, luego, agregó:

—Podemos curarte, pero no podrás viajar por unos cuantos días.

Luego hizo un gesto a Vanessa.

—Y tú tienes los dedos congelados y, probablemente, también los pies. Mis hermanas os llevarán sopa caliente y agua caliente y os mostrarán el lugar donde podréis dormir seguras y secas.

Sus ojos se posaron en Jaelle y parecieron encenderse con súbito interés.

—¿Tu nombre, hija?

—Soy Jaelle n'ha Melora...

—No, tu nombre verdadero. Una vez, esta que te habla vivió en las tierras bajas y sabe bien que una Renunciante se llama como quiere. Tu nombre de nacimiento, *chiya.*

—Mi madre fue Melora Aillard. No reconozco a mi padre; ¿acaso soy un caballo de carrera para que se me juzgue por mi padre y por mi madre?

—Suficiente, muchacha, te juzgaremos por menos que eso. Llevas la sangre Comyn en

la cara, como un estandarte.

—Si me reconoces como Renunciante, vieja madre, has de saber que he renunciado a esa herencia.

—¿Renunciar a los ojos que llevas en la cara, hija? Comyn eres, y tienes *donas* —utilizó la palabra arcaica que significaba don, en vez del término más común, *laran*— de esa encumbrada casa. ¿Y tu hermano-hermana? —Hizo un gesto hacia Camilla—. ¿Por qué transgredir las leyes de tu clan, media-mujer? —Las palabras fueron penetrantes, pero por algún motivo no sonaron ofensivas, tal como en el caso de la pregunta de la portera ciega—. ¿Confiarás a esta vieja tu nombre de nacimiento, Renunciante?

Miró a Camilla directamente a los ojos.

—Hace muchos años —manifestó Camilla—, juré que nunca volvería a pronunciar el nombre de aquellos que renunciaron a mí mucho antes de que yo renunciara a ellos. Pero eso fue hace mucho tiempo y en otro país. Mi madre era del Dominio Aillard y, en la infancia, llevé el nombre de Elorie Lindir. Pero Alaric Lindir no me engendró.

Magda apenas si consiguió ahogar una exclamación. Ni a ella ni a la madre Lauria, Camilla les había dicho jamás ese nombre. Que lo hubiera hecho ahora revelaba un cambio tan profundo y abrumador que Magda no podía siquiera imaginar su significado.

—¿Y tienes *donas* del clan Hastur?

—Puede ser —murmuró Camilla—. No lo sé.

—Bienvenidas sois a esta casa, hijas. —La mujer alta inclinó cortésmente la cabeza—. Llegará el momento en que vuelva a hablar con vosotras, pero esta noche lo que necesitáis es comida y descanso. Haced-me saber qué otra cosa necesitáis.

Hizo un gesto a las mujeres que las habían conducido hasta allí y les dio una serie de instrucciones en voz baja, hablando en su peculiar dialecto. Pero Cholayna se tambaleó, apoyándose en Magda, quien no pudo escuchar lo que la otra mujer había dicho.

—Venid con nosotras —las invitó una de las mujeres, y las condujeron nuevamente a través de aquellos corredores con corrientes de aire hasta llegar a un viejo edificio lleno de ecos, espacioso, vacío, con suelo y paredes de piedra, con nidos de pájaros en los rincones altos y pequeños roedores que corrían entre la paja que habían puesto en el suelo para conservar más calor. Los únicos muebles eran algunos viejos bancos de piedra tallada y una enorme chimenea, que no era en realidad más que una tarima de piedra. Una de las mujeres desarrapadas encendió un fuego y, luego, una antorcha.

—Aquí estáis seguras y abrigadas —les dijo en su crudo dialecto, haciendo al mismo tiempo un gesto asombrosamente formal—. Traeremos sopa para la cena y medicinas para los pies congelados y para la enferma.

Se marcharon, dejándolas solas.

—Son más generosas en cuanto al fuego con nosotras que con esa mujer vieja, su sacerdotisa o lo que sea —comentó Vanessa.

—Por supuesto —afirmó Jaelle—, son montañesas: la hospitalidad es un deber sagrado para ellas. La anciana que nos dio la bienvenida probablemente ha hecho votos de austeridad; pero a nosotras nos darán lo mejor que tengan, así sea una manta mohosa y un poco de potaje.

—Jaelle, ¿quiénes son estas personas? —preguntó Vanessa.

—No tengo la menor idea. Sean quienes fueren, nos han salvado la vida esta noche. Si alguien me dijera que Avarra, o la Hermandad, nos ha guiado hasta ellas, yo no lo discutiría.

Miró a su alrededor y vio que Cholayna se había derrumbado sobre uno de los bancos.

—Vanessa, trae el botiquín. —Y después vaciló, mirando intensamente a Vanessa, que estaba acurrucada en otro de los bancos, con gesto de dolor.

—¿Puedes caminar?

—Más o menos. Pero creo que se me han congelado los pies —confesó Vanessa. Sus palabras sonaban como una disculpa—. No me duelen, no demasiado; pero...

Apretó los labios, y Jaelle dijo rápidamente:

—Será mejor que te quites las botas y que te cuides los pies tan pronto puedas. ¿Cómo es que te ha ocurrido eso?

—Creo que debo haberme hecho un agujero en las botas... Me las corté con las rocas —explicó Vanessa mientras Jaelle le ayudaba a descalzarse—. Sí... Ahí, ¿lo ves?

Jaelle sacudió la cabeza ante la vista de los fríos y blancos dedos de los pies.

—Dijeron que nos traerían agua caliente en unos minutos. Ve cerca del fuego, pero no demasiado. No, no te los frotes, lastimarás la piel. El agua caliente será mejor.

Miró a su alrededor, echando un vistazo a Cholayna, derrumbada y ausente sobre el banco de piedra, a Camilla, que se quitaba cuidadosamente una bota y que acabó por cortarla con su cuchillo.

—¿Cuántas de nosotras estamos en malas condiciones? Probablemente, Cholayna sea la que está peor —dijo Jaelle—. Magda quizá tú seas una de las que está en mejores condiciones en este momento. Métela en el saco de dormir; tan cerca del fuego como sea posible.

La anciana dijo que nos enviaría medicinas, agua caliente y sopa caliente; y todo eso nos vendrá sin duda muy bien.

—Ahora bien, de esa mujer... Estoy dispuesta a creer que ella *sí* es una *leronis* —declaró Camilla, terminando de cortarse la bota para mostrar un pie espantosamente hinchado, con llagas púrpura y trozos muy blancos. Magda levantó la vista y la vio, consternada, deseó acercarse a atenderla, pero en ese momento Cholayna estaba peor, semiconsciente y con la frente muy caliente, como Magda pudo advertir al tocarla. Cuando lo hizo, Cholayna masculló:

—Estoy bien. Sólo quiero descansar un poco. Hace mucho frío aquí —se estremeció intensamente.

—Te calentaremos en pocos minutos —la animó Magda suavemente—. Veamos, déjame quitarte la chaqueta...

—No, no quiero, tengo frío... —se resistió Cholayna.

—Déjatela puesta, entonces, pero te quitaremos las botas.

Magda acostó a Cholayna en el saco de dormir y se agachó para ayudarla a descalzarse. Cholayna intentó protestar, pero la debilidad la invadió; se acostó, apenas consciente, y permitió que Magda le quitara las botas y algo de ropa y que la envolviera con las mantas.

—La sopa caliente y un poco de ese té de espino negro la mejoraran, Si es que no podemos conseguir nada mejor —dijo Magda.

No confesó su verdadero temor, que era que Cholayna estuviera en las primeras etapas de una neumonía.

—¿ Qué otras heridas tenemos ? Jaelle, esa pierna que te lastimaste cuando Dancer cayó... Has estado caminando. ¿Cómo está? No, déjame verla inmediatamente.

Jaelle tenía el tobillo lastimado y sangrante, pero no parecía haber fractura. Sin embargo, no era probable que pudiera caminar normalmente durante algunos días; ya había forzado excesivamente los músculos y los tendones afectados. Además, estaban los pies congelados de Vanessa, quien también tenía manchones blancos en las manos. El pie de Camilla estaba hinchado y herido; Magda sospechó que se había fracturado uno o dos de los huesos pequeños del pie.

La misma Magda tenía un par de manchas de congelamiento en el rostro; pero, aunque le chorreaba la nariz y le ardía y sentía que debía acostarse y dormir tres días seguidos, parecía ser la única que no sufría ninguna enfermedad ni herida por el momento.

En ese momento, la puerta se abrió con un crujido. El sonido distante de la nieve y del viento se escuchó en la habitación mientras entraban un par de mujeres que traían dos grandes calderos de agua, con recipientes, marmitas y vendas, y una tercera las seguía con una enorme marmita de sopa humeante, que rápidamente colgó encima del fuego. Sonrieron a las forasteras con timidez, pero no hablaron y se marcharon de inmediato, ignorando el intento que hizo Magda de agradecérselo, utilizando lo poco que sabía del dialecto montañés.

Magda, que era la única que podía caminar bien, se ocupó de buscar los jarros en las alforjas y sirvió la sopa: primero a Jaelle, Camilla y Vanessa; después, sumergió los pies de Vanessa en un cazo con agua caliente. A esta altura, recordó, el agua hervía a una temperatura tolerable para la piel congelada.

—Esto te va a doler. Pero sopórtalo, pues si no...

—Podría perder los dedos de los pies e, incluso, los de las manos. Me pasé tres años aprendiendo todo acerca de la enfermedad de altura y sus heridas, allá en Alfa, Margali; así que sé lo que está en juego. Créeme.

Tomó un poco de sopa, sosteniendo el jarro con su

mano ilesa —tenía la otra dentro del agua caliente— y Magda vio que la mandíbula se le tensaba por el dolor; pero Vanessa dijo, con supuesto buen humor:

—Una sopa condenadamente buena. Me pregunto con qué la habrán hecho...

—Quizá sea mejor no preguntarlo —comentó Camilla—. Probablemente con conejo del hielo, que es la única caza que hay a esta altura; a menos que alguien haya inventado la manera de cocinar una *banshee.*

Magda sostuvo la cabeza de Cholayna y trató de lograr que tragara un poco de sopa caliente, pero la mujer ya estaba inconsciente y su respiración raspaba tanto, al pasarle por la garganta, que Magda tuvo un momento de pánico, mientras se preguntaba si Cholayna no estaría muriéndose.

—Si de verdad tiene neumonía —observó Vanessa tan rápidamente que Magda no pudo sino pensar que estaba leyéndole los pensamientos—, hay algunos antibióticos de amplio espectro en el botiquín. Alcánzamelo... en este momento no puedo moverme. —Buscó entre los frascos y las cápsulas—. Aquí están. Esto le hará bien. No creo que pueda tragar, pero hay una jeringuilla de urgencia que puede aplicarse sin tener ningún conocimiento médico especial...

Pero antes de que Magda pudiera cargar la jeringuilla la puerta volvió a abrirse y entró la mujer que les había dado la bienvenida, custodiada por otras dos mujeres más jóvenes, de actitud reverente.

A la tenue luz del fuego, parecía responder a la idea que cualquiera pudiera tener de una bruja; pero no, pensó Magda, a la más común idea terrana de una bruja: un poco más vieja, más arcaica y benevolente, respondía más bien a una madre de las cavernas de la especie humana, a la antigua hechicera, a la sacerdotisa que regía el clan en el tiempo en que «madre» significaba al mismo tiempo abuela, antecesora, reina, diosa.

Las arrugas que le surcaban el rostro, el brillo de los ojos hundidos bajo el desorden enmarañado de su pelo blanco, le conferían aspecto de sabiduría, y su sonrisa resultaba consoladora.

Con ostensible deliberación se dirigió hacia Cholayna y se acuclilló junto a ella. De un modo marginal, Magda se dio cuenta de que la mujer era la primera persona, durante el viaje, que no había mostrado ni la menor sorpresa al ver la piel oscura de Cholayna. La anciana puso su mano en la frente ardiente, se inclinó para escuchar la respiración y, después, alzó la vista y miró a Magda, quien se había arrodillado junto a ella, con expresión de ansiedad. Le dirigió una sonrisa amplia y, según Magda advirtió, casi desdentada; pero cuando habló lo hizo con una voz tan suave que Magda sintió deseos de llorar.

—Tu amiga tiene fiebre por la enfermedad de los pulmones; pero no temas, *chiya,* podemos ayudarla. Sírvete un poco de sopa, has estado tan ocupada atendiendo los malestares de las otras que te has olvidado de los tuyos. Yo estoy aquí ahora, ve a comer.

A Magda le ardían los ojos, pero dijo:

—Estaba a punto de darle una medicina, vieja madre... —utilizó el título con la inflexión más respetuosa— después iré a comer.

—No, no, esto le irá mejor que tu medicina extranjera, hay muchos viajeros que padecen aquí la enfermedad de los pulmones; esto la ayudará más.

De entre las ropas que la envolvían, extrajo un pequeño tubo y una antigua cuchara de madera.

Rápidamente, alzó la cabeza de Cholayna, le abrió la boca y vertió una dosis entre sus labios.

—Ve a comer —se lo repitió con amabilidad, pero con tanta autoridad que Magda reaccionó como una niña regañada; fue rápidamente hasta la gran marmita y se sirvió un jarro de sopa. Se sentó en el banco, junto a
Vanessa, y se llevó la sopa a la boca. Tenía un gusto maravilloso, estaba caliente y rica y era reconfortante, aunque no supiesen de qué estaba hecha.

—No me importa si la hicieron con *banshees* —comentó en voz baja.

Vanessa susurró:

—Magda, ¿deberíamos permitir que esa vieja mujer de alguna tribu le dé a Cholayna Dios sabe qué clase de remedios folklóricos sin que preguntemos siquiera qué son?

—No podrían sobrevivir en un sitio como éste si no supieran lo que hacen —le respondió Magda, también en un susurro—. En cualquier caso, le tengo confianza.

Se volvió para ver qué estaba haciendo ahora la anciana: con sus dos asistentes, incorporaban a Cholayna, apoyándola en unos grandes pedruscos, de manera que quedara semisentada, y extendían mantas sobre ella, formando una especie de carpa rústica, debajo de la que introdujeron uno de los cazos humeantes, mientras una de ellas trasladaba un brasero ardiente has*ta situarlo debajo* del *cazo, para construir una carpa* de vapor improvisada. A Magda le pareció que, entre el vapor y la droga desconocida que le había administrado la anciana, Cholayna respiraba ya con mayor facilidad.

La mujer tomó una vara del fuego y, con la punta en llamas, encendió una vela curiosamente coloreada; cuando empezó a arder, un olor fuerte, astringente y penetrante se esparció por la habitación.

Después, se encaminó al lugar donde Magda se encontraba junto a Vanessa, controló el recipiente de agua caliente, en el que esta última remojaba los pies, y asintió con un movimiento de cabeza.

—Las hijas te han traído vendas y medicinas; cuando la piel esté completamente rosada, véndate y ponte
antes este ungüento. Úsalo también para las magulladuras. —Se detuvo junto a Jaelle y Camilla—. Ayudará a que la piel se cure con limpieza. En cuanto a tu amiga... —hizo un gesto en dirección a Cholayna— mientras la vela arda, debes mantener el agua hirviendo, para que respire ese vapor caliente; y aquí hay más hierbas para poner en el agua. La vela le permitirá respirar con mayor facilidad. Cuando se extinga dale otra cucharada de esto —sacó la botellita y la cuchara— y déjala dormir bien abrigada. Duerme tú también, ahora ella empezará a mejorar.

Durante un breve momento, escrutó el rostro de Magda, como si algo que hubiera visto allí la intrigara; luego se irguió y les dijo a todas, incluyendo también a la semiconsciente Cholayna:

—Que Avarra os bendiga, esta noche y siempre. —Y se marchó.

Vanessa hizo girar la botellita entre sus dedos, estudiándola. Era de grueso vidrio verdoso, con muchas fallas. Le quitó el tapón de piedra y olió el fuerte aroma a hierbas.

—Obviamente, se trata de un poderoso descongestivo. Mira, Cholayna ya respira mejor. Y la carpa de vapor viene a ser *más o menos lo mismo. Con* respecto a la vela, no sabría decirlo; pero también parece que facilitara la respiración.

—¿Cómo están tus pies? —preguntó Magda.

Vanessa hizo una mueca de dolor, pero fue sólo un momento.

—El agua caliente hace milagros. Tuve suerte. Esta vez.

Magda, que había sufrido congelamiento en las Kilghard Hills, muchas veces durante sus viajes, y que conocía el terrible dolor que se sentía cuando se recuperaba la circulación, entendió perfectamente lo que Vanessa le decía.

—No olvides ponerte el ungüento que te dio, cuando te vendes.

—Gracias. Pero creo que seguiré con los antibióticos del botiquín.

—Yo he tenido experiencia con ambas cosas —decidió Jaelle tomando la pequeña jarra que había dejado la mujer— y creo que usaré esto. Magda, tú que estás levantada... ¿quieres alcanzarme otro jarro de sopa?

Y cuando Magda fue a buscársela, Jaelle agregó:

—Las sacerdotisas de Avarra son legendarias; según Kindra, han sido curadoras durante siglos y tienen una larga tradición dentro de las artes curativas. Además, algunas de ellas tienen *laran.*

Y, como si eso le hubiera recordado la sorprendente primera entrevista con la anciana, se volvió hacia Camilla, quien trataba de envolverse el pie con las vendas. Jaelle puso el pie de Camilla en su regazo y se ocupó del vendaje.

—¿Así que eres mi parienta, Camilla?

Camilla, muy suavemente y para asombro de Magda, habló casi en el mismo dialecto montañés:

—¿Realmente no lo sabías, *cbiya?*

Jaelle sacudió negativamente la cabeza.

—Una vez Rohana me dijo algo que me hizo sospechar, aunque no creo que ella supiera que se trataba de ti. Sólo dijo que una hija de Aillard había... había desaparecido en circunstancias sospechosas...

—Oh, sí—confirmó Camilla, con tono sombrío—, el destino de Elorie Lindir fue un

escándalo durante por lo menos medio año en las Kilghard Hills, hasta que tuvieron otra cosa de qué ocuparse: alguna otra pobre muchacha violada y olvidada o algún otro Lord Hastur que reconocía a otro bastardo... Por qué crees que viví tanto tiempo como un hombre, sino porque estaba harta de los chismorreos de las damas recluidas en sus casas... Rohana no es tan mala como la mayoría,
pero esa nieve se derritió hace ya veinte inviernos. Olvídalo, Shaya.

—También eres parienta de Rohana, Camilla —le recordó Jaelle. Luego, extendió la mano hacia Magda y agregó—: Aborrezco darte tantas órdenes, pero tú puedes caminar y yo no. ¿Puedes alcanzarme un par de alfileres de mi bolsa?

—No te preocupes, *breda* —la tranquilizó Magda.

Buscó los alfileres entre las pertenencias y se los alcanzó a Jaelle, quien los usó para fijar el vendaje de Camilla y, luego, alzó su propia pierna lastimada, poniéndola sobre el banco.

—¿Me vendáis alguna de vosotras, por favor?

Magda puso la pierna en su regazo y empezó a untar la piel lacerada con el ungüento de hierbas que había dejado la anciana.

Súbitamente, Camilla dijo con un velado tono violento:

—¡Reclamaré mi relación de parentesco con Lady Rohana cuando ella también lo haga!

Se puso de pie y probó a apoyar el pie herido, hizo un gesto de dolor y fue a extender su saco de dormir ante el fuego.

—¿Me quedo despierta para atender el vapor de Cholayna, o lo hará alguna otra? —Su tono de voz, llano e impersonal, acababa definitivamente con la conversación.

—Yo lo haré —se ofreció Magda, pero Jaelle negó con la cabeza.

—Tú has estado cuidándonos todo el día. Vete a dormir, Magda, yo la cuidaré ahora. Cuando esa vela se extinga, y sólo puede tardar una o dos horas, también yo podré dormir. Al menos, no debemos montar guardia todo el tiempo; aquí estamos bajo la protección de Avarra, que además es la protectora de todas las Renunciantes.

Magda quiso protestar, pero los ojos parecían cerrársele por su cuenta. Asintió y extendió su saco de dormir junto al de Camilla. El fuego ardía bajo; se podía oír fuera el siseo de la nieve que caía, el viento que aullaba como diez mil demonios alrededor de los viejos edificios.

A punto de dormirse, con la cabeza de Camilla apoyada en su hombro, pensó una vez más cuan poco conocía a esta mujer a quien amaba. Las asombrosas palabras todavía resonaban en su cabeza.

Mi madre era del clan Aillard, pero yo nací con el nombre de Elorie Lindir.

¿Y *tienes* donas *de los Hastur?* Y la respuesta aún más asombrosa de Camilla: *Podría ser.*

La tormenta duró tres días.

Durante el primero, Magda hizo poco más que dormir; después del agotamiento producido por el largo viaje, por la tensión y por el miedo, su cuerpo cansado y su más cansada mente exigían descanso y, durante una noche y un día y casi toda otra noche, se pasó las horas dormida o en un estado de somnolencia, levantándose solamente para comer o beber. Todas estaban en un estado similar.

—Al principio, creíamos que tú también habías contraído fiebre pulmonar —le contó Camilla más tarde—, pero la vieja *leronis* dijo que no, que sólo era agotamiento y frío. Y, alabada sea la Diosa, estaba en lo cierto.

Esa mañana, Magda había tenido la energía suficiente para lavarse (en una helada bomba de interior, de donde el agua salía casi congelada), cambiarse la ropa interior y las medias y cepillarse el pelo.

—¿Cómo está Cholayna esta mañana? —preguntó.

—Mejor. Le ha bajado la fiebre y ha tomado un poco de sopa. Todavía está muy enferma, pero respira con mayor facilidad. Y me habló en *cahuenga,* lo que significa que al menos sabe quién soy. Qué alivio, des-
pues de las dos últimas noches; ¡se las pasó hablando en una lengua que nadie podía

comprender, y tampoco
nos reconocía!

—¿Cómo están las otras?

—Jaelle ha bajado al acantilado. ¡Con esta tormenta! Todo, para asegurarse de que los animales están bien. No es que no confíe en estas mujeres; creo que quería hacer ejercicio.

Camilla soltó una risita y Magda se rió débilmente con ella. Jaelle siempre se cansaba rápidamente de la inactividad.

—¿Y Vanessa?

Camilla hizo un gesto indicativo: Vanessa dormía cerca del fuego; sólo se veían unos pocos rizos de pelo oscuro que asomaban del saco de dormir.

—Todavía tiene los pies lastimados y doloridos y anoche se le cayeron dos uñas cuando se cambió los vendajes, pero tiene suerte de que no sea peor. Yo tenía los pies casi igual de mal, pero se me están curando mejor. Creo que es porque Vanessa sólo ha usado la medicina terrana, mientras que Jaelle y yo hemos usado la que nos dio la vieja *leronis.*

Magda terminó el rústico potaje, que olía a quemado, puso el cuenco a un lado y se tendió con aspecto de cansancio.

—No tengo sueño ahora, pero estoy como si me hubieran apaleado todo el cuerpo.

—Descansa entonces, *bredhiya.* Nadie puede ir a ninguna parte en medio de eso de ahí fuera.

La tormenta todavía rugía; a Magda le pareció que había rugido mientras ella dormía los últimos días.

En ese momento entró Jaelle, con la ropa cubierta de nieve y las cejas y los rizos cobrizos orlados de copos.

—¿Estás despierta, Margali? Bien. Empezaba a estar preocupada por ti. Bajé el acantilado esta mañana y volví a subir, aunque me dijeron que podía hacerlo en
la canasta, junto con las bolsas de cereal. Fue maravilloso a pesar de la nevada. Me dijeron que, cuando no nieva, desde aquí se ve hasta el pico de Nevarsin, en una dirección, y hasta el Muro Alrededor del Mundo en la otra.

Magda se preguntó cuál sería la idea que su compañera tenía de la diversión. Recordó que sólo unas semanas antes de que naciera su hija, Jaelle había insistido en acompañar a Damon a los extremos más distantes de Armida para recontar los caballos, diciendo que sabía perfectamente bien que tendría tiempo suficiente para regresar antes de que naciera su hija. Había vuelto a montar antes de que Cleindori cumpliera cuarenta días de edad. Magda, en cambio, había estado cansada y aletargada durante todo su embarazo, contenta de quedarse en casa y de permitir que Ellemir y Calista la mimaran.

Pero, antes de que hubiera tenido mucho tiempo para reflexionar, la puerta se abrió y entró la sabia anciana que las había recibido y que había traído medicinas para Cholayna. Dirigió a las mujeres una escueta inclinación de cabeza y fue directamente hacia Cholayna, junto a quien se arrodilló. Le palpó la frente y se agachó para auscultar el *corazón* y los sonidos de su respiración.

—Estás mejor esta mañana, hija.

Cholayna se despertó, miró el pelo enmarañado y las deshilachadas ropas de la anciana y se esforzó en incorporarse. Magda se acercó rápidamente, para que Cholayna viera que no estaba sola a merced de una desconocida.

Cholayna preguntó débilmente:

—¿Dónde estamos? ¿Qué ocurre?

La anciana pronunció algunas palabras tranquilizadoras, pero lo hizo en el extraño dialecto montañés y Cholayna no la comprendió.

—¿Quién eres tú? ¿Qué ocurre?

Cuando la anciana extrajo la botella y la cuchara, indicándole a Cholayna con un gesto que abriera la boca, la terrana preguntó, temblorosa:

—¿Qué es esto, qué es lo que me das? —Sacudió la cabeza, en aterrorizada negativa—. ¿Qué es esto? Magda, ayúdame, dime... ¿No hay nadie que me escuche?

En su rostro había verdadero terror y Magda, rápidamente, se arrodilló a su lado y le tomó la mano.

—Todo está bien, Cholayna, has estado muy enferma, pero ella te ha cuidado. No sé qué es lo que te da, pero te ha mejorado. Tómalo.

Cholayna abrió la boca con docilidad y tragó la medicina, pero todavía se la veía

confundida.

—¿Dónde estamos? No recuerdo cómo llegamos aquí.

Las preguntas brotaban de ella como un río, en el idioma terrano estándar; y, mientras, se debatía por sentarse y miraba perpleja a su alrededor.

Inmediatamente, Magda la tranquilizó hablando en el mismo idioma.

—Cholayna, nadie te hará daño. Estas personas han sido muy buenas con nosotras; estamos a salvo aquí...

—¿Quién es esta mujer extraña? ¿Es de la gente de Acquilara? ¿Nos siguieron hasta aquí? Creo... creo que he estado soñando; pensé que Acquilara nos había capturado, que nos había traído hasta aquí...

—Dile que no debe hablar, que se acueste, que descanse, y que se mantenga abrigada —ordenó la anciana.

Magda apoyó una mano sobre la muñeca de Cholayna, forzándola con suavidad a recostarse nuevamente en su almohada.

—No debes hablar. Acuéstate y descansa, yo te lo explicaré. Tosiendo, Cholayna se recostó. Sus ojos siguieron a las asistentas mientras éstas volvían a colocar la improvisada carpa de vapor. Escuchó las explicaciones simplificadas que le dio Magda, sin preguntar nada; Magda sospechó que, simplemente, estaba demasiado débil, por lo que aceptaba todo lo que se le dijera.

Finalmente dijo en un murmullo:

—Entonces, ¿éstas no son siervas de Acquilara? ¿Estás segura?

—Tan segura como nunca lo he estado —la tranquilizó Camilla—. Esta anciana ha venido frecuentemente para asegurarse de que tu fiebre estaba controlada. Pero, ahora, de veras, debes acostarte y descansar, no debes pensar en otra cosa más que en curarte.

Cholayna volvió a cerrar los ojos, débil, y la anciana levantó la cabeza, lanzando a Camilla una mirada centelleante.

—Se ha pronunciado un nombre prohibido en la sagrada casa de Avarra. ¿Qué tenéis que ver con ésa?

—¿Con quién? ¿Con Acquilara?

La anciana hizo un gesto de ira.

—¡Silencio! ¡Que nadie pronuncie el nombre de un mal augurio! Quien habla dijo que, cuando vuestra fatiga y vuestra enfermedad se curaran, escucharía vuestra historia. Tal vez ya haya llegado el momento de escucharla... ¿Qué hacéis en este páramo al que no viene ninguna mujer salvo en busca de la bendición de la Diosa?

—Margali te lo contará, abuela —dijo Camilla, en el dialecto montañés.

Magda se preguntó cuándo lo habría aprendido, y vio en la mente de Camilla un destello de recuerdo, un año pasado como una muchacha violada y golpeada, esclavizada en un campamento de bandidos...

—También nosotras hemos venido en busca de la bendición.

Magda halló en su memoria la noche en que había visto por primera vez la imagen de Avarra, durante aquella reunión de la Hermandad.

—Buscamos una ciudad que, se dice, está habitada por la Hermandad de las Sabias. Dos compañeras nuestras la buscaban y partieron antes. Cuando vimos estas luces en medio de las montañas, creímos que tal vez habíamos hallado el lugar y que quizá también nuestras camaradas estuvieran aquí.

—Quien habla *te* ha leído la mente y los recuerdos mientras estabas débil, nieta mía. Nosotras sólo estamos amparadas a la sombra de Sus alas, *cbiya,* no pertenecemos a la Hermandad. Sin embargo, vuestra búsqueda os hace sagradas aquí, donde tus compañeras no han venido.

La mano de la anciana se posó sobre el hombro de Magda.

—Dime, sin embargo... ¿qué ocurre con ese otro nombre que ella pronunció dos veces?

—Vino a nosotras por la noche, prometiéndonos que podría llevarnos hasta donde se encontraban nuestras camaradas.

—¿Y por qué no la seguisteis?

—Nos pareció —dijo Camilla con lentitud—, que no hallaríamos verdades en su boca y que seguir esa guía era peor que vagar sin ninguna.

—No obstante, tu compañera la nombró en su idioma desconocido...

—Cholayna le tenía miedo —la corrigió Magda con aspereza—. Léele a ella la mente

y los recuerdos, si puedes hacerlo, Anciana Madre, y verás que digo la verdad.

Jaelle le preguntó a Magda en terrano estándar:

—¿Cuál es el problema?

—Dice que Rafi y Lexie no han estado aquí. Lo que podría significar que han caído en manos de... —había empezado a decir «en manos de Acquilara», pero miró el rostro de la anciana y se interrumpió—. Temo, entonces, que las dos que buscamos hayan caído en manos de aquellas que consideramos enemigas.

La anciana paseó su mirada de una a otra, y luego habló lentamente.

—Tu amiga está mejor, pero todavía está muy enferma. Debes cuidarla todavía unos cuantos días.

Se marchó.

Camilla y Jaelle miraron a Magda y luego le preguntaron:

—Bueno, ¿qué significa todo esto?

La anciana no volvió ese día, ni el siguiente, ni el siguiente. Silenciosas asistentas venían tres veces por día a traerles comida: un rústico potaje por la *mañana y* al mediodía, una sopa espesa y nutritiva cada noche. El descanso forzoso fue bueno para todas; Magda recobró sus fuerzas, los pies congelados de Vanessa se curaron y hasta Cholayna empezó a pasar parte del día sentada.

A la quinta o sexta mañana —Magda había perdido la cuenta de los días, que se sucedían sin ningún rasgo característico que los distinguiera—, dejó de nevar y Magda se despertó por el sonido del silencio; el viento ya no aullaba en torno a los edificios. Salió afuera, a un mundo brillante en el que el sol caía sobre los tejados desde un cielo tan claro que le pareció poder ver todo un interminable paisaje de picos nevados y valles que se extendían muy abajo.

Tal vez Cholayna estuviera muy pronto en condiciones de viajar. Magda empezó a revisar mentalmente sus posesiones, buscando regalos que pudieran ofrecer a la anciana y a su Hermandad a cambio de la hospitalidad recibida. Tembló ante la idea de tener que bajar el acantilado dentro de la canasta. ¿Y cuánto más tendrían que viajar? Tal vez la anciana pudiera decirles algo de Lexie y Rafaella; al menos, parecía saber algo de la gente de Acquilara y las despreciaba.

Cholayna se había sentado esa mañana y también había llegado a comer un poco de potaje. Se la veía mejor, más saludable, había pedido agua para lavarse la cara y había buscado un cepillo para el pelo en su bolsa; pero estaba demasiado débil para permanecer sentada tanto tiempo, de modo que Vanessa se había acercado y, con el cepillo, intentaba desenredarle la mata de pelo blanco.

—Veo que te encuentras mejor —la saludó Magda, arrodillándose junto a ella, y Cholayna le dirigió una sonrisa.

—Vuelvo a sentirme medio humana, ¡al menos, puedo respirar sin sentir que mil cuchillos me atraviesen el pecho! Y, aparentemente, ha dejado de nevar. Dime, Magda, ¿cuánto tiempo hemos estado aquí?

—Cinco o seis días. En cuanto estés lo bastante bien para viajar, nos marcharemos. Creo que esta gente podría saber algo de la Ciudad. Tal vez, si se lo preguntamos de manera adecuada, nos lo digan.

—Pero ¿cuál es la manera adecuada? —preguntó Vanessa.

—Hay algo que sí sabemos —terció Camilla, uniéndose a ellas—, no están aliadas con... —se interrumpió, y Magda pudo leer en la mente de Camilla el recuerdo de la exagerada furia que había mostrado la anciana al oír pronunciar el nombre de Acquilara.

Era como si alguien que no estaba presente hablara sin palabras:

El solo nombre del mal puede invocarlo y ser utilizado como vínculo...

—No están vinculadas con aquella mujer que trató de asustarnos en Nevarsin, en la casa de Arlinda —aclaró Magda—. Sin embargo, sienten un absoluto terror hasta de su nombre; así que, evidentemente, saben lo que está ocurriendo.

—A mí también me gustaría saberlo —se quejó Vanessa—. ¡Esa anciana me pone la piel de gallina! ¡Es inhumana!

Jaelle protestó:

—Le salvó la vida a Cholayna, y tú podrías haberte quedado inválida para siempre.

¡No seas desagradecida!

—Sin embargo, entiendo lo que Vanessa quiere decir —contemporizó Camilla—. ¿No lo has advertido, Margali? No espero que Vanessa lo comprenda, porque no conoce el idioma tan bien como tú, que lo aprendiste de niña en Caer Donn. No sé si notaste que nunca dice «yo»; simplemente, se hace a un lado y habla de sí misma como si se tratara de otra persona. Yo tampoco lo comprendo.

—No sé si es posible comprender una práctica religiosa ajena —comentó reflexivamente Cholayna—. Tal vez tan sólo deberíamos agradecer que tenga buena disposición hacia nosotras.

—Pero necesitamos más que eso —afirmó Jaelle—. Hemos llegado al fin del camino. No conozco nada más allá de este punto y tampoco hay nada en los mapas. Si no nos dicen por dónde seguir, yo no tengo ni idea de hacia dónde dirigirnos.

—Y la anciana no ha venido a vernos desde hace días —observó Camilla—. Cuando pronunciaste... —otra vez vaciló— cierto nombre, aparentemente la alejaste. Había sido tan amistosa antes y, después... nada. Ni rastro de ella. —Su sonrisa fue sombría.

—Tal vez cuando descubrió que algunas teníamos *laran,* decidió que podíamos hallar el camino por nuestra cuenta.

—Pero —apuntó Magda— eso significaría que hay algo que encontrar. Y que sería posible encontrarlo a partir de este lugar.

Esa noche, cuando las asistentas entraron para armar una vez más la tienda de vapor, indicaron por señas que la terrana debía seguir durmiendo en ella, aun cuando pudiera respirar bien durante el día. Jaelle se fue con ellas para volver a ver los animales. Cuando regresó, les dijo que se acercaran.

—Dicen que mañana vendrá alguien a hablar con nosotras. Lo supongo, por lo que me dijo la ciega, quien, a propósito, se llama Rakhaila, que es Rafaella en el dialecto de los Hellers. Por lo que me dijo, hay mujeres aquí que van y vienen del... —Jaelle vaciló— del lugar que estamos buscando. Tengo la sensación de que debemos estar listas para partir sin aviso anticipado.

—Cholayna no está en condiciones de viajar todavía —protestó Vanessa.

—Ésa es otra cosa de la que tenemos que hablar. Creo que tal vez debiéramos enviar a Cholayna de regreso o dejarla aquí para que se recupere un poco más. Por algo que dijo Rakhaila, es probable que tengamos que ir más allá del Muro Alrededor del Mundo. No hay manera de que Cholayna esté en condiciones de hacer esa clase de viaje.

Cholayna dijo obstinadamente:

—Ya resolvimos este tema antes. Puedo arreglármelas. Lo haré aunque eso me mate.

—Eso es lo que tememos, vieja ruina terca —la regañó Vanessa—. ¿De qué serviría que te mataras en el viaje? ¿Acaso eso le haría algún bien a Lexie, o a ti?

Pero Magda no estaba tan segura.

—Hemos llegado hasta aquí todas juntas. No creo que esté bien abandonar a Cholayna ahora. Creo que debemos marcharnos todas juntas o ninguna. —No sabía por qué estaba tan segura.

Pero, cuando terminaron de acomodar a Cholayna para la noche, Jaelle tocó el brazo de Magda.

—*Breda,* tenemos que hablar. Ven un minuto afuera conmigo.

Salieron al largo corredor que se extendía entre los edificios. Jaelle la condujo hasta un sitio que llegaba al borde mismo del acantilado. Allí estaban las poleas y las canastas, esperando el viaje hacia abajo.

—Los peldaños no son tan malos —observó Jaelle—. Ya he bajado dos veces por allí.

—Mejor que seas tú y no yo. Bien, Jaelle, ¿te acuerdas de que en Thendara decías que querías tomarte un año para ir a las montañas? Has tenido tu aventura, ¿verdad?

Sobre sus cabezas, el cielo estaba sembrado de las estrellas de una de las raras noches claras darkovanas. Jaelle miró hacia el norte, hacia donde Magda sabía que se alzaba el Muro Alrededor del Mundo, el fin del mundo conocido de los Dominios.

—Tal vez sólo esté empezando —comentó.

Magda sonrió con indulgencia.

—Estás disfrutando de esto, ¿verdad?

Era casi una broma, pero Jaelle estaba completamente seria.

—Sí. Aunque el viaje ha sido terrible, amo cada minuto de él. Me gustaría no haberte arrastrado a esto, porque sé que tú odias...

Magda la interrumpió.

—No. —Se sorprendió al escucharse esa palabra—. No me hubiera gustado perderme... algunas partes.

El súbito sentimiento de autodeterminación y dominio cuando había hecho lo que nunca había creído que podría. Cholayna y Vanessa, amigas solamente en el limitado sentido de compañeras de trabajo; ahora, lo sabía, estaban tan próximas a ella como las hermanas que nunca había tenido. ¿Acaso hubiera querido perderse eso? Y, de una manera muy real, también era su propia búsqueda. Desde el día en que había visto por primera vez esas figuras veladas, desde que había escuchado por primera vez el graznido de los cuervos, había sabido que debería seguirlos, aun cuando su búsqueda estuviera en el techo del mundo conocido.

Por un momento sintió eso; luego su faceta práctica recuperó el dominio.

—¿Irías a esa Ciudad de las leyendas de Kindra y te quedarías allí?

—No sé si me aceptarían. Pienso que una tiene que... bueno estudiar y prepararse durante mucho tiempo primero. Parece haber una universidad de esta clase de sabiduría y yo todavía estoy en el parvulario. Pero, si decidiera intentar prepararme para ser digna de eso... O si ocurriera algo y no pudiera regresar... En un viaje como éste, basta un paso en falso... Todas nosotras hemos estado muy cerca del borde, Margali. Si yo no regresara, tú cuidarías a Cleindori por mí, ¿verdad?

Magda sonrió con suavidad.

—Tendría que ponerme en la fila para tener alguna oportunidad; después de Damon, de Ellemir y de Lady Rohana... Lo único que podría hacer por ella sería respaldarla si decidiera trabajar para los terranos y, considerando que es la heredera de Aillard, no creo que le den la opción. Pero, si lo que me preguntas es si la amaría como si fuera mi hija... ¿dudas de nuestro juramento, compañera libre?

Jaelle rozó la empuñadura del cuchillo de Magda que llevaba en el cinturón.

—Nunca, *breda.*

—Deberíamos entrar —le propuso Magda.

El gran disco violeta de Liriel subía en el cielo, casi lleno; era la más grande de las cuatro lunas. La azulada medialuna de Kyrddis pendía casi en el cénit del cielo. Las estrellas empezaban a brillar, a través de la clara palidez de la noche que caía, y un viento helado comenzaba a soplar en las cumbres, un verdadero chorro que les enmarañaba el pelo y las empujaba contra las paredes del acantilado. Magda se aferró a un muro orlado de escarcha para conservar el equilibrio. No estaba oscuro; alrededor de ellas la creciente luz de las lunas se reflejaba en la nieve.

—¿Tienes frío? Tápate un poco con mi capa. —Jaelle la envolvió y la rodeó con un brazo. Magda sonrió mientras ambas se acurrucaban bajo la capa.

Jaelle dijo con seriedad:

—Necesito hablar contigo a solas, unos pocos minutos. Me gustaría no tener que volver nunca, Magda. No me necesitan en la Torre Prohibida. Mi *laran* no es demasiado fuerte, nunca lo ha sido. Sólo soy, apenas, una monitora más o menos competente y tú, ¡una terrana!, tú eres una técnica tan poderosa como el mismo Damon. Ellos me aman, tal vez, pero no me necesitan. En un sentido verdadero, nunca he sido necesaria en ninguna parte. La gente no me necesita, no se aferra a mí como ocurre contigo. Hasta mi propia hija recurre a ti como madre, en vez de recurrir a mí; también ella ve eso, Magda, eso que hace que la gente recurra a ti. Nunca he sabido dónde ir... ni por qué.

Magda la escuchó, apenada. Desde que había conocido a Jaelle, había envidiado lo que pensó que era la seguridad de la joven, su sentido de los objetivos, la intensidad con la que se arrojaba a las cosas con una entereza que Magda nunca había tenido. Nunca se le hubiera ocurrido que los sentimientos de Jaelle fueran éstos.

—Eso no es verdad, Shaya. Eres tanto más fuerte que yo en muchas cosas. Eres más valerosa que yo. No retrocedes ni te asustas, y piensas permanentemente en todo...

—Oh... el valor. —Jaelle esbozó una sonrisa—. Damon me dijo una vez que el valor, el valor de un soldado, como el que yo tengo, sólo significa que no tengo suficiente imaginación para tener miedo. El mismo Damon admite que es un terrible cobarde, físicamente, porque tiene demasiada imaginación. Y yo tengo muy poca. Ni

imaginación ni la mitad de cerebro que tú ni la mitad de tu sensibilidad. Tal vez lo que necesite sea la clase de sabiduría que tienen ellas, estas hechiceras de la Ciudad legendaria. Soy como Camilla. Tal vez necesite ir a preguntarles por qué nací y qué debo hacer en la vida.

—A veces, también yo me he sentido así, Jaelle. Pero tenemos ataduras. Obligaciones, responsabilidades...

Inquieta, Jaelle se apartó de Magda. Caminaba por el borde mismo del acantilado de una manera que hizo que Magda se erizara. ¿Valor? ¿O falta de imaginación, sabiendo que no iba a caer, así que cuál era la necesidad de preocuparse si lo hacía?

—Oh, Margali, ¿no te das cuenta? No hay *razón* alguna para que vuelva. En cierto sentido, parece que toda mi vida ha apuntado a esto, una oportunidad de averiguar qué es lo real, qué es lo que hay bajo las superficies de la vida. Encontrarle algún sentido a todo. Tal vez estas *leronis* de la Hermandad sepan las respuestas y puedan decírmelo. O ayudarme a averiguarlo.

—O tal vez solamente dicen que pueden. Como Acquilara, para darse importancia. Y todo es un truco.

—No. ¿No ves la diferencia? Acquilara está llena de arrogancia y... nos odia, a ti y a mí, porque verdaderamente tenemos *laran* y ella no, aunque quería que pensáramos que sí. Estoy pensando... en Marisela. Ella no discute por qué ocurre la vida, no trata de convencer ni de convertir a nadie, sino que simplemente hace lo que necesita. Yo quiero saber qué es lo que sabe. La leyenda dice que, si una llega allí por su propia energía, tienen que aceptarte y, si no lo hacen, me quedaré sentada en el umbral hasta que me acepten.

La idea tenía sus atractivos: *Saber verdaderamente qué era la vida, arrojarse directamente en la fuente de la sabiduría y preguntarlo.*

Sin embargo, había otras obligaciones, deberes, responsabilidades.

—¿De veras te marcharías en pos de esa clase de sabiduría y me dejarías sola, Shaya?

—No estarías sola, Margali. No eres la clase de persona que está sola. Y, de todas maneras, tienes a Camilla...

Magda le tomó las manos con fuerza.

—Jaelle... *bredhiya,* mi amor, mi compañera libre, ¿de veras crees que es lo mismo? —El amor no era así, Magda lo sabía, no se lo podía encasillar de ese modo—. Simplemente, no puedo creer que estés celosa de Camilla y yo...

—No, hija de juramento. —Resultaba raro que Jaelle la llamara así ahora, pero era algo que recordaba uno de los muchos juramentos que se habían hecho—. Celosa nunca, no es eso. Sólo...

Jaelle le apretó las manos con fuerza; bajo el reflejo de la luz de la luna sobre la blanca nieve, su rostro aparecía muy pálido y sus grandes ojos de oscuras pestañas se mostraban sombríos en el triángulo pálido de su rostro. Por un momento, pareció que llegaba a ellas, envolviéndolas, una marejada de recuerdos.

Jaelle, mirándola como un animal atrapado, esperando el golpe del cuchillo del cazador; Magda había salvado a Jaelle de bandidos que las podrían haber matado a las dos, pero ahora Jaelle era su prisionera, no la captara que la había obligado a pronunciar el Juramento de las Amazonas contra su voluntad; ahora, con un solo golpe del cuchillo, Magda podía liberarse, ni siquiera necesitaba matar. Sólo debía alejarse, dejando que la herida Jaelle muriera a la intemperie.

Jaelle, en la cueva en la que juntas se habían enfrentado a la inundación, a la muerte, al abandono, al hambre. Jaelle, por quien se había despertado su laran. *El intercambio de cuchillos, el juramento de compañeras libres.*

Jaelle, muy cerca, en el círculo de la Torre, unidas
por la matriz, una, relación más íntima que la familia, más íntima que el sexo, más íntima que su propia piel...

Jaelle, aferrándose a ella, con el rostro cubierto por el sudor de los dolores de parto, la noche que nació Cleindori; el contacto telepático entre ellas tan íntimo que, años más tarde, cuando nació Shaya, ni siquiera la tensión del nacimiento resultó nuevo para Magda, menos consciente del dolor que del esfuerzo feroz, el terror, el triunfo y el deleite; Cleindori había sido, en un sentido muy real, su propia hija, ya que también ella había luchado por traerla al mundo...

Cualquiera que fuese el camino que eligiera, siempre parecía que Jaelle ya había

pasado por allí y que Magda sólo seguía torpemente sus pasos. Incluso ahora...

Entonces el contacto telepático se esfumó (¿cuánto había durado?, ¿toda una vida?, ¿medio segundo?) y Jaelle habló con suavidad:

—No, *bredhiya mea, viyha mea,* no estoy celosa de Camilla. No más de lo que tú lo estás de Damon.

Pero había habido una época, recordó Magda, en la que ella sí que había estado celosa de Damon, con dolor, con ceguera, obsesivamente celosa de Damon. No podía soportar que nadie, después que ella y Jaelle se hubieran unido como predestinadas, que ningún hombre pudiera darle a Jaelle algo que ella no podía. Ahora se sentía avergonzada de ese breve período de celos, de su miedo de que Jaelle la amara menos porque amaba al padre de su hija. Había luchado y había triunfado, y había seguido amando a Jaelle y, también, a Damon; precisamente, porque era él quien podía darle a Jaelle lo único que ella no podía darle, a pesar de todo su amor.

—Lo único que podría hacerme dudar es dejarte a ti, Margali. Hasta Cleindori tiene una docena de personas que se alegrarían de criarla sí yo no pudiera. Pero tú tienes motivos para regresar. Yo no. ¿ Qué me espera a mi vuelta, salvo ocupar mi sitio en el Concejo, por Aillard, cuando Lady Rohana desaparezca? ¿Y por qué tendría que desearlo? En las Renunciantes, y también en la Torre Prohibida, trabajamos para que los Dominios no tengan necesidad de depender ni de Concejos ni del Comyn, que trata de mantener el *laran* en sus manos por motivos egoístas. Los Hastur, que rigen el Concejo, no desean súbditos independientes, que piensen por sí mismos; así como tampoco quieren mujeres independientes.

—Y entonces, ¿no es tu tarea ocupar tu sitio en el Concejo y ayudarlos a cambiar su manera de pensar?

—Oh, Magda, *breda,* ¿crees que no lo he pensado muchas veces? No puedo cambiar el Concejo, porque el Concejo no desea cambiar. Tiene todo lo que desea tal como es: poder, medios para trabajar por su codicia. Ahora, si la gente no trabaja a su favor por propia voluntad, la soborna con promesas de poder propio y apela a la codicia del pueblo.

Se volvió y caminó nerviosamente a lo largo del acantilado, con el rostro fantasmalmente iluminado por la luna.

—¡Mira lo que le hicieron a Lady Rohana! Le dijeron: «No debe importarte no ser libre, en cambio tienes poder y el poder es más importante que la libertad.» La sobornaron con el poder. Tengo tanto miedo de que me hagan lo mismo, Magda, de que averigüen qué es lo que más deseo y me sobornen con eso... No puedo creer que todos los Comyn sean corruptos, pero tienen poder y eso los hace codiciar más poder aún. Hasta las Torres están jugando al juego del poder, el poder, el poder, siempre el poder sobre los demás.

—Tal vez ésa sea la manera en que funciona la vida, Jaelle. A mí tampoco me gusta. Pero es como lo que dijiste acerca de regatear en el mercado: hace que cada una de las partes crea que está sacando lo mejor de la otra. —La sonrisa de Magda fue forzada—. Dijiste que te gustaba regatear.

—Sólo cuando es un juego, no cuando es en serio.

—Pero es un juego, Shaya. El poder, la política, como quieras llamarlo... es simplemente la manera en que funciona la vida. La naturaleza humana. Entre los terranos, los románticos piensan que los darkovanos son inmunes porque se niegan a formar parte de un Imperio interestelar, pero las personas siempre actúan para sacar ventaja; y por codicia, como dices...

—Entonces no quiero participar en eso, Magda. Y creo que me obligarán a ocupar el puesto de Aillard en el Concejo y que, dentro de diez años, seré tan mala como cualquiera de ellos y usaré el poder porque me habrán convencido de que hago bien...

—Yo lo que creo es que serías incorruptible, Jaelle... —empezó a decir Magda, pero Jaelle sacudió negativamente la cabeza con una suerte de triste sabiduría.

—Nadie es incorruptible, no si se permite engañarse y se deja convencer de que debe entrar en esos juegos de poder. Lo único que se puede hacer es quedarse fuera. Creo que tal vez las *leronis* de Avarra, la Hermandad de las Sabias, podrían enseñarme cómo hacer para quedarme fuera. Tal vez sepan por qué el mundo funciona de esa manera. Por qué el bien y el mal funcionan de la manera en que funcionan.

Jaelle se giró, desasosegada, con la capa ondeando.

—Mira a Camilla. Tiene el derecho a odiar... más que Acquilara. ¿La oíste decir que

era una Hastur y que tenía el *laran* de los Hastur? ¡Y mira lo que le hicieron! Pero es una persona tan buena, tan cariñosa... Y también Damon. La vida lo trató mal... pero todavía puede amar. El mundo es muy duro con las personas y la gente sigue diciendo que no es justo...

Magda murmuró:

—Lo dicen los *cristo/oros:* «Señor sagrado, ¿por qué los malvados florecen como hongos en un árbol muerto, mientras el justo es cargado de espinas en todas partes?»

—Magda, ¿nunca has pensado que tal vez no tenemos por qué suponer que el mundo debería ser mejor? Tal vez es como es para que las personas puedan elegir lo verdaderamente importante.

Jaelle hablaba con pasión, caminando de un lado a otro de cara al viento, mientras sus rizos cobrizos volaban y se salían de la capucha de su capa. Se había olvidado del frío y del viento.

—Que el Concejo y los terranos jueguen juegos de poder entre ellos. Andrew se salió de allí e hizo lo que pudo en otro sitio. Que las Torres sigan con sus luchas políticas, dominadas por esa vieja bruja de Leonie Hastur... No me importa lo que dice Damon, él podrá amarla... ¡pero yo sé que es una tirana tan cruel y dominante como su hermano mellizo que gobierna el Concejo! Entre el Concejo y las Torres, ¿dónde hay algún lugar para el uso del *laran?* Pero Hilary y Calista encontraron otro lugar, a pesar de que las Torres eran corruptas. Que las mujeres lleven cadenas en las Ciudades Secas o que sean buenas esposas en los Dominios, si es que no tienen el coraje necesario para salirse de eso, y verdadero coraje, no el que tengo yo, que es solamente falta de imaginación. Coraje... para irse de las Ciudades Secas o quitarse sus propias cadenas, como lo hicieron mi madre o Lady Rohana, o como lo hiciste tú cuando descubriste la Casa del Gremio...

—Pero tu madre no salió de eso, Jaelle. Murió. —Magda sabía que, durante años, Jaelle se había negado ese hecho.

—Claro que murió. También tu madre. También moriremos tú y yo algún día. Como todos vamos a
morir de todos modos, hagamos lo que hagamos, ¿qué sentido hay en tener miedo todo el tiempo, arrastrarse y postergarse y soportar un montón de porquerías tan sólo para vivir un poco más? Mira a Cholayna. Podría haberse quedado segura y tranquila en Thendara o podría haber aceptado tu oferta de llevarla de regreso desde Nevarsin. Aunque muriera aquí, ¿no sería eso mejor que regresar desde Ravensmark sabiendo que había fracasado en lo que se había propuesto? Vivir es arriesgarse. Tú podrías haberte quedado en la Casa del Gremio y obedecer órdenes. Mi madre podría haberse quedado en las Ciudades Secas usando cadenas toda la vida. Podría haber muerto lo mismo cuando nació Valentine, pero hubiera muerto rodeada de atenciones y yo todavía estaría allí; encadenada.

Miró pensativamente sus muñecas desnudas.

—Eso es todo lo que hay, Magda. No podemos cambiar la vida. Hay demasiada codicia y ambición y... esa especie de seguridad. La naturaleza humana, como tú has dicho. Sólo podemos salimos de eso. Como Damon, cuando estableció la Torre Prohibida. Podría haber sido «cegado» y su *laran* quemado porque no aceptaba retroceder y usar sus *donas* de la misma manera que los otros, quienes tienen poder, le decían que debía hacerlo. Pero, si lo hubiera aceptado, también se habría quedado ciego, de todos modos, ciego para sí mismo. Y él lo sabía.

Magda conocía la historia de Damon y sabía que ella no tenía esa clase de fuerza. *Salvo algunas veces, cuando Jaelle me obliga a seguirla en algún desafío salvaje...*

—¿Te das cuenta, Magda? Puedo regresar y jugar espantosos juegos de poder en el Concejo o puedo seguir más allá, hacia lo que esas *leronis* puedan enseñarme...

—Has dicho que hacía falta coraje para establecer la Torre Prohibida y nosotras tenemos un lugar allí...

—Ésa fue la prueba de integridad para Damon, Margali. No la mía. —Jaelle se volvió y miró de frente a su compañera libre—. Sólo que no puedo irme si va a dolerte tanto. Eso es lo único que podría detenerme. No lo haría por encima de... de tu cadáver.

A Magda se le hizo un nudo en la garganta, que casi no le permitía hablar.

Pero no era necesario que lo hiciera; volvió a tomar las manos de Jaelle.

Shaya, mi amor, mi tesoro, haz lo que debas hacer.

¿Y tú vendrás también, Margali?

De pronto, Magda supo que la búsqueda de Jaelle se había convertido también en la suya propia. Pero ella tenía, tal vez, ataduras más fuertes. Una debilidad, ahora, no una fuerza, pero...

No lo sé. Debo asegurarme de que Cholayna esté a salvo. Yo la traje aquí y no puedo abandonarla ahora. No estoy segura, Jaelle. Pero no intentaré retenerte.

—Yo esperaba que fuéramos juntas. —Jaelle se expresó en voz alta mientras ambas regresaban hacia los edificios—. Margali, tenemos que entrar, nos congelaremos.

Y sin duda hacía cada vez más frío, un frío que ya no resultaba estimulante, sino paralizante.

—Supongo que tienes razón —agregó Jaelle—. Si no estás preparada, es que no ha llegado el momento adecuado para ti. Pero oh, *breda,* tengo ganas de decir: o vamos juntas o no voy. No podría soportar la idea de dejarte.

Pero, pensó Magda, Jaelle estaba siempre un paso más adelante.

—Tú, guía —dijo, con suavidad— y yo te seguiré hasta donde pueda. Aunque, de momento, lo que me gustaría es seguirte adentro y dejar de pasar frío.

Magda sonaba...

Había un círculo de figuras veladas en torno a un fuego, oscuras figuras encapuchadas, reunidas alrededor de algo que estaba en el centro. Magda no podía ver qué era ni ver qué le estaban haciendo, sólo había un sonido como el grito de los halcones y, con cada grito, se escuchaba también un llanto lastimero, de modo que, por un momento, Magda pensó, horrorizada: *Es Shaya, tienen allí a mi pequeña Shaya, le están haciendo daño.* El fuego central llameó de pronto, muy alto, y Magda pudo ver que no era una niña, sino la figura desnuda de una mujer que yacía en el centro del círculo.

Magda trató de correr hacia ella, pero, aparentemente estaba paralizada por ataduras invisibles; cadenas como las de una mujer de las Ciudades Secas.

¡Por amor de Dios, ayúdame, Lome! ¡Turne metiste en esto y ahora tienes que sacarme de aquí!

Era la voz de Lexie. De alguna manera, Magda había sabido desde antes que era Lexie la que yacía allí, impotente, y que ella era responsable del acto o de la omisión que había llevado a la otra hasta allí.

Luchó por liberarse de sus ligaduras, pero los halcones siguieron aullando. Ahora podía ver lo que estaban haciendo; con cada estallido de las llamas, los halcones giraban, sostenidos por las corrientes del fuego, y caían sobre la figura inerte de Lexie, desgarrando su carne desnuda, llevándose grandes pedazos de carne y de sangre, mientras Lexie gritaba; gritos terribles que a Magda le recordaban con terror la vez en que ella y Jaelle quedaron aisladas en una cueva por la inundación y Jaelle había abortado al hijo de Peter Haldane. Deliraba y, gran parte del tiempo, no estuvo consciente y, en medio del delirio, había gritado así, como si la estuvieran desgarrando, y Magda no había podido ayudarla. Habían estado muy cerca de la muerte esa vez.

Y ahora era Lexie quien gritaba. Y es culpa mía, competía conmigo y, por eso, llegó hasta aquí.

Una vez más, Magda se debatió para romper sus ligaduras y correr hacia Lexie, pero hubo en el aire un curioso fuego azul y, en ese brillo maligno, pudo ver el rostro de Acquilara, la hechicera perversa.

—Sí, siempre quieres aliviar tu conciencia mostrándote dispuesta a ayudar a otras personas. Pero ahora tu deber es aprender a distanciarte, debes aprender que sus problemas no se deben a tus actos y que ella ha de asumir las consecuencias de sus propias acciones —le explicó Acquilara, insensible.

Todo sonaba tan racional, tan razonable y, sin embargo, los gritos de Lexie la desgarraban como si cada golpe de los afilados espolones y de los crueles picos ensangrentados cayera sobre su propio corazón.

—Sí, eso es lo que están haciendo —siguió explicándole Acquilara—. Atacarán una y otra vez esa falsa conciencia que tienes y en la que piensas como si fuera tu corazón, hasta arrancártela del pecho.

Y Magda, al mirar hacia abajo, vio que en su pecho se había abierto un gran agujero sangrante, del que un halcón se llevaba un pedazo de carne...

No. Piensa. Esto es un sueño.

Lentamente, una sensación de realidad penetró en la mente de Magda; lenta, muy lentamente. Percibió cómo se liberaba, cómo se liberaba de esas ataduras invisibles, alzaba los brazos, se incorporaba bruscamente y, finalmente, se encontró rígidamente erguida en su frío saco de dormir. El corazón todavía le latía muy rápido por la pesadilla. Oyó que Jaelle gritaba y se estiró para sacudir a su compañera y despertarla.

—Shaya, Shaya, ¿también tú tienes una pesadilla?

—Por los infiernos de Zandru —susurró Jaelle—, era un sueño, un sueño, sólo estaba soñando... con las hechiceras de Acquilara. Estaban torturando a Rafaella y me habían encadenado al *rryl* grande de Rafi y me hacían tocar baladas en él y ella gritaba... ¡Ah, cómo gritaba...! Como una niña de quince años en el parto... Los demonios no dejaban de aullar: «Más fuerte, toca más fuerte para que no escuchemos sus gritos...»

Se estremeció y ocultó la cabeza contra el hombro de Magda.

Magda acarició el suave pelo de Jaelle, comprendiendo lo que había ocurrido. Hasta los temas de ambas pesadillas eran casi idénticos.

Se preguntó si Camilla y las otras también tendrían pesadillas. Casi tenía miedo de volver a dormirse.

—Creí que este sitio estaba protegido, que ni siquiera el nombre de esa bruja y de su gente podían pronunciarse aquí...

—Creo que eso fue tan sólo mientras estábamos enfermas y agotadas —aventuró Jaelle—. Ahora que estamos bien otra vez y que debemos tomar decisiones, las pesadillas pueden movilizar nuestras mentes, esos demonios... —vaciló, y agregó con inseguridad—: ¿nos torturaban?

Pero Magda no pudo prestar atención a la pregunta. Una ola de horror la invadió y su impacto la enfermó físicamente.

Estaba tendida en el suelo, encadenada de manos y pies en el centro de un círculo de figuras encapuchadas y veladas... No, eran hombres, bandidos llenos de cicatrices, que blandían cuchillos, desnudos, sus enormes cuerpos peludos y sus falos erectos tocándola por todas partes, penetrándola, y eran como navajas, como cuchillos que mutilaran sus pechos, que invadían su vientre, que la despojaban de su femineidad. Uno de ellos, un hombre maligno con rostro de halcón surcado por una cicatriz, sostenía en alto el cuerpo de un niño desnudo, sangrante, un feto formado a medias, mientras chillaba: «¡Aquí está el heredero de Hastur que ella nunca tendrá!» Lenta, muy lentamente, el rostro del bandido cambió, dejó de ser rudo y de tener cicatrices y se hizo noble, pálido, distante, el rostro de la hechicera Leonie... No, era un rostro de hombre. El rostro del regente, Lorill Hastur. «¿Cómo puedo reconocer como hija mía a una niña que ha sido tan maltratada, tan herida?», preguntó con frialdad, y se marchó...

—¡Magda! —Jaelle se aferró a ella con horror; Magda se liberó de la terrible parálisis de la pesadilla.

Ya una vez, antes, durante el despertar de su propio *laran,* había participado en las pesadillas de Camilla. Un momento terrible, y lo peor había sido la vergüenza y el horror de Camilla, por no haber podido aislar a su amiga y amante de esos recuerdos, de esos horrores. Magda se acercó a Camilla y la sacudió para despertarla.

—Estabas gritando en sueños, amor. ¿Tenías un mal sueño?

Magda ya había visto esto antes: cómo luchaba Camilla para desasirse de la parálisis producida por el terror. Con manos temblorosas, se enjugó el sudor del rostro, luchando por recobrarse.

—Sí —susurró finalmente—. Gracias por despertarme, hermanas de juramento.

Sabía, y sabía que ellas sabían, lo que había estado soñando. Pero podía confiar en ellas, no le harían preguntas y se lo agradecía.

A la mañana siguiente, Cholayna tenía buen color y respiraba con tanta facilidad que las mujeres que entraron a traerles el potaje para el desayuno desarmaron la tienda de vapor y se la llevaron.

Cholayna se incorporó y se vistió, menos las botas, diciendo que se sentía perfectamente bien.

Pero Magda sabía que eso plantearía la cuestión que se había evitado mientras la vida

de Cholayna corría peligro y, de pronto, descubrió que temía la discusión que se avecinaba. Cholayna ya no podía soportar más el mal tiempo y la intemperie.

Sin embargo, ¿qué probabilidades había de que ella accediera a regresar y que pudiera delegar en Magda y en Vanessa la búsqueda de Lexie? ¿Querría hacerlo? Magda lo dudaba.

De modo que evitaron cuidadosamente el tema y Magda sintió que el silencio forzado le destrozaba los nervios. Era un hermoso día de sol y Vanessa salió a caminar junto al acantilado, tratando de avizorar una ruta a seguir. Magda la acompañó un tramo.

—Dime, Vanessa, ¿tuviste pesadillas anoche?

Vanessa asintió, pero volvió la cara, con las mejillas sonrojadas, y no dijo nada a acerca de lo que había soñado; Magda no se lo preguntó. Otra vez las atacaban; la Hermandad de las Sabias estaba eficientemente protegida de la Hermandad Oscura, o así parecía... ¿O tal vez ambas estaban inextricablemente vinculadas? Tanto su propia pesadilla como la de Jaelle habían surgido de sus más recónditos temores y defectos, no de nada que alguien les hubiera impuesto desde fuera.

¿Pero Camilla? La suya no era una pesadilla basada en algo que hubiera hecho mal, no se trataba de una equivocación ni de un error ni de ninguna crueldad u omisión que la persiguiera, como en los casos de Magda y de Jaelle, sino de algo hecho a una. niña inocente que, de ninguna manera, lo merecía...

Jaelle había hecho la pregunta sin respuesta: *¿Por qué florecen los malvados?* Pero ni siquiera los *cristo/oros* tenían la respuesta; la planteaban en lenguaje poético y la llamaban un misterio de su dios.

Pero, por el momento, Vanessa no estaba dedicada a especulaciones filosóficas, sino a realidades prácticas.

—Desde aquí tendremos que marchar a pie. Un par de caprinas podrían hacerlo, pero no creo que sea posible llevar caballos por esas sendas.

—¿Crees que Cholayna podrá?

—Infiernos, Lorne, yo no sé leer los pensamientos. Pero, si insiste en intentarlo, no creo que nadie pueda disuadirla. ¿Quieres intentar convencerla? ¿No? Eso pensé.

Cuando volvieron al edificio en el que habían pasado los últimos días, Camilla estaba de pie, haciendo una inclinación ante alguien que se hallaba donde la chimenea. Magda y Vanessa entraron y Jaelle, como si completara una presentación que ya había comenzado, dijo:

—... y éstas son nuestras compañeras Vanessa ryn Erin y Margali n'ha Ysabet.

Magda se acercó al fuego y vio a una mujer delgada, pequeña y joven, que llevaba el pelo recogido en una larga trenza que le caía sobre la espalda, a la usanza de las campesinas de los alrededores de Caer Donn. Llevaba una simple túnica hasta las rodillas, de oscuro color azafrán, bordada en el cuello y en los puños con un infantil diseño de hojas y flores, y unos sencillos pantalones de montar pardos. No usaba ninguna joya ni ornamento, salvo un liso aro de cobre en la oreja izquierda.

—Mi nombre es Kyntha.

Habló en el *casta* común de las montañas, pero lenta y cuidadosamente.

—Me han mandado llamar y debo irme pronto. ¿Por qué habéis venido hasta aquí, tan lejos, más allá de Nevarsin?

Jaelle se inclinó hacia delante y habló en voz muy baja, para que nadie pudiera escuchar:

—Ésta es la mujer de la que me habló Rakhaila. —En voz alta agregó—: Vinimos en busca de unas amigas nuestras. Ahora, tenemos razones para pensar que tal vez les haya ocurrido alguna desgracia o que estén cautivas.

Kyntha no dijo nada; Jaelle buscó en un bolsillo y extrajo la carta de Rafaella, la que las había hecho iniciar el viaje.

—No sé si en tu país es costumbre que las mujeres lean y escriban...

—Sé leer, sí.

Kyntha extendió la mano para tomar la carta y la leyó lenta y cuidadosamente, moviendo silenciosamente los labios como si estuviera escrita en otro idioma.

Después dijo:

—¿Qué quieres de mí? Si es la Hermandad de las Sabias lo que busca tu amiga, creo que ya sabes que fracasó antes de empezar.

—¿Puedes... puedes ayudarme a rescatarla? —preguntó Jaelle.

—No.

Era una respuesta llana y definitiva, que no daba lugar a discusiones, y tuvo más efecto que una docena de protestas o de excusas.

—No obstante, en nombre de nuestra amistad, debo intentarlo —afirmó Jaelle.

—Si es así, hazlo. Pero ten cuidado de no ser arrastrada por las causas que ella puso en movimiento. Y, si
la salvas de los efectos de su propia necedad, ¿qué harás después? ¿La protegerás toda la vida para que no vuelva a caer en el error?

Vanessa empezó a decir:

—Si inocentemente ha irrumpido en tu sagrada Hermandad... ¿será castigada por su ignorancia?

—¿Acaso la nieve castiga al niño que irrumpe en ella sin capa ni capucha ni botas? ¿Acaso el niño se congela menos por eso?

Eso era, pensó Magda, otro recurso para acabar con la conversación.

Finalmente Jaelle preguntó:

—¿Puedes ayudarme a encontrar el camino que conduce a la Ciudad donde mora la Hermandad?

Y Kyntha respondió, con mayor deliberación aún:

—Si conociera el camino hacia ese lugar, habría tenido que jurar no revelarlo jamás. Creo que, al menos, sabes eso. ¿Por qué me lo preguntas, entonces?

—Porque sé que hay algunas que han ido y han regresado. ¿Y por qué habría de buscar la llave de un cerrojo extraño, cuando tal vez, si golpeo cortésmente la puerta, me dejen entrar?

Por primera vez, Kyntha esbozó una sonrisa aunque fugaz.

—Algunas han logrado entrar. No me corresponde a mí decirte si serás bienvenida. ¿Quién te habló de ese lugar?

—Por ejemplo, mi madre adoptiva —respondió Jaelle—. Aunque nunca se me ocurrió que lo buscaría alguna vez. Pero ahora me parece que ha llegado el momento de hacerlo.

—¿Y tus compañeras? ¿Hablas también por ellas?

Jaelle abrió la boca y, luego, volvió a cerrarla. Por último, dijo:

—No. Las dejaré hablar por ellas mismas.

—Bien.

Kyntha miró a todas por turno, una a una, pero se produjo un perceptible silencio. Fue Cholayna quien habló:

—No tengo deseos de irrumpir en tu Ciudad. Sólo estoy interesada en una de las jóvenes mencionadas en esa carta.

—¿Es tu hija o tu amante? ¿O es una niña a quien intentas proteger de las consecuencias de sus propias acciones, hija de Chandria?

A Magda le sorprendió que Kyntha, después de las apresuradas presentaciones colectivas, pudiera recordar el nombre de Cholayna.

—Nada de eso. Pero fue mi alumna; yo la entrené. Acepto la responsabilidad de su fracaso.

—Arrogancia —afirmó Kyntha—. Es una mujer adulta. Suya era la opción al fracaso y ella está en condiciones de soportar sus propios errores.

Vanessa intervino, con un tono de disputa.

—Si en tu ciudad está prohibido ayudar a una amiga, espero no ir nunca allí. ¿Te atreves a decir que está prohibido o que es ilegal, según tus leyes, ayudar a una amiga?

Durante un largo momento, Kyntha y Vanessa se miraron a los ojos. Después, aquélla, con el mismo tono de seriedad, dijo:

—Tus motivos son buenos. Lo mismo que los del niño que quería ayudar al cachorro de tigre y trasladó su guarida a un lugar más abrigado; a su propia cama. No sabes lo que estás haciendo y no te salvarás porque tus motivos sean admirables.

Sus ojos se posaron en Camilla.

—¿Tú también buscas la Ciudad, o estás aquí solamente por un malentendido deseo de compartir el destino de tus amigas?

—Si desdeñas la amistad, o incluso el amor —replicó Camilla—, no me importa lo que puedas pensar de

mí. Tengo razones propias para buscar esa ciudad y todavía no me has persuadido de que deba confiártelas. ¿Qué prueba tengo de que la clave está en tus manos?

—Bien. Hay muchas que conocen el camino hasta ese lugar pero algunas de las que se ofrecen a mostrártelo no lo conocen tan bien como creen. No es imposible que se te conceda permiso y, tal vez, a esta otra... —Señaló a Jaelle con un ligero movimiento de cabeza—. No lo sé. Si está dispuesto que se te permitirá pretender ese final de viaje, tal vez seas guiada o se te ayude. Pero muchas a las que se les ofreció ayuda se echaron atrás, y algunas que perseveraron no pudieron terminar el viaje, por una u otra razón. Debes ser cauta y prudente.

Se volvió hacia Magda y le dijo:

—¿Y tú?

—Dos veces me he encontrado con la Hermandad, o eso creo.

Los ojos de Kyntha, clavados en ella, le resultaban extrañamente impositivos; Magda sintió que sería imposible pensar en mentir bajo esa mirada. Añadió:

—Una vez me salvaron la vida y también salvaron la de mi compañera libre. Una de las mujeres que, según tus palabras, irrumpieron, se encontró también con las misma Hermandad, en una situación de gran crisis y al borde de la muerte. Por lo tanto, creí que yo... y, tal vez, también ella habíamos sido convocadas. ¿Cómo sabes que no es cierto que hayamos sido convocadas, sino que supones que ambas hemos decidido irrumpir?

—Porque leí la carta de su compañera —indicó con un gesto de cabeza a Jaelle—. Aun cuando hubiera sido convocada, nadie que pueda esgrimir los motivos que se especifican en esa carta encontraría jamás el lugar que busca. Para ella sería, en ese momento y en esa particular compañía, un gesto de irrupción. En cuanto a ti, no tengo manera de saber si, efectivamente, has sido convocada o si te equivocas. Si de verdad has sido convocada, te llegará ayuda. Y no dudarás.

Silencio. Finalmente Jaelle dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—O una docena. Sin embargo, no puedo prometerte que las responda. No me enviaron aquí para eso y no soy instruida ni sabia.

—¿Eres miembro de la Hermandad?

—Si te dijera que sí, ¿cómo sabrías que te estoy diciendo la verdad? Cualquiera podría decirte que lo es.

Camilla la interrumpió.

—Entre nosotras hay algunas que tienen *laran.* Suficiente, en cualquier caso, para diferenciar a una mentirosa de quien no lo es.

Habló con voz dura, pero Kyntha se limitó a sonreír. Magda confirmó su impresión de que a la mujer le agradaba Camilla.

—Otra pregunta —continuó Jaelle—. Nos encontramos con... —vaciló, y Magda advirtió que su amiga había recordado que no debían pronunciar el nombre de Acquilara—, con una que intentó darnos órdenes en nombre de la Diosa. Dime, ¿pertenecía a tu Hermandad?

—¿Por qué no interrogas a tu propia intuición, Shaya n'ha Melora? ¿Me permites que te dé un pequeño consejo?

—Desde luego.

—Entonces, éste es mi consejo: sé silenciosa. No le hables a nadie de tu objetivo y nunca nombres el mal del que desconfías. Sería más fácil que tu hijita cruzara el paso de Ravensmark con sus pantuflas de seda y armada solamente con una cuchara de madera para defenderse de las *banshees,* que tu entrada en ese lugar sin la compañía adecuada. Y hay algunas que, si eres convocada, intentarán detenerte por celos o por simple gusto de hacer el mal. Si te llega ayuda, confía en tu intuición.

Hizo una inclinación, de alguna manera dirigida a todas.

—Os deseo buena suerte, lo creáis o no. —Y sin mayores efusiones ni despedidas de ninguna clase, se marchó.

—Bien —dijo Cholayna, cuando fue obvio que la mujer ya no regresaría—, ¿qué se supone que debemos concluir de esto?

—No tengo ni idea —admitió Jaelle—, pero yo no contaría mucho más con la hospitalidad de esta gente. Hemos recibido una advertencia, ya estamos descansadas y recuperadas, ahora tenemos que decidir si seguimos adelante o nos volvemos.

—Yo no me vuelvo —se negó Camilla—. Por lo que ella dijo, supongo que la ciudad que buscamos está cerca y, como se trata de la ciudad de la Hermandad de Avarra, es más lógico suponer que esté cerca de la casa sagrada de Avarra y no lejos. Ella no dijo nada acerca de hacernos volver atrás.

—Y creo que puede que la hayan enviado para evaluar hasta qué punto estamos decididas —apuntó Jaelle—. Sin duda hizo todo lo que pudo para descorazonarnos.

—Ésa no fue para nada mi impresión —protestó Magda. Creía que Kyntha había sido admirablemente directa—. Sin embargo, si va a hacer alguna clase de informe a sus superiores, tal vez debamos esperar hasta que lo haya hecho y se haya pronunciado el veredicto. Dijo que recibiríamos ayuda, incluso guías.

—Creo que todas coincidimos en algo, en que fue enviada y en que no es miembro de... del otro grupo —concretó Vanessa—. No obstante, actuó como si no hubiera posibilidad de que Cholayna y yo nos acercáramos a ese lugar. Sólo Camilla y Jaelle, y tal vez Mag-
da. —Miró a Magda, un poco alarmada—. Advertí que te trató como si fueras darkovana.

Magda sintió que también ella debió haberlo advertido *Sí, por supuesto, tenía derecho a que se la considerara darkovana.*

Pero ¿verdaderamente había sido así, o se trataba tan sólo de una suposición halagadora? ¿Y por qué se preocupaba por eso, por qué se cuestionaba sus propios motivos, a estas alturas? Sin duda había llegado demasiado lejos para regresar ahora.

—Entonces, creo que debemos partir tan pronto podamos —determinó Jaelle.

—Y yo creo que deberíamos esperar para ver si se nos ofrece la ayuda que ella sugirió —la contradijo Magda.

—No estoy de acuerdo —intervino Camilla—. ¿Sabéis por qué? Dijo que no podía darnos ninguna ayuda para rescatar a Lexie y a Rafaella. Trató a Cholayna y a Vanessa como si fueran intrusas un tanto molestas, a pesar de la hospitalidad y de la amabilidad con que las trataron. Yo supongo que si esperamos ayuda, nos la darán a cambio de enviarlas a las dos —indicó a las dos terranas con un gesto— de vuelta inmediatamente y de abandonar cualquier esperanza de rescatar a Rafaella. Y yo no estoy dispuesta a hacerlo.

—Tampoco yo —se sumó Magda—. Creo que deberíamos preparar las cosas de inmediato y marcharnos en cuanto podamos. —Agregó, con timidez—: Ninguna de nosotras está preparada para intentarlo, pero creo que es nuestro último recurso; estoy dispuesta a intentar rastrear a Lexie y a Rafaella con *laran,* se encuentren donde se encuentren ahora. ¿Y tú, Jaelle?

—Tendría miedo de captar a... esa otra —confesó Jaelle, perturbada; pero Camilla sacudió negativamente la cabeza.

—Si están en sus manos, como ya he empezado a sospechar, no tenemos ninguna opción. Veo a Lexie y a Rafaella y la veo... a ella. Shaya, ¿esto es lo que ocurre con eso que llamas *laran!*

Pero no hubo tiempo de responder a esa pregunta. Primero entraron un par de asistentas, apresuradamente. Después, entró la anciana que había atendido a Cholayna, con amabilidad y dignidad, y se sentó entre ellas.

Y, detrás, apareció una mujer pequeña y maciza, a quien todas miraron parpadeando, sin poder dar crédito a sus ojos. Si hubiera entrado el mismísimo Legado terrano, Magda no se hubiera sentido más sorprendida ni le hubiera parecido más inesperado.

—Bien, esto parece una reunión de la rama de los Hellers de la Sociedad del Puente —dijo la mujer—. ¿Nadie me va a decir siquiera buenos días?

Pero todas estaban demasiado atónitas para hablar. Fue Cholayna, finalmente, quien graznó, con voz todavía ronca y raspante:

—Tendría que haberlo imaginado. Hola, Marisela.

—¡Marisela! ¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Jaelle.

—Igual que todas: a caballo cuando podía, escalando cuando tenía que hacerlo —refirió Marisela—. Por supuesto, como yo sabía dónde iba, tomé la ruta directa hasta Nevarsin.

—Podrías habérnoslo dicho —se quejó Camilla.

—Sí —contestó Marisela, secamente—. También podría haberos llevado de la mano todo el camino. No seas tonta, Camilla. Lo que le dije a Margali sigue siendo cierto: no era

ni soy libre de discutir los asuntos de la Hermandad con personas ajenas; y eso incluye la morada y su necesaria búsqueda, sin ayuda, hasta encontrarlas.

—Si exigen tanto esfuerzo para llegar a ellas —objetó Camilla—, ¿cómo podemos saber si es digna de tantos sufrimientos?

—No puedes saberlo. Nadie te obligó a venir. Ten-lo perfectamente claro, Camilla. En cualquier momento, podías haber regresado a la seguridad y a las recompensas conocidas y a todo aquello que has conseguido en tu vida. No hay motivo para que renuncies a nada de eso, y para ti hay menos razones todavía. Sin embargo, entiendo que ninguna ha preferido dar la vuelta.

—Todo esto no tiene nada que ver —terció Vanessa—. Sea cual fuere la búsqueda psíquica de la que estabas hablando, Camilla, nuestro único interés es encontrar a Lexie y a Rafaella.

Pero fue Marisela quien respondió.

—¿Estás muy segura de eso, Vanessa? Veo que tampoco tú has regresado. ¿No has ganado nada para ti en este viaje? ¿Tu búsqueda no tiene nada de egoísta?

—Me gustaría que dejaras de hablar con acertijos —refunfuñó Vanessa—. ¿Qué tiene que ver todo eso?

—Todo. Piensa con cuidado, ahora, porque de tu respuesta depende que se te permita ir o no. La amistad puede llevarte lejos y, por favor, no pienses que estoy desdeñando tus buenas intenciones de ayudar a tus amigas. Pero, a la larga, Vanessa ryn Erin... —Magda se sobresaltó, porque Marisela no había usado el nombre del Gremio por el que Vanessa era conocida allí y en la Sociedad del Puente, sino su nombre terrano legal—, a la larga, nada tiene importancia salvo los motivos de tu búsqueda. ¿No has ganado nada?

—¿Y eso estaría mal? —se defendió Vanessa, agresivamente.

Marisela vaciló y miró un momento a la anciana sacerdotisa envuelta en harapos, que estaba sentada impasible en el banco de piedra. La vieja alzó los ojos y miró a Vanessa de manera penetrante. Por un momento, Magda esperó que la atacara, con esas palabras duras que usaba, y que demoliera a Vanessa con alguna respuesta aguda. Pero la voz de la anciana fue sorprendentemente amable.

—No te interroga acerca de lo que está bien o mal, hermana pequeña. Sabemos que buscas el bien pues, si no, estarías ahí fuera, en la tormenta, fuese cual fuese tu grado de necesidad; aquí no se ofrece refugio a quienes procuran activamente dañar a sus prójimos. Tu hermana te pregunta: entre tantas cosas buenas, ¿has encontrado alguna que te sea propia y de tu agrado? Di la verdad ahora y nada temas.

—No puedo creer que me estés preguntando esto —se resistió Vanessa, con impaciencia—. Sí, una de las razones por las que hice este viaje es porque quería ver estas montañas, tener la oportunidad de escalar algunas; y sabía que, de otra manera, nunca la tendría y estaba dispuesta a soportar muchas cosas a cambio de esa posibilidad. Eso no significa que no quisiera sinceramente ayudar a Lexie y a Rafaella.

—No sabía que te gustaba tanto —observó Marisela.

—Gustar no tiene nada que ver con el asunto —se enfureció Vanessa—. Lexie no es mi amante, ni mi amiga del alma, ni mi confidente, yo no soy... Bien, sé cual es la costumbre aquí y que no tiene nada de malo, pero no estoy interesada en las mujeres como amantes. Pero estuvimos juntas en la escuela de entrenamiento y ahora tiene problemas. Necesita amigos y no tiene muchos. Supongo que, si yo tuviera problemas, ella me echaría una mano. ¿O qué otra cosa es toda esa charla acerca de la hermandad, y no me refiero a todo este asunto de las Hermandades y las sociedades secretas, qué otra cosa se supone que significa, si no puedo intentar ayudar a una amiga? Y Rafaella, bien, es montañera. La respeto. ¿No puedes comprender esa clase de cosas?

La anciana sonreía, pero Vanessa no lo advirtió. Marisela le hizo a Vanessa un gesto de asentimiento, casi un gesto formal de reconocimiento. Dijo:

—Rafaella y yo pasamos juntas nuestro tiempo de reclusión en la Casa del Gremio de Thendara; parece que hace ya muchísimo tiempo. Yo misma estoy preocupada por ella, ésa es una de las razones por las que he venido tan lejos. Tiene derecho a su propia búsqueda, aunque esté buscando riquezas, pero tenía miedo de que se metiera en aguas demasiado profundas, donde no pudiese nadar, creyendo simplemente que se ocupaba de sus asuntos. Sé que Jaelle estaba preocupada por ella y, si era tan sólo cuestión de mal tiempo o de dificultades del

camino, Jaelle, con ayuda de todas, podría haberse encargado de la búsqueda. Pero había otras cosas en juego, y yo esperaba impedir que se metiera en ellas sin tener una idea clara de aquello a lo que se enfrentaba —suspiró profundamente—. Así pues, ¿no la habéis alcanzado?

—Como ves, no lo hemos hecho —respondió Camilla con sequedad—. Como si no lo supieras, siendo *una. leronis...*

—Soy tan omnisciente como tú, Camilla. Hasta el momento en que llegué aquí, todavía tenía esperanzas. Pero si no estaba a salvo aquí durante la tormenta, quedan dos posibilidades: o está a salvo en algún otro sitio —pronunció las palabras con una cuidadosa entonación y echando una mirada a la anciana y Magda supo repentinamente que se estaba refiriendo a Acquilara y sus seguidoras— o está muerta. Pues no hay ningún otro refugio y nadie podría haber sobrevivido a la intemperie en estas montañas. No soporto la idea de que puedan estar en manos de... —Parpadeó con furia y Magda advirtió que hacía esfuerzos por reprimir unas lágrimas incontrolables.

La anciana se inclinó hacia ella y le dijo con tono tranquilizador, acariciándole la mano:

—Puedes tener la esperanza de que esté a salvo, o muerta, nieta mía.

Cholayna, que había seguido todo el intercambio con concentrada atención —Magda, que había recibido la misma clase de entrenamiento, sabía cuanto esfuerzo le habría costado seguir la conversación en el idioma que utilizaban, aunque Cholayna había recibido el mejor entrenamiento lingüístico de todo el Imperio—, habló por primera vez.

—Marisela, me ocurre lo mismo que a Vanessa. No puedo dar crédito a mis oídos. ¿Esta gente es verdaderamente tan celosa que prefieren que Lexie y Rafaella estén muertas antes que involucradas en alguna herejía religiosa? He oído hablar de reaccionarios religiosos, pero esto supera cualquier otra cosa de la que yo me haya enterado. No soy desagradecida con esta gente. Me salvaron la vida y, gracias a ellas, Vanessa no se ha quedado inválida; nos han salvado a todas. ¡Pero, aun así, me parece terrible!

Fue la anciana quien respondió, lentamente, como si intentara que Cholayna la comprendiera a través de un obstáculo insuperable.

—Eres una ignorante. Esta vieja no puede darte toda una vida de sabiduría en unos pocos minutos en este lugar. Pero, si no puedes imaginar cosas peores que la muerte, eres más que ignorante. ¿No hay cosas que te harían preferir la muerte antes de hacerlas? Aquéllas, cuyos nombres no queremos pronunciar... —se interrumpió, frunció el ceño y sacudió la cabeza con una frustración casi tangible—. ¿Cómo explicártelo? ¿No preferirías morir antes de tener que torturar a una criatura indefensa? El goce de ésas es que los otros hagan aquello que les haría preferir la muerte; y que las hagan por debilidad, por su miedo a morir, porque no saben nada y creen que la muerte es lo peor. —Sacudió la cabeza con ira—. Y... y pronunciar sus nombres es invitarlas a que entren en tu mente. Crees que esta vieja te odia, pero corre riesgos por ti y por tu ignorancia, hermana, y trata de enseñarte unas migajas de sabiduría.

Magda miró a Jaelle y, por un breve momento, ya fuera *laran o* algo más profundo, todo se articuló en su cabeza. Era lo mismo que había dicho Jaelle la noche anterior: «Todas vamos a morir de todos modos.»

Magda recordaba las cosas horribles que los hombres, a lo largo de la historia humana, les habían hecho a otros hombres —y a otras mujeres— porque tanto temían la muerte: guardias que habían asesinado a sus semejantes en los campos de concentración; el enorme crimen de la guerra en la que el asesino se justificaba gracias al miedo a que lo mataran; terribles traiciones surgidas de ese miedo innoble: *Haré cualquier cosa, cualquier cosa, no quiero morir...* Ya era suficientemente terrible cometer esos crímenes porque, de alguna manera demente, alguien creía que eran cosas buenas, como los monstruos religiosos que quemaban o ahorcaban a otros para salvar sus almas. Pero ¿qué justificación podría haber para cualquiera que hiciera esas cosas porque la alternativa era su propia muerte? Por un instante, Magda experimentó una feroz alegría; fue invadida por una oleada casi física de conciencia total del conocimiento de cuan fuerte era la vida y qué poco tenía que ver con ella la muerte.

De repente, se vio envuelta en esa sensación, fue consciente de su intenso amor por Jaelle, por *supuesto, por esto arriesgué mi vida por ella,* de su amor por Camilla, totalmente diferente. El amor se extendió, sin ninguna razón, hasta abarcar también a esa

ridicula anciana, *ni siquiera conoce a Cholayna y se arriesga a lo que para ella es una verdadera muerte espiritual, teme incitar en su mente a Acquilara y su gente para que le hagan daño, pero porque nos ama...*

Ellas sólo podrían matarme y eso no importaría. Morirse hace daño, pero no la muerte.

Y, entonces, eliminó la idea, asombrada de sus propios pensamientos. No era cuestión de... ¡Nadie le había pedido que muriera por nada!

¿Qué me pasa? No quiero morir, como todo el mundo, ¿por qué se me ocurren ideas heroicas?

Se preguntó si no habría sido su imaginación, pues Cholayna estaba diciendo con cortesía y esforzándose
por conservar la paciencia, que, en realidad, creía que la pregunta no se aplicaba verdaderamente *a.* su caso.

—Nadie me ha ofrecido esa opción. Y, con todo respeto, me resulta difícil creer que estas hermandades rivales, o lo que sean, puedan comportarse como un viejo dictador legendario o como un experto en lavado de cerebros *y* obliguen a elegir entre la muerte o el deshonor. ¡Qué absurdo y melodramático!

Pero luego Cholayna se inclinó hacia la anciana, con gran seriedad.

—Siempre que oigo a alguien decir que hay cosas más importantes que la vida o la muerte, empiezo a preguntarme la vida de quién están pensando arriesgar. Siempre descubro que casi nunca es la de ellos.

La sonrisa desdentada de la anciana fue dulce, casi desesperada.

—Tienes buenas intenciones, pero eres ignorante, hija de Chandria. Que Avarra te conceda una larga vida, para que algún día puedas aprender la sabiduría que iguale tu fuerza y tu buena voluntad.

Marisela se puso de pie, como si con ese gesto reuniera las dispersas hebras de su discurso.

—Es hora de irse, mientras haya buen tiempo, y la única manera de irse es marchándose. ¿Todas preparadas?

Jaelle comentó suavemente:

—Te lo dije, Magda. Nos advirtieron que nos preparáramos.

Camilla se metió las manos en los bolsillos de la túnica y preguntó:

—¿Ir adonde?

—Al lugar que habéis estado buscando. ¿A qué otro lugar?

—A la Ciudad de...

—Silencio —dijo Marisela—, no lo digas en voz alta. No. Lo digo en serio. Las palabras y los pensamientos tienen poder.

—¡Oh, en nombre de la Diosa o de todos los demonios de Zandru, Marisela, ahórrame tu basura mística!

—¿Te atreves a decirme eso? Tú lo sabes bien, por más que has tratado de amurallarte, ¡Elorie Hastur!

Camilla se llevó una mano a la empuñadura del cuchillo.

—Maldita seas, mi nombre es ¡Camilla n'ha Kyria...!

Marisela la silenció con una mirada.

—¿Y todavía insistes en que los nombres no tienen poder, Camilla?

Abruptamente, Camilla se dejó caer en un banco, sin voz.

Con naturalidad, Magda empezó a reunir sus pertenencias. La obligada estancia de varios días en esa habitación la había transformado en una especie de campamento gitano, a pesar de que habían intentado mantener el orden. La anciana se incorporó rígidamente Marisela se inclinó para ayudarla. Camilla se acercó dando grandes pasos.

—¡Abuela de muchos misterios!, ¿puede una ignorante hacerte una pregunta?

—¿De qué otro modo podría ser instruida? —preguntó la anciana con amabilidad.

—¿Cómo supiste... —se interrumpió, tragó saliva con dificultad y agregó finalmente—: todo eso?

—Para los que ven debajo de las superficies, hijita —manifestó la anciana con voz infinitamente amable—, está escrito en cada una de tus cicatrices, en cada una de las arrugas de tu rostro. En las energías que rodean tu cuerpo, se puede leer con tanta claridad

como el cazador de caprinas salvajes lee las huellas de su presa. No temas, tu amiga... —señaló a Marisela— no traicionó tu confianza. Esta vieja te lo jura.

—No hubiera podido hacerlo —replicó bruscamente Camilla—. No tenía mi confianza. —Miró perpleja a Marisela, y Magda casi pudo escuchar las palabras: *¿También ella, me ha leído, lo sabe todo sobre mí?*

Después, preguntó con voz brusca y ronca, pero hablando con claridad en el mismo dialecto montañés de la anciana:

—Tu tarea es investigar viejos nombres y pasados sepultados. ¿Puedo preguntarle cuál es el tuyo, Madre?

La sonrisa desdentada fue serena.

—Ésta que te habla no tiene nombre. Fue olvidado en otra vida. Cuando tengas razones para saberlo, *chiya,* lo leerás con tanta claridad como yo leí el tuyo. Que Avarra bendiga tu largo camino, pequeña. Pocas de tus hermanas han sufrido tantas pruebas. ¿Cómo crecerían los frutos si los capullos no cayeran del árbol?

Sonrió con benevolencia y cerró los ojos, como si hubiera caído en el abrupto sueño ligero de la senilidad. Marisela miró a Camilla casi con reverencia, pero no dijo nada.

—¿Cuándo podremos irnos de aquí? Es un hermoso día, será mejor que lo aprovechemos.

En un lapso sorprendentemente breve estuvieron listas para partir. El cielo estaba despejado, pero el viento empezó a soplar desde las alturas en cuanto se acercaron al acantilado. Bajaron en dos turnos y Magda, echándose directamente atrás para esperar al segundo, contempló con horror cómo la canasta se sacudía y golpeaba contra el murallón. La soga parecía demasiado fina para sostenerla, aunque se trataba de un poderoso cable trenzado de tres dedos de diámetro. Desvió la vista, sabiendo que, si no lo hacía, nunca tendría el coraje necesario para subirse en la canasta.

Jaelle, Cholayna y Camilla, con Marisela, habían bajado en el primer turno. Cuando la canasta volvió a base de topetazos hasta el sitio donde estaban Magda, Vanessa y la vieja ciega Rakhaila, Magda retrocedió; subir en la oscuridad era una cosa, pero a plena luz no podía; sencillamente, no podía obligarse a hacerlo.

Rakhaila percibió que retrocedía y gruñó:

—¡Uf, uf! ¿Prefieres bajar a pie el acantilado, muchachita? Yo soy vieja y ciega y lo hago todos los días. Los peldaños están más allá.

Empujó a Magda hacia el borde y Magda gritó y cayó de rodillas, tratando de aferrarse a algo; casi podría haber caído a ese abismo aterrador.

Vanessa la tomó del brazo y susurró:

—En realidad, es perfectamente seguro. No hay nada que temer, Magda; evidentemente, han estado subiendo y bajando de este modo durante siglos y el sistema nunca les ha fallado todavía.

No le soltó el brazo mientras Magda lograba, desviando la vista del vertiginoso abismo que se abría entre la canasta y la tierra firme, muy abajo, subir y hundirse en el fondo, con los ojos fijos en el interior de la canasta, sembrado de heno y cereales.

¿De dónde sacan los alimentos y el cereal aquí arriba? ¿Tienen que subirlo todo en esta canasta?, se preguntó, sabiendo que era tan sólo una manera de entretenerse y olvidar el miedo. Y, entonces algo de sí misma le hizo mucha gracia.

Todas mis elaboradas teorías acerca de no tener miedo de la muerte, y aquí estoy, casi mojándome los pantalones de miedo... ¡por un ascensor primitivo que probablemente sea tan seguro como los del Cuartel General terrano!

Se recordó que, por definición, la acrofobia no era un miedo racional. Pero, sin duda, no había sido tan intenso como ahora la primera vez que cruzó el paso de Scaravel con Jaelle, siete, no, ocho años atrás. Y recordó que verdaderamente había disfrutado su primer viaje en Nevarsin con Peter, cuando ambos tenían poco más de veinte años.

Con increíble alivio, sintió que la canasta tocaba tierra y salió de ella.

—¿Vienes con nosotras, Marisela?

—Por supuesto, querida. Pero no conozco todos los vericuetos del camino; Rakhaila nos guiará. Los caballos tendrán que quedarse aquí. Llevaremos un animal de carga y dejaremos todo lo demás para el viaje de vuelta.

Preguntándose vagamente cómo haría una ciega para guiarlas por el confuso camino que ni siquiera Marisela podía encontrar, Magda se ofreció para llevar la caprina durante el primer tramo. Abajo, el viento no era tan intenso como en las alturas, pero seguía soplando con tanta fuerza que el pelo enmarañado de la vieja Rakhaila flameó de manera magnífica cuando se pusieron en marcha.

La nieve estaba fangosa bajo sus pies y el viento era cortante, pero Magda se envolvió el rostro con la bufanda de lana y agradeció que no hubiera escarcha. Vanessa, advirtió, cojeaba un poco. Seguía de cerca a Rakhaila, detrás venía Jaelle y después Camilla junto a Cholayna; al menos al principio, Cholayna parecía fresca, fuerte y descansada y respiraba bien. Tal vez ya hubiera conseguido aclimatarse a la altura. No podrían dejarla seguir, se dijo, si había algún signo de que la neumonía persistía.

Tomaron una senda que cruzaba el borde de una cordillera, con enormes abismos a ambos lados. Magda, que conducía la caprina detrás de Camilla y de Cholayna, miraba hacia la derecha, donde la ladera era
gradual y suave y no le daba vértigo. La senda sólo admitía a una por vez, pero se notaba que era transitada; en los sitios en que la nieve se había fundido, Magda pudo ver que había sido apisonada por muchas generaciones de pies.

Detrás de Magda y de la caprina, Marisela cerraba la marcha. El feroz viento impedía conversar y, además, iban a buen paso.

Pasó una hora y parte de otra. Los cinco días de descanso le habían sentado bien a Magda; su corazón ya no latía tan rápido debido a la altura. Más abajo, podía ver las copas de los árboles. Un buen lugar para las *banshees,* pensó desapasionadamente, mirando los helados páramos que se extendían a sus pies, a ambos lados de la cadena de montañas; pero hasta esos animales tendrían que haber muerto de hambre siglos atrás.

Rakhaila levantó un brazo, lanzando un prolongado grito estridente, y todas se detuvieron.

—Descansaremos aquí, podéis comer si queréis.

La misma Rakhaila, pensó Magda, parecía estoicamente esculpida por los vientos de cientos de años; mientras todas encendían el fuego y hacían el té, la mujer permaneció en el camino, inmóvil, como si fuera una pila de harapos y, cuando Camilla le ofreció un jarro de la infusión, sacudió negativamente la cabeza, como con desdén.

Camilla masculló:

—¡Esta sí que es una amazona que hace que todas parezcamos cachorras! —Y se dispuso a masticar una barra de carne semicongelada.

Cholayna comió una de las barras de nueces y frutas prensadas con miel, masticando con determinación. Magda escuchó que le preguntaba a Camilla:

—¿De verdad crees que están muertas?

—Marisela no es proclive a la exageración y nunca la he oído mentir. Si ella dice que probablemente estén
muertas, lo dice en serio. O, si no, tal como dice, están en manos de Acquilara o de cualquier otra persona que ande por aquí.

—¿Y todavía seguimos buscando esa ciudad de las hechiceras, sea lo que fuere? Creo que deberíamos intentar rastrear a las otras, tratar de descubrir dónde las ha llevado Acquilara. Si las tienen cautivas y exigen un rescate, podemos pagarlo y, si quieren pelear... bueno, también podemos hacerlo.

Los viejos ojos velados de Rakhaila cayeron sobre Cholayna.

—Cuidado con lo que pides, hija, la Diosa podría concedértelo.

—Correré el riesgo, si me guías hasta allí—aseguró Cholayna con suavidad—. Marisela puede llevar a las otras hasta la Ciudad o hasta donde prefieran ir. ¿Querrías guiarme hasta el lugar en el que Marisela supone que están nuestras amigas?

Rakhaila sólo le respondió con un desdeñoso:

-¡Uf!

Luego le dio la espalda.

Jaelle y Camilla estaban sentadas sobre sus mochilas y comían barras de carne. Magda las escuchó hablar acerca de Kyntha.

—Dijo: «Nunca nombres el mal que temes.» ¿Se referirá también a cosas tales como el clima? ¿Estará mal discutir acerca de la tormenta que se aproxima? —preguntó Jaelle.

—¿Mal? Por supuesto que no. ¿Si es sabio? Sólo si puedes hacer algo para evitarla. Sin

duda, es sensato hablar de las precauciones que una puede tomar; aparte de eso, sólo crea un miedo, autogenerado, de algo que no puede evitarse. Mejor no hablar de lo terrible que puede ser la tormenta, sino pensar en qué se puede hacer para salir ilesa de ella.

—Entonces, ¿por qué nos dijo que no habláramos de Acquilara, que ni siquiera mencionáramos su nombre?

Marisela sonrió. Magda advirtió que se trataba de la misma sonrisa alegre, con hoyuelos, que esbozaba mientras instruía a las Renunciantes más jóvenes en la Casa del Gremio.

—He pasado gran parte de mi vida como maestra —comentó—. Debo de estar envejeciendo; me alegra que haya mejores cabezas para instruiros a las dos. En resumen, el hecho de nombrarlas podría atraer su atención; los pensamientos, como sabemos, tienen poder.

—Pero ¿quiénes son ellas, Marisela? Apenas si puedo creer en una Hermandad benéfica que muestre cierto interés en los asuntos de las mujeres...

—De la humanidad, Camilla. De nuestras hermanas y también de nuestros hermanos.

—¡Pero la idea de que haya una organización rival, dedicada a hacer daño, excede mi credulidad!

Marisela pareció perturbarse.

—Éste no es el lugar más apropiado para discutir sus acciones. Sólo déjame decirte que... Jaelle, tú debes haber escuchado esto entre los terranos, ya que yo lo escuché cuando me entrenaba allí como enfermera: «Para cada acción hay una reacción opuesta e igual.»

—Entonces, ¿son una reacción a las hechiceras buenas y hacen el mal?

—No es tan simple. Sólo puedo decirte que no se preocupan tanto por hacer daño a la humanidad; quieren lo que quieren, eso es todo. Quieren poder.

—¿Y eso es malo? —arguyó Jaelle—. Siempre estás diciéndoles a las muchachas, en las sesiones de entrenamiento, que las mujeres tienen derecho a reclamar el poder...

—¡Poder sobre ellas mismas, querida! Esa clase de poder está de acuerdo con la Hermandad. Sólo tenemos un propósito: que, en la plenitud de los tiempos, todo el que venga a este mundo pueda conseguir todo aquello que él o ella pueda ser o lograr. No caemos en el error de pensar que, si la gente hiciera esto o aquello, el mundo sería perfecto. La perfección es para los individuos, de uno en uno, *y* nosotras no determinamos la manera en que cada uno de ellos elige vivir. No obstante, cuando la Hermandad ve tendencias y peligros a largo plazo, se dedican a estimular... ¿cómo puedo decirlo?, tendencias que puedan quebrar esos esquemas y a darle a la gente la oportunidad de vivir de otra manera. —Sonrió amablemente a Camilla y prosiguió—: No sé; tal vez era parte de un designio que tú no te hayas convertido en la poderosa Celadora que, obviamente, estabas destinada a ser.

—¿Celadora yo? —le espetó Camilla con indignación—. Aunque hubiera sido criada en la casa de mi padre... es decir, de mi verdadero padre, y después de todo esto, tendría que ser tonta si no sospechara quién era...

—Exacto. ¿Te imaginas en la posición de la hechicera Leonie?

—Antes preferiría... —empezó a decir Camilla, pero exhaló un profundo suspiro y agregó, con una nota de sorpresa, como si acabara de ocurrírsele—: ¡Antes preferiría haber sido toda la vida una vagabunda, compañera de armas de un bandido!

—Exactamente —convino Marisela—; pero, si te hubieran criado entre las sedas y los privilegios de la real casa de Hastur, dudo que pensaras de esta manera y creo que hubieras seguido a Leonie hasta Arilinn. Ah, Camilla, Camilla, no caigas en el error de pensar que éste era tu destino, que estaba tallado en piedra antes de que nacieras; si algún dios o algún santo bienintencionado se hubiera interpuesto para salvarte de tu destino, ¿dónde te encontrarías ahora?

Por supuesto, pensó Magda. Era la totalidad de su vida lo que había convertido a Camilla en lo que ahora era.

Camilla preguntó:

—¿Tú lo sabías?, ¿antes de todo esto?

—Hasta este día, sabía de ti solamente lo que tú habías preferido decirme y lo que una vez leí en tu mente y en tu corazón cuando estabas... emitiendo; créeme, nunca he invadido tu intimidad. No me interesa lo que hayas sido.

Jaelle dijo agresivamente:

—Supongo que ahora dirás que la Hermandad eligió salvar mi vida y la de Magda por alguna razón...

—¡No cuentan sus razones! Shaya, niña, sólo soy alguien que las sirve, una de las muchas mensajeras. Sólo puedo suponer; nada más. Tal vez les pareció que había algún propósito a largo plazo si la hija de Aillard tenía una hija, para que su *laran* no se perdiera eternamente para el mundo. Tal vez deseaban que algún don psíquico de los terranos se fortaleciera en la Torre Prohibida, y por eso condujeron a Magda allí cuando decidió que deseaba tener una hija, para que su pequeña Shaya fuera criada entre aquellos que pudieran estimular su *laran.* Tal vez alguna de ellas sucumbió al simple deseo de salvar una vida, como incluso me ocurre a mí a pesar de saber que es mejor no hacerlo. ¿Quién puede decirlo? Sólo son humanas y cometen errores, aunque pueden ver más allá que nosotras. Pero nadie es perfecto. Perfectible, tal vez, en la plenitud de los tiempos. Pero no perfecto.

—Y, a pesar de tomarse tanto trabajo para salvar la vida de Lexie, ahora la dejan caer en manos de... Acquilara. Lo siento, Marisela; simplemente, no puedo creerlo.

—Nunca te pedí que creyeras nada. —Marisela, súbitamente indiferente, se puso de pie—. Salvo que, en este momento, creo que Rakhaila quiere que volvamos a ponernos en marcha y yo tengo calambres en las piernas de estar sentada. ¿Quieres que te ayude a guardar la olla?

Cuando se pusieron en marcha, Magda encontró muchas cosas en qué pensar. Si lo que se decía acerca del *laran* en los de sangre terrana era cierto, pensó, me sorprende que no me hayan impulsado a tener un hijo de Andrew; el cielo sabe que él tiene el *laran* más fuerte entre todos los terranos que yo haya conocido. Pero es evidente que conceden absoluto libre albedrío. Me dejaron librada a mi destino. Y he oído que los Syrtis son una antigua secta de los Hastur, de modo que Shaya es parienta de Camilla por su sangre y, también, de Jaelle según las leyes del juramento de compañeras libres.

Eso la tranquilizaba.

Si algo me ocurre, Sbaya tendrá familia que se ocupará, de ella. Ella y Cleindori son verdaderas hermanas.

—Ahora llevaré yo un rato la caprina, *breda* —le dijo Jaelle.

Y Magda le cedió las riendas, adelantándose para caminar a la par de Marisela. El sendero ascendía ahora, a la vera de una enorme muralla de piedra de la cual, a veces, caían rocas sueltas; pero, en cierto punto, se encontraba cubierto por una cornisa y Rakhaila caminaba con tanto confianza como si viera cada paso.

—¿Quieres caminar del lado de dentro? —preguntó Marisela—. Si mal no recuerdo, las alturas te molestan.

—Un poco —reconoció Magda, y aceptó el ofrecimiento.

Ambas caminaron una al lado de otra durante un rato, sin hablar. Finalmente Magda preguntó:

—Marisela, estas... no quiero nombrarlas, tú sabes a quiénes me refiero... —Tenía en la mente la imagen de Acquilara, rodeada por el curioso brillo azulado de su pesadilla—. ¿Puedo preguntarte una sola cosa? ¿Por qué alguien... quiere ser así? ¿Son tal vez las que... trataron de buscar la verdadera Hermandad y fracasaron y lo otro les resultó más fácil?

—Oh, no, querida. Requiere mucha, mucha más fuerza y mucho más poder hacer el mal que el bien, ya lo ves.

—¿Y por qué? He oído decir que el mal era simplemente ser débil, tomar el camino de la menor resistencia...

—Cielos, no. Eso es tan sólo ser débil, temerosa, egoísta; en una palabra, humana, imperfecta. Si ser débil fuera un crimen, todas seríamos juzgadas. Eso es excusable. Terrible, a veces, pero sin duda excusable. El punto es que las personas que son buenas o que intentan hacer el bien de la mejor manera posible están trabajando junto con la naturaleza, ¿comprendes? Para tener el poder de hacer verdadero mal, hay que ir en contra de la naturaleza; y eso es mucho, mucho más duro. Hay resistencias, y hay que ganar impulso para contrariar todo el flujo natural.

La idea era nueva para Magda: que el bien era simplemente cumplir el plan de la naturaleza y el mal cualquier cosa que operara en su contra. Estaba segura de no comprenderlo del todo, pues Marisela era partera y enfermera y, llevada a un extremo, la idea podía interpretarse como una prohibición de salvar vidas; y eso era algo que Marisela

se había pasado la vida haciendo. Decidió que, en algún momento, debería hablar más del tema con su amiga. Pero nunca tendría la oportunidad.

Bajaban una ladera empinada ahora, hacia el extenso valle que se hallaba más abajo del nivel de los árboles. Antes de entrar entre ellos, Marisela le pidió suavemente a Rakhaila que se detuviera un momento y señaló hacia arriba. Del otro lado del valle, había una larga línea de empinados acantilados helados, que resplandecían bajo el rojo brillo del sol.

—El Muro Alrededor del Mundo —anunció.

Todas se reunieron a contemplarlo, atónitas. Vanessa exhaló un profundo suspiro de admiración; pero todo lo que pudo decir fue:

—Parecen... más altas que cuando se las ve desde un avión de C-y-Ex.

Eso era poco decir. Parecían no terminar nunca y seguían más allá del alcance de la vista. Magda pensó: Dios, no tendremos que cruzar eso o, por lo menos, no a pie, ¿verdad?

Rakhaila hizo un gesto de impaciencia y reanudó un paso vivo que la llevó entre los árboles, perdiéndose de vista. Camilla y Jaelle la siguieron, pero Cholayna se quedó atrás, entre Magda y Vanessa.

—Me encantará caminar cuesta abajo —comentó.

—¿Estás cansada?

—No tanto como pensé —respondió, sonriendo—. De alguna manera, estoy más contenta que nunca de haber venido, si tan sólo pudiera dejar de preocuparme por Lexie...

—Esto debe de haber sido lo que ella vio —observó Vanessa—. Valía la pena, aunque no fuera más que por verlo. ¡Y vamos a cruzarlo! —Hizo un ruidito de incrédulo deleite.

—Y, además, en cumplimiento del deber —añadió con sequedad Cholayna—. ¿Quién era la que hablaba de recompensas y quería unas vacaciones de trabajo, Vanessa?

Ése era un placer del que Magda podría haber prescindido con gusto, pero no quería arruinar el placer de Vanessa. Se hallaban ya entre los árboles: unos crecían en ángulos disparatados sobre la ladera, debajo; otros, sobre el sendero, oscurecían el brillante sol pero también ofrecían un poco de refugio contra el viento.

Rakhaila, con Camilla y Jaelle, se habían perdido de vista. Marisela se dio la vuelta para indicarles a las tres terranas, con un gesto, que se apresuraran y, por un momento, su rostro, que sonreía, quedó congelado, ante los ojos de Magda, en una repentina expresión de horror, para convertirse luego en un charco de sangre. Sus ojos todavía miraban; en un segundo de consternación, Magda recordó haber leído en alguna parte que los ojos de un cadáver seguían viendo durante unos veinte segundos después de la muerte.

Entonces, desde alguna parte, resonó en sus oídos la horrible risa de Acquilara y Magda fue arrastrada hacia atrás y hacia abajo sin posibilidad de resistirse. Pudo oír la ahogada exclamación de Cholayna y ése fue el único sonido: Marisela *había* muerto sin tener oportunidad de gritar.

Tampoco yo la tuve, pensó, ridículamente ofendida, antes de que el mundo se volviera oscuro y silencioso.

Lo primero que recordó fue: *Morir hace daño, pero no la muerte.* Sólo que sí hace daño, pensó. Tenía la espalda y los brazos doloridos y estaba segura de que, al menos, tenía una pierna lastimada.

Pensé que, si moría, me encontraría en el supra-mundo. Cleindori dijo que estaba allí antes de nacer. ¿ O sería solamente el sueño de una niña?

Mala suerte. Era una bella idea. Ahora estaba segura de que la realidad sería menos agradable. Pero ¿dónde estaba Marisela? Si las habían matado juntas, entonces ¿no tendrían que estar juntas también ahora?

Al cabo de mucho tiempo, empezó a haber un resplandor anaranjado y oyó una voz en la distancia.

—Erraste, como siempre. Yo quería especialmente con vida a la otra, a la partera.

La voz de Acquilara. *Por supuesto. ¿Quién más podría ser?*

—Entonces, ¿matamos a ésta ahora?

—No. Puedo encontrarle alguna utilidad.

Después de un intervalo considerable, Magda pensó: *Pero si están hablando de mí.*

La idea siguiente también se le ocurrió después de un rato. Si *están considerando la posibilidad de matarme, entonces es obvio que no estoy muerta.*

Y, después de eso, no recordó nada más durante un largo tiempo.

Cuando volvió a despertarse, temió estar ciega. La oscuridad la rodeaba y también el silencio, salvo por un lejano goteo de agua. Magda escuchó con atención y, al cabo de un rato, oyó una suave respiración siseante. Había alguien más a su lado, durmiendo. *Durmiendo,* pensó con indignación, cuando han matado a Marisela, cuando yo he sido capturada y golpeada. ¿Cómo pueden dormir? Después, recordó que ella misma había estado dormida o inconsciente durante un tiempo considerable. Tal vez no estaba ciega. Tal vez el lugar era oscuro, el lugar en el que estaba, ella y la que dormía. No lo sabía... tenía los ojos cerrados.

En cuanto se le ocurrió la idea, abrió los ojos.

Yacía en una cueva. Arriba había grandes estalactitas pálidas sobresaliendo del techo, haciéndose sombra entre sí hasta donde Magda podía ver, como columnas de un gran templo. Lejos, había un resplandor titilante, de fuego que arrojaba extrañas sombras e imágenes.

Estaba tapada con una gruesa manta de piel pero, por lo que podía percibir, no estaba atada. Era sensato. ¿Quién podría huir, adonde podría ir con este clima? Se dio la vuelta; a la luz temblorosa pudo distinguir dos figuras envueltas en mantas que dormían a su lado en el suelo. ¿Sus captoras? ¿O cautivas, como ella? En realidad, no había suficiente luz para reconocer a nadie. Se palpó el cinturón y descubrió que su daga había des-aparecido.

—¿Shaya? —susurró y una de las formas inmóviles se movió.

—¿Quién es? ¿Hay alguien más aquí?

—Vanessa, soy Magda—susurró—. ¿Nos capturaron a todas?

—A Cholayna. No se ha movido, creo que tal vez la golpearon con demasiada fuerza. —Magda notó que Vanessa había estado llorando—. No escucho su respiración. ¡Oh, Magda, mataron a Marisela!

—Lo sé. Lo vi.

Magda sintió un nudo en la garganta. Marisela había sido su amiga casi desde el primer día en la Casa del Gremio de Thendara; habían trabajado juntas para fundar la Sociedad del Puente. No podía creer la rapidez con que habían segado esa vida inocente.

¿Por qué, por qué?

Marisela dijo que eran malignas. Tenía razón. No puedo recordar que Marisela haya hecho daño a alguien alguna vez y ni siquiera recuerdo que haya pronunciado una palabra descortés; al menos, yo nunca se la oí.

Y tal vez habían matado a Cholayna también. Se arrastró más cerca de Vanessa.

—¿Estás herida, *breda*

Se preguntó por qué no había llamado a Vanessa con ese término fraterno antes.

—No... estoy bien. Nada serio, creo, pero tengo un chichón en la cabeza. Deben de haberme golpeado bastante fuerte, me desmayé. Por lo que me parece, mis reflejos están intactos. Puedo mover todo.

A Magda le ardían los ojos. Qué práctico, qué típico de Vanessa.

—¿Hay alguna de las otras aquí?

—Si están, no las veo. Podrían... —la voz de Vanessa se quebró y Magda supo que otra vez estaba llorando— podrían estar todas muertas, salvo nosotras. Si pudieron matar a Marisela...

Magda la abrazó suavemente en la oscuridad.

—No llores, *breda. Es* terrible, ellas son terribles, pero de nada servirá llorar ahora. Mejor será que nos
aseguremos de que no puedan seguir matando personas. ¿Te quitaron el cuchillo?

Vanessa consiguió dejar de llorar.

Ella puede llorar por Marisela, pensó Magda, *yo no; y, sin embargo, yo la amaba.* Sabía que, en realidad, todavía no había empezado a sentir la pérdida. Y debía afrontar la idea de que también Jaelle y Camilla pudieran estar muertas; razón de más para preocuparse por Vanessa y por Cholayna, si es que todavía estaba viva. Repitió con suavidad:

—¿Te quitaron el cuchillo? A mí sí.

—Me quitaron el cuchillo que llevaba en el cinturón. Tengo otro pequeño en el bolsillo

de la chaqueta y, por lo que sé, no me lo quitaron, al menos todavía no.

—Mira a ver —le susurró Magda, con tono urgente—, y yo veré sí Cholayna... respira.

Vanessa empezó a explorar sus bolsillos, mientras Magda se arrastraba hacia la forma inerte que era Cholayna Ares.

—¡Cholayna!

Con cautela, tocó la mano de la otra. Estaba helada. *¿El frío de un cadáver? Pero, entonces, Magda advirtió* que hacía mucho frío en la cueva —aunque no tanto como fuera, en medio del viento— y que ella misma tenía las manos casi congeladas. Con torpeza abrió la chaqueta de Cholayna, puso una mano dentro y sintió calor, el calor de la vida. Agachó la cabeza y pudo escuchar un leve sonido de respiración.

Tal vez estaba dormida, o inconsciente, pero sin duda Cholayna estaba viva. Transmitió esta información a Vanessa en un susurro.

—¡Oh, gracias a Dios!

Magda temió que rompiera a llorar una vez más. Dijo apresuradamente:

—No podemos hacer nada hasta no saber en qué estado se encuentra. Trataré de despertarla.

Ante la posibilidad de una herida en la cabeza, no se atrevía a sacudirla. Murmuró su nombre varias veces, le acarició el rostro, le calentó las manos heladas entre las suyas y, finalmente, Cholayna se movió un poco, con un gemido de dolor. Abrió los ojos y miró fijamente a Magda sin reconocerla.

—¡Suéltame! ¡Demonios asesinos...!

Era obvio que Cholayna intentaba gritar a todo pulmón, pero su grito no era más que un penoso susurro. Para Magda resultaba igualmente obvio que, si lograba gritar, alertaría a sus captoras, quienes no podían estar muy lejos. Abrazó a Cholayna, intentando dominar los movimientos de la otra, y le dijo suave e insistentemente:

—Todo está bien, Cholayna. Tranquila, tranquila, yo estoy contigo, Vanessa está aquí, no permitiremos que nadie te haga daño.

Repitió lo mismo una y otra vez hasta que, por fin, Cholayna dejó de resistirse y apareció en sus ojos una expresión de reconocimiento.

—¿Magda? —Parpadeó y se llevó una mano a la cabeza—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estamos?

—En alguna parte de una caverna —respondió Magda, en un susurro—, y creo que estamos en poder de Acquilara y su grupo.

Vanessa se acercó a ellas en la oscuridad.

—Tengo mi cuchillo pequeño. ¿Estás bien, Cholayna?

—Todavía estoy entera —aseguró Cholayna—. Las vi matar a Marisela y, después, te golpearon en la cabeza, Magda, y me atraparon; creo que tal vez haya apuñalado a una antes de que me quitaran el cuchillo. Después, esa condenada perra de Acquilara me golpeó la cabeza con una tonelada de ladrillos, y eso es todo lo que recuerdo.

—Y después nos despertamos aquí —resumió Vanessa, aferrándose a las otras dos en la oscuridad—. Y ahora ¿qué?

Magda se rió sin alegría.

—Bien, tú trataste de sobornar a Rakhaila para que te condujera hasta aquí. Ella te dijo: ten cuidado con lo que pides, podrías conseguirlo... Y aquí estamos, en la guarida de Acquilara. Al menos, si Lexie y Rafaella están todavía con vida, estamos en la mejor posición del mundo para rescatarlas. O para pagar el rescate.

Cholayna asintió, su rostro oscuro se contorsionó en una expresión de dolor y volvió a sujetarse la cabeza, quedándose inmóvil.

—¿Quién sabe? Es seguro que, tarde o temprano, vendrán a por nosotras; si hubieran creído que estábamos muertas, no nos hubieran cubierto con las mantas. No veo a Marisela por aquí, esperando adecuada sepultura ni ninguna otra cosa piadosa.

Magda se estremeció.

—Oh, basta... —imploró.

Cholayna se inclinó hacia ella y la abrazó.

—Bueno, bueno, sé que la amabas, todas la amábamos; pero ya no se puede hacer nada por ella, Magda. Aunque, si alguna vez tengo a esa sucia hechicera en la punta de mi cuchillo... Pero ahora tenemos que pensar en nosotras y en lo que podemos hacer para salir de aquí. ¿Y qué pasa con Jaelle y con Camilla? ¿Alguien sabe si están vivas o muertas?

Magda sólo podía recordar a Marisela cayendo, bañada en sangre. Después, nada.

—Yo te vi caer a ti, Magda, y luego a Cholayna —repitió Vanessa—. Jaelle y Camilla no estaban a la vista, el camino describía una curva y deben de haber salido ilesas, sin enterarse de que habíamos desaparecido. Debieron de darse cuenta cuando se detuvieron y comprobaron que nosotras no las alcanzábamos.

—¿Sabes cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Cholayna.

Pero ninguna de las otras tenía la menor idea del tiempo transcurrido ni sabían si ahora era de noche o de día. Tampoco sabían contra cuántas oponentes tendrían que luchar ni cómo estaban armadas ni cuáles serían sus planes ni si Jaelle y Camilla estaban muertas.

Sin embargo, Magda sintió una convicción totalmente irracional.

—Creo que... si estuvieran muertas, yo... lo sabría —afirmó—. Creo que, si alguna de las dos hubiera sido asesinada, yo lo sabría; con toda certeza.

—Eso no es una evidencia —objetó Vanessa, pero Cholayna la interrumpió.

—Estás equivocada, Magda ha recibido un intenso entrenamiento psíquico. No del tipo que se aplica en el Imperio, pero probablemente más efectivo. Yo diría que sus sentimientos son evidencia, y evidencia de altísimo nivel.

—Tal vez tengas razón —concedió Vanessa, al cabo de un momento—, pero no me parece que eso nos ayude mucho, ya que, obviamente, no saben dónde estamos ni cómo pueden rescatarnos.

Para Magda, en ese momento era suficiente, después de haber visto a Marisela asesinada ante sus ojos, estar segura de que tanto su amante como su compañera libre habían escapado a esa suerte. Sin embargo, ella y sus dos compatriotas terranas estaban en manos de una mujer cruel y sin escrúpulos que, posiblemente, tenía alguna clase de *laran;* recordó de qué manera Acquilara había hecho caer a Camilla con una mirada.

¡También podría matarnos con una mirada!

Vanessa percibió el estremecimiento de Magda y la abrazó con mayor fuerza.

—¿Tienes frío? Aquí tienes, envuélvete con mi manta. Podríamos descansar, ya que nadie nos lo impide; tal vez sea temprano por la noche y ellas dormirán bien antes de venir a buscarnos. Sería bueno que también nosotras durmiéramos un poco.

En silencio, se reunieron bajo las mantas. Magda percibió el temor y la aprensión de las otras dos, el dolor que se filtraba, con el frío, en los huesos y en los músculos de Cholayna, como si fuera en su propio cuerpo. Quería protegerla, protegerlas a ambas, y, sin embargo, estaba impotente.

El tiempo se arrastró; nunca supieron cuánto había pasado. Tal vez una hora, tal vez dos. Magda no dejaba de dormitar y, en su duermevela, escuchaba palabras incoherentes, veía resplandores de luz que se convertían en rostros extraños y, después, despertaba con un sobresalto y sabía que nada había ocurrido; aún se encontraba acurrucada entre Cholayna y Vanessa en la oscuridad y el frío de su prisión.

Cuando empezó a ver otra vez una luz, creyó que se trataba de otro sueño, pero a su lado Vanessa se puso rígida y susurró:

—¡Mira! ¡Allí vienen!

Se veía la luz de una antorcha que oscilaba rítmicamente, como si la llevaran a la altura de la cintura. Se acercaba. No era una ilusión. Era una pequeña antorcha brillante y, en un momento, se pudo ver quién la transportaba.

Lexie Anders se inclinó sobre ellas y dijo:

—Muy bien, Lorne, levántate y ven conmigo. ¿Ves esto?

Rápidamente, le mostró a Magda algo que la dejó sin aliento, ya que implicaba quebrantar todos los acuerdos legales que existían entre terranos y darkovanos.

—Es un paralizador —explicó Alexis.

Magda veía perfectamente lo que era.

—Para tu información, tiene una carga letal. Preferiría no verme obligada a utilizarlo, pero te juro que,
si intentas causar problemas o tienes algún tonto gesto de heroísmo, lo haré. Levántate. No, Van, tú quédate donde estás, prefiero no intentar llevaros a las dos al mismo tiempo.

—Anders, en nombre del cielo, ¿estás trabajando para esta gente? —Cholayna parecía indignada—. ¿Sabes lo que son? ¿Sabes que asesinaron a sangre fría a Marisela?

—Eso fue un error —le aseguró Alexis Anders—. Acquilara se enojó muchísimo por eso. Marisela se puso en medio, eso es todo.

Cholayna dijo, muy furiosa:

—Estoy segura de que a ella le encantaría saberlo.

—Yo no lo hice, Cholayna, y me niego a sentirme culpable de ello. Marisela no tenía por qué interferir.

—¿Interferir? Se estaba ocupando de sus propios asuntos... —exclamó Magda.

Lexie la apuntó con el paralizador.

—Tú no sabes un comino de eso, Lorne, no sabes qué es lo que está en juego aquí ni en qué estaba involucrada Marisela; así que cierra la boca y ven conmigo. Si tienes frío, puedes traer la manta.

Lentamente, Magda se incorporó en medio de Va-nessa y de Cholayna. Ésta extendió una mano para detenerla.

—Para que conste, Anders: insubordinación, deserción, irrupción en territorios cerrados sin autorización, posesión de un arma ilegal en violación de acuerdos existentes entre el Imperio y las autoridades planetarias constituidas. Sabes que estás destruyendo tu carrera...

—Tú eres una vieja perra terca —la interrumpió Lexie. Consternada, Magda recordó que Vanessa le había dicho lo mismo, pero con afecto—. No sabes cuándo estás vencida, Cholayna. Todavía puedes salir de aquí con vida, yo no soy una sanguinaria. Pero será mejor que mantengas la boca cerrada, porque no creo que Acquilara sea particularmente tolerante con las terranas. Te lo advierto, cierra la boca y mantenía cerrada.

Otro gesto perentorio con el paralizador. Magda tocó la mano de Cholayna y le dijo en voz baja:

—No te pongas en medio. Esto es entre nosotras. Veré qué es lo que quiere.

Cuando se puso de pie, descubrió que temblaba toda. ¿Era ese paralizador que la apuntaba amenazante, era el frío o era simplemente que la habrían golpeado en el mismo sitio del golpe anterior? Vio un destello de satisfacción en los ojos de Lexie.

Cree que le tengo miedo y, por algún motivo, eso la complace. Bien, que Lexie siguiera pensándolo. Magda advirtió que, aunque tenía un poco de miedo de que el paralizador que Lexie llevaba pudiera dispararse accidentalmente, en realidad, no sentía en absoluto miedo de Lexie.

No se le movió ni un pelo mientras Cholayna le arrojaba a la cara la lista de acusaciones. Eso significa dos cosas: o que está dispuesta a abandonar su carrera, o que no tiene intenciones de que Cholayna salga con vida para contarlo y atestiguar en su contra.

Lexie volvió a blandir el paralizador.

—Por aquí.

Condujo a Magda a través de la gran caverna colmada de estalactitas, le indicó con un gesto que debía bajar por una resbaladiza rampa, húmeda por el agua que se filtraba de algún lado, y la empujó hacia otra caverna.

Ésta estaba iluminada por antorchas que pendían de las paredes y que humeaban hacia lo alto; de un modo marginal, Magda advirtió la dirección del humo y pensó: *Por alguna parte entra el aire defuera.*

En el centro ardía un fuego; al principio Magda se preguntó de dónde sacarían la leña, pero luego, se dio cuenta por el olor, que no era en absoluto leña lo que ardía, sino bosta seca de caprina. A un lado del fuego, había una pila de panes secos y, alrededor de las llamas, un círculo de figuras encapuchadas y, por un instante de espantosa desilusión, Magda pensó: *¿ Es ésta la Hermandad?*

Entonces, junto al fuego, una figura familiar y delgada se puso de pie.

—Bienvenida, querida. Lamento que mis mensajeras hayan utilizado tanta fuerza. Te dije que estuvieras preparada para recibir tu llamada y, si me hubieras prestado atención, podrías habernos ahorrado muchos problemas.

Magda respiró hondo, tratando de recobrarse.

—¿Qué quieres, Acquilara?

Pero Acquilara no tenía ese estilo para hacer las cosas. Magda tendría que haberlo imaginado.

—Estás herida, permite que te vendemos. Y estoy segura de que estás helada y

entumecida. ¿Te gustaría tomar un poco de té?

Magda sintió que aceptar cualquier ofrecimiento de la hechicera negra sería rendirse a su poder. Empezó a decir orgullosamente «no gracias, no quiero nada de ti» y nunca supo qué la había detenido.

La obligación más seria que tenía ahora era la de conservarse tan fuerte como fuera posible para poder huir y ayudar a Vanessa y a Cholayna a salir de todo esto. Dijo con deliberada lentitud:

—Gracias.

Alguien le alcanzó una humeante taza de té. Era un poco amargo y olía al combustible usado para el fuego y le habían puesto un pedazo de mantequilla, lo que le daba un sabor peculiar, pero con su amargura, le proporcionaba un carácter vigorizante. Magda bebió y sintió que le calentaba todo el cuerpo. Aceptó una segunda taza.

Dos mujeres de las que estaban en círculo alrededor del fuego se acercaron para ayudarla a vendarse las heridas. En apariencia, eran más imponentes que las mujeres de la ermita de Avarra, parecían limpias y, debajo de sus capas con capucha, llevaban los vestidos comunes de las mujeres aldeanas de las montañas, largas faldas de tartán, abrigadas blusas y sobretúnicas, chales tejidos y botas. Las vendas que usaban eran rústicas, pero parecían limpias. Magda advirtió que tenía una pierna lastimada; no sabía cómo había ocurrido, pero supuso que, en el transcurso de la pelea, debía de haber rodado por una ladera cubierta de rocas puntiagudas. También tenía rasguños en el rostro, y tampoco los había advertido antes.

Una vez curadas y vendadas todas sus heridas y magulladuras, sin duda se sintió mejor y el té, incluso a pesar de su sabor ligeramente nauseabundo, la había vigorizado, de modo que se sentía preparada para enfrentarse a cualquier cosa que ocurriera ahora.

—¿Te sientes mejor? —Acquilara prácticamente ronroneaba—. Ahora sentémonos juntas y discutamos esto como mujeres civilizadas. Estoy segura de que podemos llegar a algún acuerdo.

¿Acuerdo?[1] ¿ Cuando has matado a mi amiga, apresado a mis compañeras y, por lo que sé, también podrías haber matado a mi amante y a mi compañera libre ¡Nunca!*

Pero Magda tenía demasiado sentido común como para decirlo en voz alta. Si la mujer era tan sólo la mitad de la *leronis* que decía ser, podría percibir la antipatía de Magda y saber, por tanto, que no era probable que accediera a su plan.

—¿Qué quieres de mí, Acquilara? ¿Por qué, como dices, me has llamado?

—Soy la sierva de la Gran Diosa a la que buscas...

Magda iba a decir: *Tonterías, tú no eres nada, de eso,* pero decidió no contrariarla.

—Muy bien, entonces, dime qué quiere de mí tu Diosa.

—Deberíamos ser amigas —empezó Acquilara—. Tú eres una poderosa *leronis* de la Torre llamada Prohibida, que se ha negado a ser un juguete en manos de los Hastur y a someterse a la terrible vieja *tenerestéis* Leonie de Arilinn, quien tiene paralizado a todo el pueblo de los Dominios bajo la dura ley de la Torre de Arilinn. Como alguien que ha ayudado a liberar a nuestros hermanos y a nuestras hermanas, eres mi aliada y camarada y te doy la bienvenida.

¿Y Marisela?

Pero Magda no dijo nada. Tal vez, si esperaba lo suficiente, Acquilara le dijera hacia dónde apuntaba verdaderamente. Como Camilla había dicho, ni siquiera una «hechicera maligna» se tomaba tanto trabajo simplemente para divertirse.

—Tu amiga me ha dicho que vienes de otro mundo y me ha contado algo acerca del Imperio —prosiguió Acquilara. Los ojos de Magda vagaron hasta el sitio en el que se encontraba Lexie, en un rincón. Había guardado el paralizador en alguna parte—. Eres una poderosa *leronis,* pero nada le debes al Comyn. Y, entre tus compañeras, hay otras dos de sangre Comyn. ¿No estoy en lo cierto?

—Has sido correctamente informada.

El *casta* era un idioma rígido y Magda no desperdició nada de su formalidad.

—No obstante, no puedo imaginar qué tiene que ver todo esto con el hecho de que hayas asesinado a una de mis amigas y apresado a otras.

—Te lo dije Acquilara, te dije que no llegarías a ninguna parte con ella de esta manera —dijo una voz desde las sombras, donde se encontraba Lexie. Rafaella n'ha Doria no tenía un paralizador ni ninguna otra arma que Magda pudiera ver, salvo el habitual cuchillo

largo típico de las Renunciantes—. Déjame que yo le hable. En una palabra, Margali, ella sabe que has recibí-
do entrenamiento de *laran* en la Torre Prohibida, o donde sea. Pero eres terrana. Por otra parte, Jaelle, nacida Comyn, ha renunciado a su herencia y, como Renunciante, es libre de usar sus poderes a su antojo.

Se quedó esperando que Magda confirmara lo que había dicho pero en cambio, Magda tuvo un estallido de furia.

—¡Si alguien me lo hubiera contado, jamás lo habría creído Rafi! ¡Tú, a quien ella ama como a una hermana, y la vendes de este modo! ¡Y también Camilla te llama su amiga!

—No sabes lo que dices —le respondió Rafaella con ira—. ¿Venderla? ¡Jamás! Tú eres quien la ha inducido a traicionarse y yo intento remediar eso.

Dio varios pasos hasta quedar frente a Magda.

—Ni siquiera has permitido que Acquilara te diga qué es lo que ofrece. No pretende dañar a Shaya, y ni siquiera a Camilla...

—¿Ésa es la *emmasca* pelirroja? —se interesó Acquilara, asintiendo con satisfacción.

—Tiene poderes del Comyn, tal vez Alton, tal vez Hastur, no hay manera de saberlo sin probarla. Eso se hace fácilmente. Puede resistirse un poco a la prueba, pero hay maneras de controlarla.

Las palabras del Juramento de Monitor centellearon en la mente de Magda: *No entrar en ninguna mente salvo para ayudar o curar y sólo con consentimiento.* Esta gente no había oído hablar jamás de esa obligación. La idea de que Camilla pudiera ser forzada en contra de su voluntad a aceptar esa intrusión dolorosa la hizo estremecer de furia. En ese momento, si hubiera tenido un arma, hubiera matado con gusto a Rafaella. ¿Acaso sabría Rafaella lo que estaba proponiendo o cuan doloroso podría ser?

—Escúchame, Margali —habló Rafaella con seriedad—. Somos hermanas de la Sociedad del Puente...
Tal vez algunas veces no hayamos sido tan buenas amigas como podríamos pero, de todos modos, trabajamos para lograr los mismos objetivos, ¿verdad?

—¿Te parece? Yo no lo creo. A mí me parece que, si tus razones fueran las mismas que las de la Sociedad del Puente, hubieras planteado tu propuesta a Cholayna, o a mí; o incluso a Jaelle o a la misma Camilla. La teniente Anders —usó deliberadamente el rango oficial de Lexie— no es miembro del Puente. ¿Por qué recurriste a ella?

—Fue ella quien acudió a mí con su propuesta. Y si no sabes por qué no acudió a ti o a Cholayna... Tenía que saber, sin duda, que jamás admitirías que pudiera hacerse algo, en el Puente o en el Imperio, sin que tú intervinieras.

Las palabras de Rafaella eran un torrente enfurecido, pero un breve gesto de Acquilara la acalló.

—Basta. Dile cuál es la propuesta. No estoy interesada en tus problemas y ofensas personales.

—Jaelle recibió un poco de entrenamiento en la Torre Prohibida, pero estas mujeres pueden completarlo y convertirla en una *leronis* más poderosa que Leonie de Arilinn. También Camilla será entrenada hasta el máximo de sus posibilidades. Si verdaderamente tiene sangre Hastur, tal vez sea la *leronis* más poderosa que haya habido en muchos años. El verdadero poder las espera...

—¿Qué te hace pensar que eso es lo que están buscando?

Fue Acquilara quien respondió:

—¿Y por qué otra cosa vinieron a estas montañas en busca de la vieja diosa de los cuervos, en su santuario abandonado? ¿Acaso no fue para descubrir el pleno potencial de los poderes que puedan tener? Tal vez no lo sepan, pero eso es lo que están haciendo. Ésa es la finalidad de cualquier búsqueda: convertirse en lo que
una es; y eso significa poder, verdadero poder, no conferencias de filosofía ni de moral. Del pueblo de los cuervos sólo lograrán infinitas austeridades y, al final, el juramento de no usar nunca su poder ni disfrutar con él. Les dirán que la finalidad de toda sabiduría es conocer y reprimir el hacer, pues hacer verdaderamente cualquier cosa sería magia negra. —El rostro de Acquilara revelaba un desprecio salvaje—. Yo puedo ofrecerles algo mejor que eso.

—En cambio, si son entrenadas aquí por Acquilara —añadió ahora Rafaella—, al finalizar su entrenamiento serán enviadas de regreso a Thendara, armadas con los medios

necesarios para hacer algunos cambios reales en su mundo, para convertirlo en algo ventajoso para ellas. Jaelle, en el Concejo; como podría haber estado como debería haber estado desde siempre. Y Camilla... lo que Camilla podría hacer no tiene límite. Podría gobernar todas las Torres de los Dominios.

—Eso no es lo que Camilla quiere.

—Es lo que debería querer, como Hastur. Y, cuando yo haya terminado mi trabajo con ella, seguramente eso será lo que querrá —afirmó Acquilara con inconmovible confianza.

Esta mujer tenía poder. Magda podía sentirlo por su postura por sus gestos. Acquilara indicó a Lexie que prosiguiera.

—Eres muy ingenua, Lome —agregó Lexie—. Por eso te has metido en tantas cosas sin conseguir nunca nada verdadero. ¿Has visto tu archivo en Personal, en el Cuartel General? Yo sí. ¿Sabes lo que dicen de ti? Podrías ocupar un cargo de verdadero poder...

Magda recuperó la voz.

—No puedo ser tan arrogante como para decirte lo que desean Camilla y Jaelle, pero sí puedo decirte que el poder, al menos bajo esa forma, no es lo que yo quiero.

—Y yo puedo decirte que eres una mentirosa —aseguró Lexie—. A pesar de todo lo que digas, hay un único juego verdadero, una sola cosa que todo el mundo quiere; y eso es poder. Finge, sé hipócrita si lo prefieres, niégalo, miente, yo lo sé muy bien: eso es lo que todo el mundo quiere.

—¿Juzgas a los demás por ti misma?

—A diferencia de ti, Lorne, yo no pretendo ser mejor que todos los demás; pero no tiene importancia. Cuando se inicie la nueva cooperación entre terranos y darkovanos, lo hará en un sentido absolutamente nuevo y, esta vez, el nombre que encabece el movimiento no será el de Magdalen Lorne, sino el de Lexie Anders.

—¿Eso es lo que quieres por encima de todo, Lexie ?

—Es lo que tú quisiste y lo que conseguiste, ¿no es así? ¿Por qué sería algo indigno de mí?

Una vez más, Acquilara interrumpió la conversación con uno de sus gestos imperativos. Magda, que la observaba cuidadosamente advirtió que se ponía incómoda siempre que el centro de la conversación se alejaba de ella.

—Suficiente, digo. Magdalen Lorne... —como todos los que hablaban *casta,* alteró la pronunciación del nombre, quitándole dignidad; lo sabía, por lo que intentó mostrarse aún más imponente—, prométeme que me ayudarás a convencer a Jaelle n'ha Melera y a la otra comynara, a la *emmasca* pelirroja, de que trabajen conmigo y encontraré para ti también alguna utilidad entre nosotras. Sería bueno tener a una agente de Inteligencia Terrana trabajando entre nosotras. Ésta sería una *Penta Cori'yo* verdaderamente poderosa, no una sociedad de albergue para damas ni un club. Una vez que nuestra influencia se solidifique en Thendara sería sencillo conseguir que fueras jefe de la Inteligencia Terrana...

—¿Y qué te hace pensar que eso es lo que yo quiero ?

—Maldición, Acquilara, ya te lo dije mil veces, de esta manera no llegaremos a ninguna parte con Lorne —interrumpió Lexie.

—Presumes demasiado de tu importancia, *terranis* —la amonestó Acquilara—. ¡No me interrumpas! Bien, Magdalen Lorne, piénsalo bien.

—No tengo necesidad de hacerlo. —Magda habló con suavidad—. No estoy interesada en tu proposición.

—No puedes permitirte rechazarla —la advirtió Acquilara—. Te estoy haciendo una proposición muy generosa. Los terranos no son muy populares en estas montañas. Sólo tengo que revelar quién eres en alguna aldea para que te hagan pedazos. En cuanto a tu amiga, la mujer de piel negra, ¿qué pensarían de ella? Un monstruo lamentable, digno de ser abandonado en las montañas para pasto de *banchees* y *kyorebnis.* En cambio, si eres una de nosotras, estarás bajo mi poderosa protección en cualquier lugar de estas montañas.

Hizo un gesto a dos de las mujeres.

—Llevadla de vuelta y permitiremos que lo piense con cuidado. Mañana me darás tu respuesta.

Luego hizo un gesto a Lexie.

—Vigílala con tu arma.

Una de las mujeres se acercó a Acquilara y le dijo algo en un susurro. Acquilara

asintió.

—Tienes razón. Si es una poderosa *leronis,* como nos han dicho, entonces no tardará en comunicarse con las *comynaris.* Dadle un poco de *raivannin.*

¡Raivannin!, pensó Magda, consternada. Era una droga que paralizaba los talentos psi y el *laran;* a veces se la utilizaba pasa inmovilizar a un telépata poderoso enfermo o delirante, que no podía controlar sus poderes destructivos. Procuró rápidamente saltar al supra-mundo, para encontrar a Jaelle, lanzar una advertencia: *Jaelle, Camilla, cuidado...* unas pocas palabras, unos pocos segundos de advertencia...

Había subestimado a esta gente. Alguien la aprisiono; no físicamente, ninguna mano la tocó, pero descubrió que estaba paralizada, que no podía moverse ni hablar. Sentía que caía, caía, aunque sabía perfectamente que estaba inmóvil; su cuerpo y su mente eran abofeteados por un hielo rugiente, el viento, como si estuviera desnuda en mitad de una cellisca...

Escuchó que Lexie decía:

—Deja que me haga cargo de ella. Puedo graduar el paralizador para dejarla fuera de combate durante unas pocas horas.

—No, necesita libertad para tomar la decisión —se opuso Acquilara con tono tranquilo.

De pronto, Magda fue asida por cuatro manos poderosas que la mantuvieron inmóvil, esta vez en lo físico. Rafaella la obligó a abrir la boca y le echó algo helado y horriblemente dulce que bajó por su garganta.

—Sostenedla más o menos medio minuto —ordenó Acquilara desde las sombras—. Es de acción muy rápida. Después, ya no habrá peligro.

Una increíble corriente de calor latía por el rostro de Magda, haciéndole daño en las mucosas, y una caliente llamarada de dolor le llenó la cabeza. Fue sólo un momento, pero el impacto casi la hizo gritar. Después empezó a desvanecerse, dejándola con un sentimiento opaco y vacío y súbitamente sorda. Parpadeó, apoyándose en una de las mujeres que la retenían; casi no podía mantener el equilibrio, toda su conciencia periférica había desaparecido, estaba ciega, despojada de sus cinco sentidos, podía ver y oír y tocar, pero qué pequeño, qué inadecuado parecía el mundo; no había nada, nada, fuera de sí misma, el universo había muerto... y hasta sus sentidos comunes estaban atenuados, tenía la vista como velada, los sonidos le llegaban ahogados, como desde muy lejos, e incluso el frío de su piel parecía remoto, como si la hubieran sumergido en algo pesado y grasiento, aislándola del mundo.

Raivannin... La había despojado de todos sus sentidos expandidos, dejándola ciega mental. Una dosis poderosa; una vez lo había tomado cuando estaba enferma y Calista pensó que había que aislarla de una operación de la Torre, pero esa dosis sólo había atenuado su conciencia del trabajo de matriz que se desarrollaba a su alrededor; de modo que, si quería, podía aislarse de él. No había sido nada semejante a este aislamiento total, esta cerrazón y ofuscación de los sentidos.

—Le diste demasiado —oyó decir a una de las mujeres que la sostenían.

Hasta su voz sonaba casi inaudible... ¿o sería así como sonaban habitualmente las voces, cuando no estaban realzadas por la conciencia psíquica que les daba otro significado?

—Apenas si puede mantenerse de pie. Después de una dosis como ésa, tal vez nunca recobre su *laran.*

Acquilara se encogió de hombros. Magda advirtió, con desesperación, que ni siquiera podía ya distinguir la falsedad ni la malicia en la voz de Acquilara, sonaba como la voz de cualquiera, incluso agradable... ¿Cómo hacían los ciegos mentales para saber en quién podían confiar?

—No sería una gran pérdida. Podemos arreglarnos sin ella y tal vez así sea más fácil manejarla. Llevadla con las otras.

Mientras las mujeres la alejaban del círculo reunido en torno al fuego, de regreso a la primera caverna, donde se había despertado cautiva, Magda sólo era consciente de su propia desesperación. Ni siquiera podía avisar a Jaelle ni a Camilla.

Trató de convencerse de que no debía preocuparse. Jaelle y Camilla no sabían dónde se encontraba ni dónde buscarla. Ahora que la habían drogado con *raivannin* ni siquiera podrían rastrearla por medio del *laran.*

Y si Acquilara intentaba persuadirlas de que apoyaran sus planes, ellas siempre tendrían la posibilidad de negarse. No habría manera de forzarlas ni ningún riesgo de que a Jaelle o a Camilla la oferta de Acquilara les resultara lo suficientemente tentadora para que traicionaran sus propios principios. Así, ¿por qué se preocupaba?

Sin ninguna ceremonia, la arrojaron dentro de la primera caverna y se marcharon. Magda se quedó acurrucada en el suelo, como una desdichada.

Sin duda, Lexie pretende matar a Cholayna o hacerla matar pues, si no, jamás se hubiera atrevido a hablarle de esa manera.

Cholayna alzó la cabeza cuando Magda cayó al suelo.

—Magda, ¿estás bien? ¿Qué querían?

—Hacerme un ofrecimiento, que no me interesó en absoluto —contestó Magda en tono apagado—. En esencia, les dije que se fueran a la mierda. Ve a dormir, Cholayna.

Había cometido un fatal error estratégico. Tendría que haber fingido seguirles la corriente, tendría que haber fingido impresionarse con los planes de Acquilara y, entonces, la hubieran dejado en libertad y hubiera podido establecer contacto con Jaelle o con Camilla por medio del *laran.* Pero ahora ya era demasiado tarde.

—Estás temblando de pies a cabeza —observó Vanessa—. No creo que estés nada bien. ¿Qué te han hecho realmente? Ven aquí, bajo mi manta, caliéntate un poco. Se te ve muy mal.

—Nada. Nada que puedas entender. Déjame tranquila, Vanessa.

—De ninguna manera. —Vanessa la atrajo por la fuerza bajo su manta y la arropó con ella. Tomó las manos de Magda entre las suyas—. ¡Tus manos arden! Vamos, Lorne, ¿qué te hicieron? ¡Nunca te he visto así antes!

Magda se sentía vacía, exhausta, y, sin embargo, sólo deseaba llorar y llorar hasta disolverse en lágrimas. Sentía las manos de Vanessa como las de una desconocida, sin ninguna sensación más que el crudo contacto físico. ¿Cómo sería tener solamente esto para compartir con otra persona, por querida que fuese, y cómo se hacía para distinguir a una amiga de una desconocida o de una amante? Y podía quedarse en este estado para siempre. Hubiera sido mejor morir. Se dejó caer contra Vanessa y, para su desesperación y vergüenza, advirtió que estaba sollozando, indefensa.

Vanessa la abrazó y le dio unas palmadas afectuosas.

—Sshh, ssh, no llores, todo mejorará, nada es tan malo, todo tiene solución. Estamos aquí, contigo...

Y Cholayna, al escucharlas, se incorporó y tomó las manos ardientes de Magda entre las suyas, acariciándolas.

—Vamos, cuéntanos, ¿qué te han hecho? Te sentirás mejor si lo cuentas, sea lo que haya sido. Déjanos ayudarte.

—Nadie puede hacer nada —masculló Magda, desesperada, en medio de sollozos—. Ellas... me drogaron. Con *raivannin...*

—¿Y qué demonios es eso?

—Algo que... elimina el *laran...* Para que... no pudiera... Es como quedarse sorda y ciega... —Magda sentía que sus palabras se trababan, sin vida, que no expresaban nada de su verdadera personalidad ni de sus pensamientos, que eran ruidos muertos, como los balbuceos de un idiota.

Cholayna la abrazó estrechamente.

—¡Qué espanto! ¿Te das cuenta, Vanessa? Lo hicieron para que no pudiera avisar a Jaelle, para que no pudiera siquiera establecer contacto con ella... ¿no comprendes? ¡Qué brutalidad hacerle eso a alguien con talento psíquico! Oh, Magda, Magda, querida, sé que no puedo comprender realmente lo que significa para ti, no puedo imaginarlo... pero entiendo algo de lo que debe de ser.

Magda estaba absolutamente descompensada, pero allí, abrazada y consolada por sus amigas, logró dejar de llorar al cabo de un rato.

—De alguna manera, puede haber alguna ventaja —manifestó Vanessa en un susurro—. Observé que, cuando te trajeron de vuelta, ni siquiera se molestaron en mandar a Lexie con su paralizador. Evidentemente, pensaron que, tras eliminar tu *laran,* ya no eras

peligrosa para ellas. Tengo la sensación de que ni siquiera se han preocupado por nosotras, por Cholayna y por mí, porque no tenemos ninguna clase de poderes psíquicos.

Magda no había pensado en eso. Advirtió que había estado tan conmocionada que no había podido pensar en nada.

¿He llegado a confiar tan profundamente en mi *laran* que he olvidado todo lo demás?, se preguntó. Eso tampoco está bien.

—Tienes razón.

Reunió fuerzas y se incorporó mientras se enjugaba las lágrimas con la manga.

Lo que Vanessa decía era cierto; Acquilara y las otras no estaban en guardia. Se podría hacer algo. Sin comida, provisiones ni mapas, sin saber siquiera si era de día o de noche, escapar sería difícil pero no necesariamente imposible.

Vanessa tenía su cuchillo, un arma pequeña, cortante como una navaja, con una hoja del tamaño de su mano; se plegaba, y tal vez las otras ni siquiera habían advertido que se trataba de un cuchillo. Cholayna estaba desarmada.

—Pero no temo a nadie a quien pueda ver —apuntó la mujer con un tono siniestro y haciendo un gesto que Magda reconoció: también ella había sido entrenada en el combate sin armas. Hasta que no habían sido atacadas en la aldea de los ladrones, Magda nunca había utilizado ese entrenamiento para matar, pero se había quedado verdaderamente impresionada por la habilidad que Cholayna había desplegado en la pelea.

—Debe de ser de noche fuera. —Se esforzó por reunir sus energías. Habían conseguido inutilizar su *laran* pero, después de todo, había vivido casi veintisiete años sin ningún indicio de que lo poseía: en Magdalen Lorne había más cosas que el *laran.*

—Al principio, Acquilara les dijo que me vigilaran, para que pudiera pensar mi respuesta hasta mañana; me pareció que se estaban preparando para la noche. Tarde o temprano, hasta este grupo tiene que dormir, no son el Ojo Vigilante del Mal, son simplemente unas mujeres con algunos poderes malignos y con ideas aún más malignas acerca de la manera de utilizarlos. Si vamos a hacer algún movimiento, debería ser mientras estén durmiendo.

—Tal vez ni siquiera tengamos que matarlas —aventuró Cholayna—. Quizá podamos escaparnos sigilosamente...

—Si supiéramos cómo salir —concretó Magda—. Y sospecho que habrá guardias, a menos que sean demasiado confiadas...

—Podría ser así —insistió Cholayna—. Piénsalo, Magda, es la psicología del poder. Esta caverna está aislada en la parte más olvidada de estas montañas aisladas y olvidadas. Nadie conoce el camino hasta aquí. Nadie viene aquí nunca. Probablemente, lo protejan psíquicamente del grupo rival, la Hermandad de las Sabias; pero apuesto un mes de paga a que no hay ninguna vigilancia física. Te han inmovilizado. Tomarán precauciones para que la Hermandad rival no las rastree con *laran.* Pero ni siquiera se han molestado en vigilarnos a Vanessa y a mí. Sólo a ti y, exclusivamente, por tu *laran.*

Choylana tenía razón. Así que sólo tenían dos problemas: esperar hasta que Acquilara y sus esbirras estuvieran dormidas, para encontrar la salida de la cueva (había sentido una corriente de aire en la caverna exterior donde la habían interrogado, así que debería estar más cerca de la salida) y, segundo, pensar qué harían para sobrevivir fuera.

La segunda era la más importante. Pero Vanessa ya lo había pensado.

—Y ¿suponiendo que logremos salir? No tenemos comida, ni ropa de abrigo, ni equipo de supervivencia...

—-Es seguro que hay comida y ropa en algún sitio de estas cavernas... —propuso Cholayna.

—Sin duda alguna. ¿No quieres ir a Acquilara y pedirle que nos equipe?

—Otra cosa, aún más importante —decidió Cholayna con resolución—. Lexie. No pienso irme sin ella.

—Cholayna, ya lo viste —protestó Vanessa—. Lexie nos amenazó con un arma. ¡Rescatarla...! ¡Infiernos, es una de ellas!

—¿Cómo sabes que nadie la amenazaba con un arma o con algo peor que nosotras no podíamos ver? Antes de irme de aquí, querría escuchar de sus propios labios que nadie la estaba presionando en ese momento —se empeñó Cholayna—. Y Rafaella... ¿Tú la viste, Magda, está viva?

—Está viva y perfectamente —confirmó Magda con tono sombrío—. Ella me sujetó cuando me obligaron a tragar la droga. Y te garantizo que nadie la amenazaba con un arma o algo semejante. Me explicó de manera bastante detallada lo que estaba haciendo Acquilara y por qué tenía que convencer a Jaelle y a Camilla de que se unieran a ellas y no a la Hermandad. No me convenció, pero ella sí parecía estar convencida. Sinceramente, no creo que tengamos que perder tiempo tratando de rescatarlas, más bien tengo la impresión de que estaban exactamente en el sitio en el que querían estar y que no tendría ningún sentido intentar convencerlas de que se marcharan.

—No puedo creer eso de Alexis —se obstinó Cholayna con desesperación—. Pero, bueno, tampoco creía que fuera capaz de amenazarme con un paralizador.

Incluso despojada del *laran,* Magda pudo percibir el dolor de Cholayna. Qué duro debía de ser para ella aceptar que Lexie no era una prisionera allí, sino una cómplice voluntaria.

Pero Cholayna había recuperado su lucidez y revisaba sus bolsillos. De sus profundidades extrajo un envoltorio.

—Raciones de emergencia. Necesitamos combustible. —Las dividió en tres partes—. Comamos.

Magda sacudió negativamente la cabeza.

—Me dieron un poco de té caliente con mantequilla, estoy bien. Es para vosotras dos.

Sólo aceptó un bocado de la ración seca e insípida de altas calorías, y masticó con lentitud.

Nunca, más volveré a quejarme del sabor de esta cosa, después de ese té con mantequilla que olía a boñiga.

Vanessa abrió su cuchillito, preparándose. Doblaron las mantas y se envolvieron con ellas a modo de capa; tal vez las necesitaran como protección básica si lograban encontrar la salida de las cavernas. Sus ojos ya se habían adaptado tan bien a la escasa luz que había en la primera caverna que podían ver perfectamente el resplandor que venía de la caverna exterior, que era aparentemente el lugar de reunión de Acquilara y las mujeres de su secta.

Magda se preguntó de dónde vendría la gente de Acquilara. ¿Vivirían aquí todo el año, o se encontrarían ocasionalmente en este lugar? No podían vivir en este páramo, porque no había nada de qué vivir.

Pero no había motivos para perder tiempo en conjeturas. A Magda no le importaba si habían venido hasta allí a causa de la necesidad, por imitación, por pura perversidad o porque, como Vanessa, tenían una pasión por escalar montañas.

Silenciosamente, se deslizaron hacia el resplandor anaranjado del fuego encendido en la caverna exterior. Magda percibió el olor del fuego de boñiga, una corriente de aire frío sobre su mejilla... estas cavernas estaban bien ventiladas. Eso podría explicar, en parte, por qué había tan pocas aldeas marcadas en el mapa de los Hellers: tal vez algunos de sus habitantes vivían en cuevas. Pero la gente necesitaba más cosas que un refugio; necesitaban fuego, ropas, comida o algún lugar donde sembrar. Si había muchas personas que vivían en esta zona, también debería haber más signos de su presencia. Ni por un momento había creído en la teoría de Lexie acerca de que existía una ciudad allí, invisible para los observadores por obra de alguna tecnología desconocida. Tal vez sí unas pocas ermitañas aisladas, retiradas a las montañas por motivos espirituales. Pero no una gran población.

Había un par de cavernas intermedias; una de ellas con peldaños que bajaban en medio de un vago resplandor. Probablemente antorchas, en alguna parte, pensó Magda. En una ocasión había visto un informe geológico que indicaba que había varios volcanes en actividad en las Kilghard Hills. De todas maneras, hubieran resultado obvios por la presencia de manantiales calientes en toda el área. También debía de haber volcanes latentes, pero nadie viviría en ellos.

Vanessa susurró:

—Deberíamos investigar estas cavernas. Debe de haber depósitos de alimentos y también de ropa.

—No podemos arriesgarnos —determinó Cholayna en voz baja.

Era sorprendente, pensó Magda, la manera en que Cholayna se había convertido en líder indiscutida de las tres.

—Podríamos tropezamos con ellas, que tal vez duerman allí —prosiguió Cholayna—.

Debemos salir rápidamente y con poco peso. Nos arreglaremos de alguna manera. Directamente hacia fuera, peleando si nos vemos obligadas; no debemos matar a menos que no nos quede otra alternativa, pero tampoco debemos distraernos.

Se acomodó la manta que llevaba sobre la espalda, asegurándose de que podía mover libremente manos y pies, y Magda recordó una vez más cómo se había enfrentado a los ladrones de aquella aldea.

Pocos pasos más y se encontraron en la entrada trasera de la caverna principal, o al menos eso supuso Magda; era esa enorme estancia cavernosa en la que había hablado con Lexie y con Rafaella bajo la mirada de Acquilara. Miró el anillo de ascuas dispersas que había sido antes un fuego y se estremeció: aquí la habían atrapado... *la habían drogado; algo peor que una violación y que había afectado toda su identidad...*

—Tranquila —dijo Vanessa tomándola del hombro—. Calma, Lorne, estás bien ahora.

Vanessa no comprendía; de todos modos, Magda se rehizo, con firmeza. La habían disminuido, la habían herido, pero todavía estaba con vida y en posesión de sus sentidos, de su identidad, de su integridad.

Aunque, si Acquilara tenía razón, si me dieron una dosis excesiva que me despojó permanentemente del laran...

Puedo vivir sin él. Camilla lo eligió así. Vivir sin él...

Gimió ante la idea de que tal vez nunca pudiera compartir con Camilla lo que compartía con Jaelle, con sus compañeros de la Torre pero, si debía hacerlo, podría aceptar ese hecho.

Camilla perdió más que eso.

Con precaución, paseó la mirada por la gran caverna.

Al principio le pareció que estaba vacía. Todas se habían retirado tal vez a cavernas más profundas que utilizaban para dormir o para los ritos misteriosos en los que ocupaban su tiempo.

Cuando no están asesinando o dragando a la gente. No me importa si están todas allí abajo fornicando con demonios o con banshees. *Les deseo que lo disfruten. ¡Mientras eso las mantenga ocupadas y nos permita salir corriendo de aquí!*

—Pero debe de haber guardias en alguna parte, aunque sea solamente en la salida —susurró Vanessa—. ¡Con cuidado! ¿Puedes decir de dónde viene esa corriente de aire, Magda?

Magda giró la *cabeza hacia,* uno y otro lado, tratando de decidir de qué dirección venía el aire. El *laran* le hubiera resultado útil entonces, aunque la clarividencia no era su talento más notable. Cholayna le tocó silenciosamente el brazo y señaló.

Había alguien durmiendo en el suelo, en un extremo de la caverna y bajo la tenue luz de las antorchas. Una forma de mujer, envuelta en una manta. Una de las hechiceras de Acquilara. Alguien de guardia, al menos. Vanessa sacó su cuchillo. Empezó a inclinarse sobre la otra, con el brazo alzado para atacar, pero Cholayna sacudió negativamente la cabeza y Vanessa se encogió de hombros, obedeciendo.

Magda había identificado la corriente de aire. Vaciló un momento; algunas de estas cavernas, lo sabía, se ventilaban por medio de largas chimeneas de roca y, si tomaban esa dirección, podían llegar a un laberinto intransitable. Pero tenían que arriesgarse. De todas maneras, era muy probable que hubiera alguna guardia apostada, aunque durmiera. Alguien a quien hubiera de hacer prisionera para llegar al mundo exterior. Señaló con la mano.

Una a una pasaron cuidadosamente por encima de la durmiente. Pero si Magda había esperado que la siguiente caverna condujera al mundo exterior, con un resplandor diurno y unos pocos pasos hacia la libertad, estaba condenada a la desilusión, pues la siguiente cámara era mayor que la anterior. Estaba totalmente vacía y prácticamente a oscuras.

Podían vagar durante días por estas cavernas, si es que la banda de Acquilara no las encontraba tarde o temprano, más probablemente temprano, y les daba un final horrible. Acquilara había querido usarla, pero Magda no se engañaba por eso ni creía que la otra fuera a mostrarse amable o tolerante.

Esta vez no la drogaría. La mataría.

Muy lentamente, Vanessa se adelantaba siguiendo la pared, tanteando cada pulgada con las manos extendidas. Patinó, se recobró, cayó de rodillas e hizo un gesto,

llamándolas. De puntillas, las otras dos se le unieron. Había caído sobre una pila de bolsas grandes; de las cuales, un par habían sido abiertas y estaban encima de todo.

Una de ellas tenía frutas y la otra alguna clase de cereal, mijo, probablemente destinado a alimentar a los animales de carga. Ante el gesto de Cholayna, se llenaron los bolsillos de alimentos. En el terrible frío exterior, eso podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Más allá de las bolsas apiladas, había una larga escalera; apenas alcanzaban a distinguir los escalones tallados en la piedra, rellenados con rocas y cemento y alisados justo lo suficiente para subir sin caerse. Los peldaños estaban húmedos, eran resbaladizos y traicioneros, y Magda vaciló antes de poner un pie en ellos.

—¿Crees que ésta es la salida? ¿No nos internaremos aún más en las cavernas?

—Averigüémoslo primero —dijo Cholayna, y empezó a tantear lentamente el resto de la pared.

Automáticamente, Magda intentó investigar con su *laran,* para ver más allá de la escalera; pero sólo sintió un opaco dolor.

En sus... ¿ojos? No. ¿En el corazón? *No puedo identificar qué me falta, pero sólo estoy allí a medias.* Eliminó la idea, obligándose a recorrer lentamente las paredes húmedas. Al regresar al sitio donde estaban las bolsas de cereal, se topó levemente con Vanessa.

—Hay una gran puerta allá —murmuró Cholayna—. Me gustaría salir de aquí antes de que la guardia-na se despierte y tengamos que matarla.

—Creo que la escalera conduce al exterior —aportó Vanessa—. Siento que sopla una corriente de aire desde allí.

—No estoy segura. Piensa, Vanessa, ¿podrían habernos bajado por la escalera sin que alguna de nosotras se despertara?

Cholayna era convincente. Vanessa se sometió:

—Tú mandas.

—No. Se trata de algo muy serio. Tú y Magda también corréis peligro. Magda, ¿qué corazonada tienes?

Con pesar, Magda recordó que Cholayna no tenía idea de que esa pregunta era una manera de escarbar más la herida de su pérdida, sino que lo decía literalmente.

—No tengo ninguna en este momento, ¿recuerdas? Pero me gustaría echarle un vistazo a esa puerta ames de que lo intentemos con la escalera.

—Pero apresúrate —la instó Cholayna con preocupación, y Magda empezó a tantear el camino.

Todo estaba muy oscuro. Apenas si podía distinguir sus propios dedos cuando los ponía frente a su cara. Vanessa murmuró algo y se deslizó en la oscuridad. Al cabo de un rato, que pareció eterno, regresó trayendo una de las antorchas de llama baja.

—Tuve que pasar por encima de ella. Traigo esta antorcha; parecía quedarle más vida que a las otras, pero ninguna estaba muy útil. Me gustaría encontrar el sitio donde guardan el depósito de antorchas.

—Ésa es otra —gruñó Cholayna entre dientes—. A menos que encontremos el camino hacia el exterior bien rápido, necesitaremos luz. Literalmente, podríamos pasarnos el resto de la vida vagando por estas cavernas.

—Sostén esto —dijo Vanessa y dejó la antorcha en las manos de Cholayna y se alejó sigilosamente otra vez.

Después de otro rato bastante largo y de unos suaves crujidos, Vanessa regresó, sin aliento y con los brazos llenos de antorchas. Una o dos tenían una brasa en el extremo, las otras estaban apagadas.

—Lamento haber tardado, tuve que desengancharlas de la pared. Ahora será mejor que nos vayamos; en cuanto miren el sitio se darán cuenta de que hemos pasado por aquí. Vamos.

Cholayna extendió una mano y tomó a Vanessa por la muñeca.

—Buena idea. Pero comprende bien algo, Vanessa: desde este minuto en adelante, permaneceremos juntas, no nos separaremos, ¿comprendes? Tal vez tú conozcas las montañas, pero yo sé algo sobre las cuevas. Todas juntas; mejor aún, permanezcamos en contacto físico todo el tiempo. Si una de nosotras se pierde o se separa, ni siquiera podremos gritar para localizarnos.

—Oh. Muy bien —dijo Vanessa con seriedad.

Magda tomó la antorcha encendida de las manos de Cholayna.

—No me perderé de vista. Pero tengo que ver adonde conducen estos peldaños. No tiene sentido que vayamos todas si se trata de una chimenea ciega o de otra cámara vacía.

—Dudo que sea ciega; la escalera está demasiado usada —señaló Cholayna, agachándose para examinar de cerca la rústica superficie del suelo.

Sosteniendo la antorcha ante ella, Magda subió lentamente la escalera.

Volvió la cabeza para mirar a Cholayna, que se encontraba al pie de la rústica escalera. No era ciega. Conducía a alguna clase de cámara más arriba y había luz allí. ¿Sería luz diurna? Su cabeza emergió por encima del borde y retrocedió instintivamente.

Escondió la antorcha detrás para ocultar su luz. Al menos dos docenas de mujeres dormían en la cámara superior; Magda pudo ver, en el otro extremo de la habitación, el pelo rubio y rizado de Lexie Anders. No vio a Acquilara. Lentamente empezó a bajar los peldaños, posando cuidadosamente cada píe.

La mujer que dormía más próxima a la escalera abrió los ojos y miró directamente a Magda.

Era Rafaella n'ha Doria.

Magda nunca supo cómo logró ahogar un grito. Se retiró rápidamente, bajó la escalera y Vanessa, al ver su precipitado retroceso, sacó el cuchillo y se puso en guardia.

Pero no ocurrió nada. Silencio, ningún grito de alarma, ni legiones alertadas, ni ninguna horda furiosa que bajara la escalera con las armas en ristre.

¿Estaría profundamente dormida? ¿No me vio? ¿Decidió dejarme ir por Jaelle, aporque alguna vez fuimos amigas?

Entonces, sigilosamente, Rafaella bajó la escalera.

Vanessa tenía preparado su cuchillito, pero, con un gesto, Rafaella le indicó que lo guardara y les indicó a todas que se alejaran a prudente distancia de la escalera.

—Puedes guardar el cuchillo, Vanessa n'ha Ylana. Si os vais, yo voy también.

—Me engañaste —la acusó Magda en voz baja.

—Oh, no te hagas ilusiones —la rechazó Rafaella con amargura—. No me has convertido a tu causa justa ni nada por el estilo. Sigo pensando que Jaelle estaría mejor trabajando aquí que con el otro grupo. Pero no me gusta lo que le han hecho a Lexie y no quiero que me lo hagan también a mí.

—¿Por casualidad sabes dónde está la salida?

—Creo que puedo encontrarla. He salido y entrado dos veces desde la tormenta.

Rápidamente, Rafaella las condujo, a través de la enorme puerta, hasta una cámara colmada de tierra y rocas. Unos hongos fosforescentes arrojaban una luz fantasmagórica desde las paredes y la luz de la antorcha iluminaba gigantescas formaciones de piedra caliza pálidas y lustrosas como huesos, de formas maravillosamente tortuosas.

—Con cuidado aquí, está húmedo y hay filtraciones por todas partes pero, al menos, el agua es pura y buena para beber y hay mucha cantidad.

Con la mano, recogió un poco del agua de un arroyo que fluía hacia abajo mientras ellas ascendían.

—Si alguna vuelve a perderse, que recuerde que debe seguir el arroyo montaña arriba. En el otro sentido, conduce muy abajo... Yo sólo he descendido tres o cuatro niveles, dicen que hay al menos diez y que algunos están colmados de libros viejos y de artefactos de la época de... debe de haber sido hace miles de años. Lexie bajó y vio algunos y dijo que, evidentemente, había habido una época de tecnología muy evolucionada en Darkover, aunque nada parecía terrano. Eso la sor-

prendió. Dijo que Darkover fue alguna vez colonia terrana, pero que esto era completamente diferente. Entonces Acquilara le explicó que eran cosas... anteriores, que había aquí toda una civilización antes de que los humanos colonizaran este mundo. Tú eres la especialista, Margali, todo ese material te interesaría y la Madre Lauria se volvería loca con eso, pero no es para mí.

En el extremo más alejado de esa cámara, había un resplandor de luz; no luz diurna, sino un tenue centelleo cuya cualidad era diferente de la también tenue luz de la antorcha. Todas podían sentir un hálito del terrible frío exterior. Magda se estremeció y se abotonó

la gruesa chaqueta; se puso también los guantes. Vanessa se acomodó la manta sobre los hombros como si fuera un chal montañés. Las cuatro a la par se desplazaron sigilosamente hacia la entrada.

Magda siempre juró que no había explicación natural de lo que ocurrió a continuación. Vanessa dijo que ella había aparecido por una escalera, y nunca dejaron de discutirlo. Magda vio un tenue resplandor azul, escuchó un distante y estridente grito, como de halcón y, entonces, Acquilara apareció en la entrada, delante de ellas.

—¿Nos dejáis? Mucho me temo que no puedo prescindir de vuestra compañía tan pronto.

Alzó una mano y Magda advirtió que había guerreras que rodeaban toda la cámara de entrada. Le quitaron las antorchas a Cholayna, arrojaron a Vanessa al suelo de un golpe, le arrebataron el cuchillo y, después, las arrastraron, junto con Magda y con Rafaella, de regreso a la cámara en la que estaba encendido el fuego, donde las cuatro fueron maniatadas.

La habitación se llenó de mujeres algunas de las cuales, Magda estaba segura, habían interrumpido bruscamente su sueño en la cámara de arriba.

—Soy demasiado permisiva —se lamentó Acquilara—. No puedo tolerar a las traidoras. Terrana...

Lexie se adelantó entre la multitud.

—Subestimé su fuerza y su inteligencia —dijo Acquilara, señalando a Magda—. Una vez que esté domada, le encontraremos utilidad. Pero debo dar un ejemplo de lo que les ocurre a aquellas que se mofan de mi clemencia. Ésta nos traicionó.

Se acercó a Rafaella y le quitó el cuchillo del cinturón. Luego se lo entregó a Lexie.

—Demuéstrame tu lealtad. Mátala.

Cholayna exclamó de repente:

—¡Lexie! ¡No!

Con brutal deliberación, Acquilara abofeteó la boca de Cholayna.

—Deberías ser tú, monstruo. Terrana, estoy esperando.

Lexie echó una brevísima mirada al cuchillo y lo dejó caer.

—Al diablo con tus pruebas de lealtad. Si las necesitas, tú también puedes irte al diablo.

Dejó el cuchillo en el sitio en el que había caído.

Magda pensó que Acquilara mataría a Alexis en ese mismo momento: la había desafiado, arriesgándose a que la hechicera perdiera autoridad delante de sus mujeres. Acquilara se quedó paralizada por un momento y, después, evidentemente, decidió rescatar lo que pudiera de todo ese incidente.

—¿Por qué, terrana?

—Ella conoce los caminos de las montañas. Es competente. Será necesaria para escoltarlas de regreso a Thendara cuando llegue el momento; para entonces, ya sabrá cosas mejores que desafiar y desobedecer. Matarla sería un desperdicio. Yo aborrezco el desperdicio. —Lexie habló con frialdad, sin la menor emoción.

¿Ahora estará diciendo exactamente la verdad, o hay en Lexie alguna lealtad latente? Después de todo, viajaron juntas por las montañas y deben de sentir un poco de cariño y de respeto mutuos, tras compartir una experiencia semejante. Magda anheló ese poquitín de *laran* que le hubiera posibilitado saberlo.

Muy pronto se encontraron de vuelta en la caverna de la que habían salido. Rafaella fue conducida allí junto con ellas y la arrojaron al suelo sin más contemplaciones. Tenían las manos atadas, y Acquilara ordenó a sus mujeres que también les quitaran las botas, una por una.

Cholayna protestó:

—Ni siquiera nos has dicho por qué somos tus prisioneras. Y, sin las botas, sin duda nos congelaremos.

—No si os quedáis dentro de estas cavernas, en las que la temperatura es suficientemente alta como para que el agua no se congele —arguyó Acquilara—. Sólo si alguna trata de escaparse, sufrirá daño. En realidad, también debería quitaros las prendas exteriores.

Pero no concretó la amenaza; incluso les dejó las mantas. También apostó un par de guardianas, armadas con cuchillos y dagas, en la puerta de la cámara. Nunca más, pensó Magda, volvería a subestimarlas.

—Jaelle... No la han matado, ¿verdad? —preguntó Rafaella, envolviéndose en la manta lo mejor que pudo, con las manos atadas.

—Por lo que sé, salió absolutamente ilesa. Y espero que siga así.

—¡Por los pezones de Evanda, yo también; lo juro! No permitiría que le ocurriera nada malo ni por todo el metal de las forjas de Zandru. Verdaderamente creí que encontraríamos... —se interrumpió—. No sabía que la mujer terrana estaba tan sedienta de sangre. Por un momento, pensé que Lexie realmente me mataría.

—Yo esperaba que no —afirmó Cholayna con gravedad—. No puedo creer eso de ella.

—No creo que esto sea lo que Lexie llamaba «ciudad de sabiduría.» Aun así, si podemos llegar a los antiguos artefactos sepultados en la montaña, me atrevería a decir que a tus terranos les parecerían una fortuna.

—No tendría problemas en verlos —repuso Cholayna—, pero preferiría irme de aquí sin un rasguño. No sé si podremos hacer otro intento de huida. Debemos estar preparadas por si se presenta alguna oportunidad. —Se movió para tenderse muy cerca de Magda—. Mira a ver si puedes desatarme las manos, Magda. Vanessa, a ver qué puedes hacer por Rafi.

—Las guardias... —Magda dirigió una mirada temerosa por encima del hombro.

—¿Por qué te crees que sugerí que nos moviéramos mucho, que nos envolviéramos con las mantas y todo eso? Las guardias no nos prestarán atención si nos movemos con discreción y nos comportamos como si siguiéramos maniatadas.

Lentamente, Magda empezó a deshacer los nudos. Le llevó mucho tiempo deshacerlos pero, de todos modos, no tenía otra cosa que hacer. Finalmente liberó la última soga y después extendió sus propias manos, para permitir que Cholayna la desatara.

—Debe de ser de día —comentó Vanessa, tendida cuan larga era y fingiendo dormir mientras Rafaella se esforzaba por desatar un nudo difícil.

De día. Si ella hubiera tenido sentido común, o *laran,* para no haber subido aquellas escaleras, para no dirigirse a aquella puerta, ahora podrían haber estado ya a kilómetros de distancia.

Rafaella preguntó:

—Esta Acquilara... ¿es una hechicera poderosa?

—Como telépata no es gran cosa. No sé qué otros talentos tiene o no tiene y, en este momento, no me encuentro en posición de evaluarlo —reconoció Magda.

—*Laran* —soltó Rafaella con tono despectivo.

De repente, Magda fue consciente de la principal causa de los celos de Rafaella. No hacía falta tener poderes psíquicos para descubrirla: desde la infancia de Jaelle, Rafi había sabido que Jaelle era hija de la poderosa casta del Comyn, la que gobernaba todos los Dominios, todo Darkover, con sus poderes. No obstante, Jaelle había elegido la Casa del Gremio, desdeñando su herencia Comyn borrando así la gran distancia que, de otro modo, se hubiera abierto entre Rafaella y ella. Habían sido amigas, socias e, incluso, por un tiempo, en la adolescencia, amantes. Y después, Magda, que ni siquiera era darkovana y que no debería haber tenido más *laran* que la misma Rafaella, se había interpuesto entre ellas y había sido Magda, la extranjera, quien había atraído a Jaelle de vuelta a su *laran* y a su herencia.

Debería haber tenido suficiente imaginación para darme cuenta antes.

—*Laran* o no —dijo Cholayna—, sé una cosa sobre esta Acquilara: es una psicópata. Cualquier minucia puede desequilibrarla y entonces puede resultar peligrosa.

—¿Crees que no es peligrosa ahora? ¿Acaso una mujer cuerda hubiera intentado obtener de Lexie que matara a Rafaella? —preguntó Vanessa.

—Una mujer cuerda podría haberlo intentado perfectamente sólo que una mujer cuerda no se hubiera desviado tan fácilmente de su objetivo —le advirtió Cholayna—. Ella me causa más temor que todas las cosas con las que nos hemos encontrado durante este viaje.

El día, o la noche, se arrastró lentamente y no tenían manera de medir el tiempo. ¿Qué importancia tenía?, se preguntó Magda. Era improbable que pudieran salir de ésta. O Acquilara las mataba en un acceso de frenesí psicópata, o se escapaban para sufrir una

rápida muerte por exposición a la intemperie o una muerte lenta debida al hambre. Sólo lamentaba que su *laran* hubiese muerto antes que ella. Le hubiera gustado contactar con Calista, con Andrew y, especialmente, con su hija. La Torre Prohibida la lloraría, sin saber cómo había muerto. Tal vez fuera mejor que no lo supieran.

Se preguntó si no sería una cuestión ética peculiar de las mujeres. Había algunas, incluso en la Casa del Gremio, que hubieran dicho que ella, al tener responsabilidades familiares y una hija que criar, no habría debido emprender una misión tan peligrosa. El Cuartel General terrano, al menos en Inteligencia, solía reseñar esas misiones para el personal soltero sin familiares.

Pero Inteligencia era un servicio voluntario especial. En Cartografía y Exploración, por ejemplo, la situación marital de un hombre no influía sobre lo que se esperaba que hiciera o sobre lo que se le permitía hacer. ¿Era tanto peor criar hijos sin madre que sin padre? Extrañaba a Shaya, y se preguntó si volvería a verla alguna vez. Si Jaelle había salido ilesa, se ocuparía de su hija. Si Jaelle también había sido asesinada... vaya, por lo menos las niñas estaban a salvo.

—No creo que se molesten en traernos nada de comer —recordó Vanessa—, pero todavía tengo el bolsillo lleno de lo que sacamos de las bolsas aquellas. Tomad...

Pasó los alimentos de mano en mano, sin que la vieran las guardianas.

—Será mejor que comamos.

Magda masticaba prosaicamente unas pasas cuando ocurrió: un centelleo, como una luz que explotara en su cerebro, y la voz de Calista:

... *como Alton, uno de mis talentos es el de poder hablar con los ciegos mentales...*

Era como si hablara desde la habitación contigua, pero con perfecta claridad. Después, la voz desapareció y no hubo modo de hacerla regresar; Magda intentó contactar con Jaelle, con Camilla, de acceder al supra-mundo y a la Torre Prohibida...

Pero su mente todavía estaba presa del poder inhibidor del *raivannin y* no tenía ni idea de cómo esa voz había llegado hasta ella.

Si al menos pudiera rezar. Pero no creo en ello.

Ni siquiera, pensó, creía en la Diosa Avarra, aunque había visto su forma ideal, emanada de la Hermandad. Trató de invocar esa imagen, la de la alta diosa con alas, las figuras veladas, trató de llenar su mente con el sonido de los cuervos graznando, pero sabía perfectamente que era tan sólo una imagen, mente y memoria, nada parecido a la seguridad del contacto que podía establecer con *su laran.*

Se arropó en la manta, masticando apesadumbrada la fruta seca que, como todo lo que había en estas cavernas, olía a los fuegos de bosta.

Alzó la vista y vio a Camilla de pie ante ella.

Pero no era la Camilla real. A través de su cuerpo, Magda podía ver la pared y sus ojos centelleaban con un fuego sobrenatural. Su pelo, en la vida real desteñido y arenoso, parecía vivo, con reflejos cobrizos. No era Camilla. Era su imagen en el supramundo. Sin embargo, la cabeza de Magda aún estaba colmada de la apagada sensación de extrañeza producto del *raivannin.* Así que no estaba viendo a Camilla con su *laran.* De algún modo, Camilla había llegado hasta ella. Entonces vio, de pie junto a Camilla —pero los pies no tocaban el suelo de la caverna y estaba rodeado por una aureola oscura—, a la modesta joven delgada que había ido al monasterio a hablar con ellas.

Escuchó las palabras con sus oídos. No dentro de la cabeza.

—Trata de no odiarlas —le recomendó Kyntha—, no se trata de un consejo espiritual, sino práctico. Tu odio les da entrada a tu mente. Díselo a las otras.

Después desapareció y Camilla quedó un momento ante ella.

Bredhiya, dijo, y desapareció.

Había sucedido. No podía usar su *laran* para llamar a Camilla; drogada con *raivannin, era* Mentalmente ciega, insensible, inaccesible. Jaelle sola, sin la ayuda de la Torre, era casi impotente. Entonces, Camilla lo había intentado, había hecho aquello que había estado evitando durante toda su vida.

Magda experimentó una confusión que trascendía las palabras. En un nivel, estaba llena de orgullo por Camilla, porque había logrado superar su miedo y el disgusto que sentía por su potencial, negado durante tanto tiempo. En otro nivel, se sentía inconmensurablemente humillada de que Camilla hiciera esto por ella, después de tantos años de negación, de rechazo. En otro, sentía un dolor que era casi desesperación. Camilla

nunca hubiera llegado a esto, salvo por mí. Hubiera sido mejor morir que forzarla de este modo.

Así, se sentía colmada de una mezcla de pena y alegría por su amiga, a tal punto que, por un momento, no advirtió el significado de lo ocurrido. Camilla la había encontrado, por medio del *laran.* De una manera o de otra, eso significaba que pensaban rescatarlas y debían estar preparadas.

Se arrastró hasta Cholayna y susurró:

—Nos han encontrado. ¿Viste a Camilla?

—¿Si vi... qué?

—Yo la vi. Se apareció ante mí. No, Cholayna, no fue una alucinación. También vi a Kyntha. Eso significa que, como yo no podía buscarla, ella me buscó a mí y significa que intentarán un rescate. Debemos estar preparadas.

Vanessa la escuchaba con las cejas escépticamente arqueadas.

—¡Y después hablan de los mecanismos de defensa psicológicos! Sospecho que estás temporalmente desequilibrada, Lorne, y no es raro; te han dado toda clase de drogas extrañas, sin ningún motivo...

—No has estado en este planeta tanto tiempo como yo —la advirtió Cholayna al escuchar sus palabras—. Estas cosas ocurren y no son una ilusión, Vanessa. Yo no vi nada. No esperaba ver nada. Pero no dudo de que Lorne sí vio y debemos estar preparadas.

—No nos sacarán de aquí sin producir alguna conmoción y tampoco sin nuestras botas —manifestó Vanessa.

Rafaella, que había estado dormitando, se incorporó y le dieron la buena noticia en un susurro.

—¿Y Jaelle? ¿Qué ocurre con Jaelle? ¿Hay alguna novedad de ella? —preguntó.

Magda habló con un tono de sequedad:

—¿Esta vez no intentarás persuadirla de que la banda de Acquilara puede resultarle más útil a largo plazo? ¿Has cambiado de idea acerca de lo que son buenas ciudadanas?

El rostro de Rafaella palideció.

—Maldición, Margali, ¿te parece raro que no te quisiera en esto? Siempre tienes que revolver el cuchillo en la herida, ¿verdad? Y, por supuesto, tú nunca cometes errores, siempre tienes razón... ¡Siempre estás en lo cierto, perfecta! Toda esa gente que te tiene tanto condenado respeto porque nunca haces nada mal... Algún día Jaelle se dará cuenta de lo que le estás haciendo... ¡lo que les haces a todas las personas que dices que te importan, y te romperá el cuello y espero estar allí para alentarla!

Dio la espalda a Magda y enterró la cabeza dentro de su manta. Le temblaba todo el cuerpo y Magda advirtió que estaba llorando.

Por un momento, Magda quedó demasiado consternada, sin aliento.

Rafaella y yo hemos disputado antes, pero siempre pensé que seguía siendo mi amiga. ¿Así es como soy? ¿Así me ve la gente?

Vanessa lo había oído todo; lo que es más, había visto el rostro de Magda. Se acercó a ella:

—No le des importancia —la tranquilizó con una voz que no podía oírse casi—, siempre se calma tarde o temprano. Recuerda que su juicio de las personas nunca resulta muy acertado, después de todo. Apostó por Anders y perdió.

Es como si todo esto hubiera sido culpa mía; culpa mía que Lexie Anders hiciera lo que hizo, culpa mía que Rafaella la siguiera.

Recordó lo que había dicho Kyntha: *Trata de no odiarlas.* Todavía tenía la mente nublada, pero sabía que no odiaba a Rafaella. *Estoy enojada con ella. Eso es diferente.*

¿Lexie? Eso sería más difícil. Por más que lo intentaba, no conseguía exonerar a Lexie de la responsabilidad de toda esta desdichada expedición.

—¿Qué ocurre? —susurró Cholayna, y Magda recordó que Kyntha también le había dicho: *Duelo a las otras.*

—Estoy tratando con todas mis fuerzas de no odiar a Lexie —respondió, y repitió lo que le había dicho Kyntha.

Sus sentimientos con respecto a Rafaella eran privados y no podía compartirlos con Cholayna, pero Lexie era otra cuestión.

—Puedes dejar el odio por mi cuenta —aseguró Vanessa, implacable—. Casi consiguió hacernos matar a todas...

—Pero no mató a Rafaella —argumentó Cholayna—. Ni siquiera teniendo un cuchillo en la mano y un público expectante contemplándola.

Rafaella sacó la cabeza de debajo de la manta.

—Yo sabía que no lo haría. Ahora ya conozco bastante bien a Lexa.

Magda se asombró de sí misma al darse cuenta de que, incluso en la adversidad, seguía pensando como lingüista, notando que Rafaella había dicho *Lexa,* en el dialecto de las Kilghard Hills, en vez de utilizar el *Lexie* que empleaban todos los terranos.

—Nunca me hubiera matado —insistió Rafaella.

Podrían haber estado todas sentadas en la sala de música de la Casa del Gremio, discutiendo algún punto de las Sesiones de Entrenamiento de las Renunciantes novicias.

—Tampoco hubiera matado a Margali; ni siquiera teniendo el arma... ¿el desintegrador?, no, el paralizador.

Si puede perdonarle una cosa así a Alexis... ¿cómo puedo yo seguir odiándola? ¿Cómo puedo seguir furiosa con Rafi? Ya hemos peleado antes. Sin embargo, habló en mi favor de la misma manera que lo ha hecho ahora con Lexie. De repente, sintió ganas de abrazar a Rafaella, pero sabía que la otra todavía estaba enojada con ella.

Bien, tiene derecho a estarlo. Lo que dije *fue* perverso, dadas las circunstancias.

Pero si puede perdonar a Lexie, entonces yo debería ser capaz de dejar de odiarla. Magda se obligó a recordar a Lexie en sus mejores momentos, explicándoles el trabajo de Exploración a las jóvenes de la Sociedad del Puente; Lexie, en la Escuela de Entrenamiento de Alfa, compartiendo su experiencia con estudiantes más jóvenes; Lexie, regresando a su infancia...

... una, pequeñita rubia, de la edad de Cleindori. Caminé llevándola de la mano como si fuera mi hermana menor...

Procuró recobrar la simpatía que había experimentado por ella entonces.

No sé si servirá de algo; pero estoy intentándolo.

Vanessa dijo sombríamente:

—Puedo conseguir no odiar a Lexie, si es necesario. Pero no me pidas que no odie a esa mujer, Acquilara. Eso es exigir demasiada buena voluntad. Nos hubiera hecho matar a todas...

—Pero el hecho es que no nos mató —reconoció Cholayna—. Incluso nos dejó las mantas. «Alguien que hace el bien, teniendo un infinito poder de hacer el mal, no sólo debería tener crédito por el bien que hace, sino también por el mal del que se refrena.»

—¿A quién demonios estás citando?

—No recuerdo, es algo que leí cuando era estudiante. Recuerda, además, que la mujer es una psicópata. No puede evitarlo.

—Nunca he creído en las responsabilidades disminuidas —protestó Vanessa, frunciendo el ceño.

Magda se preguntó: ¿Exoneraría eso a Acquilara que, por lo menos, era culpable de perseguir el poder por cualquier medio por el que pudiera lograrlo ? Jaelle había definido eso como el mal. Magda no estaba segura.

—¡Escuchad! ¿Qué ocurre? —preguntó Cholayna, alzando súbitamente la cabeza.

En el otro extremo de la caverna había movimiento, mujeres que entraban y salían corriendo. Alexis

Anders se acercó a una de las guardianas y ambas hablaron con tono urgente durante unos minutos. Después, las guardianas se apresuraron hacia las prisioneras.

Les entregaron cuatro pares de botas.

—¡Ponéoslas! ¡Rápido, porque, si no, será peor para vosotras!

—¿ Qué vais a hacer con nosotras ? —preguntó Vanessa.

—Nada de preguntas —dijo una de ellas, pero la otra ya había respondido:

—Vais a ser trasladadas. Daos prisa.

Se calzaron muy rápidamente, temerosas de que las guardias perdieran la paciencia y las hicieran caminar descalzas. Con unas largas varas, las forzaron a ponerse de pie y a caminar.

Cholayna encontró la oportunidad de susurrarles a Magda y a Vanessa:

—Si estás en lo cierto con respecto a que Camilla está organizando un rescate, ésta podría ser la ocasión. ¡Estad alertas y aprovechad cualquier oportunidad de escapar!

Magda trató de recuperar sus sentidos... ¿En qué dirección la llevaban a través del

laberinto? La oscuridad la ponía nerviosa; toda la luz reinante procedía de las antorchas humeantes, que arrojaban sombras temblorosas sobre las superficies irregulares de las paredes. Algo en la media, dentro de la bota, le lastimaba un pie. Reconoció la escalera resbaladiza por la que había intentado escapar.

Cholayna respiraba con dificultad. Después de todo, hacía muy poco que había padecido una neumonía. Rafaella la rodeó bruscamente con un brazo.

—Apóyate en mí, veterana. —El término respetuoso de la Casa del Gremio sonó extraño en ese sitio.

Vanessa se tropezó con ella desde atrás. Magda pudo sentir el aliento de la mujer más joven en su cuello cuando la otra le susurró apresuradamente:

—Voy a intentar quitarle ese paralizador a Lexie. Podría equilibrar las fuerzas.

El primer impulso de Magda fue protestar; había vivido bastante tiempo como darkovana para sentirse horrorizada ante la idea de cualquier arma que superara el alcance de un brazo extendido. Además, la ley terrana prohibía el uso de armas de alta tecnología en planetas tecnológicamente pobres. Pero Alexis Anders ya había usado y exhibido el arma aquí. Y las superaban lamentablemente en número; eran cuatro o cinco contra cincuenta o más. Y —eso acabó de convencerla— no creía que sus protestas pudieran detener a Vanessa, de todas maneras. Le respondió:

—Búscame para que sea testigo en el consejo de guerra cuando regresemos.

Pero al principio, cuando las amontonaron en un rincón de la cámara superior, no vio a Lexie por ninguna parte. Escuchó gritos y tumultos que procedían de abajo, pero estaban en la oscuridad, alumbradas solamente por una antorcha que pendía de la pared y de la que emanaba un humo alquitranado y asfixiante, y por otra antorcha que sostenía una anciana, apoyada contra la pared de la caverna.

Después hubo un sonido de metales que entrechocaban y Magda vio a un grupo de personas que se apiñaban en la escalera. No podía ver lo que ocurría.

La Hermandad no mata. Eso es lo único que decían todas las leyendas, habían repetido Camilla y Jaelle. ¿Tampoco lucharían por un rescate? Alguien gritaba en la escalera. Hubo un centelleo de antorchas recién encendidas y, entonces, Magda vio a Camilla que peleaba en la parte superior de la escalera.

Había llegado el momento de actuar. Se lanzó contra una de las guardianas; la empujó con tanta fuerza que la mujer cayó y Magda le arrebató la espada; cuando la otra volvió a incorporarse, Magda la volteó otra vez con una patada que había aprendido en otro mundo. Su propia violencia la hizo darse la vuelta y vio que Cholayna y Rafaella trataban de seguir su ejemplo, pero no tenía tiempo para quedarse mirando lo que ocurría y corrió hacia Camilla gritando. ¿Dónde estaba Jaelle? En las sombras apenas disipadas por la luz de las antorchas era casi imposible distinguir amigas y enemigas.

Camilla la tomó de la mano, empujándola por la escalera, y ambas corrieron juntas. Alguien apareció ante ellas y Magda lanzó un golpe con el canto de la mano. No se le ocurrió usar la espada que blandía. Siguieron corriendo, pasando por encima del cuerpo caído. Camilla gritó, con una voz resonante que despertó ecos en todas las cavernas:

—*¡Comhi'letzü!* ¡Todas aquí! ¡Reuníos!

Apareció alguien que aferró a Magda; ésta casi la golpeó antes de advertir que se trataba de Jaelle, que llevaba un sombrero grueso y puntiagudo encima de su cabello brillante.

—Están aquí—le dijo Magda, sin aliento—. Rafi. Y Lexie. Rafi está bien. Está de nuestro lado. Lexie tiene un paralizador. Ten cuidado. Creo que podría usarlo.

Las mujeres de Acquilara estaban reuniéndose al pie de la escalera. Magda oyó gritar a Vanessa y se giró con rapidez. Lexie tenía el paralizador y lo blandía ante el rostro de Cholayna, en un gesto de silenciosa amenaza.

El pie de Cholayna voló en un golpe de *vaido y* el paralizador salió volando, pasando por encima de las cabezas como una pelota volante. Magda corrió hacia él, aferrándolo antes de que las manos de Acquilara se cerraran sobre el arma. Acquilara tenía un cuchillo Magda lo hizo volar de un puntapié.

Una mujer que tenía una enorme cicatriz en el rostro cayó sobre ella. Magda se debatió, pateó, escondió el paralizador dentro de su túnica. Lo sentía helado sobre la piel y,

de repente, la aterró la idea de que Alexis le hubiera quitado el seguro y pudiera dispararse. ¿Dónde estaba Lexie? Frenéticamente, Magda la buscó a la temblorosa luz de las antorchas, entre mujeres apiñadas que se empujaban y gritaban. Cholayna. ¿Dónde estaba Cholayna? Magda se abrió paso a empujones entre el tumulto para buscarla. Cholayna estaba en el suelo y, durante un pavoroso momento, Magda, al ver que Alexis Anders estaba junto a ella, pensó que Lexie la había matado.

Pero, en casi toda la caverna, se oía la dificultosa respiración de Cholayna, que luchaba por levantarse. Magda se dio cuenta de lo que ocurría: Cholayna no se aclimataba a la altura y había estado peleando como si fuera una mujer mucho más joven. Lexie estaba desarmada.

/ *Yo tengo el paralizador! Ella no ha sido preparada para este terreno... Ha recibido entrenamiento en combate sin armas, pero contra un cuchillo...* Desarmada, Alexis estaba rechazando a dos mujeres con cuchillo que intentaban llegar hasta Cholayna. Frenéticamente, Magda se abrió paso hasta ellas. *Rafaella tenía razón...* Vanessa se acercó a Cholayna y la ayudó a ponerse de pie. Las tres retrocedieron lentamente hacia la luz del día que se veía al final de la gran cámara. Las atenciones volvieron a lanzarse contra ellas y Lexie cayó en un remolino de cuerpos.

Magda siguió hacia ellas y vio que Camilla se erguía, rechazando atacantes. Vanessa logró poner de pie a Cholayna, que jadeaba y se apoyaba en su brazo. La sangre manaba del rostro de Camilla, herida en la frente.

Lexie Anders yacía inmóvil en el suelo de la caverna y, por un momento, Magda creyó que estaba muerta. Después se movió y Vanessa se agachó y la levantó. Lexie se aferró al brazo que Vanessa le ofrecía.

No dejó que mataran a Cholayna. Yo lo sabía. ¿Estará muy malherida?

A Magda le dolía la garganta y se detuvo un momento, tratando penosamente de recuperar el aliento. Después, cruzó corriendo la cámara hasta el sitio donde se habían refugiado Cholayna y Camilla, mientras Vanessa cargaba a Lexie. Magda pudo ver entonces la enorme mancha de sangre en la espalda de la túnica de Lexie. Tenía mal aspecto.

Sus atacantes las superaban terriblemente en número. Rafaella y Jaelle peleaban espalda contra espalda, tratando de contener otro amenazante ataque de las acolitas de Acquilara, todas armadas con cuchillo y con aspecto de que no dudarían en usarlos. Por el momento, estaban contenidas, pero podrían atacar otra vez cuando quisieran.

La herida que Camilla tenía en la frente sangraba sobre sus ojos, convirtiendo su rostro en una masa sanguinolenta. Magda recordó que todas las heridas en la cabeza, incluso las menos serias, sangraban así y que, si fuera seria, Camilla no seguiría de pie. No obstante, la visión la aterrorizó y corrió a unirse a ellas. En esta cámara más baja, podían ver la tenue luz del día que llegaba de la boca de la caverna pero, antes, parecía haber docenas de mujeres armadas con cuchillos. Cholayna seguía respirando con tanta dificultad que Magda se preguntó cómo lo haría para seguir en pie. Vanessa, que cojeaba sostenía a Lexie, quien parecía estar semi-consciente.

Entonces, como salidas del aire, en medio de un centelleo de luz —*¿antorchas? No, era demasiado brillante*—, media docena de mujeres extrañas, muy altas, con velos de color azul oscuro y tocados altos, cabezas de cuervos, aparecieron de repente. Llevaban grandes espadas curvas de hojas centelleantes, unas espadas que Magda, que había estudiado las armas, nunca había visto en Darkover, unas espadas que centelleaban con una luz sobrenatural Magda supo que era imposible que fueran reales.

Las esbirras de Acquilara retrocedieron. Las pocas que tuvieron el valor necesario para intentar atacar esas espadas de luz, cayeron hacia atrás, gritando como heridas de muerte; pero Magda vio que no había sangre. ¿Eran una completa ilusión, entonces?

Una voz familiar dijo:

—¡Rápido! ¡Por aquí! —Y la empujó, poniéndole una mano en el hombro, hacia la luz del día, hacia fuera.

Magda retrocedió ante el frío paralizante y las ráfagas de viento pero Kyntha le habló al oído:

—¡Apresúrate! Las guerreras son una ilusión, ¡no resistirán mucho tiempo!

Empujó a Magda hacia lo que parecía un sendero oculto que se abría entre la muralla del acantilado y las cavernas.

Mirando con rapidez hacia atrás, Magda advirtió que todas sus compañeras estaban reunidas en esa grieta y que Camilla todavía se enjugaba la sangre de los ojos. Magda volvió presurosa hacia ella, quitándose la mano de Kyntha del hombro. El viento la desequilibró, haciéndola tropezar hasta el borde del acantilado. Se incorporó, aterrada, aferrándose al murallón.

Camilla estaba bien. ¿Dónde estaba Jaelle? La respiración de Cholayna, siseante y dificultosa, se escuchaba incluso por encima de los gritos que procedían de la caverna. Vanessa cojeaba. Dos de las mujeres altas, con tocados de cuervos, protegían la retaguardia, cubriendo la huida. *¿Dónde estaba Jaelle?*

Entonces Magda la vio, detrás de las guerreras con tocados de cuervos. ¿Ilusión? ¿Cómo podía ser? Se dirigió apresuradamente hacia su compañera libre. De repente hubo un pavoroso resplandor de luz pálida, como ultravioleta, y Acquilara se irguió detrás de ellas. Tenía una daga, que lanzó contra Vanessa que se hallaba detrás. Había allí una de las mujeres altas, con tocado de cuervo y espada centelleante, pero Acquilara hizo un extraño gesto de conjuro y la mujer explotó en una luz azul.

Jaelle se lanzó contra Acquilara con su espada desenvainada. Magda corrió hacia su compañera libre, empuñando también su espada. El sendero era estrecho, pero Magda se lanzó entre las otras, indiferente al peligro.

Acquilara señaló con un dedo. Otra de las guerreras altas y con tocado de cuervo —*¿una ilusión?*— ardió de manera horrible en la luz azul y desapareció. Magda trató de lanzarse sobre Acquilara.

—¡No! ¡No! —Magda nunca supo si Jaelle pronunció ese grito en voz alta o no—. ¡Yo la contendré! ¡Ocúpate de llevarte a las otras! —Se lanzó sobre Acquilara con el cuchillo.

Acquilara hizo una finta con su largo cuchillo y Jaelle se puso en guardia. Tenía una manga cubierta de sangre. Entonces el cuchillo de la hechicera se alzó y Magda corrió hacia delante...

Y se detuvo, mareada y desvanecida de terror por el borde del acantilado que se abría a sus pies. El cuchillo de Jaelle cayó sobre el pecho de Acquilara y la hechicera chilló, un frenético aullido de agonía y de furia, y saltó sobre Jaelle. Sus brazos rodearon el cuello de Jaelle.

Después las dos se deslizaron juntas, lenta, muy lentamente, con la espantosa inevitabilidad de una avalancha, hacia el borde y juntas siguieron girando y cayeron. Magda gritó, corrió hacia el borde del abismo; el brazo fuerte de Camilla la sostuvo cuando se tambaleó, chillando, justo antes de caer.

Desde abajo llegó un estruendo, un sonido desgarrador como el fin del mundo, y mil toneladas de hielo y rocas se desprendieron del acantilado y bajaron rugiendo, sepultándolas a las dos, mucho más abajo.

El grito de horror y de dolor de Camilla repitió el de Magda. Pero, mientras Magda percibía todavía el temblor de la avalancha, Kyntha las empujó alejándolas del borde.

—¡Vamos! ¡Rápido!

Y cuando Magda regresó al sitio en el que había caído Jaelle, Camilla gritó:

—¡No! ¡Ven! ¡No hagas inútil su sacrificio! Por las niñas... por las dos niñas... *bredhiya...*

Pero ya resultaba obvio que la lucha había concluido. Desaparecida Acquilara, lo que quedaba de su grupo se dispersaba, con los brazos caídos y gritando de terror, como si fuera un hormiguero derrumbado. Las guerreras fantasma se irguieron sobre ellas, triunfantes.

Cholayna había caído de rodillas y jadeaba, incapaz de respirar. Magda las miró como atontada.

Jaelle. Jaelle. La lucha había concluido, pero demasiado tarde. ¿Qué diferencia habría ahora, si murieran todas? *Fue mi cobardía. No pude enfrentarme a ese acantilado. Yo podría haberla salvado...*

Estaba demasiado aterida para llorar. Pero, bajo el *helado* azote del viento, el sonido que nunca hubiera esperado escuchar la hizo salir de su congelada desesperación.

En todos los años desde que la conocía, nunca había sabido que Camilla podía llorar.

Camilla tenía los ojos hinchados, casi cerrados por las inusuales lágrimas. Se había negado a permitir que la anciana ciega, Rakhaila, atendiera sus heridas: el tajo que le cruzaba la frente, y la herida de cuchillo que casi le había cortado el sexto dedo de la mano

derecha.

Magda estaba sentada cerca de ella, en el cuarto más alto del refugio de Avarra en la montaña, donde Kyntha las había llevado al finalizar la batalla. Mientras subía en la canasta, se había obligado, como castigo a pesar del vértigo, a mirar el insondable abismo.

Demasiado tarde. Demasiado tarde para Jaelle.

Menos de una hora después de la finalización de la batalla, había sentido que la parálisis la abandonaba: el *raivanmin* perdía su efecto, su *laran* retornaba. Ahora, mientras sostenía a Camilla, sentía doble dolor, el propio y la angustia de Camilla. Durante tantos años había deseado poder compartir esto con ella... y ahora sólo podían compartir el despojamiento, la pérdida.

—¿Por qué no me tocó a mí?

Magda no estaba segura de si Camilla había pronunciado las palabras en voz alta o no.

—Ella era tan joven, tenía muchas cosas por las cuales vivir, tenía una hija, tantas personas que la amaban... Tú, al menos, trataste de salvarla, pero yo ni siquiera podía ver...

Se golpeó furiosamente la herida de la frente, una espantosa mezcla de pelo enmarañado y de sangre congelada.

—No, Camilla... realmente, *bredhiya,* no tienes nada que reprocharte. Fue mi... mi cobardía...

Una vez más, con desesperación, Magda revivió el momento en que había retrocedido por temor al abismo que se abría al borde del acantilado. ¿Ese momento podría haber salvado a Jaelle?

Nunca lo sabría. Durante el resto de su vida se atormentaría en sus pesadillas, con ese recuerdo. Pero, fuera como fuese... se obligó a distanciarse de su propia angustia, ya era demasiado tarde para Jaelle y nada de lo que hiciera podría cambiar las cosas ahora; en cambio Camilla seguía viva y parecía que el dolor de ella era peor aún que el de Magda.

—Kima, *bredhiya,,* amor, debes permitir que me ocupe de tus heridas.

Fue a buscar agua caliente de la marmita que pendía sobre la chimenea y, con una esponja, limpió la sangre congelada, revelando una herida fea pero no peligrosa.

—Necesita puntos. Yo no puedo hacerlo y no creo que Cholayna pueda tampoco; por lo menos, no ahora.

—Oh, déjalo, amor, ¿qué diferencia hay? Una cicatriz más. —Pasiva, indiferente, permitió que Magda le vendara la mano herida—. Ni siquiera sabía que te habían secuestrado... Acquilara y su banda... Imagínate, fue la ciega quien insistió para que regresáramos y, entonces, descubrimos que habíais desaparecido. Y Jaelle... —se le hizo un nudo en la garganta y el dolor amenazó con invadirla otra vez—, Jaelle intentó rastrearte con *laran,* pero no era lo bastante fuerte, no podía hallarte. Entonces ella... —Se cubrió la cabeza herida con
las manos y volvió a llorar, mientras Magda captaba mentalmente esa desgarradora escena. Jaelle llorando, suplicando...

No puedo, Camilla, no tengo fuerza suficiente. Sólo tú puedes encontrarlas. Pueden estar en cualquier lugar de estas montañas, vivas o muertas y, si no las encontramos pronto, se morirán de hambre, de frío, morirán...

Yo no soy leronis...

¿ Te aferrarás a esa última mentira hasta que estén todas muertas? ¿ Tu egoísmo no tiene límites, Camilla? No me preocupa por mí, pero Magda... Magda te ama, te ama más que a nadie, más que al padre de su hija, más que a su compañera libre, juramentada...

Al escuchar esas palabras en su mente, Magda sintió que también ella rompería a llorar otra vez. ¿Había sido cierto? ¿Jaelle habría ido hacia la muerte creyendo que Magda la amaba menos?

Entonces, con resolución, Magda se obligó a dejar de lado esas ideas. Se dijo con toda firmeza: o bien Shaya lo sabe perfectamente ahora, o está en algún lugar donde eso ya no tiene importancia para ella. Está fuera de mi alcance. Por doloroso que fuera, no podía hacer ya nada por Jaelle. Concentró toda su atención en Camilla.

—Entonces te convenció... ¡y tú me buscaste! ¿Pero de dónde salió Kyntha?

—No lo sé. Jaelle... —Tragó saliva con esfuerzo y prosiguió con decisión—: Jaelle me dijo: «Soy telépata catalizadora, tengo poca habilidad para mí misma, pero me han dicho que puedo despertar el talento de los demás.» Me tocó y fue como si... como si se levantara un velo. Te vi, y supe... y fui hacia ti.

—Nos salvó a todas.

Pero no a sí misma. Magda sabía que nunca dejaría de dolerle, y tampoco a Camilla. Sólo había empezado a sentir el dolor que volvería a perseguirla a todas horas durante el resto de su vida pero, por ahora, debía dejarlo a un lado. Cuando pensara en Jaelle, vería siempre a la Jaelle que recordaba, con el salvaje cabello en cascada, en medio del viento de las alturas, volviéndose para decirle: *No quiero regresar...*

Compartió la imagen con Camilla, diciéndole suavemente:

—Me dijo eso. No quería regresar. Creo que lo sabía, creo que veía su vida como algo terminado... Había hecho todo lo que quería hacer.

—Pero yo hubiera muerto con gusto en su lugar... —afirmó Camilla, ahogadamente. La mano de Rafaella se posó sobre su hombro. —También yo, Camilla. La Diosa lo sabe... si es que existe una Diosa... —También ella había estado llorando; se agachó y abrazó a Camilla con fuerza.

Kyntha estaba de pie junto a ellas. Su voz era compasiva, pero siempre objetiva.

—Han preparado comida para vosotras. Y han atendido las heridas de vuestras compañeras.

Se agachó para examinar la frente de Camilla. —Si quieres, puedo darte unos puntos. —No. No es necesario —se negó Camilla. Con cansancio, se incorporó y siguió a Kyntha hasta el extremo de la habitación más próximo a la chimenea. Magda se quedó un poco atrás y miró a Kyntha con curiosidad.

—Tú no hablas el dialecto montañés de estas mujeres. ¿De dónde procedes?

Kyntha pareció un poco apenada. —Puedo hablarlo cuando debo y aquí trato de recordar que debo hacerlo, pero todavía soy... joven e imperfecta. Crecí en las planicies de Valeron y serví cinco años en la Torre de Neskaya antes de encontrar un servicio más significativo, terrana. —¿Lo sabes?

—No soy ciega. Conozco a Ferrika, y Marisela era mi hermana de juramento al servicio de Avarra. En una época, yo también pensé en cortarme el pelo y pronunciar los votos de Renunciante. ¿Crees que procedemos de alguna grieta misteriosa del inframundo? Ven a tomar un poco de sopa.

Una de las mujeres que se ocupaba de las marmitas le puso un jarro en la mano. Magda pensó: *¿ Cómo puedo comer, si Jaelle...?*

Pero se obligó a tomar la sopa, nutritiva y espesada con guisantes y algo así como cebada. Le pareció que ayudaba a derretir un poco el helado bloque que sentía en el corazón.

Una de las asistentas con chal que había visto durante su estancia anterior en ese lugar estaba arrodillada junto a Vanessa, vendándole otra vez la pierna herida. Rafaella parecía ilesa, aunque Magda la había visto de cerca durante la pelea, con la pesada capa cortada y desgarrada en muchos sitios. Cholayna estaba sentada y apoyada en unas almohadas. Magda se arrodilló junto a ella.

Cholayna le tendió la mano.

—Estoy bien. Pero... Oh, siento lo de Jaelle, yo también la quería, tú lo sabes...

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Magda.

—Lo sé. Todas las amábamos. Déjame traerte un poco de sopa.

Era todo lo que podía hacer. Miró a Lexie, que yacía sobre un colchón hecho con abrigos y mantas, todavía inconsciente.

—¿Está...?

—No lo sé. Dicen que han hecho por ella todo lo que podían —respondió Cholayna con voz tensa—. ¿No la viste? Esas... otras mujeres... yo estaba en el suelo. Estaban a punto de matarme y Lexie me salvó. Fue entonces cuando la apuñalaron.

—Lo vi.

Así que Rafaella había estado en lo cierto con respecto a Lexie. Magda se arrodilló y miró a la joven, pálida, como una niña enferma, con el pelo rubio *y* suave cayendo sobre la nuca infantil. Tenía los ojos cerrados y respiraba convulsivamente, con largos jadeos.

Rafaella se acercó, de pie detrás de ella. Dijo en un susurro inaudible, que era casi una plegaria:

—No mueras. No mueras, Lexa, ya ha habido demasiada muerte. —Alzó los ojos para mirar a Magda y dijo, desafiante—: Nunca la conociste. Era una... buena amiga, una buena compañera de viaje. Luchó como un gato montes para que cruzáramos Ravensmark

después del alud. Yo... nunca creí que te pediría esto, pero tú eres... tú eres una *leronis,* ¿No puedes curarla?

Magda se arrodilló junto a Alexis Anders. Ya había habido demasiada muerte. Entró en la mente de Lexie, tratando de establecer contacto con la niña que había captado allí antes, lanzándose suavemente en busca del contacto...

Los ojos de Lexie se abrieron; se giró un poquito, mientras la respiración le raspaba la garganta. En lo profundo de su mente, Magda advirtió: *Pulmones perforados. Dudo que ni Damon y Calista, ayudados por Lady Hilary, pudieran curar esto.*

No obstante, sabía que debía intentarlo.

Los ojos de Lexie mostraron por un momento un destello de conciencia. Susurró:

—¡Demonios! ¿Otra vez tú, Lorne? —Y cerró los ojos, lentamente. Volvió la cabeza.

—No puedo contactar —susurró Magda, sabiendo que era la verdad—. No soy maga, Rafaella, esto excede mis poderes.

Por un instante, los ojos de Rafaella se clavaron en los de Magda, reconociendo la verdad de las palabras que había escuchado. Después, todavía desafiante, le *dio* la espalda *y se* alejó. Magda no la había visto antes,
pero la vieja sacerdotisa sin nombre estaba allí, sentada envuelta en sus chales, y su rostro arrugado y sin dientes las miraba en silencio. Rafaella se arrodilló ante la anciana chamana.

—Te lo suplico. Tú si puedes curarla. Ayúdala, por favor. Por favor. No la dejes morir.

—No, no puedo hacerlo —su voz era amable pero distante.

—No puedes dejarla morir... —exclamó Rafaella.

—¿No crees en la muerte, hermanita? A todos nos llega; su momento ha llegado antes que el nuestro, eso es todo.

La anciana dio unas palmadas en el asiento que había a su lado, casi como si —pensó Magda— estuviera instando a un cachorro a que se acurrucara a su lado. Rafaella, como atontada, se sentó en el lugar indicado.

—Escúchame, la que está agonizando hizo elección de su muerte. Eligió una buena muerte, salvando a su amiga de que muriera antes de tiempo...

Cholayna se volvió como galvanizada. Exclamó:

—¿Cómo puedes decir eso? Era tan joven... ¿Cómo puede morir antes de tiempo cuando yo, que soy vieja, estoy todavía con vida; y tú me ayudaste...

—Esta vieja ya te lo ha dicho antes, tú eres ignorante. La que allí agoniza eligió su muerte cuando, por un momento siquiera, se alió con el mal.

—¡Pero se arrepintió! ¡Ella me salvó! —gritó Cholayna, y sufrió un súbito acceso de tos, casi ahogándose con las lágrimas que corrían por sus mejillas—. ¿Cómo puedes decir que era mala?

—No lo era. Mejor morirse arrepintiéndose del mal que morir con él —sentenció la anciana—. Descansa, hija, tu enfermedad no admite lágrimas ni gritos. Era su hora; la tuya llegará, y la mía, pero no hoy ni mañana.

—¡No es justo! —se rebeló Rafaella, desesperada—. Jaelle murió por salvarnos a todas; Lexie trató de
salvar a Cholayna. Y son ellas quienes mueren, *y* las demás estamos vivas... Cualquiera de nosotras merecía la muerte más que Jaelle; ellas merecían vivir...

La anciana sacerdotisa dijo con mucha suavidad.

—Oh, ya veo. Crees que la muerte es un castigo por las malas acciones y que la vida es una recompensa por el bien, como los dulces para un niño bueno o los golpes para uno malo. Eres una niña, pequeña, y no comprendes la sabiduría. Descansad, hermanitas. Hay mucho que decir, pero no podréis escucharlo en medio de vuestra pena.

Lentamente se puso de pie; la anciana ciega, Rakhaila, se acercó, le ofreció el brazo y ambas salieron de la habitación con paso tambaleante.

Kyntha permaneció un momento, mirándolas fijamente, con resentimiento. Después, las reprendió:

—La habéis agraviado de manera inexpresable. Habéis traído sangre aquí, y muertes violentas. —Miró con disgusto a Lexie—. Debéis descansar y recuperar fuerzas, como os ha dicho. Mañana habrá que tomar decisiones.

Lexie murió justo antes del anochecer. Murió en los brazos de Cholayna, sin recobrar la conciencia. Como si lo hubieran sabido, cuatro de las asistentas de la anciana vinieron a

llevarse el cuerpo.

—¿Qué haréis con ella? —preguntó Vanessa con temor.

—Dársela a los sagrados pájaros de Avarra —respondió una de las mujeres y Magda, recordando los altos tocados con cabezas de cuervos de las guerreras fantasma, supo que la Hermandad reverenciaba a los *kyorebni,* cuya tarea era ocuparse de la materia que ya no tenía utilidad.

Suavemente, se lo explicó a Vanessa y a Cholayna. Cholayna agachó la cabeza.

—Ya no tiene importancia para ella. Pero me gustaría que no hubiera venido a morir tan lejos. Pobre niña, pobre niña —murmuró.

Vanessa se incorporó y se puso el abrigo.

—Iré a ver. Por lo menos, puedo hacer eso para Personal. No, tú quédate aquí, Cholayna; si sales con este frío, volverás a tener neumonía y nos retendrás diez días más. Es mi trabajo, no el tuyo.

Las mujeres parecían saber lo que Vanessa se proponía hacer, pues la esperaron.

Rafaella también se puso de pie y dijo con brusquedad:

—Mi abrigo está hecho pedazos. Préstame el tuyo, Margali, somos más o menos del mismo tamaño. También yo iré. Éramos camaradas; si hubiera vivido, habríamos sido... amigas.

Magda asintió en silencio, con los ojos llenos de lágrimas.

—No, Camilla, tú quédate aquí, ella no era nada para ti. Nosotras la amábamos.

Por instinto, Camilla y Magda fueron a arrodillarse junto al lecho de Cholayna, cogidas de la mano, mientras el cuerpo de Alexis Anders era transportado por las sacerdotisas. Al cabo de un largo rato, Rafaella y Vanessa regresaron, silenciosas y cabizbajas, y no dijeron nada en toda la noche. Pero Magda oyó llorar a Rafaella y, al cabo de un rato, Vanessa se levantó, fue a tenderse a su lado y Magda las escuchó hablar en susurros hasta que se quedó dormida.

Se despertó antes que las otras y se quedó escuchando el suave murmullo de la nieve que caía fuera. Jaelle se había ido; su búsqueda había terminado. ¿O no era así? Habían encontrado a Lexie y a Rafaella y Lexie estaba muerta. Jaelle, que había venido en busca de una ciudad legendaria, la había precedido en la muerte. Marisela, que conocía la ciudad y conocía la Hermandad, también estaba muerta. ¿No estarían en alguna parte, como espíritus solitarios en el viento, o estarían todas juntas, buscando algo tangible? A Magda le gustaría saberlo. Ni siquiera podía suponerlo.

La. Hermandad. Ellas lo saben. Marisela, lo sabía.

Magda supo entonces que, si Jaelle hubiera vivido, ambas hubieran buscado juntas esa sabiduría, tal vez junto con Camilla cuyo objetivo era preguntarle a la Diosa, si es que verdaderamente existía una Diosa, las razones de su vida y de sus sufrimientos. Ahora tenía otro agravio contra la Diosa, que le había arrebatado a Jaelle. Magda sabía que si Camilla podía encontrarla o luchar hasta entrar, seguiría adelante.

Y Magda debió ir con ella. Era su destino. Pero al escuchar el ronquido de la respiración de Cholayna, supo también que no era libre para seguirla. Cholayna podía tener nuevamente neumonía y no estaría en condiciones de viajar durante muchos días. No podría ir con ellas a la ciudad, no la admitirían. La búsqueda de la sabiduría no era su destino; volvería al Cuartel General terrano, al igual que Vanessa. Y ella, Magda, debía llevarlas de regreso.

Tuvo una fugaz imagen de Jaelle —la cabeza gacha para defenderse del viento, dando la cara a la tormenta, delante— abriendo el camino hacia alguna loca aventura...

Ahora Jaelle se había adelantado una vez más, a un sitio al que no podía seguirla. Debía convencer a Camilla de que siguiera adelante, pero Magda tendría que regresar con sus compatriotas terranas.

Amaneció por completo y, después de cocinar y de tomar el desayuno, la anciana volvió y se sentó ceremoniosamente en la tarima de piedra, acompañada por la ciega Rakhaila y por Kyntha.

—¿Habéis dormido bien? Te darán medicinas, hermana—añadió, dirigiéndose a Cholayna. Luego se volvió hacia Kyntha—. Tú dirás lo que debe ser dicho.

Kyntha las miró. En su voz, había un extraño tono ceremonial. Esta vez habló en el

dialecto montañés, aunque con lentitud.

—La hermana Marisela os lo hubiera dicho a todas. Era su deber y yo lo cumplo con dolor. —Se dirigió a Camilla—. Has venido a buscar la Hermandad y Marisela te llevaba a un sitio donde podías ser interrogada sobre tu deseo. No tenemos corazón para volver a obligarte a recorrer ese camino, así que preguntaré Yo. ¿Qué buscas?

Camilla respondió con brusquedad:

—Sabes que busco a aquellas que sirven a la Diosa, para preguntarles, o preguntarle a ella, cuál es el propósito reservado para mí.

Kyntha le dijo con suavidad:

—Ella no responde a esas preguntas, hermana. Será tu tarea lograr la sabiduría suficiente para escuchar su voz.

—¿Y dónde empiezo a buscar esa sabiduría? ¿En tu ciudad? Llévame allí.

La ciega Rakhaila lanzó un bufido.

—¿Así de simple? ¡Puff!

—Has tenido una vida de mucho sufrimiento y esfuerzo, buscando la sabiduría —continuó Kyntha—. Y, no obstante, mira a Rakhaila. Es todavía más vieja, ha soportado tantas cosas como tú y sin embargo no la han admitido. Está satisfecha con vivir en la puerta como sierva de las bestias que llevan a las siervas de la Hermandad.

—¿Ella lo pidió? —preguntó Camilla—. Hay diferentes caminos hacia la Hermandad, lo que es más, creo que tú tienes el deber de llevarme, porque te lo he pedido. Cumple con tu deber, hermana, para que yo pueda cumplir con el mío.

La vieja chamana indicó a Camilla que se acercara. Dio una palmadita en el asiento contiguo, como lo había hecho el día anterior con Rafaella.

—A alguien que pregunta, se le responde —sentenció—. Te doy la bienvenida, nieta de mi alma.

Magda sintió un profundo dolor en el corazón. Jaelle se había ido antes que ella, con Marisela. Ahora también Camilla se había desprendido y le sería arrebatada.

Kyntha se dirigió a Rafaella y su voz no fue dura, sino apenas sarcástica:

—Ahora que sabes que la ciudad no es un sitio colmado de riquezas y de joyas, ¿todavía deseas ir a ella?

Rafaella sacudió negativamente la cabeza.

—Acepté un trabajo legal. Ha tenido mal fin; mi compañera ha muerto. Pero no lamento esta búsqueda. Tampoco tengo deseos de llegar a ser una *leronis.* Lo dejo para otras.

—Vete, entonces, en paz. No tengo autoridad sobre ti. —Kyntha se volvió después hacia Vanessa—. ¿Y tú?

—Con el debido respeto, creo que es todo ilusión, Toneladas de ilusión. Gracias; pero no, gracias.

Kyntha sonrió:

—Que así sea. Te respeto por la lealtad que mostraste al seguir a las otras cuando tú misma no tenías ningún interés en esta búsqueda...

—Me atribuyes demasiado mérito. Yo he venido porque había montañas para escalar.

—Entonces, te digo que has tenido tu recompensa y que te la merecías —concluyó Kyntha. Después, le hizo a Cholayna una inclinación de cabeza.

—Hermana de un mundo remoto, toda tu vida has buscado sabiduría bajo todos los cielos extraños. Reverencias la vida y buscas la verdad. La Hermandad ha leído en tu corazón desde lejos. Si es tu deseo entrar, también tú puedes venir y buscar la sabiduría entre nosotras.

Por primera y última vez, Magda sintió el contacto de los pensamientos de la mujer terrana; no podía leerlos como palabras, pero sí percibía el sentido expansivo, el contenido, y sabía que, a su manera, Cholayna había estado buscando esto toda su vida.

Pero Cholayna suspiró, con infinito pesar.

—Mi deber está en otra parte, creo que lo sabes. No puedo obedecer mis deseos en esta cuestión. En esta vida he hecho otra elección y no voy a echarme atrás.

Una vez más Kyntha le dirigió una inclinación de cabeza y, finalmente, se dirigió a Magda:

—¿Y tú? ¿Cuál es tu voluntad?

Magda supo que su propio suspiro era el eco del de Cholayna.

—Me gustaría ir contigo, lo deseo... pero también yo tengo obligaciones, responsabilidades... Lo siento. Deseo... me gustaría...

Pero sabía que debía regresar con Cholayna y con Vanessa al mundo que estaba al otro lado de estas montañas. Si esta sabiduría le estaba destinada, algún día tendría otra oportunidad y estaría libre para aprovecharla. Si no, no valía la pena tenerla. Debía volver con su hija y con la hija de Jaelle...

Kyntha dio un solo paso hacia ella. Tomó a Magda de la barbilla y le levantó la cara.

—¡Éste es el lugar de la verdad! ¡Habla! —Fue como el sonido de un enorme gong—. Las corrientes de tu vida están moviéndose. ¿Cuál es tu verdadero deseo?

Magda escuchó lo que le había dicho Andrew cuando ella llegó a la Torre Prohibida: *No hay nadie entre nosotros que no haya tenido que romper su vida como un papel y empezar de nuevo. Algunos hemos te-*
nido que hacerlo dos o tres veces. Le pareció oír, a lo lejos el graznido de los cuervos.

¿Regresaría alguna vez? Descartó la idea. Si no regresaba nunca, sería porque ése era su destino. Había abandonado la Casa del Gremio cuando le había llegado el momento de hacerlo, y había vuelto para fundar la Sociedad del Puente entre sus dos mundos. Jaelle se había adelantado con audacia, sabiendo que ya había cumplido con los desafíos del pasado, que debía seguir adelante. Magda debía tener el valor de seguirla.

—Me gustaría ir con Camilla a la Ciudad. Pero tengo una obligación con mis compañeras...

Hubo un breve silencio en la habitación. Después, Rafaella dijo con rudeza:

—¿No te parece típico de ti, Margali? ¿Crees que no soy capaz de llevar a Cholayna y a Vanessa de regreso a Thendara? Quédate aquí y haz lo que se te antoje. Yo soy la guía de montaña. ¿Quién te necesita?

Magda parpadeó. A pesar de la rudeza de las palabras, lo que percibía en ellas era puro amor; lo que Rafaella había hecho era llamarla hermana.

—Demonios, sí, Lorne. Ya está arreglado. Cuando Cholayna esté en condiciones de viajar, te marchas —resolvió Vanessa, acercándose a Rafaella—. Lo decidimos anoche, mientras dormías.

Casi incrédula, Magda miró a su alrededor. La anciana hechicera le indicó que se acercara. Como atontada, se sentó junto a ella, sintiendo las frías manos de Camilla entre las suyas.

¿El final de una búsqueda? ¿El principio? ¿Todas las búsquedas terminaban así, un paso final hasta la cumbre de una poderosa montaña, que desaparecía para revelar luego un nuevo horizonte desconocido?

APÉNDICE

La serie del planeta Darkover

Se ha dicho que la larga serie de Darkover define la ciencia ficción de los años sesenta y setenta como la serie FUNDACIÓN *de Asimov había definido la de los cuarenta y cincuenta. En realidad, la serie de Darkover muestra de una manera ejemplar cómo la ciencia ficción ha ido dando cabida a nuevos relatos en los que dominan los temas de corte fantástico, sin la voluntad racionalizadora y cientifista que había sido tan común en la ciencia ficción clásica.*

En torno a Darkover, el planeta del sol sangriento, existe en la actualidad una veintena de novelas y media docena de antologías cuyas narraciones transcurren en un planeta situado en los límites de un imperio galáctico dominado por la Tierra. Los habitantes de Darkover proceden de los antiguos colonos terranos y, en su mundo, la magia y la telepatía son elementos esenciales de una cultura antitecnológica que resiste con éxito ante los

variados intentos de lograr su integración en una unión política y económica con el Imperio Terrano.

Esta serie se inició en 1962 con THE PLANET SAVERS *y* THE SWORD OF ALDONES, *conformados según la más clásica* space opera. *En los libros posteriores, sobre todo en los escritos a partir de los años setenta, domina la vertiente fantástica. Con ellos la. autora alcanza además un dominio ejemplar en el tratamiento de los personajes, al tiempo que otorga mayor preponderancia a unos temas que pertenecen ya a un mundo más complejo (telepatía, mujeres amazonas, homosexualidad, derechos de las mujeres, ética de la libertad, etc.), con lo que la serie gana en profundidad sin perder su encanto aventurero e incluso mejorando su calidad narrativa.*

En realidad la serie sólo se tiene como tal porque reúne narraciones ambientadas en el planeta Darkover. La autora siempre ha insistido en que los libros son independientes entre sí y se pueden leer en cualquier orden. Es cierto: ninguno de ellos da, por sentado que el lector esté familiarizado con lo que ha ocurrido en las otras novelas de la serie. Según parece, a Bradley no le gustan demasiado esas series que resultan ser poco más que una prolongación interminable de un primer relato (y conviene recordar aquí que la edición original norteamericana de LAS NIEBLAS DE AVALÓN *tenía un solo volumen, aunque en España se haya publicado en cuatro).*

Por ello no es de extrañar que la serie de Darkover pueda leerse realmente en cualquier orden; además la misma Bradley dirá de sus novelas:

> Prefiero pensar en ellas como en un conjunto de libros muy vagamente interrelacionados, con un mismo trasfondo (el Imperio Terrano contra el mundo y la cultura de Darkover) y un tema común: el enfrentamiento de dos culturas aparentemente irreconciliables y, pese a ello, muy semejantes. Si los libros contienen algún mensaje (y personalmente lo dudo), es simplemente que a un ser humano nada de la humanidad le es ajeno.

La relación completa de los libros publicados hasta ahora es la siguiente:

1962 The Planet Savers 1962 The Sword of Aldones
1964TheBloodySun
1965StarofDanger

1970Winds of Darkover
1971World Wreckers
1972Darkover Landfall

1974The Spell Sword
1975The Heritage of Hastur
1976The Shattered Chain
1977Forbidden Tower
1978Stormqueen
1979The Bloody Sun (reescrit)
1980Two to Conquer

1980The Keeper's Price (A)
1981Sharra's Exile
1982Sword of Chaos (A)

1982Hawkmistress
1983Thendara House
1984City of Sorcery
1985Free Amazons
of Darkover (A) 1987 The Other Side of the Mirror (A)
1987Red Sun of Darkover (A)
1988Four Moons of Darkover
1989The Heirs of Hammerfell Return to DarkoverDomains of Darkover Rediscovery
(Los salvadores del planeta) (La espada de Aldones) (El sol sangriento) (Estrella de

peligro) (Vientos de Darkover) (Destructores de mundos) (Aterrizaje en Darkover) (La espada encantada) (La herencia de los Hastur) (La cadena rota) (La Torre Prohibida) (Reina de las tormentas) (El sol sangriento) (Dos que conquistar) (El precio de las Celadoras) (El exilio de Sharra) (Espada del caos) (Lady Halcón) (La casa de Thendara) (Ciudad de brujería) (Las amazonas libres
de Darkover) (El otro lado
del espejo)
(El sol rojo de Darkover) (Las cuatro lunas de Darkover) (Herederos de Hammerfell) (Retorno a Darkover) (Los Dominios de Darkover) (Redescubrimiento)

La (A) *indica que se trata de una antología de relatos escritos tanto por Bradley como por otras autores que se unen al «universo de Darkover». Los tres últimos volúmenes no han aparecido todavía en EE. UU. Los años son los de la edición original en inglés. Es muy probable que los títulos de nuestra previa edición en castellano coincidan finalmente con la traducción literal que aquí se presenta, aunque también podría ocurrir que no fuera así en todos los casos. El tiempo lo dirá.*

De todo este conjunto de libros tan sólo uno, THE SWORD OF ALDONES, *había sido traducido al castellano, con el sorprendente título de* ODIO CÓSMICO *en el número 45 de la colección de ciencia ficción de Ediciones Cénit (1963). Ni que decir tiene que la autora no se sintió demasiado complacida ,por el cambio de título.*

En realidad, hay partidarios de leer los libros en el orden de su publicación. Según dicen, con ello se puede seguir el proceso creador de la autora al imaginar y expandir el universo narrativo de Darkover. Cabe también ordenar los libros en función de la cronología de los hechos narrados. En este caso debería tenerse en cuenta que EL EXILIO DE SHARRA *ocupa el mismo espacio temporal que* LA ESPADA DE ALDONES. *Considerando esta cronología interna de Darkover y añadiendo unos subtítulos inventados por el editor norteamericano de la serie, el cuerpo central de la serie puede subdi-vidirse en grupos como:*

EL DESCUBRIMIENTO
Aterrizaje en Darkover LAS ERAS DEL CAOS
La reina de las tormentas Lady Halcón
LOS CIEN REINOS
Dos que conquistar
Los herederos de Hammerfell
LAS AMAZONAS LIBRES
La cadena rota
La casa de Thendara
Ciudad de brujería
CONTRA LOS TERRANOS — PRIMERA ÉPOCA *(Recontacto)*
La espada encantada
La Torre Prohibida
El sol sangriento *(reescritura de 1979)* CONTRA LOS TERRANOS — SEGUNDA ÉPOCA *(Después del Comyn)*
La herencia de los Hastur
El exilio de Sharra
Retorno a Darkover

Los amigos de Darkover

Una serie tan larga y que loa estado en el candelera durante más de veinticinco años no podía menos que tener alguna consecuencia perdurable en el conjunto de los activos y

devotos fans *de la ciencia ficción y de la fantasía.*

La necesidad por todos sentida se hizo realidad mediante la formación (prácticamente espontánea según se asegura) de una organización de fans y *lectores. Esta se inició con algunas reuniones informales en las convenciones de ciencia ficción, y después se organizó en varios* «Concejos» *de un grupo que se autodenomina* Los AMIGOS DE DARKOVER. *Hay Concejos en varios lugares de la geografía de Estados Unidos e incluso hubo uno en Alemania donde la serie es muy popular. Durante varios años* Los AMIGOS DE DARKOVER *mantuvieron convenciones propias en el* World Fantasy Festival *e incluso una* newsletter, *generalmente editada cada trimestre por el* Concejo de Thendara, *con sede en Berkeley, California.*

Tal y como ellos mismos invocan, Los AMIGOS DE DARKOVER *son un grupo de aficionados y voluntarios. Nadie cobra por su actividad en el grupo y no hay cuotas de inscripción. El* Concejo de Thendara *sirve como punto central de información par a, los varios fanzines,* news-letters *y los otros grupos creados en torno a Darkover. Para los lectores interesados en establecer contactos, basta con escribir (en inglés) a:*

Friends of Darkover, Thendara Council, P.O. Box 72, Berkeley, CA 94701 (EE.UU.)

Es imprescindible adjuntar un Cupón de Respuesta Internacional para obtener y/o agilizarla respuesta.

La edición en castellano de la serie Darkover

MIGUEL BÁRCELO